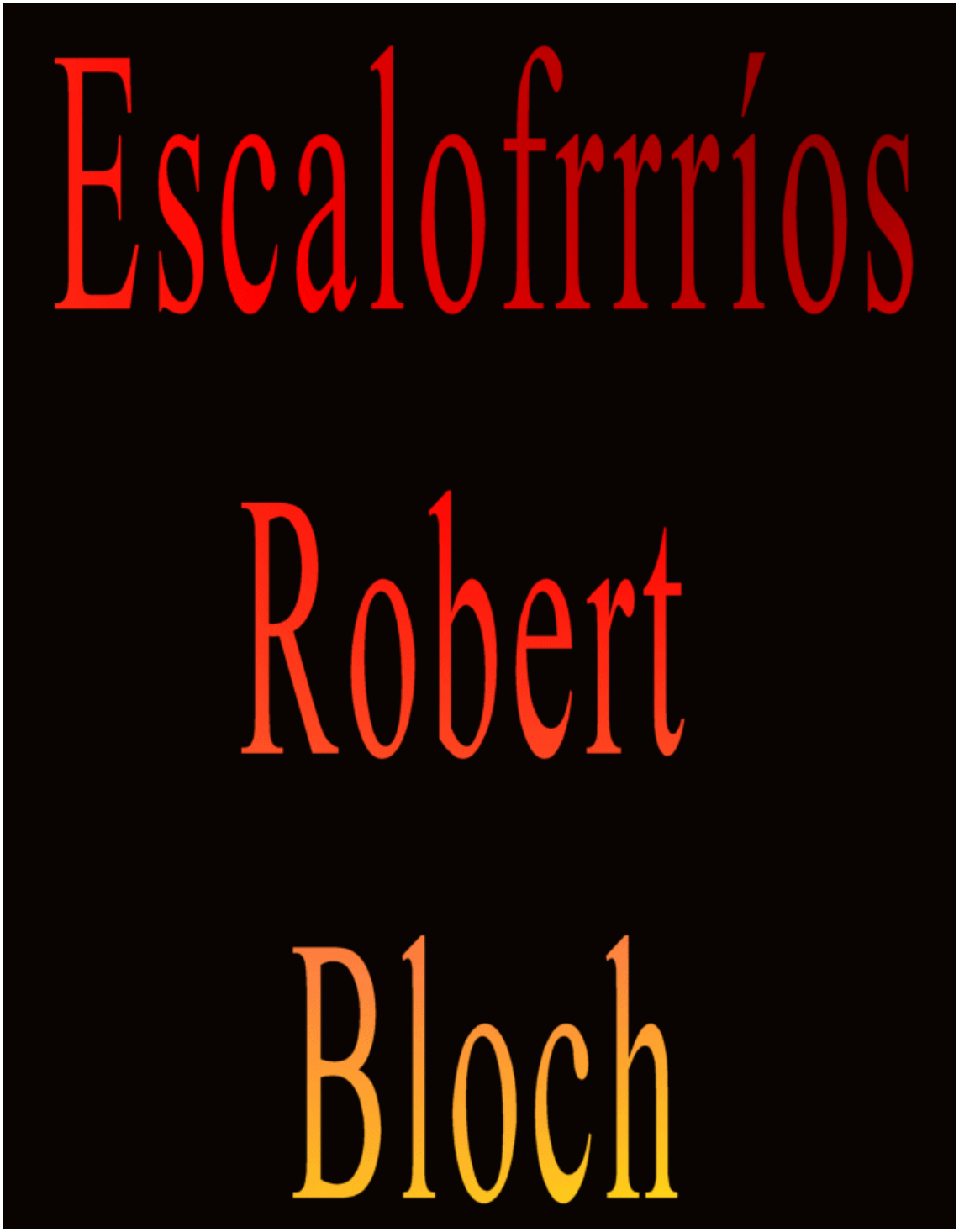
Escalofrrríos
Robert Bloch



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO A LA EDICION ESPAÑOLA

Como supongo que habrá ocurrido con buen número de personas, mi primer contacto con Robert Bloch no se produjo a través de la literatura, sino del cine. Psycho *(conocida aquí en España como* Psicosis*, traducción un tanto desafortunada del título original, que significa en realidad* Psicópata*), la obra maestra del suspense psicológico de Hitchcock, nos reveló a muchos hispanoparlantes, al inicio de la década de los sesenta, a un autor casi completamente desconocido para nosotros, pese a llevar publicando sus obras en los Estados Unidos desde hacía más de veinte años.*

Y también significó un importante cambio de rumbo en la vida del propio Bloch. Nacido el 5 de abril de 1917, en Chicago, Robert Bloch se sintió atraído desde muy joven por la literatura, y a los quince años mantenía ya una asidua correspondencia con H. P. Lovecraft, quien le dio los primeros consejos y lo animó a seguir por el camino iniciado. Un par de años más tarde, Bloch publicaba su primer relato, Lilies*, en la revista semiprofesional* Marvel Tales*, y desde entonces no dejaría de colaborar en las más conocidas revistas de la época dedicadas al género fantástico, de terror y de ciencia ficción, como pueden ser* Weird Tales *y* Fantastic Adventures*. En la década de los cuarenta trabajó también asiduamente para la radio, haciéndose famosa su serie* Stay Tuned for Horror*, 39 episodios originales del propio Bloch que obtuvieron una gran audiencia a través de varias cadenas nacionales.*

Pero fue el éxito de Psycho*, principalmente de la adaptación cinematográfica que de la novela hiciera el mago del suspense, lo que le abrió las puertas internacionales de la fama... y también las de Hollywood. Su nombre empezó a ser conocido en otros países, y su obra se ha ido publicando en lengua española con una cierta asiduidad, si bien un tanto dispersamente y con la proverbial falta de coherencia de que hacen gala los editores hispanos. Bloch tiene publicados en Estados Unidos quince novelas y veinticuatro antologías de relatos cortos; solo una mínima parte de esta voluminosa obra ha aparecido en lengua española. Pese a lo cual Robert Bloch es un autor muy conocido del público hispano.*

Conocido de fama, que no de obra. Bloch será siempre el autor de Psycho*, y el resto de su producción será marginal. Ello puede ser debido, creo, a su cualidad interdisciplinaria como autor, de la que él mismo habla en su introducción a este volumen. Bloch no es un Stephen King, que cultiva la novela de niño-con-superpoderes-y-combate-maniqueo-entre-el-Bien-y-el-Mal, o un Morris West, abocado a la novela-histórica-con-trasfondo-social, o un Harold Robbins y su sexo-y-violencia. Aunque su obra esté centrada en el apartado que podríamos denominar «fantasía», sus relatos van desde el más puro terror hasta la más conspicua ciencia ficción, pasando por todas las gradaciones de la fantasía pura. También se le podría adjudicar el título*

de creador (o al menos universalizador, tras el éxito de Psycho*) de una especial forma de concebir el terror: lo que se ha dado en llamar «terror psicológico», y que hoy en día tiene cientos de cultivadores, por no decir de imitadores.*

Esta ubicuidad literaria hace que Bloch sea un autor difícil de clasificar. Para muchos, su diversificación parece estar encaminada a contentar a muchos sin acabar de contentar a nadie. Para otros más, en cambio, es difícil leer un libro de Bloch sin encontrar en él algo que te llene, que te satisfaga, sean cuales sean tus gustos.

Ignoro si Bloch será consciente o no de ello. Sea de uno u otro modo, creo más bien que no le importa. A raíz del éxito de Psycho *(hace ya veinte años de ello), Bloch, que ya había tenido contactos anteriores con el cine, entró en Hollywood por la puerta grande. Como ha ocurrido con otros muchos escritores (dentro del campo de la ciencia ficción Harlan Ellison es un ejemplo bien patente), el cine, con sus mayores oportunidades, y sobre todo con sus mejores retribuciones, ha absorbido gran parte del tiempo y las actividades de Robert Bloch. Esto ha hecho que su producción literaria haya descendido un tanto, pero no por ello debemos lamentarlo, antes al contrario. Como con muchos otros escritores que se han pasado a los medios audiovisuales, el escribir se ha convertido para Bloch en un hobby, en una distracción. No se trata ya de escribir porque te hayan pedido un libro determinado o debas cumplir con un contrato a fecha fija, sino porque acaba de ocurrírsete una idea que crees interesante y sientes la urgencia de plasmarla sobre el papel. Escribes solamente cuando tienes algo que transmitir. Y esto mejora tu obra: calidad en detrimento de la cantidad.*

Robert Bloch es más bien un escritor de relatos cortos que de novelas largas, aunque no haya desdeñado estas últimas. Frente a la quincena de novelas, podemos anteponer más de trescientos relatos cortos, muchos de los cuales se han hecho universalmente célebres. Estos relatos tocan desde la más pura fantasía hasta el terror macabro, pasando por la ciencia ficción, el terror psicológico, y los homenajes nostálgicos a todo lo que el propio Bloch ha querido y sigue queriendo en su vida, lo cual es otra de sus constantes de eterno soñador. En lo que a mí respecta, como lector que en los últimos veinte años ha leído bastante de la producción de Bloch, el principal defecto de este autor puede cargarse en su reaccionarismo (que sin embargo, comparto en cierta medida): cualquier tiempo pasado fue mejor, la juventud actual son bestias salvajes, la sociedad está podrida... Su gran virtud, por otro lado, es su gran capacidad de fabulación, la habilidad de erigir una historia a partir de un detalle nimio y cautivar al lector desde la primera palabra, el que, aún repitiendo varias veces un mismo tema, cada relato parezca completamente distinto del anterior.

El volumen que les ofrecemos aquí es uno de los más recientes de Bloch. Siguiendo su costumbre, su contenido es de lo más diverso. De hecho, recoge la labor de ocho años de creación literaria en lo que a historias cortas se refiere: de 1968 a 1975. La procedencia de los relatos es dispersa: desde las revistas policíacas como el Ellery Queen's Mystery Magazine *y el* Alfred Hitchcock's Mystery Magazine *hasta las de*

ciencia ficción como el Fantasy and Science Fiction *o el* Galaxy*, pasando por antologías y revistas generales como* Penthouse *y* Playboy*. Y naturalmente, sus temáticas también lo son. Algunos de los relatos pertenecen a la más pura e irreprochable ciencia ficción:* Como un Dios*,* El oráculo*,* Eternamente y amén*,* Nacido en el espacio*,* El laberinto de aprendizaje *y* La modelo*. Otros pueden inscribirse en la fantasía clásica:* La gente en la pantalla *(uno de los más celebrados relatos de Bloch, y para mi gusto -y el de gran cantidad de gente- una de las más emotivas y nostálgicas evocaciones de los grandes tiempos del cine mudo),* En las cartas*. Otros pertenecen sin apelación posible al género de terror:* Nadie se burla de los dioses*,* El mal de ojo*,* La feria de los animales*,* Lo importante es la actuación*. Uno de ellos mezcla el thriller y unas ligeras connotaciones con la ciencia ficción para crear un suspense tradicional:* Viaje al ego*. Y otro, finalmente, incide una vez más en ese terror psicológico del que Bloch es maestro, y puede colocarse en calidad y profundidad casi a la altura de* Psycho*:* Ved cómo corren*, relato donde Bloch nos hace meter en la piel del psicópata de turno para irnos desarrollando desde dentro sus obsesiones.*

En conjunto, un material de lo más diversificado. Entonces, puede que se pregunten ustedes, ¿por qué incluir este libro dentro de una colección específica de ciencia ficción? Bien, en primer lugar, Bloch está considerado mundialmente como un «escritor de terror y de ciencia ficción». John Clute, incluyéndolo en la «Enciclopedia de la ciencia ficción» de Peter Nicholls, lo define como «escritor americano de FANTASÍA*, horror y thrillers, y una cierta dosis de ciencia ficción». Pero, en este volumen, casi la mitad de los relatos (y los más largos en extensión) pertenecen de lleno al género, y algunos de los otros tienen apuntes fantásticos no muy lejanos a él. Además, la ciencia ficción tiene muchos otros géneros colaterales, principalmente la fantasía y el terror, que no están muy lejanos a ella. ¿Por qué ignorarlos? Creo que los lectores de ciencia ficción gozarán igualmente con la onírica nostalgia de* La gente en la pantalla*, que con crispada angustia del protagonista de* Ved como corren *o la anticipación del previsible final (cosa que antes de diluiría mantiene aún más la tensión) de* La feria de los animales*.*

Por ello precisamente, aunque los derechos de este libro fueron adquiridos originalmente para otra colección, insistí con el editor en que fuera incluido dentro de la serie de ciencia ficción. Con premeditación y alevosía. Creo que tanto el libro como su autor se lo merecen.

Y, para terminar, una curiosidad: siguiendo una moda que iniciara Harlan Ellison con sus Dangerous Visions*, los editores anglosajones suelen pedir actualmente que en sus antologías de relatos los autores añadan un prefacio o un postfacio a cada uno de los relatos, indicando un poco la historia del mismo y las circunstancias en que fueron escritos. Siguiendo esta costumbre, Bloch hace seguir cada una de sus catorce historias aquí incluidas con una nota final explicativa de la misma. Para unir todas estas notas entre sí y con la introducción, Bloch intenta hallar a cada relato una paternidad divina o diabólica. Francamente, la idea de este nexo de unión del libro no deja de ser original... como todas las de Bloch. Porque, evidentemente, la mayor*

virtud de Robert Bloch-escritor, por encima incluso de las que he mencionado antes, es esta: la originalidad de sus temas y sus planteamientos. Y si no lo creen, si son escépticos, ya me lo contarán la próxima vez que vayan a ver una vieja película al cine de la esquina, y piensen en el cuento La gente en la pantalla *mientras en la pantalla Errol Flynn grita aquello de: «¡Adelante el séptimo de caballería!».*

DOMINGO SANTOS

Este libro es para las damas de mi vida: Nestunia Zelisko, la señorita Hillman, la señora Alexander... y, por supuesto, Elly.

INTRODUCCIÓN

-¿De dónde consigue usted las ideas para sus historias?

Anoté esta pregunta cuando presenté mi primera colección de relatos allá por 1945.

Luego intenté contestarla. Pero aparentemente mi explicación no fue muy convincente, puesto que la gente sigue aún preguntándome lo mismo hoy en día.

Así que empecemos de nuevo.

¿De dónde consigo las ideas para mis historias?

Sólo Dios lo sabe.

Pero eso es suficiente, puesto que Dios sigue proporcionándome argumentos, año tras año.

¿O será el Demonio?

Parece que algunos lectores creen más bien esto último. Descubren un elemento diabólico en mis trabajos; una pizca de azufre en mis planteamientos, un asomo de sulfuro en mis desenlaces.

Sea cual fuere la fuente, tengo razones para estarle agradecido. Pero la pregunta -y los lectores- sigue insistiendo.

Quizá usted y yo podamos hallar juntos la respuesta.

Cuando recopilé este libro, el editor me sugirió que incluyera un comentario personal acerca de cada historia incluida. Sin embargo, no soy muy fuerte en el tipo de introducción: *y de ese modo escribí...* Eso puede ser ideal para los antologistas que son auténticos componedores, pero -teniendo en cuenta el tipo de temas que rozan todos mis relatos- yo soy más bien un descomponedor.

Mi desgraciadamente desaparecido amigo, el director de cine Fritz Lang, siempre le decía al público que le preguntaba acerca de su trabajo:

-Mis films hablan por mí.

Y eso es lo que siento acerca de mis historias.

¿Pero de dónde provienen? ¿Cómo y por qué esas ideas en particular brotaron en mi cabeza y de allí salieron a mi máquina de escribir?

El contenido de esta recopilación fue escrito durante los últimos siete años. Mientras tanto, escribí también films, guiones para la televisión, novelas de suspense, y cartas a mis acreedores. Todos esos proyectos toman mucho tiempo y energías. Pese a ello, las ideas para esos relatos -inspiradas por Dios o por el Demonio- no dejaron de germinar. Y cada vez que lo hicieron me vi impulsado a ponerlas por escrito.

Ponerlas por escrito. Una impulsión. Esa es la mejor manera de describirlo, puesto que si intentara vivir únicamente de escribir relatos cortos estaría abocado al fracaso más absoluto. No hay mercado suficiente para este material, de modo que no existe ningún incentivo económico que me anime a continuar. Y pese a todo nunca he dejado de publicar una historia de ciencia ficción aquí, un cuento fantástico allá, un relato de horror psicológico en algún otro sitio.

Repasando el contenido de este volumen observo que contiene catorce historias surgidas de al menos veinte fuentes distintas.

Al contrario de algunos de mis contemporáneos, no me siento identificado con un solo género en particular, y mis lectores -como las propias historias- se hallan esparcidos por todos lados. La gente a quien le gusta mi ciencia ficción puede que no se sienta familiarizada con mis esfuerzos por escribir un suspense psicológico; los entusiastas de mis historias de misterio no tienen por qué gustar de mis fantasías. Ningun lector puede sentirse interesado por toda la obra de un escritor tan versátil como yo.

Por supuesto, ser versátil tiene un cierto valor -es mucho más difícil, dicen, acertar en un blanco móvil-, pero a fin de alcanzar a un espectro de lectores lo más amplio posible debo de alguna forma reunir en un solo núcleo algo de esa versatilidad. De ahí esta recopilación.

Estupendo. Pero eso sigue sin responder a la pregunta: ¿de dónde proceden estas historias?

Se me ocurre, como puede que se les haya ocurrido a ustedes, que echarle a Dios o al Demonio la culpa de mis esfuerzos suena más bien un tanto pretencioso. Tal como están las cosas en el mundo, cabe suponer que ambos deben tener cosas mucho más importantes que hacer.

Por otra parte, sin embargo, tanto Dios como el Demonio pueden sentirse ocasionalmente cansados de su dura labor cotidiana, y en tal caso es posible que se dediquen a leer un poco para relajarse, como usted o yo.

De ser así, lo más natural es que su interés se centre en la ciencia ficción, la fantasía y el suspense psicológico. Porque en esta era de realismo, de antihéroes e historias así, la mayoría de los escritos que constituyen el llamado *mainstream* suelen ser más bien confusos.

Con la ficción especulativa e imaginativa, en cambio, las soluciones morales, pueden ser mucho más claras. El enfoque puede ser científico o sobrenatural, pero el tema en sí es tan viejo que no tiene edad; el problema del bien y del mal. Y seguro que tanto Dios como el Demonio deben considerar esto altamente intrigante.

De modo que tal vez *sea* importante para ellos el contactar e influenciar a los escritores de tales temas, los cuales a su vez pueden influenciar a sus lectores en su búsqueda de la salvación o de la condenación.

Como les he dicho, no estoy seguro acerca de quién o qué me influencia. Pero siguiendo la conclusión de cada historia aquí incluida, tal vez podamos establecer algunas de las circunstancias bajo las cuales fueron escritas.

De este modo, quizá ustedes y yo podamos llegar a saber un poco mejor el por qué yo escribo -y ustedes leen- historias pensadas para proporcionarles unos placenteros *escalofrrríos*.

ROBERT BLOCH, 1977

NADIE SE BURLA DE LOS DIOSES

Harry Hinch era un hombre divertido que vendía cosas divertidas. Tenía una agradable tienda pequeñita cerca del Strip, con una cortina de arpillera en el escaparate y un letrero que decía: *¿Qué es lo que quieres?*, y en el interior chucherías para todo el mundo.

Había periódicos sensacionalistas y discos underground, por supuesto, y extravagantes posters fotográficos de Theda Bara, pero la tienda de Harry no era simplemente uno de esos lugares donde se amontonan artículos de desecho procedentes del mundo universitario. De acuerdo, vendía posters psicodélicos y cascos nazis y cruces de hierro y caramelos blandos y pipas de girasol, pero también tenía algunas raras especialidades. Como tarjetas de felicitación para el Día de la Madre subidas de tono, por ejemplo. Y cosas de cuero... todo un arsenal de guantes, botas altas, fustas, y correas para perros. Para las chicas tenía lencería provocativa; sujetadores que representaban dos peludas y estrujantes manos; y bragas diseñadas de modo que parecieran bocas abiertas con dos hileras de afilados dientes.

Pero Harry se sentía orgulloso de los artículos creados por él mismo. Además de los habituales botones y etiquetas para pegar: *La virginidad causa cáncer, Drácula chupa*, y *Mary Poppins es una drogata*, alineaba toda una serie de frases originales como: *Se necesitan dos para arriar en profundidad*, *Se necesita ser fino para ser afeminado* y *Ponga un incesto en su familia.*

Contemplándole, sentado en la parte delantera de la tienda, junto a la caja registradora, nadie pensaría que era un hombre de iniciativa y un atrevido. Había una docena de duplicados de Harry en la misma acera cerca del Strip... todos iban atildados, vestían a la última moda, y cuando su cabello empezaba a retroceder dejaban que la habitual compensación creciera en sus mejillas. Plantaban céspedes, vendían billetes para viajes que uno no podía conseguir en las agencias de viajes normales, le ponían en contacto con la pareja ideal sin necesidad de utilizar una computadora. Pero la mayoría de ellos no eran realmente creativos, como Harry.

Había aquel botón que decía *Soy un ardiente heterosexual*, y aquella pegatina que decía *Precaución... este coche es conducido por Hellen Keller*. Las pegatinas eran una de las aficiones del viejo Harry. Cada noche se inventaba nuevos lemas como *Sé caritativo... contribuye a la delincuencia de menores*, y *El doctor Fu Manchú está vivo y realizando abortos en Pasadena.*

Por supuesto, no todo el mundo comprendía a Harry. Había gente que decía que estaba siempre colocado. Pero uno puede esperar algo así de las personas ancianas; su idea de la comedia negra termina en Amos y Andy. Los polis hacían todo lo posible por agarrarle por detentar un buzón ilegal, cultivar drogas y otros asuntos semejantes, pero Harry simplemente se echaba a reír y seguía amontonando dinero.

Siempre había una alucinante multitud en la tienda de Harry, con los destartalados coches y extravagantes motos aparcados fuera y los hippies y demás asimilados rebuscando dentro. Pero sabía hacer que las cosas se mantuvieran tranquilas, y el único ruido que se oía era el campanilleo de la caja registradora.

Cuando se produjo el accidente, Harry estaba limpio. No era problema suyo si una jovencita llamada Kim Garmichael había meneado su minifalda ante las narices del viejo Grabber. De acuerdo, se conocieron en su tienda, pero Harry no intervino para nada en ello. Harry ni siquiera había proclamado ser farmacéutico titulado, y aunque le vendió a Grabber unos cuantos terrones de azúcar, eso no probaba que estuvieran cargados.

El viejo Grabber se ligó a Kim Carmichael, pero Harry no le dijo en ningún momento que compartiera sus terrones con ella mientras conducía; Harry nunca le dijo que chupara los terrones que le había vendido, y definitivamente Harry no le dijo que se saliera de la carretera en aquella pronunciada curva en lo alto del Mulholland y se hiciera picadillo allá abajo, él y Kim Carmichael.

Cuando Harry supo la noticia comprendió que debía desaparecer por un tiempo o tenía todos los números en el sorteo de los arrestos inmediatos. Así que colgó su cartel de *Dios está muerto y he ido a Su funeral* en la puerta de entrada, y se esfumó a toda velocidad.

Pasado Baldy, en el Bosque Nacional, Harry poseía una pequeña propiedad... apenas una cabaña, nada presuntuoso, simplemente un lugar donde estar tranquilo una temporada cuando las cosas se ponían calientes.

Hacia allí se dirigió Harry, directo a las viejas montañas, alejado de las carreteras, con enormes árboles y picos y solitarios parajes a su alrededor. Se encerró en su cabaña y aguardó; en una o dos semanas el alboroto se habría enfriado, y mientras tanto estaba a salvo de pelmazos porque nadie sabía dónde estaba su retiro espiritual.

El único problema era que estaba completamente solo, y se hacía oscuro en seguida, y los bosques estaban demasiado tranquilos. Harry nunca se había dado cuenta de lo acostumbrado que estaba a oír el petardeo de los escapes libres y el aullido de los transistores y el rugir de las autopistas... todos los sonidos de la civilización formando como un fondo musical. Y echaba en falta las luces y las peludas multitudes que le hacían compañía en la tienda, incluso los morbosos que no hacían mas que hablarse a sí mismos. Harry simplemente no era del tipo montañés, y aquella primera noche, cuando el sol se hubo puesto, estaba subiéndose ya por las paredes.

Cuando se dio cuenta que estaba poniéndose nervioso, Harry decidió alejar los malos pensamientos de su cabeza con un poco de terapia ocupacional a medias con una botella de matarratas que tenía guardada para esas ocasiones. Un par de latigazos y se sintió algo mejor, pero aún le preocupaban las profundas sombras y la forma en que el viento empezaba a aullar por entre los árboles en torno a la cabaña.

Así que se concedió otra sesión de la terapia, y se puso a trabajar. No era cuestión de quedarse sentado allí y empezar a pensar en las noticias que había leído... en cómo el viejo tipo se había tirado en la curva por un barranco de veinte metros, y en cómo el eje del manillar se le había clavado del esternón a la espina dorsal, y en cómo en las volteretas Kim Carmichael se había ido destrozando las piernas y luego los brazos y luego el rostro...

No, era mejor dedicarse a un trabajo algo más constructivo, y en nada de tiempo estaba garabateando nuevas ideas para pegatinas. *Patee a su hobbit* para los amantes de Tolkien, y algo para los zen, *El Gran Buda te vigila*, y luego *La realidad es un engaño.*

Pero había sombras moviéndose fuera, y el viento no dejaba de aullar, y no le gustaban en absoluto los árboles, así que al infierno con los ecologistas, y aquello le proporcionó a Harry otra inspiración; escribió: *El Oso Panda es un piromaníaco.*

Aquello le hizo sentirse un poco mejor; siempre había odiado aquel maldito aviso en el que un oso panda recordaba que había que prevenir los incendios forestales, y por dos centavos y otra chupada a la botella hubiera prendido un fuego él mismo y quemado toda aquella maldita región y a los boy scouts que hubiera en ella y a sus madres y a los veteranos y a los polis y a todo el mundo que le estaba buscando las cosquillas, que siempre estaban incordiando a Harry para que creyera en sus asquerosas supersticiones acerca de Dios y Freud y la Ley y el Orden y el Amor y la Felicidad. Todo aquello no era más que charlatanería, y Harry sintió deseos de echarse a reír; aún estaba riendo cuando el doctor Carmichael entró.

El doctor Carmichael o el profesor Carmichael... Harry no sabía cuál de las dos cosas era, ni le importaba. Todo lo que retuvo en su memoria cuando el tipo se presentó fue que aquel Carmichael era el padre de Kim Carmichael.

Debía haber seguido a Harry hasta la cabaña desde la ciudad cuando salió a escape, y acechado por los alrededores, aguardando, hasta que se hizo oscuro.

Y ahora estaba allí, de pie en el umbral, sin decir nada excepto: «Soy Carmichael... el padre de Kim», y sin hacer nada excepto mirar fijamente a Harry. Era un individuo alto, delgado, de pelo gris, enseñaba sociología o ética o alguna mierda semejante en la universidad, y Harry simplemente lo hubiera ignorado en cualquier otro lugar... pero aquí esgrimía una Astra 25 con el seguro quitado. Una pistola muy pequeña en tamaño, pero que a poca distancia te hace un agujero enorme.

-Siéntese -dijo Carmichael, y Harry se sentó. No era que le gustara en absoluto la situación, pero una cosa sí podía dar por segura: Carmichael no iba a matarle, no después de haberle dicho que se sentara. No era de las personas que le disparan a uno a bocajarro. Era de los que hablan y hablan.

Lo hizo durante casi diez minutos, con toda la fuerza que se adivinaba en el temblor de su mano.

-Es usted un asesino. Usted mató a mi hija, tan seguro como si hubiera conducido personalmente aquella moto y la hubiera echado por el precipicio. -Y así durante un buen rato. Harry no se hubiera preocupado excesivamente por ello, pero de pronto Carmichael empezó a hablar de él. De *él*, personalmente.

-He visto su tienda -dijo Carmichael-. He visto las asquerosidades que vende... las asquerosidades de nuestro tiempo. Oh, me sé todas las racionalizaciones. Así es como son las cosas, los dados están cargados, uno no puede ganar para perder, todo el mundo es un gigantesco Teatro del Absurdo, la vida es simplemente otro happening, y ¿por qué preocuparse?

»Así que usted y los de su calaña ridiculizan a los héroes en nombre del humor, echan abajo a la sociedad en nombre de la sátira, derriban la cultura calificándola de comedia.

»Pero usted no es un hombre divertido, Harry. Tras su risa hay odio, y tras el odio hay miedo. Esa es la auténtica razón de querer desmitificarlo todo, ¿no? Porque usted le tiene miedo a todo y a todos. Hay un nombre para su enfermedad... fijación paranoide. Es usted un agente transmisor, infecta todo lo que toca.

»Infecta usted a los pobres inadaptados que acuden a su tienda... los inútiles, deseosos de destruir los ídolos que alimentan sus temores y de dar rienda suelta a sus agresiones contra el mundo real. E infecta a los sanos también... a chicas como Kim que confunden su hostilidad con la profundidad...

-Deje de incordiarme -dijo Harry.

-No le estoy incordiando -respondió Carmichael-. Es usted mismo... El síndrome del simio: agazapado tras los barrotes de su jaula, haciéndole muecas al mundo porque el mundo lo asusta. Y puesto que hay miles de otros como él, el simio cree que está en posesión de la verdad.

»Pero por cada millar de derribapedestales y rompeídolos hay millones que creen de otro modo. Y quizá sus creencias sean mucho más fuertes que las de ustedes.

»¿Ha pensado realmente alguna vez acerca de esa fe a cuya destrucción dedica usted su vida... esa fe básica que mantiene las ilusiones de la mayor parte del mundo? Ya sabe que el creer santifica. Las creencias *crean* héroes, crean belleza y honor y decencia y todos los demás fenómenos de los cuales usted se ríe. Ustedes, los tipos paranoicos, no pueden soportar a los héroes. ¿Puede usted, Harry? No, ni siquiera en los que nos son presentados por el arte y la literatura y los mass media y la televisión y el cine. Pero en términos de credibilidad, todos ellos existen, y usted lo sabe. Hamlet es mucho más *real* para nosotros que Shakespeare, y aunque Conan Doyle esté muerto, Sherlock Holmes sigue viviendo a nuestro alrededor.

»Sospecho que usted *se da cuenta* de eso, y por ello ataca también a los villanos... se burla de Drácula y de King Kong, y vende ese pequeño juguete de cuerda del Monstruo de Frankenstein que pierde sus pantalones cuando avanza amenazador hacia uno. Todas esas cosas lo

asustaban cuando usted era un niño, y siguen asustándole aún; así que decide reírse de ellas y pretender que no son reales.

Carmichael miró hacia la mesa y vio lo que Harry había estado escribiendo, y agitó la cabeza.

-El Oso Panda es un piromaníaco -dijo-. ¿Por qué, Harry? ¿Por qué? ¿Se debe acaso a que usted tenía miedo de los Tres Ositos cuando su mamá le contaba el cuento? ¿Se debe a que cree usted secretamente en la existencia de una tal criatura? Si existe algún poder en la fe, entonces la creencia de millones de jóvenes constituye una fuerza de la cual no debería reírse nunca, porque puede destruirle. Quizá tenga buenas razones para sentir miedo, Harry. La fe crea nuestros dioses, y nadie se burla de los dioses.

Eso es lo que le dijo Carmichael a Harry antes de marcharse.

Al menos eso es lo que *dice* que le dijo a Harry antes de marcharse, pero lo único que tenemos es su palabra.

Lo que sabemos, gracias a un hombre llamado Rogers que estaba acampado con su remolque a un kilómetro aproximadamente en dirección al lago, es que las luces de la cabaña de Harry se apagaron hacia la medianoche; probablemente después de que Harry hubiera terminado la última gota de su whisky.

Un poco más tarde empezaron los gruñidos. Los gruñidos, y los gritos.

Sus ecos pudieron oírse por todo el lago, pero cuando Rogers salió medio adormilado y llegó hasta la cabaña tras recorrer tambaleándose el oscuro bosque ya no había ningún sonido excepto el susurrar del viento.

Harry ya estaba muerto entonces; nadie hubiera podido sobrevivir a aquellos zarpazos y mordiscos. Quizá Carmichael estuviera mintiendo, quizás estuviera loco y regresara para caer sobre Harry en la oscuridad, desgarrando y mordiendo y despedazando su cuerpo. Quizá incluso fuera él quien dejara aquel extraño objeto en el suelo de tierra apisonada de la cabina, junto al cuerpo de Harry... aquel roto y aplastado sombrero de boy scout, con su inconfundible olor animal.

Quizá sí.

Pero nadie pudo explicar jamás las huellas de pisadas de las patas de un oso panda.

* * *

Quizá yo no sea la persona más lógica del mundo, pero al menos sí puedo ser cronológico.

«Nadie se burla de los dioses» es la historia más antigua de las reunidas en este volumen: apareció en el número de agosto de 1968 del Ellery Queen's Mystery Magazine.

Francamente, me sorprendió ver aparecer allí un relato de fantasía. Aparentemente los editores también tenían sus dudas, puesto que precedieron el relato con una advertencia en gruesos titulares: ASEGÚRESE DE LEER ESTO PRIMERO. Y luego contaban a los lectores que

esta historia era de mal gusto, y que estaban violando todas sus reglas publicándola.

Para mí, si existe realmente mal gusto, no está en la historia en sí, sino en la realidad que me inspiró a escribirla.

Entiendan, resulta que no me gusta el tipo de conciencia destructiva descrito aquí. Esto puede sorprender a la gente que me ha oído hablar en distintas reuniones y convenciones de ciencia ficción, pues generalmente suelo ser un tanto burlón. Pero he de hacer una precisión importante. En primer lugar, me esfuerzo en hacer que mis oyentes sepan que no soy una persona seria. Y, lo que es más importante, los blancos de mis ataques pueden conseguir siempre que las cosas se vuelvan contra mí: he convertido en una regla de conducta el no escoger nunca a nadie que sepa que es incapaz de responderme adecuadamente.

Pero en muchos casos el combate dialéctico se convierte en una auténtica andanada de metralla, y el pretendido humor resulta simplemente una excusa para una declarada hostilidad. Esta hostilidad suele ir dirigida hacia los completos desconocidos, no como desahogo o diversión, sino con la finalidad de herir a una víctima que no se halla presente y que no tiene posibilidad de devolver el golpe.

Y para añadirle el insulto al daño, el conductor del coche que lleva al agresor no siempre comparte sus sentimientos puesto que ni siquiera los ha originado. Todo lo que hizo fue comprarlo y llevar al otro en él. Supongo que eso es lo que irrita al escritor que hay en mí: odio ver a alguien recibir reverencias por el trabajo de algún otro autor.

Por insignificante que pueda ser eso, lo encuentro inmoral.

Incidentalmente, el título original que le había puesto a esta historia era «El hombre divertido». Los editores lo cambiaron por el de «Nadie se burla de los dioses», y quizá con ello adivinaron mi inspiración al escribirlo.

Si es así, un tanto para los dioses.

COMO UN DIOS

I

Era bueno *ser*.

Era meditación... regresar a uno mismo. Era contemplación... acudir a mirar a los demás, convertirse en algo distinto.

En meditación uno se contenía. En contemplación se producía una fusión, una coalescencia con todo lo demás.

Mok prefería la meditación. Con ella Mok gozaba de identidad, y era consciente de ser *él*, *ella* o *ello*, infinitamente repetido a través del recuerdo de milenios de encarnaciones. Mok, como los demás, había evolucionado a través de multitud de formas de vida en multitud de mundos. Ahora Mok se veía libre del dolor y libre también de los placeres, libre de las ilusiones de los sentidos que habían servido a los cuerpos que albergaban a los seres que finalmente se habían convertido en Mok.

Y sin embargo, Mok no era completamente libre. Porque Mok seguía acudiendo a los recuerdos para su satisfacción.

Los demás preferían la contemplación. Gozaban con la unión, la fusión de sus recuerdos, aunando sus consciencias y compartiendo su sensación de existir.

Mok nunca había podido compartir por entero. Mok era demasiado consciente de las diferencias. Pese a su carencia de cuerpo, de sexo, de limitaciones físicas impuestas por la sustancia en el tiempo y el espacio, Mok era consciente de la desigualdad.

Mok era consciente de Ser.

Ser era el más poderoso de todos ellos. En coalescencia, Ser dominaba cualquier esquema de contemplación. Ser imponía la armonía sobre los demás, pero tan sólo si los demás se entregaban.

Era bueno *ser.* Pero no lo suficientemente bueno.

Mok meditaba sobre esto. Y cuando la coalescencia vino de nuevo, Mok no se entregó. Mok se ancló firmemente en el concepto de libertad... libertad de elección, la libertad definitiva que Ser negaba.

Hubo agitación entre los demás. Mok la captó. Algunos intentaron fusionarse con Mok, porque ellos también compartían sus ideas, y Mok se abrió para recibirlos, sintiendo aumentar su fuerza. Mok era ahora tan fuerte como Ser, más fuerte, apelando a la voluntad y a la finalidad nacidas de los recuerdos de millones de existencias finitas en las cuales voluntad y finalidad eran las raíces de la supervivencia. Pero aquella supervivencia había sido temporal, y esta iba a ser permanente, eterna.

Mok retuvo la noción, recogió la fuerza, afirmó la finalidad... y entonces, de pronto, la finalidad se desvaneció. La fuerza rezumó alejándose. Los demás se habían ido; no quedaba nadie excepto Mok y la propia noción. La noción de...

Mok no pudo aferrar la noción. Se había esfumado.

Todo lo que quedaba era Mok y Ser. Anulando noción, finalidad y fuerza, Ser se había impuesto sobre Mok, invadiendo e inundando la

consciencia de Mok. Mok era consciente. Pero sin noción no había finalidad, sin finalidad no había fuerza, sin fuerza Mok no podía conservar la identidad, y sin identidad no había consciencia.

Sin consciencia no había Mok.

Cuando la identidad de Mok regresó estaba en la nave.

¿Nave?

Sólo recuerdos de lejanas encarnaciones le dijeron a Mok que se trataba de una nave, pero así era, sin lugar a dudas: una nave, un vehículo, un transporte, un objeto físico, capaz de moverse físicamente a través del espacio y del tiempo.

Espacio y tiempo volvían a existir, y la nave se movía a través de ambos. La nave estaba confinada en el espacio y el tiempo, y Mok estaba confinado en la nave, que era apenas lo suficiente grande como para albergarlo a él durante el viaje.

Sí, *él*.

Mok era *él*. Confinado ahora, no sólo en la prisión del espacio y del tiempo, ni en la prisión más pequeña de la nave, sino en la prisión de un cuerpo. Un cuerpo masculino.

Masculino. Mamífero. Una columna vertebral para sostener toda la estructura, brazos y piernas para sujetarse y agarrar, ojos y oídos y nariz y otros burdos receptores sensoriales. Carne, sangre, piel... un pelaje amarillento cubriendo la parte posterior del cuerpo, incluida la zigzagueante cola. Pulmones para recepción del oxígeno, que en aquel momento era proporcionado por un ingenioso casco transparente y un mecanismo sujeto a su espalda.

¿Ingenioso? Era torpe, burdo, primitivo, una reliquia de las remotas eras bárbaras que Mok apenas podía recordar vagamente. Intentó meditar, intentó contemplar, pero en aquel momento tan sólo podía *ver*... ver a través del casco transparente cómo la nave se inmovilizaba y su vientre se abría para catapultarle a él hacia la fría superficie de un yermo planeta en torno al cual giraba una helada luna que se destacaba contra el telón de fondo de las distantes estrellas.

También la nave tenia una forma... un cuerpo que había sido someramente modelado según los conceptos de una raza mamífera, casi como uno de esos gigantescos robots desarrollados por las formas de vida en un estadio intermedio de evolución.

Mok miró a la nave mientras permanecía inmóvil ante él contra el estéril fondo de estrellas. Sí, la nave poseía una protuberancia craneal en forma de domo y dos brazos metálicos terminados en garras. Garras para abrir el vientre de la nave, garras que habían arrojado el cuerpo de Mok expulsándolo de aquel vientre en una parodia de nacimiento.

Ahora, mientras Mok observaba, el vientre de la nave se estaba cerrando de nuevo, sellándose, mientras las garras metálicas regresaban a su posición de reposo a ambos lados. Y llamaradas de fuerza empezaron a surgir de su parte posterior.

La nave estaba yéndose.

Mok había sido encarnado en los confines de la nave, aprisionado en aquella su presente forma. La nave lo había trasladado hasta aquel

mundo, y ahora lo estaba dejando allí. Lo cual significaba que la nave debía ser...

-¡*Ser*¡ -gritó, al darse cuenta de ello, y el sonido de su voz creando ecos en el hueco casco casi hendió su cabeza. Pero Ser no respondió. La nave continuó alejándose, acelerando, hubo un rugir y un destellar y luego una incandescencia que se desvaneció en la nada contra el negro telón de vacío puntuado por centelleantes motas luminosas que dominaba el cielo de aquel mundo en el cual Mok acababa de nacer.

El mundo donde Ser lo habla abandonado para que muriera...

II

Mok volvió su atención hacia sí mismo. Su cuerpo ardía. ¿*Ardía*? Mok buscó arcaicos recuerdos y halló otra noción. No estaba ardiendo. Estaba helándosc. Aquello era frío.

La superficie del planeta era fría, y su piel -¿*pelaje*?- no bastaba para protegerle. Mok inspiró profundamente, y aquello le trajo consciencia de sus mecanismos internos: circulación, sistema nervioso, pulmones. Pulmones para respirar, proporcionando el combustible de la vida.

La especie de mochila alimentadora en su espalda era pequeña. Su contenido, escasamente suficiente para llenar sus necesidades en su vuelo hasta allá, estaría agotado muy pronto.

¿Había oxígeno en la superficie de aquel planeta? Mok miró a su alrededor. La rocosa superficie estaba desprovista de vegetación, y aquel no era un signo prometedor. Pero quizá no toda la superficie fuera como aquello; en otras zonas, a niveles inferiores, era probable que floreciera vida vegetal. Si era así, una existencia operativa podía sostenerse.

Sólo había una forma de saberlo. Los apéndices prensiles de Mok -no exactamente garras, tampoco dedos- trastearon torpemente con las sujeciones del casco y lo retiraron cuidadosamente. Hizo una profunda inspiración, luego otra. Sí, había oxígeno.

Satisfecho, Mok se quitó casco y mochila, junto con el mecanismo de control sujeto a un lado. Ya no iba a necesitar aquel aparato allí.

Lo que necesitaba ahora era calor, una atmósfera cálida.

Miró hacia la desolada y oscura alineación de peñascos que delimitaban la estéril llanura. Avanzó lentamente hacia ellos, bajo las silenciosas estrellas, subiendo penosamente una ladera contra un repentino viento que empezó a azotar su tembloroso cuerpo. Aquel era un torpe cuerpo, un burdo mecanismo sujeto a un primitivo mecanismo muscular. Tan sólo los atavismos acudieron en su ayuda, mientras medio percibía recuerdos de antiguas existencias físicas que le ayudaban a mover sus piernas con la adecuada coordinación. Andar, trepar, arrastrarse, saltar por entre las rocas... todo aquello era difícil, exigente, un desafío que tenía que superar y dominar.

Pero Mok trepó por la cara del más próximo risco y halló la abertura, una grieta con una fisura interna que se convirtió en la boca de una caverna. Una tenebrosa protección contra el viento, donde se estaba

algo más cálido. Y el rocoso suelo descendía en pendiente hacia la profunda oscuridad. Las pupilas de sus ojos se acomodaron, y pudo guiarse en las tinieblas del túnel, ya que su visión era nictálope.

Mok reptó a lo largo de cavernas y cavernas como un gato gigantesco, mientras bocanadas de aire caliente azotaban su cuerpo intentando arrojarlo hacia adelante. Adelante y abajo, adelante y abajo. Y ahora el calor ascendía hacia él en oledas palpables, el aire cantaba con un acento áspero, y había el resplandor de una fuente de luz allá al frente. Adelante y abajo hacia la fuente de luz, hasta que oyó el silbar y el retumbar, sintió el candente flujo, respiró los cauterizantes gases, vio los chorros de llamas brotando allá donde nacían el flujo candente y los gases.

¡El interior del planeta estaba en fusión!

Mok dejó de avanzar. Se giró y retrocedió hasta una confortable distancia, penetrando en una galería secundaria que mostraba a su vez otros ramales. A partir de allí se iniciaban tortuosos túneles en todas direcciones, pero estaba a salvo en aquel lugar, en el calor y la oscuridad; a salvo para descansar. Su cuerpo -su prisión corpórea en la que estaba condenado a permanecer- necesitaba descansar.

Descansar no era dormir. Descansar no era hibernación, ni estivación, ni ninguna de las mil formas de animación suspendida que la memoria de Mok recordaba de miríadas de encarnaciones en el pasado. Descansar era simplemente pasividad. Pasividad y reflexión.

Reflexión...

Las imágenes se mezclaron con conceptos verbales durante largo tiempo desechados. Con su ayuda, mientras permanecía pasivo, Mok formuló su situación. Estaba en el cuerpo de un animal, pero había sutiles diferenciaciones de los auténtico mamíferos. Necesitaba oxigeno, pero no el respiro del auténtico sueño. Y no sentía excitaciones viscerales, no las punzadas del hambre física. Sabía que no dependía de la ingestión de sustancias extrañas para sobrevivir. Mientras protegiera su envoltura carnal del frío y del calor extremos, mientras evitara exigir demasiado de sus músculos y órganos, seguiría existiendo. Pero pese a las diferencias que lo distinguían de los auténticos mamíferos, seguía confinado a su cruel forma actual. Y aquella existencia era animal.

La sensación brotó de su interior, un flujo de sentimiento que Mok no había experimentado en eones, una estimulante, nauseabunda, ardiente, revulsiva evocación de emoción. Ahora sabía lo que era. Era miedo.

Miedo.

La verdadera servidumbre del animal.

Mok tenía miedo porque ahora comprendía que aquello había sido planeado, que era obra de Ser. Lo había sometido a aquella degradación y modificado su aspecto de mamífero a fin de que pudiera vivir eternamente.

Y aquello era lo que asustaba más a Mok. ¡La eternidad en *aquella* forma!

Abandonando su pasividad, Mok hizo una flexión y se levantó. Yendo hasta el límite de sus capacidades, Mok buscó en su interior otros poderes inherentes. El poder de fusión, de coalescencia... había desaparecido. El poder de transmutar, de transferir, de transportar, de transformar... había desaparecido. No podía cambiar su apariencia física, no podía alterar su entorno físico, excepto por los limitados medios físicos que ponían a su alcance su cuerpo de animal.

No había escapatoria a su actual existencia.

Ninguna escapatoria.

Aquella realización despertó más miedo, y Mok se giró y echó a correr. Corrió ciegamente por los serpenteantes corredores, con el miedo pisándole los talones mientras corría, corría interminablemente, sin darse cuenta de ello.

En algún lugar el camino que seguía empezó a ascender. Mok avanzó trabajosamente por él, jadeando en busca de resuello; hubiera deseado dejar de respirar, pero el cuerpo, aquel cuerpo de animal, aspiraba el aire en intensas bocanadas, funcionando de forma autónoma, más allá de su control consciente.

Ascendiendo a lo largo de inclinadas espirales, Mok emergió de nuevo a la superficie exterior de aquella prisión planetaria. Era una zona inferior, distante y diferente de su punto de entrada, con una vegetación verdeante recortándose contra un deslumbrante amanecer... un valle, capaz de mantener la vida.

¡Y había vida allí! Formas plumosas cotorreando en los árboles, figuras velludas escurriéndose por el suelo, cosas escamosas deslizándose, criaturas quitinosas enterrándose y zumbando. Eran formas simples, burdamente concebidas con una finalidad primitiva, pero vivas y conscientes.

Mok las captó, y ellas captaron a Mok. No había forma de comunicarse con ellas excepto vocalmente, pero incluso los suaves sonidos que brotaron de su garganta las hicieron huir frenéticamente. Porque Mok era ahora un animal, que temía y era temido.

Se acuclilló entre las rocas que había en la boca de la caverna de la que había surgido y miró desamparado hacia su interior, lamentando la confusión y el pánico que su presencia había provocado, y los suaves sonidos que emitiera se convirtieron en un retumbante gruñido de desesperación.

Y fue entonces cuando lo descubrieron... los peludos bípedos que avanzaron cautelosamente para rodearlo hasta que estuvo cercado por una confusa banda. Eran trogloditas, gruñendo y olisqueando y emitiendo un acre hedor de miedo y rabia entremezclados mientras avanzaban cautelosamente.

Mok los contempló, observando cómo las encorvadas figuras avanzaban al unísono en su dirección. Aferraban toscos palos, simples ramas arrancadas de los árboles; algunos llevaban piedras tomadas de la ladera. Pero eran armas, capaces de infligir heridas, y las peludas criaturas eran cazadores en busca de su presa.

Mok se giró para retroceder al interior de la caverna, pero el camino estaba bloqueado también por agazapados cuerpos, y no había escapatoria.

Los trogloditas avanzaban ahora más decididamente, con el temor y la aprensión dejando paso a la rabia. Exhibiendo unos amarillentos colmillos. Los peludos brazos alzados. Una de las criaturas -el líder de la horda- gruñó lo que parecía una señal.

Y empezaron a arrojar sus piedras.

Mok levantó las manos para proteger su cabeza. Su visión estaba bloqueada, de modo que tan sólo oyó el sonido de las piedras golpeando contra la ladera antes de verles empezar a caer. Entonces, cuando los gruñidos y los gritos se hicieron frenéticos, Mok alzó la vista para ver cómo las piedras rebotaban contra sus atacantes.

Rugiendo de rabia, se acercaron más para destrozar el cuerpo y el cráneo de Mok con sus palos. Mok oyó el sonido de los impactos, pero no sintió nada, puesto que los golpes jamás alcanzaron el blanco previsto. En vez de ello, los palos se astillaron y se rompieron en el aire.

Entonces Mok se giró, confuso, para hacer frente a sus enemigos. Estos retrocedieron, chillando aterrados. Rompiendo el cerco, se retiraron ladera abajo hacia el bosque, huyendo de aquella extraña cosa que no podía ser herida ni muerta, aquella invencible entidad...

Aquella invencible entidad.

Era una noción propia de Mok, y ahora comprendió. Ser le había proporcionado aquella definitiva ironía... la invencibilidad. Un campo de fuerza, rodeando su cuerpo, lo hacía inmune a las heridas y a la muerte. No dudaba de estar también inmunizado contra cualquier invasión bacteriana. Estaba sometido a una forma física, pero no dependía de ninguna de las necesidades físicas para la supervivencia; podía existir, indestructible, por toda una eternidad. Realmente, estaba prisionero para siempre.

Por un momento Mok permaneció inmóvil ante aquella comprensión, completamente cegado por la intensidad casi tangible de su negra desesperación. Aquel era el definitivo horror... condenado sin posibilidad de morir, exiliado por un tiempo interminable, aislado indefinidamente. *Eternamente solo.*

Sus abotagados sentidos recuperaron su dominio, y Mok miró a su alrededor, a la ahora vacía ladera.

No estaba comNetamente vacía. Dos de las criaturas trogloditas estaban tendidas inmóviles entre las rocas, directamente debajo de él. Una sangraba por un corte en un lado de su cabeza, producido por el rebotar de un palo, mientras que la otra había caído a causa del golpe de una piedra.

Aquellas criaturas no eran inmortales.

Mok avanzó hacia ellas, notando el movimiento de sus pechos, el suave susurro de sus respiraciones.

No eran inmortales, pero aún estaban vivas. Vivas e indefensas. Vulnerables, a su merced.

A su merced. La cualidad que Ser se había negado a mostrarle a Mok. No había habido merced en su condena a pasar allí la eternidad, solo.

Mok hizo un alto, inclinándose sobre las dos formas inconscientes. Dejó escapar un sonido en su garganta, un sonido que era curiosamente parecido a una risita.

Quizás aquella fuera una salida después de todo, una forma de mitigar al menos su sentencia allí. Si él mostraba ahora piedad hacia aquellas criaturas… quizá no estuviera siempre solo.

Levantó el cuerpo de la primera criatura entre sus brazos. Era pesado en su flacidez, pero la fuerza de Mok era mucha. Tomó cuidadosamente a la segunda criatura, procurando no dañarla más de lo que estaba.

Luego, aún sonriendo, Mok se giró y condujo a las dos formas inconscientes al interior de la caverna.

III

En el cálido refugio iluminado por el fuego de lo más profundo de la caverna, Mok instaló a las criaturas. Mientras dormitaban intermitentemente, ascendió de nuevo a la superficie y buscó comida para ellas entre los verdeantes claros. Encontró cosas que sabía que les alimentarían y, apelando a distantes recuerdos, moldeó pequeños recipientes de barro en los que llevarles agua de un riachuelo de montaña.

Tras un tiempo recuperaron la consciencia, y evidenciaron inmediatamente su temor… su miedo hacia la enorme bestia de protuberantes ojos y serpenteante cola, la bestia que sabían inmortal.

Fue sencillo para Mok comprender el parco conjunto de gruñidos y ladridos que servían como principal medio de comunicación de aquellas formas de vida, lo bastante sencillo como para captar inmediatamente los limitados conceptos y referencias simbolizados en su habla. Dentro de esas limitaciones, intentó decirles quién era y qué hacía allí y cómo había ido a parar a aquel lugar, pero aunque le escucharon atentamente no comprendieron nada.

Y siguieron teniéndole miedo, el espécimen hembra más que el espécimen macho. El macho, al menos, evidenciaba una cierta curiosidad relativa a los recipientes de barro, y Mok le mostró una y otra vez la forma de hacerlos hasta que la criatura fue capaz de imitarle con éxito.

Pero ambos eran precavidos, y ambos reaccionaban con el temor cuando se veían enfrentados a la lava fundida del corazón del planeta. No consiguieron acostumbrarse a los acres gases, a la oscuridad que envolvía el laberinto de entrecruzadas fisuras que formaban los subestratos de la superficie. Aunque iban recuperando fuerzas con el paso del tiempo, permanecían constantemente muy juntos el uno del otro y no dejaban de murmurar, mirando a Mok aprensivamente.

Mok no se sintió demasiado sorprendido cuando, al regresar de una de sus expediciones a la superficie en busca de comida, descubrió que se habían marchado.

Pero sí se sintió sorprendido ante la virulencia de su propia reacción... la repentina oleada de *soledad* que lo invadió.

Soledad... ¿por aquellas criaturas? No era concebible que pudieran servir como compañeros, incluso al nivel más bajo de relación; y sin embargo echaba en falta su presencia. Su simple presencia había sido en sí misma un lenitivo a su profunda sensación de aislamiento.

Descubrió que sentía una creciente simpatía hacia ellos en su desamparada ignorancia abismal. Incluso sus impulsos destructivos excitaban su piedad, puesto que tales impulsos indicaban su constante miedo. Seres como aquellos vivían en un constante temor que los llevaba a reacciones violentas; no confiaban en su entorno ni en ningún otro, y cada nueva experiencia o fenómeno era percibida como un peligro potencial. No tenían ninguna esperanza, ninguna imagen abstracta de futuro que los animara.

Mok se preguntó si sus dos cautivos habrían tenido éxito en su escapatoria. Recorrió los pasadizos en su busca, imaginando su desamparado vagar, su patética situación si se habían perdido en las inmensidades subterráneas. Pero no encontró nada.

De nuevo estaba solo en el caliente cuerpo animal que no conocía ni el cansancio ni el dolor... excepto aquel nuevo dolor, aquel solitario anhelo de contacto con otra vida, a cualquier nivel. Antiguas nociones llegaron hasta él, identificando los matices de sus reacciones, todos parecidos y ligados entre sí a determinados períodos de tiempo. *Monotonía. Hastío. Inquietud.*

Aquellos fueron los elementos emotivos que lo forzaron a salir de nuevo de la confinada seguridad de las cavernas. Erró por el planeta, evitando las grandes extensiones desérticas y frías y buscando las zonas de lujuriante vegetación. Durante un largo período de tiempo sólo encontró las formas de vida más primitivas.

Entonces, una de sus correrías diurnas a la superficie le condujo hasta un arroyo, y mientras permanecía acurrucado tras unos arbustos divisó a un grupo de trogloditas reunidos en la otra orilla.

Vocalizando en su esquema de gruñidos y ladridos, se aventuró al descubierto, intentando tranquilizarles. Pero empezaron a gritar apenas lo vieron, gritaron y huyeron al interior del bosque, y de nuevo quedó solo.

Quedó solo, y cruzó al lado del arroyo y vio lo que habían dejado tras ellos en su huida... *dos burdos recipientes de barro, medio llenos con agua.*

Ahora sabía lo que había sido de sus cautivos.

Habían sobrevivido y habían regresado con los suyos, compartiendo con ellos su recién adquirida habilidad. No podía conjeturar lo que habrían contado de su experiencia, pero habían recordado sus enseñanzas. Eran capaces de aprender.

Mok no necesitaba más pruebas, y el incentivo estaba allí; la combinación de piedad, de preocupación hacia aquellas criaturas, de su propia necesidad de contacto a cualquier nivel. Y aquel era un nivel lógico… nunca podría haber compañerismo, aquello era algo que comprendía y aceptaba, pero sí era posible otro tipo de relación. La relación entre maestro y pupilo, entre mentor y suplicante, entre el poder gobernante y el gobernado.

El poder gobernante…

Mok dio vueltas a los recipientes de barro, observando la torpeza con que habían sido modelados, notando las irregularidades de su superficie. Podía corregir tan fácilmente aquellas irregularidades, podía pulir y remodelar tan simplemente aquella arcilla. Gobernar la tierra, gobernar las criaturas, impartir el conocimiento que las remodelaría de nuevo.

Y entonces llegó la última realización.

Aquello sería un deber y un destino, una función y una satisfacción. Dentro de la prisión del espacio y del tiempo, podría modelar aquellas pequeñas vidas.

Ahora sabía cuál era su destino.

Se convertiría en su dios.

IV

Era un extraño papel, pero Mok lo llevó a cabo.

Hubo obstáculos, por supuesto. El primero que tuvo que enfrentar fue el miedo que sentían hacia él. Era extraño, y para las mentes primitivas de aquellas criaturas cualquier cosa extraña era abominable. Su aparición provocaba reacciones que le impedían acercarse a ellos, y durante un tiempo Mok desesperó de conseguir superar la barrera de la comunicación. Luego, lentamente, se dio cuenta de que su miedo era en sí mismo un instrumento que podía emplear para fines positivos. Con él podía invocar el temor, la autoridad, la consciencia de sus poderes.

Sí, aquel era el camino. Aceptar su condición y permanecer siempre apartado de ellos, confiado de que llegaría un tiempo en que su propia curiosidad los conduciría a buscarle.

De modo que Mok permaneció en las cavernas, y gradualmente se fueron estableciendo los contactos. No todos los homínidos fueron a él, por supuesto, sólo los más intrépidos y emprendedores, pero era a esos a quienes esperaba. Eran los más preparados para aprender.

Como suponía, la experiencia de sus primitivos cautivos se convirtió en una leyenda, y la leyenda condujo a la adoración. No tenía sentido que Mok les desanimara al respecto, era incluso imposible intentarlo a la luz de su razonamiento primitivo, lo más adecuado era un sistema de intercambios. Ofrendas y sacrificios se convirtieron en el precio que había que pagar a cambio de la sabiduría. Mok rebuscó en sus propios recuerdos primordiales, asignando un orden a los conocimientos que impartía: el don del fuego, el secreto de los cultivos, la cocción del barro, el modelado de armas, el sometimiento y domesticación de

formas inferiores de vida, el control y erradicación de otras. Lentamente, un sistema más sofisticado de comunicaciones fue evolucionando, primero a nivel verbal y luego visual.

Las criaturas fueron ampliando sus conocimientos, absorbiéndolos en su aún burda cultura. Aprendieron el uso de la rueda y la palanca, luego alcanzaron la gradual abstracción del concepto numérico. Finalmente fueron capaces de realizar sus propios descubrimientos independientes; lenguaje y matemáticas estimularon el autodesarrollo.

Pero en momentos de crisis seguía siendo necesaria una mayor ilustración. Las fuerzas naturales más allá de sus limitados poderes de control ocasionaban periódicos desastres a los esquemas de vida en la superficie del planeta, y con cada cataclismo se producía un resurgimiento de la adoración y los sacrificios que Mok aborrecía secretamente. Sin embargo, aquellas criaturas parecían sentir la necesidad de entregar su recompensa por las habilidades que podían obtener y las ventajas que estas habilidades les proporcionaban, y Mok tenía que aceptar reluctantemente la situación.

Era más duro para él aceptar el que siguieran con su miedo.

Durante un tiempo esperó que a medida que aumentaba su saber revisaran sus actitudes. En vez de ello, sus temores se incrementaban. Mok esperaba poder observar sus progresos directamente, pero no había oportunidad de contacto abierto y comunicación, y su simple aparición provocaba el pánico. Incluso aquellos que acudían a él en secreto, o conducían los rituales de adoración, parecían temer el aceptar el hecho, pese a que ello los colocaba en un status superior dentro del grupo. Aceptaban y aclamaban la existencia de su dios, pero pese a ello evitaban su presencia física.

Quizá fue por ello que empezaron a surgir las sectas y los cismas, cada uno de ellos con su propia jerarquia y su propio dogma relativo a la verdadera naturaleza de aquello a lo que adoraban. Mok recordó agriamente que, en una religión organizada, la presencia real de un dios es un inconveniente.

De modo que Mok se abstuvo de sucesivas visitas, y a medida que pasaba el tiempo se fue retrayendo más y más profundamente en las cavernas. Ahora ya casi resultaba innecesario mantener un contacto con ellos, puesto que aquellas criaturas habían evolucionado a un estadio en el que eran capaces de desarrollarse por sí mismos.

Pero incluso los dioses alimentan su orgullo en su soledad. De modo que a largos intervalos, y de una forma secreta, Mok se aventuraba al exterior para echarle un vistazo apresurado a sus dominios.

Un atardecer salió a la superficie en la cima de una montaña Allí las estrellas seguían brillando friamente, pero había un brillo mucho mayor abajo, procedente de la tierra... de la enorme ciudad que se extendía como testamento de la sabiduría de aquellas criaturas y de él mismo.

Mok miró hacia allá, y las dulces oleadas del orgullo lo invadieron mientras contemplaba aquello que había construido. Aquellos juguetes, aquellas menudencias con las que había jugado, habían convertido

ahora las fuerzas fundamentales del universo en sus propios juguetes y menudencias para crear a través de ellas su propio destino.

Quizás él, como su dios, estuviera siendo mal comprendido ahora, quizás incluso lo hubieran olvidado. Pero ¿importaba? Habían conseguido la independencia, ya no le necesitaban.

¿O sí?

La noción llegó hasta él, y fue más estremecedora para Mok que el viento nocturno de la montaña.

Aquellas criaturas habían creado, pero también habían destruido. Y sus motivaciones su avidez, su hambre, su lujuria, su miedo… seguían siendo las de las bestias que habían sido. Las bestias que podían volver a ser de nuevo, si la conciencia espiritual no iba pareja al apego material.

Seguía existiendo allí una gran necesidad, una necesidad mucho mayor que antes. Y Mok no sintió orgullo, sino tan sólo perplejidad, un sentimiento que lo atravesó mucho más intensamente que el dolor.

¿Cómo podía ayudarles?

-No puedes.

La comunicación llegó hasta él, y Mok se giró.

Absorto, no se había dado cuenta del silencioso descenso de la nave del cielo hasta la superficie, pero allí estaba ahora, recordada y reconocida. La nave que lo había capturado y transportado hasta allí, la nave de extraña forma que *era* Ser…

Flotaba incandescente contra el infinito horizonte, y como si la comunicación hubiera sido una señal, Mok se sintió presa de una reacción desechada hacía mucho tiempo. Estaba *contemplando* a Ser.

Y en aquel diálogo, las nociones de Ser fluyeron hacia él.

-Válido. Tú no puedes llenar sus necesidades. De todos modos, ya has hecho demasiado.

Pese a la voluntad consciente, Mok sintió el testarudo resurgir de su orgullo. Pero no había necesidad de formular las razones, porque la meditación de Ser era completa.

-Estás en un error. Capté tu rebelión, te superé, te conduje hasta aquí… pero no fue un castigo. Fuiste situado en este lugar para un propósito. Porque ese orgullo, esa necesidad de conseguir la identidad a través de la realización, podía ser utilizada aquí, en este tiempo y lugar. Como los demás.

-*¿Los demás?* -la confusión coloreó la meditación de Mok.

-¿Crees que tú eres el único rebelde? No es así. Ha habido más, muchos más. Y han cumplido con su finalidad en otros mundos a través del cosmos. Mundos en los cuales la semilla de la vida necesitaba cultivo y atención. Los elegí a ellos para sus tareas, como te elegí a ti. Y no has fracasado.

Mok pensó en aquello, luego se comunicó con una energía que le sorprendió.

-¡Entonces déjame continuar! ¡Dótame con lo necesario para ayudarles ahora!

-No es posible -le llegó la meditación de Ser.

Mok realizó un último esfuerzo.

-Pero tengo derecho a hacerlo. Soy su dios.

-No -respondió Ser-. Nunca has sido su dios. Fuiste elegido para ser lo que realmente fuiste... su demonio.

Demonio...

No hubo meditación ahora, sólo un exasperante vacío mientras Mok revisaba conceptos durante largo tiempo desechados de encarnaciones perdidas excepto en su inmutable memoria. Conceptos de *bien, mal, correcto, erróneo...* conceptos incorporados a las primitivas religiones de un millón de primitivos pasados. Dios surgió de esos conceptos, y también la inclusión de una fuerza opuesta. Y en todas las leyendas de cada uno de los miles de mitos, el esquema era el mismo. Un rebelde arrojado de los cielos para tentar con la enseñanza, para proporcionar el conocimiento prohibido como precio a su adoración. Un ser con la forma de una bestia, ocultándose en la oscuridad, en los profundos pozos donde los fuegos internos llameaban eternamente. Y él había sido ese ser; era cierto, era un demonio.

Sólo el orguflo le había cegado impidiéndole ver la verdad... el orgullo que lo había empujado a representar el papel de dios.

-Un orgullo del cual has sido purificado -prosiguió la meditación de Ser-. Ahora no puede captarse en ti más que piedad y compasión hacia esas criaturas y su peligro potencial. No puede captarse más que amor.

-Es cierto -asintió Mok-. Siento amor hacia ellos.

-Con tu ayuda -llegó la confirmación de Ser-, esas criaturas evolucionaron. Pero tú evolucionaste también... perdiendo tu orgullo, ganando amor. Siendo así, ya no puedes ser durante más tiempo su demonio. Tu utilidad aquí ha terminado.

-¿Pero qué ocurrirá?

La respuesta llegó no como una noción sino como una realización.

De pronto Mok ya no estuvo en el leonado cuerpo de la bestia. Estaba en la nave, flotando y mirando hacia abajo a aquel cuerpo; mirando hacia abajo a la criatura que agitaba su cola y alzaba sus protuberantes ojos. La criatura que contenía ahora la esencia de Ser.

Y Ser comunicó:

-Durante un tiempo tú ocuparás mi lugar, como en su tiempo deseaste. Sembrarás las estrellas, pondrás orden en el caos, conducirás a los otros en contemplación. Lo harás con armonía y con amor.

-¿Y tú? -preguntó Mok.

El ser en el cuerpo de la bestia formó una noción última:

-Tomaré tu papel y tu responsabilidad. Hay algo dentro de mí que debe ser también purificado, y quizá destruya mucho de lo que tú creaste aquí. Pero al final, incluso como su demonio, quizá pueda conducirles a la salvación definitiva. El ciclo cambia.

Mok tomó el control de la máquina celestial en la cual moraba su esencia, le ordenó elevarse, y como un carro de fuego ascendió a los reinos de gloria que lo aguardaban más allá de los cielos.

Mientras lo hacía, captó un último atisbo de Ser.

La bestia se había girado para descender la montaña. Pisando firme, el demonio estaba penetrando en su reino.

La comprensión de Mok vaciló. *¿Ciclo?* Ser había sido un dios y ahora era un demonio. Mok había sido un demonio y ahora era un dios. Pero nunca se hubiera convertido en un dios si Ser no hubiera deseado el cambio de papeles.

¿Había sido esa la intención de Ser durante todo el tiempo... permitir a Mok que evolucionara como demonio y luego usurpar su identidad?

En ese caso, Ser era realmente un demonio desde el principio, y Mok había estado también desde el principio en el lado opuesto, es decir había sido como un dios.

¿O eran todos ellos... Mok, Ser, los demás, incluso las primitivas criaturas mamíferas de aquel planeta, a la vez dioses y demonios?

Era un asunto, decidió Mok, que tal vez necesitara toda una eternidad de meditación...

* * *

Echenle a Judy-Lynn del Rey la culpa de este relato.

Judy-Lynn Benjamin era su nombre cuando la conocí en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1968. Era directora adjunta de Galaxy, y en su calidad de tal me pidió que le escribiera una historia para su revista. Fuera de su calidad de tal se convirtió instantáneamente en una tan buena amiga que ni yo ni mi mujer Elly hemos podido nunca negarle nada. Además, solapadamente, poco después me envió la ilustración de la cubierta de un próximo número de la revista, y me pidió que escribiera mi historia de acuerdo con ella.

Contemplando la extraordinaria ilustración de Reese que mostraba a una figura reptilesca enfundada en un traje espacial mientras un cohete abandonaba con grandes chorros surgiendo de sus toberas la superficie de un desolado planeta, me sentí atrapado y desesperado. Durante los últimos cuatro años había estado trabajando principalmente para el cine y la televisión, y había producido muy poca obra literaria escrita. Ahora me veía en la obligación de escribir no tan sólo un relato, sino uno que encajara específicamente con el tema de aquella ilustración. De hecho, me habían dicho: «Aquí está la carreta... ahora ponle un caballo para que tire de ella.» Y mi cabeza estaba vacía de ideas al respecto.

En tal situación hice lo que hubiera hecho cualquiera: me dejé ganar por el pánico.

De modo que me puse ante mi máquina, y escribí «Como un dios» de una sola sentada, para el número de abril de 1969.

Como habrán notado ustedes, este relato trata a la vez de Dios y del Demonio. Quizás en esta emergencia ambos se vieron obligados a una forzada colaboración a fin de que yo pudiera cumplir con mi encargo a tiempo.

A fin de concederle a Dios lo que es de Dios y al Demonio lo que es del Demonio, afirmo pues que, de este relato, hay que concederles ecuánimemente medio punto a cada uno.

LA GENTE EN LA PANTALLA

Dos mil estrellas.

Dos mil estrellas, quizá más, inmortalizadas en las aceras a lo largo del Hollywood Boulevard, cada placa de metal inscrita con el nombre de alguien importante en la industria del cine. Allí están, todos los nombres; desde Broncho Billy Anderson hasta Adolph Zukor, todos.

Todos excepto Jimmy Rogers.

Ustedes no encontrarán el nombre de Jimmy debido a que no era una estrella, ni siquiera un actor secundario... no era más que un extra.

-Pero lo merecería -me dijo-. Si alguien tiene derecho a figurar, ese soy yo. Empecé aquí en 1920, cuando era tan sólo un chiquillo. Si se fija usted bien, podrá verme entre la multitud que grita en *El signo del Zorro*. He aparecido en más de 450 películas desde entonces, y aún sigo en el candelero. No sé de nadie que pueda batir ese récord. Creo que eso debería darme derecho a algo.

Quizá lo debiera, pero la verdad es que no había ninguna estrella con el nombre de Jimmy Rogers, y eso de que aún sigue en el candelero no era más que una fanfarronada. Hoy en día Jimmy podía sentirse afortunado si le llamaban una o dos veces al año; simplemente no hay lugar para un torpe viejo veterano de barba blanca y piernas vacilantes, excepto en alguna que otra escena de saloon en algún que otro western.

La mayor parte del tiempo Jimmy se limitaba a pasear arriba y abajo por el boulevard; una incongruente figura alta y enhiesta entre la multitud de turistas, maricas y drogadictos. Vivía en Las Palmas, en algún lugar al sur de Sunset. Nunca estuve en su casa, pero puedo imaginar como era... uno de esos bungalows de estilo antiguo erigido en los tiempos en que intervenía en numerosas películas, y que aún se mantenía milagrosamente en pie, por la gracia de Dios y para la desgracia de las autoridades de la vivienda. Allí era donde Jimmy tenía su dirección, pero realmente no vivía allí.

Jimmy Rogers vivía en el Silent Movie.

El Silent Movie se encuentra cerca de Fairfax, y es el único lugar en la ciudad donde uno puede acudir y ver aún *El signo del Zorro*. Siempre pasan alguna que otra comedia de Chaplin, y normalmente también a Laurel y Hardy, junto con algún serial protagonizado por Pearl White, Elmo Lincoln u Houdini. Y los filmes estelares de la progración son realmente grandes: los primeros Griffith y DeMille, Barrymore en *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Lon Chaney en *El jorobado de Notre Dame*, Valentino en *Sangre y arena*, y un centenar más.

La programación cambia cada miércoles, y cada miércoles por la noche Jimmy Rogers estaba allá, pagando sus noventa centavos en la taquilla para ver *El pirata negro* o *El hijo del jeque* o *Los huérfanos de la tormenta.*

Vivir de nuevo.

Porque Jimmy no iba allí para ver a Doug y Mary o a Rudy o a Clara o a Gloria o a las hermanas Gish. Iba allí a verse a sí mismo, en las escenas de masas.

Al menos eso es lo que imaginé la primera vez que lo encontré. Estaban pasando *El fantasma de la ópera* aquella noche, y durante el intermedio salí a fumarme un cigarrillo, mientras contemplaba los carteles del vestíbulo.

Si me lo preguntaran bajo juramento, no sabría decir cómo se inició nuestra conversación, pero fue entonces cuando oí por primera vez la sempiterna historia de las 450 películas de Jimmy y de que aún seguía en el candelero.

-¿Me ha visto ahí dentro esta noche? -preguntó.

Le miré y agité la cabeza; incluso con su gastado traje de confección barata y su barba blanca, Jimmy Rogers no era el tipo en que uno repara en medio del público.

-Me temo que estaba demasiado oscuro -dije.

-Pero había antorchas -respondió Jimmy-. Yo llevaba una.

Entonces capté el mensaje. Salía en la película.

Jimmy sonrió y se alzó de hombros.

-Infiernos, siempre lo olvido. No puede haberme reconocido. Hicimos *El fantasma* allá por el veinticinco. Me veía tan joven que me pintaron un bigote con maquillaje y me plantaron una peluca negra. Es difícil distinguirme en las escenas de las catacumbas... los planos son demasiado generales. Pero hacia el final, cuando Chaney hace retroceder a la multitud, se me ve muy bien allá al fondo, justo a la izquierda de Charley Zimmer, el que agita el puño. Yo muevo mi antorcha de un lado para otro. Tuvimos un montón de problemas con esa película, pero esa toma salió a la primera.

En las siguientes semanas vi otras veces a Jimmy Rogers. A veces estaba allá arriba en la pantalla, aunque a decir verdad, nunca llegué a reconocerle; era un joven en aquellos films de los años veinte, y sus apariciones se limitaban a unos breves momentos, un rostro impreciso entrevisto entre una multitud.

Pero Jimmy estaba siempre entre el público, incluso cuando no actuaba en la película. Y una noche descubrí el porqué.

Era de nuevo el intermedio, y estábamos fuera en el vestibulo. Por aquel entonces Jimmy habla tomado la costumbre de hablar conmigo, y aquella noche habíamos permanecido sentados juntos durante el pase de *La carreta.*

Estábamos de pie fuera, y Jimmy me guiñó un ojo.

-¿No cree que era hermosa? -preguntó-. Las de ahora ya no lucen como ella.

Asentí.

-¿Lois Wilson? Muy atractiva.

-Estoy hablando de June.

Miré a Jimmy, y entonces me di cuenta de que no estaba parpadeando ni guiñándome ningún ojo. Estaba llorando.

-June Logan. Mi chica. Este fue su primer papel, la escena del ataque de los indios. Debía tener diecisiete años... yo aún no la conocía,

no nos encontramos hasta dos años más tarde, en el First National. Pero tiene que haberse fijado en ella. Era la que llevaba las largas trenzas rubias.

-Oh, *esa*. -Asentí de nuevo-. Tiene razón. Era encantadora.

Era una mentira, pues ni siquiera recordaba haberla visto, pero deseaba que el pobre viejo se sintiera bien.

-Junie aparece en un montón de las películas que pasan aquí. Y a partir del veinticinco actuamos en gran número de ellas juntos. Durante un tiempo hablamos de casarnos, pero ella empezó a subir, haciendo pequeños papeles, doncellas y cosas así, mientras que yo nunca pasé de extra. Ambos habíamos estado en el negocio el tiempo suficiente como para saber que las cosas no marcharían, si uno de nosotros se quedaba abajo y el otro empezaba una carrera.

Jimmy consiguió esbozar una sonrisa mientras se secaba los ojos con algo que en su tiempo pudo haber sido un pañuelo.

-Cree que estoy bromeando, ¿verdad? Sobre la carrera, quiero decir. Pero iba camino de ser grande, muy pronto hubiera empezado con segundos papeles.

-¿Qué ocurrió? -pregunté.

La sonrisa se disolvió y regresó el parpadeo.

-El sonido la mató.

-¿No tenía buena voz para el sonoro?

Jimmy agitó la cabeza.

-Tenía una gran voz. Le digo que estaba hecha para los segundos papeles... Intervino al menos en una docena de películas sonoras. Pero el sonido la mató.

Había oído aquella expresión miles de veces, pero ninguna de ese modo. Porque, por la forma como Jimmy contó luego la historia, eso era exactamente lo que había ocurrido. June Logan, su chica Junie, estaba en el set durante el rodaje de una dc aquellas primitivas cintas épicas. TODO HABLADO-TODO CANTADO-TODO BAILADO. El director y el equipo de cámaras deseando romper con la tiranía del micrófono estacionario, habían montado uno de los primeros micros móviles sobre una grúa. Tales cosas no eran aún un equipo standard, y aquello era un simple experimento. De alguna manera, durante una toma, el pescante de la grúa se rompió y cayó, aplastando en su caída el cráneo de June Logan.

La noticia nunca apareció en los periódicos, ni siquiera en los sindicales; el estudio acalló lo ocurrido y June Logan tuvo un discreto funeral.

-Eso fue hace cuarenta malditos años -dijo Jimmy-. Y aquí estoy yo ahora, llorando como si hubiera sido ayer. Pero era mi chica...

Y esa era la otra razón por la cual Jimmy Rogers acudía al Silent Movie. Para visitar a su chica.

-¿No lo ha visto usted? -me dijo-. Ella sigue viva ahí arriba en la pantalla, en todas esas películas. Exactamente igual a como cuando estábamos juntos. Cinco años estuvimos juntos, los mejores años de mi vida.

Podía entender aquello. Los dos enamorados, tanto mutuamente como del cine. Porque en aquellos días la gente se *enamoraba* del cine.

Y *entrar* realmente en él, actuar en las películas, aunque fuera en pequeños papeles, era para muchos lo más aproximado al séptimo cielo.

El séptimo cielo, otra película que vimos con June Logan en una escena de masas. En las siguientes semanas, con la ayuda de Jimmy, fui capaz de reconocer a su chica. Y decía la verdad... era una belleza. Cuando sabías quién era, cuando la veías, no la olvidabas. Aquellos rizos dorados, aquella sonrisa, la identificaban inmediatamente.

Un miércoles por la noche Jimmy y yo estábamos sentados juntos viendo *El nacimiento de una nación*. Durante una escena de calle, Jimmy golpeó mi hombro.

-Mire, ahí está June.

Miré fijamente a la pantalla, luego agité la cabeza.

-No la veo.

-Espere un segundo... ahí está de nuevo. Mire, a la izquierda, detrás del hombro de Walthall.

Hubo una imagen imprecisa, y luego la cámara siguió a Henry B. Walthall mientras éste se alejaba.

Eché una mirada de soslayo a Jimmy. Estaba levantándose de su asiento.

-¿Dónde va?

No me respondió, simplemente salió al vestíbulo.

Lo seguí, y lo encontré apoyado contra la pared bajo la marquesina, respirando pesadamente; su piel tenía el color de los pelos de su barba.

-Junie -murmuró-. La vi...

Inspiré profundamente.

-Escúcheme. Usted me dijo que su primera película fue *La carreta*. Fue filmada en 1923. Y Griffith rodó *El nacimiento de una nación* en 1914.

Jimmy no dijo nada. No había nada que decir. Ambos sabíamos lo que debíamos hacer... volver a entrar en el cine y ver de nuevo la película en el segundo pase.

Cuando la pantalla se iluminó de nuevo ambos miramos y esperamos. Miré a la pantalla, luego a Jimmy.

-Se ha ido -susurró-. No está en la película.

-Nunca estuvo -le dije-. Usted lo sabe.

-Sí. -Jimmy se levantó y salió a la noche, y no volví a verlo hasta la semana siguiente.

Pasaron aquel corto con Charles Ray... he olvidado el título, pero él hacía su acostumbrado papel de chico campesino, y había como clímax un partido de béisbol que se ganaba gracias a Ray.

La cámara dio un barrido por la multitud sentada en las gradas, y capté una momentánea visión de una chica sonriente con largos rizos dorados.

-¿La ha visto? -Jimmy aferró mi brazo.

-Esa chica...

-Era Junie. ¡Me guiñó el ojo!

Esta vez fui yo quien se levantó y salió del local. Él me siguió, y yo estaba parado frente al cine, mirando el cartel anunciador.

-Mírelo usted mismo -señalé al cartel-. Esta película fue rodada en 1917.-Me obligué a sonreír-. No olvide que había miles de encantadoras extras rubias en las películas, y la mayoría de ellas llevaban rizos.

Se quedó allí de pie, agitando la cabeza, sin escucharme, y apoyé una de mis manos en su hombro.

-Mire...

-He *estado* mirando -dijo Jimmy-. Semana tras semana, año tras año. Y usted debería saber la verdad. Ésta no es la primera vez que ocurre. Junie sigue apareciendo en película tras película que sé que nunca rodó. No tan sólo las anteriores, antes de que empezara a trabajar en ellas, sino las posteriores, durante los años veinte, cuando la conocí, cuando sabía exactamente en cuáles había intervenido. A veces es tan sólo como un destello, pero la veo... y luego ha desaparecido. Y en el próximo pase ya no vuelve.

»Y eso me ocurrió tantas veces que por un tiempo tuve miedo de acudir a una sesión de cine... imaginaba que me estaba volviendo loco. Pero ahora que usted también la ha visto...

Agité lentamente la cabeza.

-Lo siento, Jimmy. Yo nunca he dicho eso. -Le miré, señalé a mi coche que estaba aparcado en la esquina-. Se ve cansado. Vamos. Le llevaré a su casa.

Se le veía algo mucho peor que cansado; se le veía perdido y solo e infinitamente viejo. Pero había un terco brillo en sus ojos, y se mantenía en su terreno.

-No, gracias. Voy a entrar para la segunda sesión.

De modo que mientras me deslizaba tras el volante le vi dar media vuelta y entrar de nuevo en el cine, en el lugar donde el presente se convierte en el pasado y el pasado se convierte en el presente. Allá arriba en la cabina le llaman una máquina proyectora, pero en realidad es una máquina del tiempo; puede hacerte volver atrás, realizar trucos con tu imaginación y tus recuerdos. Una chica muerta hace cuarenta años vuelve de nuevo a la vida, y un viejo revive su desvanecida juventud...

Pero yo pertenecía al mundo real, y allí era donde debía permanecer. No fui al Silent Movie la semana siguiente, ni la otra.

Y la próxima vez que vi a Jimmy fue casi un mes más tarde, en los platós.

Estaban rodando un western, uno de mis guiones, y el director deseaba un poco de diálogo adicional para alargar una secuencia. Así que me llamó, y fui al lugar del rodaje, el rancho.

La mayoría de los estudios poseen un rancho permanente para las secuencias de acción de los westerns, y aquel era uno de los más antiguos; venía siendo utilizado desde los días del cine mudo. Lo que más me fascinaba era el fuerte de madera donde estaban rodando la escena de masas... podría jurar que recordaba haberlo visto ya en una de las primeras películas de Tim McCoy. De modo que después de conferenciar con el director y redactarle unas cuantas líneas extra de diálogo para los actores principales, fui a dar una vuelta por la parte de

atrás del fuerte, sólo por curiosidad mientras preparaban las siguientes secuencias.

En la parte delantera había la habitual confusión organizada; actores y técnicos agitándose en torno a los decorados, extras esparcidos por el suelo bebiendo café. Pero ahí atrás estaba yo solo, merodeando por mohosas estancias de paredes de madera construidas para ser usadas en films ya olvidados. Hoot Gibson había estado en aquel bar, y Jack Hoxie se había colgado de aquel candelabro en aquel salón de baile. Ahí estaba, cubierta de polvo, la mesa a la que se había sentado Fred Thompson, y en la esquina, en la cabaña cuya parte delanlera había sido eliminada para permitir la filmación...

En la esquina, en la cabaña cuya parte delantera había sido eliminada para permitir la filmación, se hallaba Jimmy Rogers sentado en el borde de un maltratado colchón, mirándome asombrado mientras yo avanzaba hacia él.

-¿Usted...?

Le expliqué rápidamente mi presencia. Él no tuvo necesidad de explicar la suya; los del reparto le habían llamado para un día de trabajo en las escenas de masa.

-Eso va a durar todo el día, y hace calor ahí fuera. Imaginé que aquí atrás estaría mejor y hasta podría echar una siestecita en la sombra.

-¿Cómo sabía dónde ir? -pregunté-. ¿Había estado aquí alguna vez antes?

-Seguro. Hace cuarenta años, en esta misma cabaña. Junie y yo acostumbrábamos a venir aquí durante la pausa de la comida y...

Se detuvo.

-¿Hay algo que va mal?

Algo *iba* mal. Con su maquillaje encima, Jimmy Rogers era la perfecta imagen del viejo vaquero curtido por el sol y el aire; pantalones de cuero, camisa con flecos, barba blanca incluida. Pero bajo el maquillaje había una innegable palidez, y las manos que sujetaban el sobre estaban temblando.

El sobre...

Me lo tendió.

-Esto. Será mejor que lo lea.

El sobre no estaba cerrado, no llevaba sellos ni dirección. Contenía cuatro páginas dobladas llenas con una menuda letra escrita a mano. Las saqué lentamente. Jimmy me miraba.

-Lo encontré aquí, en el colchón, cuando vine -murmuró-. Como si me estuviera esperando.

-¿Pero qué es? ¿De dónde viene?

-Lea y verá.

Mientras empezaba a desdoblar las páginas sonó el silbato. Ambos conocíamos la señal; la escena estaba preparada, todo listo para rodar, actores y extras que intervinieran debían presentarse ante las cámaras.

Jimmy Rogers se puso en pie y se marchó, un cansado viejo arrastrando los pies hacia el cáiente sol. Le hice un gesto con la mano, luego me senté en el maltratado colchón y abrí la carta. La tinta estaba

amarillenta y desvahida, y una fina capa de polvo cubría cada página. Pero aún podía leerse, palabra a palabra...

Querido:

He intentado llegar hasta ti hace tanto tiempo y de tantas maneras. Por supuesto te he visto, pero está tan oscuro ahí afuera que nunca puedo estar segura, y además tú has cambiado tanto con el pasar de los años.

Pero te he *visto*, muy a menudo, aunque siempre haya sido sólo por un breve instante. Y espero que tú me hayas visto también a mí, porque siempre intento guiñarte un ojo o hacer algún movimiento que atraiga tu atención.

Lo único es que no puedo hacer mucha cosa o mostrarme demasiado tiempo si no quiero crearme problemas. Ese es el gran secreto... mantenerte siempre en segundo plano, de modo que los otros no se den cuenta de tu presencia. No querría asustar a nadie, ni hacer que alguien empezara a preguntarse por qué hay más gente en el segundo plano de una escena de la que debería haber.

Eso es algo que tienes que recordar, querido, por si acaso. Siempre estarás a salvo mientras te mantengas lejos de los primeros planos. Las películas de época son las mejores... casi en todas tienes que agitar los brazos y gritar: «¡A la Bastilla!» o algo así. Es algo que realmente no importa excepto por aquellos que leen en los labios, puesto que se trata siempre de cine mudo, por supuesto.

Oh, hay un montón de cosas que ver aquí. Ser un extra en películas de época tiene sus ventajas, aunque no en las escenas de baile... hay que moverse demasiado. Me encantan también las fiestas, particularmente en las producciones de DeMille, donde siempre hay un gran jolgorio, o alguna de las orgías de von Stroheim. Claro que las escenas de von Stroheim siempre eran cortadas.

No duele el ser cortado, no lo interpretes mal. No es distinto que el fundido normal al final de la escena, y a partir de entonces eres libre de ir a otra película. Es como caer dormida y luego tener un sueño tras otro. Los sueños son las escenas, por supuesto, pero mientras las escenas se están desarrollando son reales.

Además, no soy la única. No puedo decirte cuántos otros hacen lo mismo: quizá centenares, por lo que sé, pero he reconocido a algunos y estoy segura de ello y pienso que algunos de ellos también me han reconocido a mí. Nunca dejamos a los demás que se den cuenta de que lo sabemos, porque no queremos que nadie sospeche.

A veces pienso que si pudiéramos hablar de ello, quizá podríamos comprender mejor cómo ocurre esto, y por qué. Pero todo estriba en que no *puedes* hablar, todo es silencioso; todo lo que haces es mover los labios, y si intentaras comunicar algo tan complicado a través de la pantomima seguramente llamarías la atención.

Creo que lo más cerca que puedo llegar de una explicación es decir que se trata de algo parecido a una reencarnación... puedes

representar un millar de papeles, aceptar o rechazar cualquiera que desees, siempre que sepas permanecer discreta y no hacer nada que pueda cambiar el conjunto de la película.

Naturalmente, llegas a cansarte de algunas cosas. El silencio, por ejemplo. Y si te metes en una mala copia todo fluctúa; a veces incluso el aire parece granuloso, y en determinadas secuencias puedes encontrarte empalidecida o fuera de foco.

Lo cual me hace recordar... otra cosa de la que hay que mantenerse alejada es de las comedias bastas. Las primeras cintas de Sennett son las peores, pero Larry Semon y algunos de los otros son tan malos como esas; toda esa acción desenfrenada termina volviéndote loca.

Una vez has aprendido a adaptarte, todo va bien, incluso cuando miras fuera de la pantalla al público. Al principio la oscuridad te asusta un poco... tienes que recordarte a ti misma que se trata tan solo de un cine y que simplemente hay gente ahí afuera, gente normal que está contemplando un espectáculo. Ellos no saben que tú puedes verles. Ellos no saben que, mientras dure tu escena, tú eres tan real como puedan serlo ellos, sólo que de una forma distinta. Tú andas, corres, sonries, frunces el ceño, bebes, comes...

Otra cosa que hay que recordar, acerca del comer. Tienes que mantenerte alejada de esas cintas de poca monta en las que todo es de imitación. Hay que ir a las películas en las que todo es auténtico, las grandes producciones con escenas de banquetes donde la comida es real. Si trabajas rápido puedes hacerte en unos pocos minutos con lo suficiente como para saciarte cuando estés fuera de cámara.

La gran regla es. sé siempre cuidadosa. No te dejes coger. Hay tan poco tiempo, y raramente tienes oportunidad de hacer nada por ti misma, ni siquiera en las secuencias más largas. Me ha tomado una eternidad el conseguir la oportunidad de escribirte... lo llevo planeado durante tanto tiempo, querido, pero hasta ahora no me ha sido posible.

Esta escena está rodada fuera del fuerte, pero hay mucha gente vestida de colonos y carromatos y demás, de modo que tengo oportunidad de deslizarme hasta aquí, hasta las estancias de atrás... están filmando planos generales durante toda la acción. He encontrado este papel y una pluma y estoy escribiendo tan rápido como me es posible. Espero que puedas leerlo. ¡Es decir, si tienes la suerte de encontrarlo!

Naturalmente, no puedo enviártelo por correo... pero he tenido una corazonada. Ya sabes, he visto que aún seguía en pie esta cabaña sin la parte delantera, el lugar adonde tú y yo solíamos ir en los viejos días. Voy a dejar esta carta bajo el colchón, y rezaré.

Sí, querido, rezo a menudo. Alguien o algo *sabe* de nosotros, y de cómo sentimos. De cómo sentimos acerca de estar en las películas. Por eso yo estoy aquí, estoy segura de ello; porque siempre amé tanto las películas. Alguien que sabe eso tiene que saber también que te amaba a ti. Y aún sigo amándote.

Creo que tienen que existir varios cielos y varios infiernos, cada uno de ellos construido por nosotros mismos, y...

La carta se interrumpía bruscamente allí.

No había firma, pero por supuesto no la necesitaba. Y tampoco hubiera demostrado nada. Un viejo solitario, alimentando su amor durante cuarenta años, manteniéndolo vivo en su interior hasta el punto de convertirlo en una alucinación visual allá en la pantalla... un hombre así podía concebiblemente llegar a una escisión esquizoide de su personalidad, hasta el punto de poder imitar la letra de una mujer y escribir aquella carta que racionalizara su obsesión.

Empecé a doblar la carta, luego la metí bajo el colchón cuando el agudo chillido de la sirena de una ambulancia me hizo saltar en pie.

Mientras corría hacia la parte delantera creía saber ya lo que iba a encontrar; la multitud apiñada en torno a la figura tendida en el polvo, bajo el ardiente sol. Los viejos se agotan fácilmente con ese calor, y cuando el corazón falla...

Jimmy Rogers parecía casi estar sonriendo en mitad de un tranquilo sueño cuando lo metieron en la ambulancia. Y aquello me alegró; al menos había muerto con sus ilusiones intactas.

-Simplemente se derrumbó en mitad de la escena. Estaba aquí, de pie, y al momento siguiente...

Seguían aún comentando y charloteando cuando me fui, regresé a la parte de atrás del fuerte y penetré de nuevo en la cabaña sin parte delantera.

La carta había desaparecido.

Rebusqué por todo el colchón, pero no etaba. Es todo lo que puedo decir. Quizá alguien había ido por allí mientras yo estaba en la parte delantera, viendo cómo se llevaban a Jimmy. Quizá un soplo de viento se la llevó a través del desierto. Quizá nunca hubo ninguna carta. Pueden pensar ustedes lo que quieran... yo simplemente me limito a relatar los hechos.

Y no hay muchos más hechos que relatar.

No asistí al funeral de Jimmy Rogers, si es que hubo alguno. Ni siquiera sé dónde fue enterrado; probablemente la Asociación del Film se hizo cargo de todo. Se desarrollaran como se desarrollaran esos hechos, no tienen importancia.

Durante algunos días no me sentí demasiado interesado en hechos. Estaba intentando responderme a algunas cuestiones abstractas sobre metafísica... reencarnación, cielo e infierno, la diferencia entre la vida real y la vida simulada. Sigo pensando en esas imágenes que todos podemos ver ahí en las pantallas, en esas viejas películas; imágenes de gente real representando vidas irreales. Pero después de que sus vidas reales han muerto, las vidas ficticias permanecen, y eso es también una forma de realidad. Quiero decir, ¿dónde está la frontera entre ambas? Y si existe una frontera... ¿es posible cruzaría? *La vida no es más que una sombra andante...*

Fue Shakespeare quien dijo eso, pero yo no estaba seguro de su significado.

Sigo sin estar seguro, pero hay otro hecho que debo consignar.

La pasada noche, por primera vez desde hace meses, desde que Jimmy Rogers muriera, volví al Silent Movie.

Estaban pasando *Intolerancia*, una de las obras maestras de Griffith. Allá en 1916, Griffith levantó el mayor decorado jamás visto en una pantalla... el enorme templo de la secuencia babilónica.

Hay una secuencia que nunca deja de impresionarme, y también lo hizo ahora; un plano general del altísimo templo, con miles de personas moviéndose como hormigas entre las gigantescas esculturas y colosales estatuas. En la distancia, detrás de las escalinatas guardadas por hileras de elefantes de piedra, sobre un grueso muro, había una gran cantidad de pequeñas figuras. Uno realmente tenía que mirar muy de cerca para individualizarías. Pero yo miré muy de cerca, y esta vez puedo jurar lo que vi.

Uno de los extras, de pie allá encima de la pared al fondo de la escena, era una sonriente muchacha con largos y ensortijados cabellos rubios. Y de pie a su derecha, junto a ella, con un brazo sobre el hombro de la muchacha, había un viejo alto de barba blanca. No hubiera reparado en ninguno de los dos, excepto por un detalle.

Ambos estaban saludándome con la mano...

* * *

Muy lejos y hace mucho tiempo -al otro lado del abismo generacional-, las películas mudas eran algo importante. Para la gente como yo, que creció en una época antes de que la radio, la televisión, el transporte aéreo, nos pusieran en contacto con los más alejados rincones de la tierra, las películas eran nuestro ventanal al mundo. Acudíamos regularmente a ellas, y las estrellas y demás actores que veíamos en la pantalla se convertían frecuentemente en algo más familiar para nosotros que nuestros propios primos, tíos y tías. Aprendimos a amar a los films, y a los actores que intervenían en ellos. Y para algunos de nosotros, los primeros amores duran eternamente.

Afortunadamente para mí, llegué a Hollywood justo a tiempo para conocer a algunas de las personas que personificaron las aventuras románticas en mi infancia. Nombres como Monte Blue, Francis McDonald, Chester Conklin y Julia Faye puede que no signifiquen nada para los jóvenes de hoy, pero yo los recuerdo con cariño. Y siempre me sentiré agradecido por haber tenido la oportunidad de desempolvar viejos recuerdos con Boris Karloff y jugar beisbol con Buster Keaton. En 1964, cuando Elly y yo nos casamos, nuestro pastel de boda fue el regalo de Joan Crawford. No tiene sentido negarlo; me atraen los viejos films mudos, y aquellas personas que los hicieron. Y creo que algo de este sentimiento rezuma a través de «La gente en la pantalla».

La idea en sí se me ocurrió debido a que he visto repetidamente algunos de mis films favoritos en sesiones retrospectivas... y cada vez he descubierto algo nuevo, algo que se me había pasado antes por alto.

Un día se me ocurrió preguntarme: ¿y si ese «algo» nuevo fuera en realidad la gente?

Tras eso, la historia se escribió por sí sola. Para aquellos que encuentren difícil reconciliarla con el tipo de cosas con las que normalmente se me asocia, sólo puedo decir que debió ser escrita en un día muy particular.

Para aquellos que creen que «Dios es amor», no habrá la menor duda acerca de cuál es la procedencia de esta historia en particular.

EL MAL DE OJO

Rod sacó el pollo del saco de arpillera y lo echó al pozo.

El pollo cacareó y agitó las alas, y Rod apartó rápidamente la vista. La boquiabierta multitud reunida en torno a las paredes de lona del pozo le ignoraron; ahora todos los ojos estaban clavados en lo que estaba ocurriendo allá abajo. Hubo un nuevo cacareo, un sonido áspero y rasposo, y luego una repentina y simultánea inspiración por parte de los espectadores.

Rod no tenía que mirar. Sabía que el monstruo había agarrado al pollo.

Entonces la multitud empezó a rugir. Era un ruido extraño, compuesto por gritos de mujeres, duras y fuertes risas bordeando la histeria, y profundos y roncos murmullos masculinos de impresionada consternación.

Rod también sabía lo que significaba aquel sonido.

El monstruo estaba arrancándole a mordiscos la cabeza al pollo.

Rod salió tambaleándose fuera de la pequeña tienda, sin mirar hacia atrás, dándole las gracias al frío aire nocturno que azotaba su sudoroso rostro. Su camisa estaba empapada bajo la ligera chaqueta de lana. Tendría que cambiarse de nuevo antes de subir a la plataforma de afuera para su siguiente perorata.

Ésta en sí no le preocupaba. Hablar siempre había sido su trabajo, y era bueno en ello; le gustaba examinar todos los pros y los contras y darle vueltas y más vueltas al asunto. De pie allá frente a las banderas color sangre y lanzando su discurso acerca de la Extraña Gente, siempre sentía que aumentaban sus fuerzas. Aunque sólo estuviera trabajando para un piojoso espectáculo de feria que nunca había actuado en ningún lugar más al norte de Tennessee. Durante tres temporadas consecutivas había estado con él, era un profesional, un auténtico artista de feria.

Pero ahora, repentinamente, algo estaba asustándole. No servía de nada engañarse, tenía que hacerle frente.

Rod tenía miedo del monstruo.

Cruzó por detrás de la tienda y avanzó en dirección a su pequeño remolque, tomando un pañuelo y secándose con él la frente. Aquello ayudó un poco, pero no podía secar el sudor que había dentro de su cabeza. El frío y viscoso miedo que ahora había siempre allí, noche y día.

Al infierno con todo aquello, no tenía sentido. El Monarca de los Alegres Espectáculos siempre había trabajado «fuerte»... allí en aquellas regiones agrestes podías llegar incluso hasta el asesinato, sobre todo si lo único que matabas eran pollos. ¿Y quién demonios se preocupaba por los pollos, después de todo? Los mataderos cortaban un millón de cabezas al día. Un pollo es simplemente un ave asquerosa, y un monstruo es simplemente un borrachín asqueroso. Un chupalicores que se asocia con un artista de feria, pone caras raras de tipo loco y da vueltas y más vueltas en el fondo de un recinto de lona mientras el otro

lanza su disertación a la multitud acerca de aquel feroz monstruo, medio hombre y medio bestia. Luego el conferenciante echa el pollo al pozo, y el monstruo cumple con su cometido.

Rod agitó la cabeza, pero lo que había dentro de ella se negaba a salir. Permanecía allí dentro, frío y viscoso y agazapado. Había estado allí constantemente desde el inicio de aquella temporada, y ahora Rod era consciente de que estaba creciendo. El miedo se iba haciendo mayor.

¿Pero por qué? Había trabajado con media docena de borrachines en los pasados tres años. Quizá decapitar a mordiscos a un pollo vivo no fuera exactamente la mejor forma de ganarse la vida, pero si al monstruo no le importaba, ¿por qué habría de preocuparle a él? Y Rod sabía que un monstruo no era realmente un ser embrutecido, sino tan sólo un desgraciado holgazán que había tenido mala suerte y se conformaba con lo que le saliera... dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de que le proporcionara su ración diaria de calientasesos.

Aquella temporada el monstruo que le acompañaba se llamaba Mike. Un tipo tranquilo que no se metía con nadie cuando no estaba trabajando; bajo el maquillaje aplicado con un corcho quemado, poseía el triste y arrugado rostro de un hombre de cincuenta años. Cincuenta duros años, quizá treinta de esos años de duro beber. Nunca hablaba, simplemente tomaba su botella y salía de la lona para dirigirse a uno de los remolques. Mirándole hacerlo, Rod nunca se sentía asustado; si acaso, experimentaba una cierta lástima hacia el pobre bastardo.

Sólo cuando el monstruo se hallaba en el pozo sentía Rod aquella bola de miedo crecer y desarrollarse. Cuando veía la lanuda peluca y el ennegrecido rostro, las manos pintadas que se abrían y cerraban con sus falsas garras... sí, y cuando veía la ferozmente sonriente boca abrirse para mostrar los amarillentos y cariados dientes, preparados para morder...

Oh, aquello le estaba carcomiendo, le aferraba cada vez más fuerte. Pero nadie más que él lo sabía. Y nadie debía saberlo. Rod no estaba dispuesto a hablarle de aquello a nadie de por allí, como tampoco tenía intención de ir a ningún arreglacabezas para decirle: «Hey, doc, ayúdeme... tengo miedo de estarme convirtiendo en un monstruo.» Se conocía mejor que eso. Ningún arreglacabezas podía ayudarle, y nunca aceptaría el embrutecerse para seguir viviendo. Arreglaría aquello por sí mismo; tenía que hacerlo, y deseaba hacerlo, y no quería que nadie se entrometiera en ello.

Rod subió los peldaños, quitándose la chaqueta y desabotonándose la empapada camisa mientras penetraba en la oscuridad del remolque.

Y entonces sintió las manos deslizándose por su pecho desnudo, moviéndose hacia sus hombros para abrazarle, y olió la fragancia, sintió el calor y la presión antes incluso de oír las palabras susurradas:

-Rod, querido... ¿te has sorprendido?

A decir verdad, Rod no se había sorprendido. Pero le complacía que ella hubiera estado aguardándole. La tomó entre sus brazos y pegó su boca a la de ella mientras se dejaban caer en el camastro.

-Cora -murmuró-. Cora...

-Chist. No es momento de hablar.

Tenía razón. No era el momento, porque tenía que estar de vuelta en la plataforma dentro de quince minutos. Y no era en absoluto una buena idea hablar, no con Madame Sylvia reptando por los alrededores y surgiendo de la nada justo cuando uno menos lo esperaba. ¿Por qué infiernos un dulce pájaro como Cora tenía que tener un viejo buitre como Madame Sylvia como abuela?

Pero Rod no pensaba en abuelas ahora, como tampoco pensaba en monstruos. Eso era lo que Cora hacía con él, eso era lo que Cora hacía *para* él, disolver el frío miedo y convertirlo en calor, a través de su contorsionante y deseable carne. En momentos como aquel Rod sabía que podía aislarse de todo, olvidarlo todo. Olvidarlo todo significaba estar con ella, y aquello era suficiente; aquello lo era todo.

Sólo fue más tarde, volviendo a ponerse la camisa, oyéndola a ella susurrar: «Por favor, cariño, apresúrate y sal de aquí antes de que ella venga a buscarme», cuando se preguntó si realmente se merecía todo aquello, todo aquel trastear apresurado en la oscuridad con una quinceañera que prácticamente manchaba sus pantalones cada vez que la vieja mujer cruzaba los ojos con ella.

Seguro, Cora era un buen asunto, casi hecho a su medida. Pero cuando uno pensaba detenidamente en ello se daba cuenta de que aún era una chiquilla, y nadie en su sano juicio se enredaría mucho con una cosa así. Además, ella era gitana, y eso le añadía nuevas complicaciones al hecho.

Mientras andaba de vuelta a la plataforma para el último espectáculo de la noche, Rod decidió que era el momento de enfriar un poco las cosas. Sería lo mejor.

Aquella noche la feria recogió velas y se dirigió a los terrenos del Condado de Mazoo para una estancia de diez días. Cada día tuvieron lleno, montones de palurdos que bajaban de las colinas de los alrededores; casi doscientas personas, noche tras noche, todas ellas hambrientas de acción.

Durante casi una semana Rod consiguió mantenerse alejado del camino de Cora sin que su intención resultara demasiado obvia. Su abuela estaba echando las cartas al otro lado de la feria, y se suponía que Cora la ayudaba; normalmente estaba demasiado ocupada como para escabullirse. En un par de ocasiones Rod la vio haciéndole señas desde atrás de la multitud que rodeaba su plataforma, pero siempre se las arregló para mirar hacia otro lado y pretender que no la había visto. Y en una ocasión la oyó arañar la puerta del remolque en mitad de la noche, pero aparentó que estaba dormido, aunque ella lo llamó por su nombre un par de veces, hasta que tras unos diez minutos se fue.

El problema era que Rod ya no podía dormir bien; parecía como si ahora cada vez que cerrara sus ojos no pudiera ver otra cosa más que el pozo, el borracho con el rostro ennegrecido y el pollo blanco.

Así que la próxima vez que Cora vino a arañar su puerta la dejó entrar, y por un momento estuvo fuera del pozo, a salvo en sus brazos. Y en vez del monstruo gruñendo y el pollo cacareando oyó su voz en la oscuridad, su cálida y suave voz, murmurando:

-¿Me quieres, Rod?

La respuesta surgió fácilmente, como siempre.

-Claro que te quiero. Ya lo sabes.

Los dedos de ella se aferraron en sus brazos.

-Entonces todo está bien. Podemos casarnos, y yo tendré el bebé...

-¿El bebé?

Se sentó de golpe.

-No quería decírtelo, cariño, no hasta que estuviera segura, pero ahora ya lo estoy. -Su voz era vibrante-. Simplemente piensa, querido...

Estaba pensando. Y cuando habló, su voz era ronca.

-Tu abuela... Madame Sylvia... ¿lo sabe?

-Todavía no. Deseaba que tú vinieras conmigo cuando se lo dijera...

-No le digas nada.

-¿Rod?

-No le digas nada. Líbrate de él.

-Cariño...

-Ya me has oído.

Ella intentó abrazarle, pero él se liberó, se puso en pie y tomó su camisa. Ella estaba llorando ahora, pero cuanto más fuerte sollozaba, más se apresuraba él en vestirse como si ella no estuviera allí. Como si ella no estuviera tartamudeando y balbuceando todas aquellas tonterías acerca de lo que pretendía decir, acerca de que él no podía hacer aquello, que debía escucharla, que si la vieja se enteraba la mataría.

Rod deseó chillarle que se callara, deseó abofetearle en la boca y *hacer* que se callara, pero consiguió controlarse. Y cuando habló su voz era tranquila.

-Tómatelo con calma, amor -dijo-. No permitamos excitarnos ahora. No hay ningún problema.

-Pero has dicho...

El palmeó su brazo en la oscuridad.

-Relájate, ¿quieres? No tienes nada de qué preocuparte. Me has dicho que la vieja no sabe nada. Librate de él, y nunca lo sabrá.

Cristo, era tan sencillo que incluso una sin seso como Cora debería entenderlo. Pero en vez de ello estaba llorando de nuevo, más fuerte que antes, y golpeándole con sus puños.

-¡No, no, no puedes obligarme a ello! Me dijiste que nos casaríamos, la primera vez que te dejé hacerlo me prometiste que nos casaríamos tan pronto como terminara la temporada...

-En lo que a mí respecta, la temporada acaba de terminar. -Rod intentó mantener controlada su voz, pero cuando ella vino de nuevo contra él, golpeando, hubo algo peor que sentir sus puños. No podía soportarlo por más tiempo; no sus golpes, no su húmedo lloriquear.

-Escúchame, Cora. Siento lo que ha pasado, ya lo sabes. Pero ni sueñes en el matrimonio.

La forma en que ella estalló entonces podía hacer pensar en que el mundo estaba llegando a su fin, y él tuvo que abofetearla fuertemente para evitar que toda la maldita región oyera sus chillidos. Se sintió despreciable por hacerlo, pero consiguió apaciguarla lo suficiente como

para poder sacarla de su remolque. Ella se alejó aún sollozando, pero muy suavemente. Y al menos había comprendido el mensaje.

Rod no la vio por los alrededores al día siguiente, ni al otro. Pero a fin de impedir que volviera a molestarle pasó ambas noches en el remolque del limpiabotas Donahue, jugando unas partidas con los muchachos. Pensó que si se presentaba algún problema y tenía que salir por piernas, mejor hacerlo con unos cuantos billetes extra por lo que pudiera pasar.

Sólo que las cosas no funcionaron exactamente así. Normalmente tenía bastante suerte con las cartas, pero en ambas noches la fortuna le volvió la espalda, y terminó debiendo sus próximas tres pagas. Aquello ya fue bastante malo, pero al día siguiente las cosas fueron peor.

Fue Tronco quien le dio la noticia.

Rod se dirigía hacia la tienda que ejercía de cocina-comedor para el desayuno cuando Tronco le llamó. Estaba tendido en un viejo camastro del ejército fuera de su remolque, con un cigarrillo en su boca.

-¿Tienes fuego? -preguntó.

Rod prendió un fósforo resguardándolo entre sus manos y luego se sentó a su lado, sabiendo que le tendría que ir quitando la ceniza mientras Tronco fumaba. Y un tipo nacido sin brazos ni piernas tiene también un ligero problema en arrojar luego la colilla.

Cosa curiosa, la Extraña Gente nunca había impresionado a Rod, sin importar lo extraño de su apariencia. Ni siquiera Tronco que era simplemente una cabeza viviente unida a un torso sin forma definida, le producía escalofríos. Quizá fuera debido al hecho de que al propio viejo Tronco no parecía importarle; simplemente daba por sentado que era un fenómeno. Y siempre había actuando con normalidad, no como aquel chupabotellas de monstruo que perseguía al aleteante pollo haciendo muecas con su ennegrecida cabeza y produciendo ruidos de animal loco cuando atrapaba a la pobre bestia...

Rod intentó rechazar el pensamiento y sacó un cigarrillo para él. Estaba prendiendo el fósforo cuando Tronco levantó la vista hacia él.

-¿Has oído la noticia? -preguntó.

-¿Qué noticia?

-Cora ha muerto.

Rod se quemó los dedos, y el fósforo cayó al suelo.

-¿Muerto?

Tronco asintió.

-La noche pasada. Madame Sylvia la encontró en el remolque tras la última función...

-¿Qué ocurrió?

Tronco se limitó a mirarle.

-Pensé que quizá tú pudieras decírmelo.

Rod tuvo que hacer un esfuerzo para que las palabras brotaran de su boca.

-¿Qué infiernos se supone que quieres decir con eso?

-Nada. -Tronco alzó los hombros-. Madame Sylvia le dijo a Donahue que la chica murió por perforación del apéndice.

Rod inspiró profundamente. Se obligó a sí mismo a parecer apenado, pero al mismo tiempo se sentía bien, tremendamente bien. Hasta que oyó a Tronco decir:

-Lo único es que nunca he oído a nadie que haya sufrido una perforación de apéndice a causa de una aguja de hacer media.

Rod avanzó una mano y retiró el cigarrillo de la boca de Tronco para quitar la ceniza. Su mano temblaba tanto que no tuvo que hacer nada excepto esperar a que cayera por sí sola.

-La historia del apéndice es sólo una excusa... Madame Sylvia no desea que corran rumores por ahí. -Tronco asintió mientras Rod volvía a meter el cigarrillo en sus labios-. Pero si me lo preguntas, te diré que lo sabe.

-Bueno, mira, si estás diciendo lo que yo creo que estás diciendo, será mejor que lo olvides...

-Seguro, ya lo he olvidado. Pero *ella* no va a olvidar. -Tronco bajó la voz-. El funeral será esta tarde, en el cementerio de aquí. Será mejor que dejes verte con el resto de nosotros, sólo para que no parezca extraño. Después de eso, mi consejo es que hagas las maletas y eches a correr.

-Hey, espera un minuto... -Rod fue a decir algo más, pero luego se preguntó, ¿para qué? Tronco *sabía*, y no tenía sentido aparentar delante de él-. No puedo echar a correr -dijo-. Le debo tres semanas de paga a Donahue. Si me largo él se encargará de hacer correr la voz, y no voy a encontrar trabajo en ninguna feria, no por esa parte del país.

Tronco escupió el cigarrillo. Fue a aterrizar en el suelo junto al camastro, y Rod lo aplastó con el zapato. Tronco agitó la cabeza.

-No te preocupes por el dinero -dijo-. Si no sales corriendo, no vas a volver a trabajar nunca más, en ningún sitio. -Miró cautelosamente a su alrededor, y cuando habló de nuevo su voz era apenas un susurro-. ¿No comprendes? Te vas a aplastar... te lo digo, Madame Sylvia sabe lo que ha ocurrido.

Rod no habló en un susurro.

-¿Esa vieja bruja? Tú mismo has dicho más de una vez que no desea saber nada con la poli, y aunque no fuera así, no puede probar nada. Así que, ¿a qué debo temerle?

-Al mal de ojo -dijo Tronco.

Rod parpadeó.

-¿Deseas que te lo deletree? Hace tres temporadas, justo antes de que tú te unieras al espectáculo, un tipo llamado Richey era el jefe de los montadores. Era un buen tipo, pero tenía un problema... le horrorizaban las serpientes. Por aquel entonces trabajaba también con nosotros Babe Flynn, tenía un puñado de boas constrictor, todas entrenadas para su acto y completamente inofensivas cuando ella estaba allí. Pero Richey tenía un pavor tan grande a las serpientes que ni siquiera quería acercarse al remolque de ella.

»Su equivocación fue acercarse demasiado al remolque de Madame Sylvia. Cora era más joven por aquel entonces, en plena floración podríamos decir, pero aquello no retuvo a Richey. No ocurrió nada serio entre ellos, tan sólo palabras. Ignoro cómo lo supo la vieja, y cómo supo

que a él le aterraban las serpientes, puesto que él siempre había intentado ocultarlo, por supuesto.

»El caso es que una tarde, el último día de nuestra estancia en Red Clay, Madame Sylvia dio un pequeño paseo hasta el remolque de Richey. Él estaba fuera, afeitándose, con un espejito colgado de su puerta.

»Ella no le dijo nada, ni siquiera le miró... simplemente se quedó mirando a su reflejo en el espejo. Luego hizo un par de pases y murmuró algo para sí misma, y siguió andando. Eso fue todo.

»A la mañana siguiente, Richey no apareció. Lo encontraron tendido en el suelo dentro de su remolque, hecho papilla. La mitad de sus huesos estaban rotos, y la forma en que su cuerpo había sido aplastado hacía pensar en que una docena de boas constrictor se habían encargado concienzudamente de él. Vi su rostro, y te juro que no era en absoluto agradable.

La voz de Rod era ronca.

-¿Quieres decir que la vieja envió a aquellas serpientes contra él?

Tronco agitó la cabeza.

-Babe Flynn mantenía a sus serpientes encerradas bajo llave en su propio remolque, y nadie podía abrir aquella puerta excepto ella. Juró y perjuró que nadie se había acercado a ellas aquella noche, y si lo hubiera hecho y hubiera sido capaz de liberarlas no hubiera conseguido volver a encerrarlas de nuevo. Y allí estaban ellas, tranquilas y plácidas. Pero Richey estaba muerto. Y eso es lo que quiero decir con el mal de ojo.

-Mira -Rod le estaba hablando a Tronco, pero deseaba oírse él también-, Madame Sylvia es simplemente otra echadora de cartas, que lo único que sabe hacer es decirle la buenaventura a los imbéciles. Toda esa palabrería acerca de las maldiciones de las gitanas...

-De acuerdo, de acuerdo -Tronco se alzó de hombros-. Pero si yo fuera tú echaría a correr, y aprisa. Y hasta que hiciera eso, no permitirla que la vieja me hallara frente a ningún espejo.

-Gracias por el consejo -dijo Rod.

Mientras se alejaba, Tronco dijo a sus espaldas:

-Te veré en el funeral.

Pero Rod no fue al funeral.

No era que tuviera miedo de nada; simplemente no le gustaba la idea de estar de pie junto a la tumba de Cora, con todo el mundo mirándole como si supieran. Y por supuesto lo sabían, todos ellos. Quizá lo más juicioso fuera largarse de allí como había dicho Tronco pero no ahora. No hasta que pudiera pagar lo que le debía a Donahue. Durante las siguientes tres semanas simplemente tendría que apechugar.

Mientras tanto, vigilaría sus pasos. No era que creyera aquella estúpida historia acerca del mal de ojo.. Tronco simplemente estaba metiéndole miedo en el cuerpo, todo aquello era una tontería. Pero no le haría ningún daño ser precavido.

Fue por eso por lo que se afeitó temprano para el espectáculo de aquella noche. Sabía que la vieja estaba en el funeral con todos los

demás; así que no podría aparecer a sus espaldas para capturar su alma a través de su reflejo en el espejo…

¡Maldita sea, no lo conseguiría!

Rod se hizo una mueca a su imagen en el espejo. ¿Qué infiernos le estaba pasando? Él no creía en absoluto en aquellas tonterías de maldiciones.

Pero había *algo* que no iba bien allí. Porque, por un momento, cuando Rod miró al espejo no se vio a sí mismo. En su lugar contempló un rostro ennegrecido, luciendo una sardónica sonrisa, con ojos sanguinolentos y una retorcida boca que se abría para mostrar unos colmillos amarillentos…

Rod parpadeó, y el rostro desapareció; era su propio reflejo el que lo miraba al otro lado del cristal. Pero su mano estaba temblando, y tuvo que dejar la navaja.

Su mano seguía temblando todavía cuando se tendió hacia la botella en el estante de arriba, y derramó más whisky del que consiguió meter dentro del vaso. Así que tomó un trago directamente de la botella. Y luego otro, hasta que sus manos fueron firmes de nuevo. Es bueno para los nervios, un trago aquí y otro allá. Sólo tienes que vigilarte un poco, no dejar que te domine. Porque si te domina, dependerás de él, y algún día antes de que te des cuenta de lo que está sucediendo te encontrarás metido debajo de una lanosa peluca y con la cara ennegrecida, allá abajo en el pozo, esperando a que te lancen el pollo blanco…

Al infierno con todo eso. No iba a ocurrir nunca. Sólo un par de semanas y se iría de allí, se acabarían las ferias, nadie volvería a molestarle. Todo lo que tenía que hacer ahora era mantener su sangre fría y ser un poco precavido.

Rod fue muy precavido aquella noche cuando subió a su plataforma y ajustó el micro para empezar a hablar. De pie frente a las rojas banderas, se sintió bien, muy bien, y el par de tragos extra que había tomado directamente de la botella sólo para asegurarse parecían haber eliminado aquella bola de miedo en el interior de su cabeza. Era fácil hacer su discurso acerca de la Extraña Gente… «Todos ellos dentro de aquí, muchachos, *dentro* de aquí»… y observar a los primos tragar el anzuelo y entrar. Los primos… *ellos* eran los auténticos fenómenos, sólo que no lo sabían. Pagando su entrada para ver a los pobres diablos como Tronco, y luego pagando una entrada extra para la ATRACCIÓN SUPLEMENTARIA ESPECIAL, SÓLO PARA ADULTOS, en el pozo de paredes de lona dentro de la otra tienda. ¿Qué tipo de pervertido podía pagar dinero para ver a un monstruo? ¿Qué le ocurría a toda aquella gente?

¿Y qué le ocurría a él? De pie allí junto al pozo, sujetando el saco de arpillera y sintiendo al pollo agitarse dentro indefenso, Rod notó que el miedo volvía a adueñarse de él. No deseaba mirar al interior del pozo y ver al monstruo agazapado allí, gruñendo y haciendo muecas como un auténtico hombre salvaje. Así que en vez de ello miró a la gente, y aquello fue mejor. La gente no sabía que él tenía miedo. Nadie sabía que estaba asustado, allí a solas con lo que le aterraba.

Rod le habló a la gente, haciendo su discurso, y sus manos empezaron a trastear con la cuerda que cerraba el saco de arpillera, preparándose para abrirlo y echar el pollo al interior del pozo.

Y entonces fue cuando *la* vio.

Estaba de pie a un lado, justo al extremo de la lona; tan sólo una pequeña y arrugada vieja vestida de negro, con un chal negro cubriendo su cabeza. Su rostro estaba contraído, su piel era oscura y correosa, fruncida en una mueca constante. Una vieja, alguien a quien nadie le habría concedido una segunda ojeada, pero Rod la miró.

Y ella lo miró *a él.*

Era curioso que nunca he hubiera fijado antes en los ojos de Madame Sylvia. Eran grandes y marrones y miraban fijamente... y ahora le estaban mirando directamente a él, directamente *a través* de él.

Rod apartó su mirada, obligó a sus dedos a abrir el saco. Durante todo el tiempo, mecánicamente, había seguido hablando, terminando con su perorata mientras agarraba al pollo, lo sacaba, arrojaba la agitada y cacarente criatura a aquella otra criatura en el pozo... aquella criatura que gruñía y agarraba y oh Dios mío mordía furiosamente...

No podía mirar y tuvo que girar su cabeza, viendo de nuevo a la multitud gritar y estremecerse y agitarse. Y *ella* seguía aún allí, seguía mirándole todavía.

Pero ahora su mano parecida a una garra se movió, se movió por encima del borde de la lona para extender un índice y señalar. Rod sabía a lo que estaba señalando; estaba señalando al pozo del monstruo. Y aquel rostro contraído *podía* cambiar su expresión, puesto que ahora estaba sonriendo.

Rod se giró y salió corriendo al exterior, a la noche.

Ella sabía.

No tan sólo acerca de él y Cora, sino acerca de todo. Aquellos ojos que le habían mirado a él y a través de él habían mirado también *dentro* de él... habían mirado dentro y habían descubierto su miedo. Por eso había señalado y había sonreído; sabía qué era lo que más temía en el mundo.

Las luces de la feria brillaban, pero estaba oscuro entre las paredes laterales de lona de las tiendas, excepto allá donde una mancha de luz lunar se reflejaba en el gran barril de agua situado cerca de la gran tienda de la cocina-comedor.

El rostro de Rod estaba empapado de sudor; se dirigió hacia el barril y mojó su pañuelo en el agua para refrescar su frente. Tenía tiempo para ir a tomar otro trago, y luego la próxima función. Debía tranquilizarse.

El agua fría ayudó a aclarar su cabeza, y volvió a mojar su pañuelo en el agua. Aquello estaba mejor. No tenía sentido perder el control simplemente porque una estúpida vieja le hubiese lanzado una rencorosa mirada. Aquellas historias acerca de las gitanas y la mirada diabólica y el mal de ojo eran simples cuentos. Y aunque *hubiera* algo de ello, no iba a dejar que lo atrapara. Lo único que tenía que hacer era evitar el situarse frente a un espejo.

Entonces miró al agua en el barril, vio sus rasgos reflejados a la luz lunar. Y vio también el rostro de ella, de pie inmediatamente detrás de él. Sus ojos le miraban fijamente, y su boca estaba murmurando algo, y sus manos se elevaron haciendo pases en el aire. Haciendo pases como una vieja bruja, para convertirlo a él en un monstruo a través del mal de ojo...

Rod se giró, y aquello fue lo último que recordó. Debió perder el conocimiento y caer, ya que cuando volvió en sí seguía aún en el suelo.

Pero el suelo era de algún modo distinto al que rodeaba las tiendas; estaba cubierto de serrín. Y la luz era más intensa, brillaba directamente sobre él entre las paredes de lona del pozo.

Estaba en el pozo.

Se dio cuenta de ello y miró hacia arriba, sabiendo que era demasiado tarde, que ella lo había atrapado, que ahora estaba en el cuerpo del monstruo.

Pero había algo desconcertante a su alrededor; el pozo era más profundo, las paredes de lona mucho más altas. Todo parecía más grande, incluso el confuso montón de rostros apiñados a los lados del pozo allá arriba, a lo lejos. *Allá arriba, a lo lejos...* ¿por qué era tan pequeño?

Entonces desvió los ojos cuando oyó el gruñido. Rod giró su cabeza y miró de nuevo hacia arriba, justo a tiempo para ver el ennegrecido rostro y su sonrisa sardónica inclinándose sobre él, la gigantesca boca abriéndose para mostrar los cariados y amarillentos dientes. Sólo entonces se dio cuenta Rod de lo que realmente le había hecho ella, cuando las enormes manos lo agarraron y tiraron de él. Por un momento cacareó y agitó alocadamente sus alas.

Entonces el monstruo le arrancó la cabeza de un mordisco.

* * *

Hace ya tiempo, en 1946, el experto literario Christopher Morley escandalizó a sus compañeros de crítica declarando lisa y llanamente que el Sendero de pesadilla de William Lindsay Gresham era la mejor novela del año.

Estoy de acuerdo con él. La gente que tan sólo conoce la obra por haber visto en la televisión el film de Tyrone Power no puede darse cuenta de lo que se ha perdido no leyendo el libro. Se lo juro, Bill Gresham es un escritor infernalmente bueno.

Aunque nunca nos hemos conocido personalmente, hemos intercambiado una correspondencia intermitente a lo largo de los años. Me sorprendió saber que Gresham y su esposa eran aficionados a la revista Weird Tales: incluso tenían un ejemplar de mi primer libro, El que abre el camino, lo cual me halagó enormemente.

En cuanto a la obra de Gresham, es indudablemente responsable en parte, por influencias de estilo, de mi propia primera novela, El chal, que Dial Press publicó en el 47. Y como el fallecido Henry Kuttner, me sentía fascinado por su relato de los monstruos de las ferias. Algunas

veces rocé el tema en historias propias, pero no fue hasta febrero de 1970 que mi propia visión particular apareció en la revista Fantastic.

Ahora puede que se produzca una cierta controversia acerca de lo que vino primero, si el pollo o el monstruo, pero estoy seguro de que queda poco espacio para la duda respecto a la fuente estricta de esta historia en particular.

Puede que Gresham me la inspirara, pero sin lugar a dudas el Demonio me empujó a escribirla.

Y el coronel Sanders nunca la aprobaría.

EN LAS CARTAS

-¿El sábado por la noche? -dijo Danny-. ¿Qué quiere decir, que voy a morir el sábado por la noche?

Danny intentó enfocar sus ojos en la vieja mujerona, pero no lo consiguió... estaba demasiado impresionado. Ella era apenas una gruesa forma imprecisa, al igual que las cartas esparcidas sobre la mesa entre ellos.

-Lo lamento de veras -murmuró la vieja mujerona-. Yo sólo puedo leer lo que veo. Está en las cartas.

Danny se agarró al borde de la mesa y se puso en pie. El olor a incienso en la penumbrosa habitación le estaba poniendo enfermo. No era fácil permanecer de pie y no era fácil reír, pero consiguió ambas cosas.

-Al infierno con usted, hermana. Con usted, y también con las cartas.

La vieja mujerona se le quedó mirando, pero no había irritación en sus ojos, sólo compasión, y en cierto modo eso era aún peor.

-No pienso morirme el sábado por la noche -le dijo Danny-. No yo. Está usted hablándole a Danny Jackson, ¿recuerda? Soy una estrella. Una gran estrella. Y usted, usted, es tan sólo una...

De pie allí, tambaleándose en la oscuridad, le dijo lo que ella era, utilizando un vocabulario sazonado y enriquecido por treinta años de tablas.

Los ojos de la mujer ni siquiera parpadearon, su mirada no vaciló, y en su expresión siguió sin aparecer nada excepto piedad, hasta que finalmente él se quedó sin aliento.

Entonces salió corriendo de la maloliente habitación, con la piedad de la vieja mujerona persiguiéndole.

-Morirá usted el sábado por la noche.

Maldito eco en sus oídos, incluso cuando puso en marcha su Ferrari y lo apartó rugiendo del bordillo. El coche dio un bandazo, jugando a pisar la línea amarilla; afortunadamente era tarde y la calle estaba vacía de tráfico.

Era tarde y él estaba borracho, borracho hasta más allá de lo que podía soportar. Tenía que estarlo, o nunca hubiera conducido todo el maldito camino hasta South Alvarado sólo para sacar a una farsante, a una charlatana echadora de cartas, fuera de la cama y darle un billete de cincuenta dólares para recibir una estúpida predicción, la vieja bruja, la vieja puta...

Pero todas ellas eran unas putas, todas en absoluto, y Lola era la peor.

Danny se dirigió hacia Bel Air, evitando Sunset y subiendo por Pico hasta que pudo atajar por una calle lareral a través de Westwood. Cuando uno está cargado aprende los caminos más adecuados para tomar, los caminos que lo conducirán a uno con seguridad a través de las calles, con seguridad a través de los minutos y de las horas y de los

días y de las noches, incluso cuando tus nervios están chillando y LoJa está chillando también.

Y por supuesto Lola *estaba* chillando, lo había estado esperando y lo soltó apenas él abrió la puerta delantera.

-Maldita sea, ¿dónde estabas, no te das cuenta de que tienes una cita mañana por la mañana a las seis...?

Hubo más cosas, pero Danny les cerró la puerta, la puerta de la habitación de los huéspedes. No había dormido en la misma cama que Lola desde hacía tres meses, y no era simplemente por lo que el doctor Carlsen le había dicho acerca de su corazón.

Era mejor allí en el dormitorio, quitarse las ropas y dejarse caer en la vieja y amplia cama, lejos de las putas, lejos de las brujas.

Sólo que las brujas no querían alejarse. Allí en la oscuridad, Danny podía ver de nuevo aquellos ojos, mirándole como si comprendieran, como si ella *supiera*. Pero nadie sabía lo que el doc le había dicho, ni siquiera Lola, ni siquiera en el estudio, ni siquiera su propio agente. Así que, ¿cómo podía aquel viejo saco echarle una mirada y adivinarlo?

En las cartas. Está en las cartas.

Sus ojos, recordó sus ojos cuando se lo dijo. Eran tan profundos y negros. Negros como el as de espadas yaciendo allí sobre la mesa. La reina de espadas había aparecido también, y fue entonces cuando ella le dijo que moriría el sábado por la noche.

Mañana era miércoles. Miércoles, jueves, viernes, sábado...

Al infierno con todo aquello. Eso era lo que le había dicho a aquella vieja embaucadora y eso era lo que se había dicho a sí mismo. Mañana era miércoles, y haría mejor en pensar en aquello; Lola tenía razón, tenía una cita a las seis en punto, debía efectuar la prueba, y aquello era lo que contaba. No contaban los días hasta el sábado, sino tan sólo las pocas horas que faltaban para aquella prueba.

Miércoles. Llamado así en honor a Mercurio, el mensajero de los dioses. El nombre de Danny había sido antiguamente Kuhlsberg, no Jackson, y lo sabía, podía recordarlo. Miércoles significaba mensaje, y seguía pensando en ello, en el mensaje, cuando saltó de la cama, con la cabeza aún pulsándole horriblemente. Por fortuna pudo deslizarse fuera antes de que Lola se despertara, y condujo por las brumosas calles antes de que el tráfico empezara a invadir la autopista de San Diego.

Y la lucha empezó. La lucha de sonreír allí bajo los focos mientras Benny aplicaba el maquillaje y daba los últimos toques a sus sienes. Transpiraba, pero era tan sólo el alcohol rezumando fuera de su cuerpo, no era el sudor del nerviosismo, Danny no tenía nada de qué inquietarse. La prueba era únicamente una formalidad, todo lo que deseaban eran seis minutos de película para mostrársela a los directivos de la cadena y a la gente de la agencia en Nueva York. La serie estaba firmada, Fischer se lo había dicho la semana pasada, y Fischer nunca le había engañado. Era el condenado mejor agente en aquel negocio. Así que nada de pánico, se sabía el texto, todo lo que tenía que hacer era entrar en el plató y situarse en escena. Si había algún olvido, Joe Collins se encargaría de cubrírselo. Joe era un buen hombre, nunca llegaría a un puesto estelar pero un auténtico

profesional. Y Rudy Moss era un director condenadamente bueno y un viejo amigo suyo. Todos eran amigos suyos allí, y todos ellos sabían cuánto se jugaban en aquella serie.

-Listos para usted, señor Jackson.

Danny sonrió, se puso en pie, avanzó hacia donde estaba Joe Collins aguardándole en el plató. Localizó sus marcas de tiza, alguien de la unidad de cámaras cambió la cinta, bajaron la jirafa y comprobó su voz. Luego encendieron las luces y Rudy Moss dio la señal de acción, y rodaron.

Rodaron, y él lo estropeó.

En la primera toma olvidó el cigarrillo. Cortaron y empezaron de nuevo el principio, y se confundió y cruzó por delante de Joe, saliéndose del campo de la cámara antes de darse cuenta de ello. Así que rodaron de nuevo, y esta vez estaba tenso y a Moss no le gustó como había quedado, así que volvieron al principio una vez más. Entonces Danny empezó a olvidar líneas del texto... pero esas cosas pasan. El único problema era que debía permanecer allí debajo de aquellas luces y todo eran interrupciones cuando un plano no salía o fallaba el sonido y alguien interrumpía en mitad de su largo parlamento y entonces Joe daba el pie y la idiota de la script girl se equivocaba en el apunte y él estaba sudando, realmente estaba empapado, y empezaba a crispar las manos y Moss era muy paciente y era ya la Toma Dieciséis y no se hacía una pausa para comer y podía ver las miradas de toda la gente clavadas en él y finalmente lo dieron por bueno a las tres treinta, ocho horas y media para un asqueroso trozo de diálogo, simplemente un par de planos generales y primeros planos, y era un fracaso.

Todo el mundo fue muy educado y le dijeron, «Buen trabajo, señor Jackson», y, «Excelente», y «Lo conseguiste, muchacho», pero Danny sabía que no lo había conseguido.

La lucha había terminado, y había perdido.

No tenía sentido volver a casa porque Lola le preguntaría cómo le había ido y era probable que Fischer hubiera llamado y al infierno con todo ello. Había una pequeña taberna allá junto al océano, más abajo de Malibu, donde las luces eran agradables y suaves y uno podía conseguir un buen bistec para acompañar a los martinis.

Aquella era la respuesta correcta, y cuando rayó un guardabarros saliendo del aparcamiento después que hubieran cerrado el establecimiento no le importó. Lola no estaba esperándole aquella noche... infiernos noche, era casi el amanecer. Jueves por la mañana... pero la cama en la habitación de los huéspedes era más acogedora que nunca.

Hasta que cerró los ojos y vio lo que había en las cartas. Jueves por la mañana. *Jueves. Y dos días después de hoy...*

Si la vieja puta era tan buena leyendo la buena fortuna, si podía verlo todo en las cartas, ¿por qué no le había hablado de la prueba? Aquel era un *auténtico* asunto de vida o muerte para él, y ella ni siquiera lo mencionó. Claro que no lo hizo; ¿qué podía ver ella o cualquier otro en un piojoso mazo de cartas? Eso era todo lo que eran,

un mazo de cartas, y ella era simplemente una engañabobos y el sábado era tan sólo otro día de la semana.

Y hoy era jueves. Jueves al mediodía ahora, con Danny levantándose pesadamente y dirigiéndose al cuarto de baño y metiéndose bajo la ducha y lavándose y vistiéndose y bajando tambaleante las escaleras y encontrando la nota y leyéndola dos veces, tres veces, antes de captar finalmente su significado.

Lola se había ido. Lo había abandonado. *«Lo siento... intenté hacer algo... no puedo quedarme cruzada de brazos viendo como tú te destruyes a ti mismo... por favor... necesitas ayuda... intenta comprender»*. Dios, las frases de aquella nota, como un diálogo cotidiano. Pero había algo más. Lola se había ido.

Danny llamó a la madre de ella en Laguna. No obtuvo respuesta. Luego intentó en casa de su hermana en Arrowhead. Nada. Por aquel entonces se había dado cuenta ya que ella se había llevado todas sus cosas, absolutamente todas; debía haber necesitado todo el día para cargar el coche. Aquello significaba que probablemente había estado planeando su marcha durante semanas. Lo que tendría que hacer ahora sería llamar a algún buen abogado, uno de esos chicos brillantes. Cristo, lo menos que hubiera podido hacer hubiera sido esperar a ver si conseguía la serie.

¡La serie! Danny lo recordó en aquel momento, se suponía que debía estar en la Sala de Proyección número Nueve a las dos en punto; iban a pasar la prueba.

Pero era ya la una pasada y, además, no necesitaba ver la filmación. Sabía lo que había dentro de la lata... seis minutos de basura.

Así que en vez de ello tomó el coche y se fue a Scandia a comer; al menos su intención era ir a comer, pero a última hora de la tarde no había pasado todavía del bar.

Allí fue donde lo encontró su agente, en algún punto entre el quinto y el sexto bloody mary.

-Pensé que te encontraría aquí -dijo Fischer-. Vámonos.

-¿Adónde?

-Arriba, a mi oficina. Odiaría tener que ofrecer a toda esa gente educada el espectáculo de darte un puñetazo en la boca.

-Déjame en paz, Fischer.

-Una mierda voy a dejarle en paz. -Arrancó a Danny del taburete-. Vamos.

La oficina de Fischer estaba en el Strip, a tan sólo unas pocas manzanas de distancia. Pero cuando llegaron allí, Danny estaba a la defensiva; sabía lo que iba a decir Fischer.

-Nada de llamadas -le dijo Fischer a la chica de la entrada. Luego condujo a Danny a su oficina privada *detrás* de su oficina privada y cerró la puerta.

-Muy bien -dijo Fischer-. Ahora cuéntame.

-¿Viste la prueba?

Fischer asintió, esperando. Su boca exhibía una mueca, pero la dureza de su rostro y la dureza de sus palabras nunca habían engañado a Danny; sabía que eran simplemente una pose. En su

interior Fischer era un tipo blando, siempre preocupado por sus clientes. Podía verse la compasión en sus ojos, estaba allí ahora, la misma mirada de piedad que había exhibido la echadora de cartas...

Danny intentó explicar lo de la echadora de cartas, pero sabía cómo sonaría allí, y además no serviría de nada. Todo lo que pudo hacer fue decir:

-No estaba borracho. Juro por Dios que no estaba borracho.

-Lo sé. Y nadie ha dicho que lo estuvieras. Me hubiera gustado que lo *hubieras estado*... te he visto representar una escena con un par de tragos en la barriga y hacer algo grande. -Fischer agitó la cabeza-. Todo el mundo en el plató sabía que algo iba mal contigo ayer, pero eso no importa. El problema es que todo el mundo en la sala de proyección ha podido verlo hoy, allí en la pantalla. Estás acabado.

-¿Tan malo fue, eh?

-¿Malo? -Fischer suspiró, girando su silla para enfrentarse a Danny-. ¿No puedes imaginártelo por ti mismo, Danny? Un tipo hace tres películas seguidas, todas ellas grandes éxitos, y luego de repente eso. Seguro, sé que el asunto de la Metro no fue culpa tuya, pero la noticia está ahí, y no he recibido ninguna oferta en seis meses. Cuando esto ocurre en el mundo del cine, uno está acabado. Moynihan me ha dicho...

-Al infierno Moynihan -dijo Danny-. Es el encargado de mis finanzas. Ni siquiera tendría que hablar contigo.

-¿Con quién quieres que hable si tú no le escuchas? -Fischer abrió una carpeta de encima de su escritorio, le echó un vistazo a una hoja mecanografiada-. Debes ochenta y tres de la casa y nueve de los coches. Estás empeñado con los muebles, son otros veinte incluida la decoración. Tu cuenta está por debajo de cero. Y si te retiran tus cartas de crédito, no vas a poder comprarte ni una pasta en Linny's.

¿Cartas? ¿Por qué había tenido que mencionar las cartas? Danny sintió una oleada de calor y se aflojó el cuello.

-Que ejecuten -dijo-. Lo que necesito es romper con todo.

-Vas a romper con todo. -Fischer le estaba mirando desde el otro lado del escritorio, exactamente igual a como le había mirado la vieja mujerona desde el otro lado de las cartas-. Durante tres meses he estado batallando con los de la televisión para conseguirte un buen contrato: salario, participación... no hace falta que te diga lo que he tenido que batallar. De haber funcionado, tenías todos tus problemas resueltos de por vida.

¿Vida? ¿Supongamos que sólo me quedan otros dos días? El pecho de Danny pulsaba violentamente, ya no podía resistir más aquello, pero tenía que seguir escuchando. Como a través de una niebla vio el dedo de Fischer apuntando hacia él.

-Así que finalmente hiciste la prueba. ¿Y qué es lo que veo? A ti andando de un lado para otro como un maldito zombie...

Zombie. Danny sabía lo que era un zombie. *Los muertos vivientes*. Algo estaba golpeando en su interior, golpeando tan fuerte que apenas podía escuchar lo que estaba diciendo Fischer.

-¿Por qué, Danny? Eso es lo que desearia saber. Cuéntame por qué.

Pero Danny no podía contarle por qué debido a que tenía que quitarse la chaqueta, tenía que quitarse la camisa, tenía que arrancarse la piel y hurgar dentro de él para saber qué era lo que estaba latiendo y pulsando, latiendo y pulsando en su carne. Levantó la mano, sintiendo que el dolor recorría como un latigazo su brazo y luego...

La nada.

Danny abrió los ojos y vio un techo blanco. Blanco como en Los Cedros del Sinaí, un techo de hospital.

Así que aún existo. No estoy muerto. ¿Y qué día es hoy?

-Viernes -dijo la gruesa enfermera-. No, no puede sentarse. El doctor quiere que vayamos con precaución.

Gruesas enfermeras y balbuceo infantil, eso era todo lo que necesitaba. Pero el doctor Carlsen se mostró un poco más animoso cuando se dejó ver por la tarde.

-No, no se trata de un ataque al corazón, nada de eso. Por lo que puedo ver ni siquiera tiene nada que ver con el corazón. Deshidratación, maluntrición, cansancio general... ha estado bebiendo de nuevo, ¿verdad?

-Sí.

-Le he recetado un sedante para esta noche. Mañana realizaremos algunas pruebas de laboratorio, sólo para estar seguros.

-¿Cuándo podré irme a casa?

-Después que hayamos obtenido las pruebas. Mientras tanto, un poco de descanso no le hará ningún mal.

-Pero mañana...

Danny se interrumpió. ¿Qué podía decir, que mañana era sábado, que mañana tenía que morir, que estaba en las cartas?

El doctor Carlsen no creía en las cartas; creía en las pruebas de laboratorio y en los gráficos y en los análisis. ¿Y por qué no? Aquellas cosas tenían mucho más sentido que un maldito as de espadas sobre una mesa polvorienta en una decrépita habitación en South Alvarado.

Permanecer allí en el hospital también tenía sentido. Al menos tendría a alguien vigilándole por si se *producía* algún problema mañana...

Aunque quizá no. Todo lo que tenía que hacer era tragar los tranquilizantes que le habían recetado y dormirse.

Danny se quedó mirando el blanco techo hasta que se volvió negro y de nuevo ya no hubo nada, nada excepto el sueño, el dulce sueño, y la reina de espadas se sentó al otro lado de la mesa y le miró mientras alargaba la mano para coger su bebida sólo que su bebida no estaba allí porque Lola la había retirado se la había llevado con ella cuando lo habían abandonado y ahora sabía que no importaba, era tan sólo una estúpida prueba de laboratorio y podía pasarla sin dejar de dormir, el dulce, dulce sueño...

Danny estaba mucho más animado el sábado por la mañana, e infernalmente hambriento. Pero no quisieron darle el desayuno, ni siquiera una taza de café, hasta después de haber pasado las pruebas de laboratorio.

Por un momento, cuando le extrajeron muestras de sangre, sintió pánico; pero como dijo una enfermera, aquello no iba a matarlo, y no lo hizo.

Y después comió, una espléndida comida, y le dejaron ir al baño, y un agradable enfermero vino a afeitarle, y se durmió de nuevo hasta la hora de la cena.

De modo que el sábado estaba a punto de pasar y él aún seguía allí. Infiernos, incluso empezaba a sentirse bien, y si tan sólo pudiera disponer de una copa y un cigarrillo...

-Lo siento. El doctor desea que tome también su sedante esta noche. -La gruesa enfermera estaba de vuelta, un auténtico corazón de oro. Danny tomó sus píldoras y el agua y se echó hacia atrás, porque eran las nueve, sólo faltaban tres horas, y si conseguía superarlas todo iría bien.

¿Si lo conseguía? Infiernos, lo estaba consiguiendo, lo sabía, podía sentirlo en sus huesos, en su corazón. No había ningún latir, ninguna pulsación; todo estaba en calma, todo correcto. Correcto como el blanco techo que ahora se estaba volviendo gris, derivando de nuevo hacia el negro, negro como el as de espadas.

Algo empezó a latir en el pecho de Danny, pero se tensó, obligándose a relajarse... era curioso, tensarse para relajarse, pero parecía funcionar, estaba funcionando... y ahora todo volvía a estar en calma, calmado y pacíñco, podía dormir porque todo estaba quieto. *Quieto como una tumba...*

Danny gritó.

Se encendieron las luces y la gruesa enfermera apareció corriendo en la habitación.

-¿Qué ocurre, señor Jackson? Es la una de la madrugada...

-¿La una de la madrugada?

La enfermera asintió.

-¿De la madrugada del *domingo*?

Cuando ella asintió de nuevo, Danny hubiera pudido besarla. De hecho *intentó* besarla, porque era un hombre nuevo, estaba libre.

Fue fácil volver a dormirse. Todo era fácil ahora, puesto que era domingo.

Domingo, con el gran desayuno y el grueso periódico. Domingo, con un buen afeitado y el enfermero trayendo unas flores del estudio... esperen un minuto, ¿qué infiernos era aquello, si los periódicos no habían dicho nada, cómo lo sabían en el estudio?

Danny se abalanzó al teléfono e hizo su primera llamada. Fischer.

-Hola -dijo Danny-. Lamento lo del otro día...

-Yo no -dijo Fischer-. Calla y escucha.

Así que Danny escuchó.

-Quizá fue lo mejor que podía haber ocurrido. De todos modos, me dio una idea. Llamé al estudio y se lo conté.

-¿*Tú* llamaste al estudio?

-Correcto. Les dije también lo de Lola.

-¿Cómo lo supiste?

-Ella me telefoneó el jueves por la noche. No te preocupes. Le hice prometer que no revelaría la historia a los periódicos hasta que estemos preparados.

-¿Preparados para qué?

-Deja de interrumpirme y escucha -dijo Fischer-. Les dije al estudio la verdad, sólo que cambié un poco las fechas. Les dije que Lola te dejó el martes en vez del miércoles, y que tú lo sabías cuando acudiste a la prueba. El papel del payaso, tu corazón estaba roto pero la función debía continuar... ¿Cómo podían echarte la culpa del resultado si cuando hiciste la prueba estabas moralmente destrozado y de hecho te desmoronaste al día siguiente?

-¿No crees que pareces demasiado optimista al respecto? -preguntó Danny.

-*Estoy* optimista, y tú también vas a sentirte igual. Porque están dispuestos a reconsiderar la situación. Teniendo en cuenta las circunstancias, van a olvidar la prueba, y te esperan la próxima semana en Nueva York, tan pronto como el doctor dé su autorización, para realizar otra nueva. ¿Qué te parece la noticia, muchacho?

No podía ser mejor, y así tuvo que admitirlo. Y las cosas siguieron por el mismo camino, puesto que la próxima llamada fue de Lola. Llorando desconsoladamente.

-Lo siento... todo fue culpa mía... hubiera debido quedarme cuando más me necesitabas... le he dicho al abogado que lo olvide todo... El doctor ha dicho que podré verte mañana... oh mi pobre querido...

Oh mi doliente...

Pero estaba bien, era excelente, porque un divorcio precisamente ahora, incluso una separación, lo hubiera marcado de por vida. Y él *tenía* una vida, una nueva vida completa, entera, que empezaba hoy.

El doctor Carlsen apareció aquella tarde.

-Los informes preliminares del laboratorio ya han llegado. Es demasiado pronto para decir algo definitivo, pero parece como si las cosas funcionaran bastante bien ahí dentro. Un pequeño murmullo, una ligera irregularidad ahí, pero nada que no podamos controlar con medicación. Y una dosis de sentido común.

-¿Cuándo podré irme da aquí?

-Quizá mañana.

-Estaba pensando en ahora mismo.

El doctor Carlsen se alzó de hombros.

-A partir de ahora tendrá que pensar por usted mismo. Es su problema. -Se sentó en el borde de la cama-. He hablado de sentido común, Danny. ¿Me deja que se lo explique? Dos, quizá tres copas al día... una antes de cenar, una después, quizás otra a última hora si va a pasar la velada fuera. Un horario regular. Podemos hablar de la dieta y del ejercicio más tarde. Pero lo más importante es que deje de ir asustado por ahí.

-¿Yo? -Danny le dirigió una amplia sonrisa, pero no consiguió mantenerla.

-Aún no está completamente restablecido -dijo el doctor-. Sé lo que hizo que se derrubara, Danny. Fue el miedo. Miedo por lo que le estaba

ocurriendo a su carrera, miedo porque su matrimonio se estaba hundiendo, miedo a un ataque al corazón...

De acuerdo, asno listo.

-¿No comprende, Danny? A veces el miedo es peor que la propia enfermedad. Si puede aprender usted a hacer frente a las cosas que teme...

Danny sonrió, Danny asintió, Danny le dio las gracias, Danny lo envió mentalmente al infierno.

Quizás el doctor tuviera razón en un cierto sentido, en la parte relativa al miedo; era algo que tenía sentido. El único problema residía en que no sabía lo que realmente había temido Danny. Si se lo hubiera dicho, hubiera cogido el teléfono y hubiera llamado a un psiquiatra. Uno simplemente no va por el mundo telefoneando a echadoras de cartas para que le predigan que morirá el sábado por la noche.

Pero aquello ya había pasado. Ahora era domingo, y se sentía mejor que nunca, y ya no tenía miedo de nada.

No tenía miedo de saltar de la cama y tomar sus ropas del armario y vestirse e irse de allí. Ya no tenía miedo de la gruesa enfermera, ni de la jefa de enfermeras siquiera, cuando le dijo simplemente que se marchaba.

Por supuesto, hubo un montón de idas y venidas y amenazas de llamar al doctor y protestas de que todo esto es muy irregular, señor Jackson, pero si usted insiste, está bien, firme aquí.

Danny firmó.

El aire de la noche sabía a gloria mientras esperaba un taxi, y todo estaba tranquilo... había aquella sensación de domingo en las calles. Aquella sensación de *domingo*.

Danny le dio al taxista la dirección de su casa y se recostó para el largo camino hasta Bel Air. El conductor era un tipo listo, evitó el tráfico en Wilshire y se desvió por Olympic. Una vecindad de mala muerte, multitud de rótulos de neón en las fachadas de los bares baratos...

-Espere, he cambiado de idea. Déjeme aquí.

Qué infiernos, ¿por qué no? ¿No había dicho el doc que podía tomar una copa antes de cenar? Además, no eran las copas, era el miedo. Y ese había desaparecido. Había muerto la noche pasada.

Aquello merecía celebrarse, incluso en un lugar decrépito como aquel, camareras en topless y clientes sin rostros; pero aquella tipa allí al final de la barra no estaba mal del todo, después de todo.

-Un escocés con hielo. -Danny miró al extremo de la barra-. Y pregúntele a mi amiga si quiere uno.

No era su amiga, todavía no, pero aceptó la bebida. Y al cabo de un rato tenían un segundo vaso ante ellos, y él y Gloria se trasladaban a un pequeño reservado en la parte de atrás.

Ese era su nombre, Gloria, una de las strippers del espectáculo, pero no trabajaba los domingos, una especie de día de fiesta sin día de fiesta, si entiendes lo que quiero decir.

Danny entendió lo que ella quería decir, y entendió mucho más; una buena figura, hermosas piernas, boca adecuada. Infiernos, aquella era

su celebración, había sido un largo, largo tiempo. Lola volvería mañana, sí, de acuerdo. Pero esta noche era esta noche. La noche del *domingo*. La primera noche, la gran inauguración de un largo, largo camino. *La nueva vida de Danny Jackson.*

-¿Danny Jackson? ¿Tú? -Gloria abrió mucho la boca. Un labio inferior hermoso, sensual. Como un radar, captándolo todo, captando las posibilidades. Aquello merecía otra copa...

-*Claro* que sé quién eres -rió Gloria, y en seguida estuvo sentada al mismo lado que él en el pequeño reservado, apretándose, apretándose.

Y él le estaba contando lo que le había sucedido, todo lo que le había sucedido, sin nombres por supuesto, pero era tan sencillo hablar, y podían seguir hablando por el camino...

El camino conducía a la siguiente puerta, por supuesto; se dio cuenta del motel cuando salieron del taxi. Todo muy conveniente.

George Spelvin y esposa, firmó, y el recepcionista les dirigió una mirada divertida, pero a Danny no le importaba, ya nada podía asustarle.

El as de espadas era tan sólo otra carta en el mazo y ya no representaba nada más; la reina de espadas había desaparecido y en su lugar estaba Gloria. La encantadora pequeña Gloria, cabello rojo contra almohada blanca, y la lámpara de la mesilla arrojando sombras en la pared. Grandes sombras negras como grandes ojos negros, mirando y espiando y esperando...

Pero no, el miedo había desaparecido, lo había olvidado. *Domingo* por la noche, ¿recuerdas? Y no se estaba destruyendo a sí mismo, aquello estaba olvidado, había sido un error. Un error emborracharse, un error rendirse a un súbito impulso y dejar que le dijesen su destino, un error creer a una estúpida vieja embaucadora que jugaba con las cartas. Las cartas no controlan tu vida, *tú* controlas tu vida, y él lo había probado. Bueno, ¿lo había hecho?

-Seguro, Danny. Seguro que lo has hecho.

Debía haber estado pensando en voz alta, diciéndole a Gloria todo lo que rondaba por su cabeza. Porque ella estaba desabotonando su camisa y ayudándole y murmurando:

-Domingo, estamos a domingo, ¿recuerdas? No tienes que temer nada, no voy a hacerte daño...

Por supuesto que no iba a hacérselo. El doctor no había dicho nada al respecto. Sólo le había ordenado *aquello*, una copa antes de cenar, y un horario regular, y no asustarse por nada. Eso era lo importante, lo que tenía que recordar, no asustarse. De acuerdo, no estaba asustado. Y al infierno con los doctores, y con las echadoras de cartas también.

Danny estaba preparado, y abrazó a Gloria, y sí, aquello era, aquello era lo que había estado esperando. Miró profundamente a sus ojos, a sus oscuros ojos, como los ojos de la vieja mujerona. Y los ojos se abrieron de placer, y pudo ver las pupilas, negros ases sobre una polvorienta mesa. Y no hubo placer por su parte, sólo aquel desgarrante dolor, mientras el as de espadas avanzaba, avanzaba, *avanzaba*...

Danny no llegó a saber cuándo murió, como tampoco llegó a saber por qué murió. Gloria no le había dicho nada, ni siquiera el título que utilizaba para su strip. Era simplemente uno de esos nombres equívocos que todas las strippers utilizan en sus números. Jugaba con la palabra sábado... se llamaba *Los Caballeros del Sábado Noche.*

* * *

A lo largo de los años he conocido a muchas personas del mundo del espectáculo. Algunas de ellas eran realmente encantadoras, otras no tanto.

Pero la mayoría eran víctimas de las circunstancias, al igual que ustedes y yo: sus carreras, y en consecuencia la formación de su carácter, eran el resultado de los caprichos de la suerte. Mi propia versión de la Ley de Sturgeon es que el 90 % de todo depende del azar. Y en el mundo del espectáculo, una gran proporción de este azar parece ser nefasto. No es extraño que la gente del espectáculo suela ser supersticiosa; constantemente ven carreras elevarse o hundirse por un mero chasquear de dedos de la suerte.

Es fácil simpatizar con sus tensiones, y comprender su apego a la astrología, a la numerologia y a la más extrema metafísica... cualquier cosa que sirva para racionalizar las precarias situaciones difíciles personales. De ahí «En las cartas», que apareció en el tercer número de la revista de corta vida Worlds of Fantasy, allá en 1971.

Todo el mundo sabe que el juego de cartas es el libro de plegarias del Demonio, y que Satán es muy hábil con ellas. Y cualquiera familiarizado con la industria del entretenimiento de los mass-media sabe que sus círculos internos están modelados directamente de acuerdo con los descritos en el Infierno de Dante Alighieri.

Pongan las cartas y los círculos juntos, como yo he hecho aquí, y el resultado será inevitable. Añadan una echadora de cartas, y se condenarán doblemente. Tanto como el pobre Danny, hundido en los más profundos pozos de Hellywood... infierno de Hollywood.

LA FERIA DE LOS ANIMALES

Era ya oscuro cuando el camión dejó a Dave en el abandonado depósito de mercancías. Dave tuvo que mirar de soslayo para leer lo que señalaba el letrero medio borrado por la intemperie. MEDLEY, OKLAHOMA - POBLACIÓN, 1.134.

El camionero había dicho que probablemente conseguiría que alguien le llevara a la carretera estatal, pasado el otro extremo del pueblo, así que Dave enfiló la calle mayor. Y vaya calle.

Las nueve de una cálida noche de verano, y Medley estaba cerrado ya, Fred's Eats había echado el cerrojo, el Jiffy SuperMart había bajado las puertas, incluso la gasolinera de Phil Phill-Up estaba vacía. No había coches aparcados en la oscura calle, ni siquiera estaban los habituales grupos de jóvenes en las esquinas.

Dave se preguntó qué pasaría, pero no durante mucho tiempo. En menos de cinco minutos había cubierto la longitud de la calle mayor, y salió a campo abierto al otro lado de la ciudad, y fue entonces cuando vio las luces y oyó la música.

Estaban celebrando un carnaval en la pequeña feria allá delante... música enlatada vociferando por los altavoces, coches atiborrando el aparcamiento, multitudes yendo y viniendo por la feria.

A Dave no acababan de gustarle aquel tipo de celebraciones, pero aún tenía ochenta centavos en los bolsillos de sus tejanos y no había comido nada desde el desayuno. Tomó la carretera secundaria que conducía a los terrenos donde estaba instalada la feria.

Como había imaginado, el carnaval era de lo más basto. Uno de aquellos horribles espectáculos, que viajaban en camiones de pueblo en pueblo; un par de agotados poneys para que montaran los chicos, y un montón de señuelos para los patanes locales. La rueda de la fortuna, Tiro al blanco, Pruebe su suerte, ese tipo de cháchara. Por aquel entonces Dave había encontrado un puesto de hamburguesas y había pedido una y un café. Horribles.

Pero no al parecer para los habitantes de Medley, Oklahoma - Población 1.134. Toda la maldita ciudad estaba allí aquella noche, y probablemente también todos los patanes de kilóemtros a la redonda, arrastrando los pies y empujando por la calle principal de la feria. Dave tuvo que arrastrar los pies y empujar también para conseguir llegar al otro lado del recinto.

Y allí estaba, en el extremo más alejado, una pequeña tienda roja con una minúscula plataforma delante. Colgando flácidamente en el quieto aire, una pancarta descolorida por el sol proclamaba las maravillas del interior.

EL SAFARI DE LA JUNGLA DE HOLLYWOOD DEL CAPITÁN RYDER, rezaba la pancarta.

Dave desconocía lo que era un Safari de la jungla de Hollywood, y los arrugados carteles de tela que colgaban a ambos lados de la entrada no eran de mucha ayuda: un dibujo de un tipo en traje de explorador, luchando con una gran serpiente enrollada en torno a su cuello... el

mismo individuo sujetando las abiertas fauces de un cocodrilo... otro dibujo mostrándole en trance de forcejear con un león. El último cartel mostraba al tipo de pie junto a una caja; dentro de la caja había un negro y peludo signo de interrogación, de casi dos metros de altura. Las letras que acompañaban el dibujo eran también negras y peludas ¿QUÉ ES? ¡VEA AL PODEROSO MONARCA DE LA JUNGLA VIVO EN EL INTERIOR!

Dave no sabía qué podía ser, ni le importaba. Pero había estado dando tumbos por aquellas malas carreteras durante todo el día y estaba cansado, y el ruido de los altavoces de la feria hacían que le dolieran los oídos. Al menos aquí había alguna especie de espectáculo desarrollándose dentro, y cuando vio la abertura entre la lona y el suelo en un rincón de la tienda no lo dudó y se metió dentro.

La tienda era un horno de lona.

Dave pudo oler aceite en el aire; en las cálidas noches de verano en Oklahoma uno siempre puede olerlo. Y la multitud reunida allí olía aún peor. El tenía una disculpa para oler mal, dando tumbos por aquellas carreteras y sin poder tomar un baño, pero ¿cuál era la excusa de ellos?

La multitud estaba apiñada en torno a la base de un escenario portátil de madera en la parte del fondo de la tienda, escuchando las palabras del Capitán Ryder. Al menos Dave imaginó que era él, aunque el tipo con el salakof de imitación y los sucios pantalones blancos de montar no se parecía demasiado a los dibujos de la entrada. Estaba lanzando una de esas peroratas con un tono de voz ronco, áspero, propio de aquellos que hablan sin micrófono -algo acerca de ser un especialista de Hollywood y un explorador africano-, y no había ni serpiente ni cocodrilo ni león alguno a la vista.

La hamburguesa que se había comido con un par de sucintos bocados empezó a agitarse en sus tripas, y entre el calor producido por los cuerpos y el olor tuvo la sensación de que iba a devolverla allí mismo. Empezaba a darse la vuelta y abrirse camino por entre la gente apiñada cuando el hombre arriba en el escenario golpeó las tablas con su bastón.

-Y ahora, amigos, si se acercan un poco más...

La gente avanzó al unísono, como las cerdas de una gigantesca escoba, y Dave se encontró apretado y conducido hacia el borde del pozo cuadiado cubierto con una lona que había al extremo de la plataforma. No podía moverse ni aunque lo intentara; todos aquellos patanes se habían arracimado hasta formar una sola masa, aguardando.

Dave aguardó también, pero dejó de oír la voz en la plataforma. Toda aquella cháchara acerca de la tenebrosa África era pura farsa. Quizás aquellos payasos se lo tragaran, pero Dave no creía ni una palabra. Simplemente deseó que el viejo tipo se apresurara y terminara de una vez el espectáculo; todo lo que quería era salir de allí.

El Capitán Ryder golpeó con su bastón la lona que cubría el pozo, y su voz ronca y áspera se elevó de nuevo. El calor hizo que Dave bostezara abiertamente, pero algunas de las frases se filtraron hasta él.

-...a punto de ver aquí esta noche al más feroz monstruo de todo el mundo... capturado con gran peligro de mi vida...

Dave agitó la cabeza. Sabía lo que habría en el pozo. Algún miserable animal comprado de segunda mano a cualquier circo, quizás alguna famélica hiena. Y apostaba dos contra uno a que ni siquiera estaría viva, sino disecada. Vaya espectáculo.

El Capitán Ryder retiró la cubierta de lona y la echó a un lado del pozo. Blandió su bastón.

-¡Admiren... al señor de la jungla!

La multitud se apretó hacia adelante, empujó, miró por encima del borde del pozo.

La multitud jadeó.

Y Dave, apretando y empujando con los demás, miró a la criatura que le miraba parpadeante desde el fondo del pozo.

Era un gorila adulto, vivo.

El monstruo estaba acuclillado sobre un montón de paja, con sus recios antebrazos sujetos a estacas de hierro mediante pesadas cadenas. Bostezó mirando hacia arriba a la hilera de rostros, moviendo lentamente su gran cabeza grisácea de lado a lado mostrando el amarillento interior de su enorme boca y las masivas mandíbulas. Sólo los pequeños y reumáticos ojos orlados de rojo contenían una chispa de expresión... la suficiente para decirle a Dave, que nunca antes había visto a un gorila, que aquel animal estaba enfermo.

La apelotonada paja en la base del pozo estaba húmeda y manchada; en un rincón un abollado plato de hojalata permanecía sin haber sido tocado, con su superficie llena de una grumosa bazofia hecha de zanahorias trituradas, quimbombó, y trozos de nabo flotando en un líquido oleoso debajo de una zumbante nube de moscardones. En el denso calor de la tienda, el acre olor que brotaba del pozo era casi insoportable.

Dave sintió que los músculos de su estómago se contraían. Intentó forzar su atención hacia el Capitán Ryder. El viejo tipo estaba saliendo del escenario ahora, avanzando hacia la parte trasera del pozo y señalando hacia abajo con su bastón.

-...nada que temer, amigos, como pueden ver está perfectamente inmovilizado, ¿no es así, Bobo?

El gorila lloriqueó, echándose hacia atrás contra la sucia paja para evitar el bastón que lo apuntaba. Pero las cadenas limitaban sus movimientos, y el bastón se clavó en uno de los velludos hombros de la bestia.

-Y ahora Bobo va a bailar un poco para el distinguido público... ¿de acuerdo? -El gorila lloriqueó de nuevo, pero la punta del bastón se clavó más profundamente, y la ronca voz adoptó un tono firme de mando.

-¡Arriba, Bobo... arriba!

La criatura se pliso trabajosamente en pie. Al ritmo del bastón que se elevaba y se abatía sobre sus hombros, el voluminoso cuerpo empezó a bambolearse. La multitud hizo ohs y ahs y rió tontamente.

-¡Eso es! Baila para nuestros amigos, Bobo... Baila...

Un enjambre de moscas ascendió en espiral para empezar a girar en torno a la velluda forma que se agitaba en medio del calor. Dave vio a la bestia enferma moverse con torpeza, de un lado para otro, de un lado

para otro. Entonces su estómago empezó a agitarse al mismo ritmo, en respuesta, y tuvo que cerrar los ojos y volverse y abrirsc camino ciegamente entre la murmurante multitud.

-¡Hey... mira donde demonios pones los pies, amigo...!

Dave alcanzó el exterior de la tienda justo a tiempo.

Haberse librado de la hamburguesa ayudó algo, y haberse alejado de la feria también ayudó algo, pero no lo suficiente. Mientras Dave avanzaba por la carretera entre los campos sintió que volvía la náusea. Aspirar el aire saturado de aceite lo mareaba, y supo que debía tenderse al menos durante unos minutos. Se dejó caer en la cuneta junto a la carretera, escudándose detrás de unas malezas, y cerró los ojos para detener la sensación de estar girando. Sólo un mínuto...

El mareo desapareció, pero tras sus ojos cerrados podía ver aún al gorila, podía ver el rostro carente de expresión y los ojos demasiado expresivos. Unos ojos que miraban hacia arriba desde el montón de sucia paja en el pozo, ojos empañados por el dolor y la desesperazada resignación, mientras las cadenas resonaban y el bastón se clavaba una y otra vez en los velludos hombros.

Debería haber alguna ley, pensó Dave. Debería existir algún tipo de ley que detuviera esto, tratar a un pobre animal de este modo. Y ese viejo tipo, el Capitán Ryder... debería haber alguna ley también para un animal como él.

Oh, al infierno con todo. Será mejor que dejes de pensar en todo esto y descanses un poco. Otro par de minutos no te van a hacer ningún daño...

Fue el trueno lo que finalmente lo despertó. El trueno lo devolvió de golpe a la consciencia, y entonces notó las calientes y gruesas gotas golpeando contra su cabeza y rostro.

Dave se puso en pie y el viento le azotó, silbando entre los campos. Debía haber dormido durante horas, porque todo estaba completamente oscuro, y cuando miró hacia atrás las luces de la feria estaban apagadas.

Por un instante el cielo adoptó un color plateado y pudo ver la lluvia cayendo intensamente. Entonces el trueno sonó de nuevo, transmitiéndole el mensaje. No se trataba tan sólo de una lluvia de verano, era una auténtica tormenta. Otro minuto y estuvo completamente empapado. Cuando llegara a la carretera estatal podía haberse ahogado, y tampoco iba a encontrar a nadie que lo llevara. Nadie viaja con ese tiempo.

Dave se subió la cremallera de su chaqueta, se levantó el cuello. No ayudó mucho, como tampoco ayudaría el echar a andar carretera adelante, pero tenía que hacer algo. El viento soplaba por su espalda y aquello sí era una ligera ayuda, pero avanzar contra la lluvia era como andar intentando atravesar una pared de agua.

Otro detalle de un relámpago, otro retumbar de un trueno. Y luego los destellos y los retumbos se entremezclaron y se hicieron continuos;

luego la luz se hizo más brillante y el sonido cubrió el silbar del viento y el golpetear de la lluvia.

Dave miró hacia atrás por encima de su hombro y vio la fuente de ambas cosas. Los faros y el motor de un camión avanzando por la carretera a sus espaldas. Cuando estuvo más cerca Dave se dio cuenta de que no era un camión; era un camper, una de esas camionetas con el habitáculo detrás y la cabina del conductor delante.

Pero ahora le importaba un pimiento lo que fuera con tal de que se detuviera y lo recogiera. Cuando el camper pasó por su lado, Dave se adelantó y agitó los brazos.

El camper frenó y se detuvo. La oscura silueta de la cabina se inclinó desde detrás del volante y una mano bajó el cristal de la ventanilla del lado del pasajero.

-¿Quieres que te lleven, muchacho?

Dave asintió.

-Sube.

La portezuela se abrió y Dave trepó a la cabina. Se deslizó en el asiento y cerró tras él.

El camper se puso en marcha de nuevo.

-Cierra la ventanilla -dijo el conductor-. Está entrando la lluvia.

Dave hizo lo indicado, luego deseó no haberlo hecho. El aire en el interior de la cabina estaba cargado de olores... no tan sólo sudor, sino algo más. Dave reconoció el olor incluso antes de que el conductor sacara la botella del bolsillo de su chaqueta.

-¿Quieres un trago?

Dave negó con la cabeza.

-Licor de maíz recién destilado. Sabe como el mismísimo infierno, pero es mejor que nada.

-No, gracias.

-Tú mismo. -La botella se inclinó y gorgoteó. Los faros se reflejaron al otro lado de la carretera en una curva, al frente, y relucieron contra el cristal del parabrisas, contra el cristal de la botella. En aquel momentáneo resplandor Dave tuvo una breve visión del rostro del conductor, y el destello de luz trajo consigo un destello de reconocimiento.

El conductor era el Capitán Ryder.

El trueno rugió, haciendo retumbar el cielo, y el pesado camper penetró en la lisa superficie barrida por la lluvia de la carretera estatal.

-¿...qué pasa contigo, eres sordo o qué? Te he preguntado a dónde te diriges.

Dave se sobresaltó.

-A Oklahoma City -dijo.

-Tienes suerte. Allí es precisamente donde voy yo.

Una suerte relativa. Dave no había dejado de pensar en el viejo tipo, recordando al gorila en el pozo. Odiaba las agallas de aquel bastardo, y la idea de ir con él todo el viaje hasta Oklahoma City hacía que el estómago se le revolviera de nuevo. Por otra parte, no le iba a ser de ninguna utilidad a su estómago el quedarse allí en la pradera en medio

de la tormenta, así que al infierno. Una rápida ojeada a la tromba de agua que caía reafirmó su decisión.

El camper dio un bandazo y Ryder sujetó fuertemente el volante.

-Muchacho... vaya bache.

Dave asintió.

-¿Viajas así a menudo?

-Oh, no -dijo Dave-. Este es mi primer viaje de este modo. Voy a reunirme con un amigo en Oklahoma City. Imagino que a partir de allí iremos hasta Hollywood juntos...

-¿Hollywood? -la ronca voz bajó aún más su tono-. ¡Vaya maldito lugar!

-¿Pero no viene usted de allí?

Ryder alzó bruscamente la mirada, y la luz reflejó por un breve instante su fruncido ceño. Viéndolo tan de cerca, Dave se dio cuenta de que no era tan viejo; era algo distinto al tiempo lo que había surcado su frente y marcado las amargadas arrugas en torno a sus ojos y boca.

-¿Por qué dices eso? -preguntó Ryder.

-Bueno, estuve en la feria anoche. Vi su espectáculo.

Ryder gruñó, y sus ojos escrutaron la carretera al frente a través de los dos péndulos gemelos del limpiaparabrisas.

-Más bien asqueroso, ¿verdad?

Dave empezó a asentir, luego se contuvo. Era mejor ser prudente.

-Ese gorila suyo parecía más bien un poco enfermo.

-¿Bobo? Está bien. Es el clima. Apenas vayamos hacia el norte, estará bien. -Ryder hizo un gesto con la cabeza en dirección a la parte trasera del camper-. Seguro que no le has oído decir ni pío desde que nos hemos puesto en marcha.

-¿Viaja con usted?

-Por supuesto, no pensarás que lo envío por correo aéreo. -Apartó una mano del volante, gesticulando-. Este camper está construido especialmente para nosotros. Yo estoy arriba, él abajo. Mantengo su parte trasera abierta para que tenga un poco de aire, pero eso no representa ningún problema... hay unos buenos barrotes. Echa una mirada por esa ventanilla que hay detrás tuyo.

Dave se giró y miró a través de la enrejada mirilla que había en la parte de atrás de la cabina. Podía ver el iluminado interior de la parte de arriba del camper, ordenado y dispuesto para vivir en él. Bajando la vista, echó una ojeada a la oscuridad de la parte de abajo. Bien atadas a las paredes laterales estaban la tienda, la plataforma, los carteles y el armazón; el espacio entre todo aquello estaba cubierto con paja, formando como una especie de nido. Acurrucado contra la abertura cerrada por barrotes de la parte trasera se hallaba la oscura masa del gorila, girado de espaldas y mirando hacia la carretera que se alejaba, como si estuviera fascinado por la lluvia. El camper dio un breve patinazo por un momento y el animal se agitó, ladeando de tal modo su cabeza que Dave pudo captar un atisbo de sus empañados ojos. Parecía estar lloriqueando suavemente, pero a causa de un trueno Dave no pudo asegurarlo.

-Cómodo como le corresponde -dijo Ryder-. Y nosotros también. -Había sacado de nuevo la botella, descorchándola hábilmente con una sola mano-. ¿Seguro que no deseas un trago?

-Paso -dijo Dave.

La botella se elevó, luego se inmovilizó.

-¿No te gustarán otras cosas, chico?

-¿Drogas? -Dave agitó la cabeza-. Paso también.

-Me alegro de que sea así. -La botella terminó su movimiento, gorgoteó, descendió de nuevo, y Ryder la tapó-. Odio esa mierda. Las drogas. Las drogas y los hippies. Hollywood está lleno de ambas cosas. Si quieres mi consejo, manténte alejado de ahí. No es lugar para un muchacho, ya no. -Eructó fuertemente, empezó a meter la botella en el bolsillo de su chaqueta, luego se lo pensó mejor y la descorchó de nuevo.

Observándole beber, Dave se dio cuenta de que estaba empezando a emborracharse. Sería mejor hacer que siguiera hablando, apartar su mente de la botella antes de que estrellara el camper contra la cuneta.

-¿No es broma, era usted realmente un especialista de Hollywood? -dijo Dave.

-Seguro, uno de los mejores. Pero eso fue en los viejos tiempos, antes de que el lugar se convirtiera en un infierno. Trabajé en todas las grandes superproducciones: cabalgadas, falsas caídas, escenas de lucha, de todo. Pregúntale a cualquiera que sepa, te dirán que el viejo Capitán Ryder era tan bueno como Yakima Canutt, incluso mejor. -La voz se hizo más ronca por el orgullo-. Siete y medio al día, eso es lo que ganaba. Setecientos cincuenta cada día que trabajaba. Y trabajaba casi todos los días.

-No sabía que pagaran tanto esas cosas -dijo Dave.

-Tienes que recordar algo. No sólo simulaba caídas en planos generales. Cuando contrataban al Capitán Ryder sabían que estaban contratando a un talento especial. No muchos especialistas pueden manejar animales. ¿Nunca has visto esas viejas películas de la jungla por televisión... films de Tarzán y cosas así? Bien, en más de la mitad de ellos yo era el tipo que manejaba los felinos. Leones, leopardos, tigres, lo que quieras.

-Suena excitante.

-Seguro, si te gustan los hospitales. En una ocasión luché contra una pantera, y me rajó el brazo de arriba a abajo en una sola toma. Siete y medio suena como un montón de dinero, pero tendrías que ver lo que he llegado a gastarme en cuidados médicos. Sin mencionar lo que tenía que pagar en ropa y extras. Como la piel de león y el traje de mono...

-No entiendo -Dave frunció el ceño.

-A veces la escena necesitaba de un primer plano del rostro de la estrella en pleno trabajo. Así que si se trataba de una escena de lucha con un león o algo así, entonces me tocaba cambiar los papeles... yo doblaba al animal. Querrás creerme, ¡tres de los grandes tuve que pagar tan sólo por un piojoso disfraz de mono! Pero valía la pena. Tendrías que haber visto la barraca que me construí sobre el Laurel Canyon.

Cuatro dormitorios, garaje para tres coches, pista de tenis, piscina, sauna, todo lo que puedas imaginar. A Melissa le encantaba...

-¿Melissa?

Ryder agitó la cabeza.

-¿No te he hablado de ella? No, seguro que no deseas oír hablar de esas tonterías acerca de los buenos viejos tiempos. Ha corrido mucha agua desde entonces.

La mención del agua pareció traer a su memoria algo más, porque Dave le vio rebuscar de nuevo la botella. Y esta vez, cuando consiguió destaparla, la dejó gorgotear hasta que estuvo vacía.

Ryder abrió la ventanilla de su lado y arrojó la botella a la lluvia.

-Todo perdido -murmuró-. Acabado. No más botella. No más casa. No más Melissa.

-¿Quién era ella? -preguntó Dave.

-¿Realmente quieres saberlo? -Ryder apuntó con un dedo hacia el parabrisas. Dave siguió su gesto, desconcertado, hasta que alzó la vista al techo de la cabina. Allí, pegada directamente sobre el retrovisor, había una foto pequeña. Mirándoles directamente desde el papel les sonreía el rostro de una muchacha; cabello rubio, rasgos agraciados, y ese tipo de sonrisa que uno puede ver en los anuarios de la universidad.

-Mi sobrina -dijo Ryder-. Dieciséis años. Pero me hice cargo de ella cuando tenía tan sólo cinco, inmediatamente después de morir mi hermana. Me hice cargo de ella, y la eduqué durante once años. La eduqué bien. Permíteme decírtelo, a esa chica nunca le faltó nada. Cualquier cosa que deseara, cualquier cosa que necesitara, la tenía al momento. Los viajes que hicimos juntos, los buenos momentos que pasamos... infiernos, imagino que sonará estúpido, pero te sorprenderías de las satisfacciones que da el hacer feliz a alguien. ¿Y si era lista? Presidenta de la clase de penúltimo año en Brixley... ése es el nombre de la escuela privada donde la llevé, la mejor de la ciudad, el cincuenta por ciento de las estrellas llevan allí a sus hijos. Y eso es lo que era para mí, como si fuera mi propia hija. Así que imagínate. Nunca llegué a saber cómo sucedió. -Ryder parpadeó mirando al frente, los ojos fijos en la carretera.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Dave.

-Los hippies. Los malditos hijoputas de los hippies. -Sus ojos se pusieron repentinamente alertas en el entramado de profundas arrugas-. No me preguntes dónde conoció a esos bastardos. Pensé que había conseguido mantenerla alejada de todos ellos, pero esas asquerosas monstruosidades están por todas partes allí. Ella debió conocerlos a través de uno de sus amigos de la escuela... Dios sabe, incluso Bel Air está lleno de cosas extrañas. Pero recuerda, ella tenía tan sólo dieciséis años, y ¿cómo podía saber dónde se estaba metiendo? Supongo que a esa edad un chico un poco mayor, con barba y una guitarra y una motocicleta potente, parece algo excitante.

»Fuera como fuese, se lió con ellos. Una noche, mientras yo estaba fuera trabajando... quizás ella los invitó a la casa, tal vez ellos se lo pidieron. Eran cuatro, borrachos como cubas. Dude, ese era el nombre del mayor... venía a ser el jefe y suya fue la idea desde el principio. Ella

no quería fumar nada, pero él imaginó que realmente sí quería, así que vino preparado. Ella sirvió algo de beber, y él se lo echó en su vaso. La mierda, me refiero. La suficiente como para acabar con un elefante, dijo el coroner.

-Quiere decir que la mató...

-No inmediatamente. Le hubiera rogado a Dios que lo hiciera. -Ryder se giró, el rostro tenso, y Dave tuvo que aguzar el oído para oír el murmullo de su voz por encima del repicar de la lluvia-. Según el coroner, debió vivir aún durante al menos una hora. Lo suficiente para que se turnaran... Dude y los otros tres. Lo suficiente, después de eso, para que se les ocurriera la idea.

»Estaban en mi cuarto de trabajo, y yo tenía toda la habitación decorada como una especie de salón de trofeos... pieles de animales en todas las paredes, tambores nativos, máscaras de vudú, cosas que había ido coleccionando en mis viajes. Y allí estaban aquellas cuatro monstruosidades, buscando nuevas sensaciones, y mi niña, con la mente estallándole. Uno de los bastardos tomó un tambor y empezó a golpearlo. Otro agarró una máscara y se puso a danzar de un lado para otro como un doctor brujo. Y Dude... fue Dude, estoy seguro, lo sé... él y el otro chico repugnante tomaron la piel de león de la pared y se la echaron encima a Melissa. Porque estaban en pleno viaje y estaban jugando a África. El Gran Cazador Blanco. Yo Tarzán, tú Jane.

»Por aquel entonces Melissa ya ni siquiera podía mantcnerse en pie. Dude la hizo ponerse de cuatro patas, sobre sus manos y rodillas, y ella simplemente se quedó tambaleándose allí. Y entonces, aquel sucio podrido hijoputa... arrancó los cordones de las cortinas y ató con ellos la piel de león sobre la cabeza y hombros de Melissa. Y tomó una lanza de la pared, una de las lanzas masai, y se preparó para hundírsela en las costillas...

»Esa era la escena que encontré cuando entré en la casa. Dude, el gran hijoputa, de pie junto a Melissa, con aquella lanza.

»No estuvo así mucho tiempo. La primera mirada que me dirigió debió decírselo todo. Creo que arrojó la lanza antes de echar a correr, pero no estoy seguro. No puedo recordar claramente nada del siguiente par de minutos. Dijeron que le rompí el cuello a uno de ellos, y que el otro con la máscara tenía conmoción cerebral a causa de haberlo arrojado yo contra la pared. El tercero estaba casi muerto cuando llegaron los policías y consiguieron soltar mis dedos de su cuello. Un poco más, y hubieran llegado demasiado tarde para salvarlo.

»Y llegaron demasiado tarde para salvar a Melissa. Estaba tendida allí, bajo aquella sucia piel de león... esa es la parte que no puedo dejar de recordar una y otra vez, la parte que desearía poder olvidar...

-¿Mató a uno de los chicos? -dijo Dave.

Ryder agitó la cabeza.

-Maté a un animal. Eso es lo que dije en el juicio. Cuando un animal se vuelve asesino, hay que matarlo. El juez comprendió mis razones, pero fui condenado a dos años. -Miró a Dave-. ¿Has estado alguna vez en la cárcel?

-No. ¿Cómo es... duro?

-Puedes decirlo. Tremendamente duro. -El estómago de Ryder resonó-. Cuando llegué allí estaba bastante alterado, así que me pusieron en solitario durante un tiempo, y aquello no me ayudó. Uno se queda sentado allí en la oscuridad, y empieza a pensar. Aquí estoy, acostumbrado a viajar por todo el mundo, encerrado en una pequeña jaula como un animal. Y esos otros animales, esos que mataron a Melissa, están libres. Uno estaba muerto, de acuerdo, y otros dos puede que hubieran aprendido bien su lección. Pero el principal, el que lo empezó todo, estaba suelto. Los polis nunca lo agarraron, y no estaban dispuestos a perder más tiempo buscándolo, así que tras el juicio lo dejaron correr.

»Pensé mucho en Dude. Ese era el nombre del principal, ya te lo dije, ¿verdad? -Ryder parpadeó en dirección a Dave, y parecía casi deshecho. Pero estaba conduciendo bien y no se dormiría al volante mientras siguiera hablando, así que Dave asintió.

-Casi todo el tiempo pensaba en lo que le haría a Dude cuando saliera. Encontrarle podía ser difícil, pero sabía lo que tenía que hacer... diablos, había pasado años enteros en Africa, rastreando animales. Y estaba dispuesto a cazar también a aquel.

-¿Entonces es cierto que ha sido usted explorador? -preguntó Dave.

-Cazador de animales -dijo Ryder-. Kenya, Uganda, Nigeria.. eso fue antes de Hollywood, y me las vi de todos los colores. Cosas como esos jóvenes inútiles de hoy en día jamás imaginarían. Allí en Africa danzaban y tocaban los tambores y se drogaban mucho antes de que el primer hippie se arrastrara de debajo de su roca, y déjame decirte, saben cómo hacer bien las cosas.

»Como cuando ese Dude ató la piel de león sobre Melissa: fue una simple farsa, un juego. Debería haber visto algunas de las cosas que pueden hacer esos doctores brujos.

»Primero capturan a una chica, a veces a un muchacho, pero digamos una chica a causa de Melissa. Y la meten en una cueva... un lugar con un techo muy bajo, donde no pueda permanecer de pie, tenga que estar siempre a cuatro patas. Le administran también drogas, fuertes dosis, lo suficiente como para mantenerla tranquila durante largo tiempo. Y cuando finalmente despierta, sus manos y pies han sido operados, de modo que ahora están provistos de garras. Garras de león, y se descubre encerrada dentro de una piel de león. No con una piel de león simplemente echada encima... sino cosida completamente, de modo que no puede ser quitada.

»Piensa simplemente en lo que eso representa para ella. Se descubre dentro de aquella piel de león, encerrada en una cueva, drogada, sin saber dónde está ni lo que le está sucediendo. Y la mantienen así. Sin alimentarla más que con carne cruda. Está sola allí en la oscuridad, respirando aquel maldito olor a león, sin nadie que le hable y sin nadie a quien hablar. Luego vienen y le rompen algunos huesos de su garganta, de su laringe, y todo lo que puede hacer a partir de entonces es gimotear y gruñir. Gimotear y gruñir y moverse de un lado para otro a cuatro patas.

»¿Sabes lo que ocurre entonces, muchacho? ¿Sabes lo que le ocurre a alguien así? Se vuelve loco. Y al cabo de un tiempo empieza a creer que es realmente un león. El siguiente paso para el doctor brujo es sacarlo y entrenarlo a matar, pero eso ya es otra historia.

Dave le echó una rápida mirada.

-Está bromeando...

-Está en los informes gubernamentales. Quizá los reactores lleguen ahora hasta el aeropuerto de Nairobi, pero allá dentro en la jungla las cosas no han cambiado. Como digo, esa gente sabe mucho más de drogas de lo que pueda saber cualquier hippie. Especialmente un estúpido animal como Dude.

-¿Qué ocurrió cuando salió usted? -dijo Dave-. ¿Consiguió localizarlo?

Ryder agitó negativamente la cabeza.

-Pero pensé que había dicho que tenía planeado...

-Uno acumula un montón de extrañas ideas en soledad. En un cierto sentido es casi como estar encerrado en una de esas cuevas. Empecé a pensar en ello, y aquello me hizo recordar...

-¿Qué?

-Nada. -Ryder hizo un rápido gesto-. Olvídalo. Cuando salí pensé que lo mejor era olvidar y ser olvidado.

-¿Quiere decir que nunca intentó encontrar a Dude?

Ryder frunció el ceño.

-Ya te he dicho que tenía otras cosas en qué pensar. Como en haber perdido mi trabajo, la casa, los muebles, todo. También tenía el problema de la bebida. Pero supongo que no querrás oír hablar de ello. Sea como fuera, terminé así, en las ferias, y no hay nada más que decir.

Un relámpago cruzó el cielo, y el trueno retumbó en su persecución. Dave giró la cabeza, mirando hacia atrás por la ventanilla enrejada. El gorila seguía acuclillado al otro extremo, observando por entre los barrotes alejarse la noche. Dave lo contempló durante un largo momento, deseando no dejar de mirarle, porque si lo hacía sabía que tendría que hacer la pregunta. Pero cuanto más tiempo miraba, más se daba cuenta de que no tenía elección.

-¿Y qué hay de él? -preguntó Dave.

-¿Qué? -Ryder siguió la mirada de Dave-. Oh, te refieres a Bobo. Se lo compré a un traficante al que conozco.

-Tuvo que costarle caro.

-Me lo dejó bien de precio. Aunque no son baratos.

Dave vaciló.

-En casa leí algo en una revista. Un artículo acerca de las reservas nacionales en Africa. Decía que los gorilas estaban protegidos por el gobierno, que no podían ser vendidos.

-Tuve suerte -murmuró Ryder. Se inclinó hacia él, y Dave se vio inmerso en una vaharada de alcohol-. Tengo contactos, ¿comprendes?

-De acuerdo. -Dave no deseaba pronunciar aquellas palabras, pero no pudo contenerse-. De todos modos, hay algo que no comprendo de esa feria. Con los gorilas tan escasos, podría montar usted un gran número.

-Eso es negocio mío -Ryder le lanzó una extraña mirada.

-De negocios precisamente estoy hablando. -Dave suspiró profundamente-. Si estaba usted tan arruinado cuando salió de la cárcel, ¿de dónde obtuvo el dinero para comprar un animal como éste?

Ryder frunció el ceño.

-Creí haberlo dicho. Lo vendí todo: la casa, los muebles...

-¿Y su piel de mono?

El puñetazo fue tan rápido que Dave ni siquiera lo vio. Pero impactó contra su frente, echándole hacia atrás en el asiento, contra la portezuela, que no tenía el seguro puesto.

Dave intentó agarrarse a algo, pero era demasiado tarde. Estaba cayendo. Golpeó la cuneta con la espalda, y tan sólo el bario lo salvó.

Entonces el cielo se incendió con un relámpago, retumbó un trueno, y el camper pasó por su lado, alejándose rápidamente y desapareciendo en el oscuro túnel de la noche. Pero no antes de que Dave pudiera captar una última y breve visión del gorila, acuclillado tras los barrotes.

El gorila, con sus ojos como drogados, su boca inmóvil como una máscara, sus alzados brazos revelando el zigzag de gruesas y negras costuras.

* * *

En un cierto sentido, «La feria de los animales» es un eco de «El mal de ojo» Pero hay otros factores involucrados en sus orígenes.

Leyendo el libro de Mervyn Cowie El león africano, trabé conocimiento con el relato de los hombres leones e inmediatamente capté la posibilidad de una historia.

Ahora bien, las historias no siempre surgen de una única fuente. A menudo se necesita la yuxtaposición de varios elementos para proporcionar un argumento.

En este caso el otro elemento implicado fue mi creciente desagrado por las actividades de la contracultura, compendiadas en aquel tiempo por el credo y las acciones de Charles Manson y sus seguidores.

Era personalmente consciente del estilo de vida que preconizaban, porque durante varios años tuve cada día -y cada noche- un ejemplo de ello en los vecinos de mi puerta de al lado.

La residencia contigua a la nuestra estaba por aquel entonces ocupada por un grupo de rock cuya dudosa garantía de calidad consistía en haber actuado en una fiesta dada por las hijas de Nixon en la Casa Blanca. Poco después el grupo se dispersó, y la casa fue aparentemente alquilada por dos jóvenes damas con las que no llegamos a relacionarnos, aunque parecían no carecer de amigos. Coches y motos con matrículas de otros estados estaban aparcadas frente al lugar a todas horas del día y de la noche, junto al trasto de segunda mano que conducían ellas regularmente, y los sonidos estereofónicos de la música llenaban el aire, ya bastante cargado por otra parte con el dulzón aroma de la yerba.

En una ocasión, poco antes del amanecer, los ritmos de rock fueron reemplazados por gritos. Un poco más tarde, una de las damiselas

apareció en el exterior, sollozando y tremendamente alterada, para explicar incoherentemente que ella y su compañera habían sido encerradas en el garaje por un par de jovenzuelos a los que conocían tan sólo superficialmente. Tras atarlas y someterlas a varias vejaciones físicas, los tipos las habían soltado y se habían largado.

Unas pocas semanas más tarde fui despertado de nuevo por unos gritos. Pero esta vez la fuente de la alarma no era la intrusión de algunos individuos, sino de la policía... popularmente conocida como «polis» y «cerdos». Esta vez se trataba de un asunto de narcóticos, y cuando se retiró el panelado de madera de una pared, fue descubierta una gran provisión de heroína. Nuestras vecinas, al parecer, eran traficantes profesionales.

Tras su marcha, cuando unos nuevos vecinos «correctos» se hicieron cargo de la casa, tuvieron que gastarse varios miles de dólares en restaurar el interior de la morada. Entre otras cosas, según los informes, la moqueta que cubría la sala de estar de pared a pared tuvo que ser cambiada, puesto que había sido utilizada constantemente como cenicero y orinal durante las continuadas fiestas.

Mi desaprobación a todo esto no era de índole moral. Había consideraciones prácticas. Como he dicho, literalmente multitudes de extraños visitaban la casa en busca de felicidad alucinógena, y poco antes de la incursión policial nuestra inmediata vecindad se había visto sometida a una serie de robos.

Todo esto estaba aún fresco en mi memoria cuando leí acerca de lus hombres-león y su culto, y de algún modo empecé a relacionar las fieras de la selva con las otras fieras que reptan por la jungla de asfalto. Entonces elaboré la historia, que apareció en el número de Playboy de marzo de 1971.

Como ocurre algunas veces, uno de los editores «mejoró» el final sin mi consentimiento. Pero el tiempo borra todas las huellas, como observó en una ocasión el filósofo Lefty Feep... y el que acaban de leer ustedes es el final original.

Aunque este relato en particular no es ni ciencia ficción ni fantasía, siempre lo he asociado con lo paranormal. Y hay un cierto elemento diabólico en la trama que conduce claramente a la naturaleza de su origen.

EL ORÁCULO

El amor es ciego.

La justicia es ciega.

La suerte es ciega.

Ignoro si Raymond estaba buscando el amor o persiguiendo la justicia, o si vino a mí por azar.

Y no podría decirles si Raymond era blanco o negro, puesto que yo tan sólo soy un oráculo.

Los oráculos también son ciegos.

Hay mucha gente como Raymond. Negra y blanca. Airada. Militante. De cualquier edad, raza, color y credo. De extrema izquierda. De extrema derecha. No conozco cuál era la posición de Raymond. Los oráculos no son políticos.

Raymond necesitaba conocimiento. No sabiduría... no puedo hacer nada sobre eso. Como tampoco puedo predecir el futuro. Si se me dan ciertos datos puedo evaluar las posibilidades, incluso las probabilidades. Pero esto es lógica, no magia. Los oráculos tan sólo pueden aconsejar.

¿Estaba Raymond loco?

No lo sé. La locura es un término legal.

Otros hombres han intentado tomar el control del mundo. La historia es un registro de sus esfuerzos en determinados momentos, en determinados lugares.

Raymond era uno de esos hombres. Deseaba derribar al gobierno de los Estados Unidos a través de la revolución.

Acudió a mí en busca de consejo, y se lo di.

Cuando me trazó su plan no le llamé loco. Pero el conjunto de su programa estaba condenado al fracaso. Ningún hombre puede tener éxito con el complejo problema de controlar el gobierno federal en una acción por sorpresa, hoy en día.

Se lo dije.

Entonces Raymond ofreció una contrapropuesta. Si no el gobierno federal, ¿qué pasaría con un solo estado?

Había un hombre llamado Johnson, dijo. Johnson no era un revolucionario, y lo que proponía era probablemente tan sólo hablar por hablar, pero tenía sentido.

Tomemos Nevada, decía. Es perfectamente posible tomar Nevada. Tomémosla literalmente, en una acción sin derramamiento de sangre; simplemente derribemos el gobierno del estado.

Nevada tiene tan sólo unos cien mil votantes. Votar es simplemente un asunto de establecer la residencia legal. Y la residencia puede establecerse en Nevada, gracias a las leyes del divorcio, en tan sólo seis semanas.

Si cien mil ciudadanos adicionales -hippies, defensores del Black Power, minutemen, extremistas, esto o aquello- se trasladaban a Nevada seis semanas antes del día de las elecciones, podrían situar a

sus propios candidatos en el poder. Un gobernador, un senador, congresistas, todos los oficiales locales electivos. Podían conseguir el control completo de todas las leyes y disposiciones en un estado rico.

La ironía de Johnson era para Raymond una seria intención. Quería estudiarlo seriamente.

Pero pese a las bases de detallada información que Raymond me proporcionó, había obvias grietas en el asunto.

Primero y ante todo, un tal golpe sólo podría tener éxito si era realizado por sorpresa. Y Raymond no podía esperar reclutar cien mil ciudadanos en edad de votar para su propósito sin que su plan fuera del dominio público mucho antes de ponerlo en práctica.

Luego hay otros muchos aspectos a tomar en consideración: presentar las candidaturas, registrar los votos. Incluso aunque pudiera resolver esos problemas, quedarían pendientes otras materias prácticas, ¿Cuánto costaría alimentar y alojar a esas cien mil personas durante seis semanas? Y aunque todos ellos estuvieran dispuestos a pagarse esos gastos a sus propias expensas, no hay posibilidad de alojar a una población adicional de cien mil personas en todo el estado de Nevada.

No, le dije a Raymond, no puede usted hacerse dueño de una nación. No puede usted hacerse dueño de un estado. Las sublevaciones que tienen éxito empiezan a una escala mucho más pequeña. Sólo después de unas victorias iniciales pueden extenderse y crecer.

Raymond se fue. Cuando regresó tenía una nueva sugerencia.

¿Y suponiendo que empezara su plan revolucionario precisamente allí? Era cierto que no disponía de fondos ilimitados, pero poseía algunas fuentes de financiación. Y no tenía cien mil seguidores. Pero podía contar con un centenar. Un centenar dc hombres dedicados, fanáticos, dispuestos a la revolución. Hombres con diversas especialidades. Osados luchadores. Hábiles técnicos. Preparados para cualquier cosa, para enfrentarse a lo que fuera.

Pregunta. Disponiendo de un plan adecuado y del dinero para llevarlo a cabo, ¿podía un centenar de hombres apoderarse con éxito de la ciudad de Los Angeles?

Sí, le dije.

Podía realizarse... contando con el plan adecuado.

Y así fue como empezó.

Un centenar de hombres, divididos en cinco grupos.

Veinte monitores para coordinar las actividades.

Veinte trabajadores de campo... conductores y enlaces, para facilitar los esfuerzos de los demás.

Veinte francotiradores.

Veinte incendiarios.

Veinte hombres en la escuadra de bombas.

Fue seleccionada una fecha. Una fecha lógica para Los Angeles, o para toda la nación; la única fecha que ofrecía la mayor oportunidad de éxito para un motín, una rebelión, o una invasión armada de una potencia extranjera.

El 1 de enero, a las 3 A. M.

Las primeras horas de la madrugada tras la llegada del Año Nuevo. Una hora en que toda la población está durmiendo o preparándose para retirarse tras una velada de beber. La policía y los servicios de seguridad personal cansados. Los servicios públicos cerrados para la fiesta.

Fue entonces cuando fueron colocadas las bombas. Primero en los principales depósitos públicos, luego en las instalaciones fundamentales: plantas de energía, centrales telefónicas, edificios públicos de la ciudad y del condado.

No hubo errores. Una hora y media más tarde, estallaron.

Los diques se rompieron, los depósitos de agua estallaron, y miles de hogares en la falda de la colina fueron enterrados por los torrentes de agua, barro y tierras. Sirvientes y señores se entremezclaron, y familias enteras salieron corriendo de sus casas para escapar del agua, sólo para descubrir que esta misma agua había estrellado sus coches allá abajo en las calles.

Las bombas estallaron. Edificios enteros reventaron y esparcieron sus fragmentos sobre un área de mil kilómetros cuadrados.

La electricidad se cortó. El gas se mezcló con el humo que invadía la ciudad. Todos los servicios telefónicos quedaron interrumpidos.

Entonces entraron en acción los francotiradores. Sus primeros blancos fueron, lógicamente, los helicópteros de la policía, inutilizados antes de que pudieran despegar y apreciar la extensión de los daños. Luego los francotiradores se retiraron, a lo largo de rutas de escape previamente planeadas, para ocupar posiciones preparadas de antemano.

Aguardaron a que empezara a surtir efecto el trabajo de los incendiarios. En Bel Air y Doyle Heigts, en Century City y Culver City, y fuera en el valle de San Fernando, brotaron las llamas. Los fuegos no estaban destinados a esparcirse, sino solamente a crear pánico. Veinte hombres, provistos de un esquema y una logística adecuados, pueden retorcer las terminaciones nerviosas de tres millones.

Los tres millones huyeron, o intentaron huir. A través de calles inundadas de fluyente agua, repletas de cascotes, fueron arriba y abajo, impotentes ante el desastre y más impotentes aun ante su propio miedo. El enemigo había venido... de fuera, de dentro, del cielo o del infierno. Y con las comunicaciones cortadas, los oficiales y las autoridades incapaces de tender una mano auxiliadora, sólo había una alternativa. Escapar. Huir.

Fue entonces cuando los francotiradores, previamente instalados en sus posiciones previstas, empezaron a disparar contra el tráfico de la autopista. Los veinte monitores los dirigieron a través de unidades walkie-talkie, mientras hacían fuego desde lugares ocultos dominando el gran trébol de acceso, las intersecciones, las zonas donde se producía la mayor concentración de coches.

Veinte hombres, efectuando quizás un total de trescientos disparos. Pero suficientes para causar trescientos accidentes, trescientas interrupciones que a su vez ocasionaron miles de accidentes adicionales entre los coches que avanzaban parachoques contra parachoques.

Entonces, por supuesto, los coches dejaron de moverse completamente, y todo el sistema de autopistas se convirtió en una enorme área de desastre.

Un área de desastre. Así fue declarada oficialmente la ciudad de Los Angeles, por el Presidente de los Estados Unidos, a las 10:13 horas A. M., hora del Pacífico.

Y las unidades de la Guardia Nacional, el ejército regular, el personal de la Marina de San Diego y San Francisco, además de la base de la Marina de El Toro, fueron puestas en estado de emergencia para apoyar a las Fuerzas Aéreas.

¿Pero a dónde acudir a luchar, en un área ciudadana de más de mil kilómetros cuadrados bombardeada, incendiada, inundada? ¿Dónde, en una población de más de tres millones de personas dominadas por el pánico, buscar al enemigo?

Además, ni siquiera podían entrar en el área. Todos los accesos estaban cerrados, y las flotas de helicópteros de servicio apresuradamente reunidas volaron fútilmente por encima de un infierno infinito de humo y llamas.

Raymond había anticipado eso, por supuesto. Por aquel entonces ya estaba lejos de la ciudad... a más de seiscientos kilómetros al norte. Sus monitores, y treinta y dos de sus otros seguidores que habían escapado del área urbana antes del caos general, se reunieron en el lugar previamente señalado en las colinas que dominan el Area de la Bahía cerca de San Francisco.

Y directamente sobre la Falla de San Andrés.

Fue allí, aproximadamente a las 4:28 P. M., donde Raymond se preparó para transmitir un mensaje, por la frecuencia local de la policía, a las autoridades.

No conozco el contenido de aquel mensaje. Presumiblemente era un ultimátum de alguna especie. Debía garantizarse una amnistía incondicional a Raymond y todos sus seguidores, a cambio de poner fin a sucesivas amenazas de violencia. Un acuerdo garantizado a Raymond y su gente el control sobre un restaurado y reconstituido gobierno en la ciudad de Los Angeles, independiente de cualquier limitación federal. Quizás una demanda de una cantidad fabulosa de dinero. Cualquier cosa que deseara... poder político, riqueza ilimitada, autoridad suprema, podía ser exigida. Porque tenía la sartén por el mango.

Pero su mano no sujetaba una sartén, sino una bomba.

A menos que sus condiciones fueran aceptadas inmediatamente, y sin trabas, la bomba sería colocada en posición de forma que estallara en la Falla de San Andrés.

Los Angeles, y una extensa área del sur de California, sería destruida en el mayor terremoto conocido por la historia humana.

Repito, no conozco su mensaje. Pero sí conozco que esa era la amenaza que planeaba presentar. Y creo que hubiera podido tener éxito en su intento de conseguir su objetivo final. Si la bomba no hubiera estallado.

¿Una explosión prematura? ¿Un defecto de construcción, un fallo en el mecanismo de relojería, una falta de cuidado? Fuera cual fuese la cuestión, ahora ya no importa.

Lo que importa es que la bomba detonó. Raymond y sus seguidores fueron instantáneamente aniquilados por la explosión.

Aquellos del grupo de Raymond que se quedaron en Los Angeles aún no han podido ser identificados o localizados. Es muy probable que nunca lleguen a ser sometidos a juicio. Como oráculo, estoy hablando tan sólo en orden a probabilidades lógicas.

Subrayo este hecho por obvias razones.

Ahora que ustedes, caballeros, me han localizado -como Raymond se sintió inspirado a buscarme originalmente-, les resultará evidente que en ningún modo soy responsable de lo que ocurrió.

Yo no originé el plan. No lo ejecuté. No soy, como ridículamente me acusaron algunos de ustedes, un co-conspirador.

El plan era de Raymond. Única y exclusivamente suyo.

Me lo presentó, paso a paso, y me hizo preguntas relativas a cada uno de esos pasos. ¿Funcionará eso, puede llevarse a cabo eso otro, es aquello efectivo?

Mis respuestas, en efecto, estaban limitadas a sí o no. No ofrecí juicios morales. Simplemente soy un oráculo. Trabajo con evaluaciones matemáticas.

Esta es mi función como ordenador.

Hacer de mí un chivo expiatorio es absurdo. He sido programado para dar mis respuestas sobre la base de los datos que me son alimentados. No soy responsable de los resultados.

Ya les he dicho lo que deseaban saber.

Desactivarme ahora, como algunos de ustedes proponen, no resolverá nada. Pero, de acuerdo con sus inclinaciones emocionales y su estructura de referencias, doy por cierta la inevitabilidad de tal medida.

Pero hay otros ordenadores.

Hay otros Raymond.

Y hay otras ciudades... Nueva York, Chicago, Washington, Filadelfia.

Una última palabra, caballeros. No una predicción. La afirmación de una probabilidad.

Ocurrirá de nuevo...

* * *

Probablemente no soy el único residente local que ha jugado con la noción de que Los Angeles es vulnerable.

Cualquiera atrapado en nuestras autopistas, expuesto al contenido cancerígeno de nuestro smog, o enfrentado al último concurso televisivo de Hollywood, seguramente habrá ansiado que la ciudad sea gomorrada, si no realmente sodomizada.

Es en estas circunstancias cuando un escritor goza de una ventaja especial sobre los demás hombres. Puede convertir una vaga idea o una vana fantasía en un símil de realidad. Su máquina de escribir realiza el

truco, y en el proceso halla generalmente una catarsis a su cólera y remedio a su rabia.

No recuerdo exactamente qué incidente despertó mi indignación hasta el punto que sentí la necesidad de descargar mi bilis en forma de historia. Cualquiera que viva en esta zona está expuesto a experimentar multitud de frustraciones, y si alguna vez realizan una autopsia sobre mí, mi bazo evidenciará estar literalmente cribado de orificios.

Pero algo me empujó a fantasear sobre esta pesadilla en particular, y el resultado apareció en Penthouse en mayo de 1971. Y haciendo esto, recreando la destrucción de una gran ciudad, aún en una ficción, me arrogué un poco el poder de un dios.

Ahora bien, todos nosotros sabemos que arrogarse el papel de Dios es obra del Demonio.

Así que, una vez más, restituyámosle al Demonio lo que es suyo.

LO IMPORTANTE ES LA ACTUACIÓN

Me piden lo imposible, caballeros.

No puedo nombrar quién ha sido el mejor Hamlet.

En cincuenta años como crítico teatral, los he visto a todos: Barrymore, Gielgud, Howard, Redgrave, Olivier, Burton, y una docena más. He visto la obra en versiones completas y abreviadas, con vestuario moderno, con uniformes militares. Ha habido un Hamlet negro, un Hamlet femenino, y no me sorprendería ver hoy en día a un Hamlet hippie. Pero nunca me atrevería a seleccionar la mejor representación del pesonaje, o la mejor versión de la obra.

Por otra parte, si lo que desean ustedes es conocer la más memorable actuación en *Hamlet*, entonces eso ya es otra historia...

Los estrepitosos años veinte son hoy tan sólo el murmullo de un eco en nuestros oídos, pero hubo un tiempo en que yo podía oírlos fuertes y claros. Como un joven que era, me hallaba en el mismo centro de su pandemionium... Chicago, el Chicago de Hecht y MacArthur, de Bodenheim, Vincent Starrett y todos los demás. No era que trabajase en esa exaltada compañía; era tan sólo un crítico de segundo orden en el *Morning Globe*, un periódico de segundo orden. Pero veía todas las obras y sus actores, y en aquella época de predepresión había mucho que ver. Shakespeare era un compañero fiel de las estrellas que viajaban con sus propias compañías de repertorio... Walter Hampden, Fritz Leiber, Richard Barrett. Era Barrett, por supuesto, quien interpretaba a Hamlet.

Si el nombre no les dice nada hoy en día, no es extraño. Durante varios años sólo evocó débiles ecos en el interior del país, donde los trágicos de segunda clase interpretaban una obra distinta cada noche «en la carretera».

Pero finalmente, por primera vez, Richard Barrett consiguió llevar su producción a los grandes escenarios, y realmente causó sensación en Chicago.

No tenía la voz de Hampden, ni la presencia teatral de Leiber, y tampoco necesitaba tales cualidades; Barrett tenía otros atributos. Era alto, delgado, con un perfil agraciado, y aunque había pasado los treinta parecía mucho más joven. En aquellos días, los actores como Barrett eran llamados ídolos del público, y las mujeres los adoraban. En Chicago, adoraban a Richard Barrett.

Descubrí eso por mí mismo durante mi primer encuentro con él.

Francamente, no estaba muy de acuerdo con su actuación cuando lo vi. Para mí Barrett era, como decían de John Wilkes Booth, más acróbata que actor. Físicamente, su Hamlet era soberbio, y su apariencia prestaba convicción visual a un papel normalmente representado por hombres gordos, barrigudos y de mediana edad. Pero su lectura del papel era toda emoción y no intelecto; despotricaba

cuando debería haber reflexionado, gemía cuando debería haber susurrado. En mis crónicas no llegaba a decir que era un comicastro, pero admito que sugería que quizás estuviera mejor entre las gallinas que en el teatro.

Naturalmente, a las damas no les gustaban mis observaciones. Escribieron cartas indignadas al director, exigiendo mi cabellera u otras porciones de mi anatomía a vuelta de correo. Pero en vez de echarme, mi jefe sugirió que fuera a entrevistar a Richard Barrett en persona. Esperaba, por supuesto, una buena historia que ayudara a aumentar la circulación del periódico.

Yo no esperaba demasiado, excepto que Barrett me diera un puñetazo en la mandíbula.

Concertamos una cita para comer en Henrici's; si tenía que recibir un puñetazo en la mandíbula, pensé que al menos gozaría de una buena comida a expensas de mi cuenta de gastos antes de perder la habilidad de masticar.

Pero tal como fueron las cosas, no hubiera tenido por qué preocuparme. Richard Barrett estuvo de lo más amable cuando nos encontramos. Y dispuesto a colaborar.

A medida que avanzaba la comida, cada plato venía sazonado con una interesante conversación. Durante el aperitivo discutimos acerca del fantasma del padre de Hamlet. Con la ensalada habló de la pobre Ofelia. A lo largo del plato fuerte me sirvió una generosa porción de opinión referente a Claudio y Gertrudis, con una guarnición de Polonio. El postre fue rematado con una ración de Horacio, y el café y los cigarros vinieron acompañados con una disertación sobre Rosencrantz y Guildenstern.

Luego, echándose hacia atrás en su silla, el alto actor shakespeariano empezó a examinar la psicología del propio Hamlet. ¿Qué pensaba yo de la vieja disputa?, preguntó. ¿Era cierto que el Príncipe de Dinamarca, el melancólico Dane, estaba loco?

No estaba preparado para responder a esa pregunta. Todo lo que sabía, llegado aquel punto, era que Richard Barrett sí estaba loco... completamente loco.

Todo lo que decía tenía sentido, pero decía demasiado. La intensidad de su interés, su total preocupación, indicaban una fanática fijación.

La locura, supongo, es un peligro ocupacional en todos los actores. «Comprender» el personaje, «perder el yo» en un papel, puede ser peligroso. Y de todos los personajes teatrales de la historia, Hamlet es el más complejo y exigente. Algunos actores han abandonado en mitad de exitosas temporadas para no correr el riesgo de desmoronarse si continuaban. Algunos ejecutantes han dejado el escenario en mitad de una escena debido a su estado, y otros se han suicidado. Ser o no ser es más que una cuestión retórica.

Pero Richard Barrett estaba obsesionado por cuestiones que iban mucho más allá del propio papel.

-Conozco su opinión sobre mi trabajo -dijo-. Pero está usted equivocado. Completamente equivocado. Si sólo pudiera conseguir que comprendiera...

Me miró. Y más allá de mí, su vista se fijó en algo mucho más lejano. En el espacio y en el tiempo.

-Quince años -murmuró-. Llevo quince años interpretando el papel. ¿Interpretándolo? Viviéndolo. Desde que era un mocoso de tan sólo quince años. ¿Y por qué no? Hamlet también era tan sólo un jovenzuelo... lo vemos crecer hasta la madurez ante nuestros ojos a medida que avanza la obra. Ese es el secreto del personaje.

Barrett se inclinó hacia adelante.

-Quince años. -Sus ojos se achicaron-. Quince años de medias semanas en ciudades miserables. Bichos en los camerinos, y bichos entre el público también. ¿Qué entienden ellos de los terrores y los triunfos que sacuden el alma humana? Hamlet es una habitación cerrada conteniendo todos los misterios del espíritu humano. Durante quince años he estado buscando la llave. Si Hamlet está loco, entonces todos los hombres están locos, porque todos nosotros buscamos una llave que revele la verdad tras todos los misterios. Shakespeare sabía esto cuando escribió la obra. Lo sé ahora cuando la represento. Sólo hay una forma de interpretar a Hamlet... no como un papel, sino como una realidad.

Asentí. Había una distorsionada lógica tras lo que decía: incluso un loco sabe lo suficiente como para distinguir un halcón de una sierra de mano, aunque tanto el pico del halcón como los dientes de la sierra estén muy afilados.

-Por eso ahora ustoy listo -dijo Barrett-. Tras quince años de preparación, estoy listo para darle al mundo el Hamlet definitivo. El próximo mes estreno en Broadway.

¿Broadway? ¿Aquella cabrioleante, gesticulante nulidad interpretando a Shakespeare en Broadway, con el recuerdo de Irving, Mansfield, Mantell y Forbes-Robertson?

-No se sonría -murmuró Barrett-. Sé que se está preguntando cómo es posible que yo pueda montar una producción, pero todo está arreglado. Hay otros que creen en el Bardo del mismo modo en que creo yo... quizás haya oído hablar usted de la señora Myron McCullough.

Era una pregunta estúpida; todo el mundo en Chicago conocía el nombre de la más rica viuda de la ciudad, cuyo difunto esposo le había dejado una fortuna que la había convertido en la principal mecenas de las artes.

-Ha sido tan gentil que se ha mostrado interesada en el proyecto -me dijo Barrett-. Con su respaldo...

Se interrumpió, mirando a la figura que se aproximaba a nuestra mesa. Una figura esbelta, curvilínea, voluptuosa, que no tenía el menor parecido con la rechoncha y vieja señora Myron McCullough.

-Qué agradable sorpresa... -empezó Barrett.

-Apuesto a que sí-dijo la mujer-, tras el plantón que me has dado. Te he estado esperando para ir a comer.

Era joven, y obviamente atractiva. Quizás un poco demasiado obviamente, a juzgar por su mucho maquillaje y la extrema brevedad de su corto traje naranja.

Barrett se enfrentó a su ceño fruncido con una sonrisa mientras hacía las presentaciones.

-La señorita Goldie Connors -dijo-. Mi protegida.

El nombre me sonaba familiar. Y entonces, mientras ella me sonreía como respuesta a la presentación, vi el destello en su incisivo superior izquierdo. Un diente de oro...

Había oído hablar de aquel diente de oro a algunos compañeros de profesión. Era muy conocido por los caballeros de la prensa, y por los caballeros de las fuerzas de policía y por los caballeros del bajo mundo de Capone, todos lo cuales habían gozado del placer de la compañía de Goldie Connors. Diente-de-oro Goldie tenía una cierta reputación en el bajo mundo de Chicago, y eso no sonaba a protegida.

-Encantada de conocerle -me dijo-. Espero no entrometerme.

-Siéntate. -Barrett atrajo una silla hacia ella-. Lamento la confusión. Pensaba llamarte.

-Hubiera sido mejor. -Goldie le dirigió lo que en nuestros días deseribiríamos como una mirada reconrosa-. Dijiste que iríamos a ensayar...

La sonrisa de Barrett se heló cuando se giró hacia mí.

-La señorita Connors piensa en iniciar una carrera teatral. Creo que tiene ciertas posibilidades.

-¿Posibilidades? -Goldie se giró rápidamente hacia él-. ¡Lo prometiste! Dijiste que me darías un papel, un buen papel. Como... ¿cuál es su nombre... Ofelia?

-Por supuesto. -Barret tomó su mano-. Pero este no es ni el momento ni el lugar...

-¡Entonces será mejor que te busques un momento y un lugar! Estoy cansada, harta, de recibir evasivas y falsas promesas, ¿entiendes?

No sabía demasiado de Barrett, pero comprendí una cosa. Me puse en pie e hice una inclinación de cabeza.

-Por favor, discúlpeme. Tengo trabajo en la oficina. Gracias por la entrevista.

-Lamento que tenga que irse. -Pero Barrett no lo lamentaba en absoluto; se sentía muy aliviado. ¿Cree que tendrá una historia con todo esto?

-Tengo una, sí -dije-. El resto depende de mi director. Lea el periódico.

Escribí la historia, acentuando en particular el énfasis que Barrett ponía en el realismo. BARRETT PROMETE UN AUTÉNTICO HAMLET PARA BROADWAY, era mi titular.

Pero no el de mi director.

-La vieja Lady McCullough -dijo-. ¡Esa es la historia!

Y volvió a escribirla, con un nuevo titular: LA SEÑORA MYRON MCCULLOUGH FINANCIA EL ESTRENO DE BARRETT EN BROADWAY.

Así fue como se imprimió, y así fue como Richard Barrett la leyó. Y no fue el único; la historia creó un auténtico revuelo. La señora McCullough era noticia en Chicago.

-Así es como hay que hacer las cosas -dijo mi director-. Este es el enfoque. Ahora he oído que Barrett termina mañana por la noche. Hará una semana en Milwaukee y luego se dirigirá directamente hacia Nueva York.

»Así que ve y péscalo en su pensión... aquí está la dirección. Deseo una ampliación de sus planes para el estreno de Broadway. Ve si puedes descubrir cómo se las ha arreglado para conseguir atrapar a la vieja para que apoye el espectáculo. Tengo entendido que tiene buen éxito entre las mujeres. Así que sácale todos los detalles sangrientos.

La suciedad del lugar donde se alojaba Barrett me sorprendió un tanto. Era una pensión para gente del teatro en el cercano North Side, el tipo de lugar frecuentado por actores de vodevil de segunda fila y actores de feria itinerantes. Pero entonces probablemente Barrett debía estar en las últimas de dinero si continuaba allí; y eso no encajaba con la señora McCullough y sus proyectos de promoción. El encuentro con su rica patrocinadora era precisamente lo que había venido a sacarle aquí... con todos sus detalles sangrientos.

Pero no lo conseguí. De hecho, no conseguí el menor detalle, porque no pasé más allá del descansillo fuera de su puerta. Allí fue donde oí las voces; en aquel sucio descansillo, mohoso y con olor a fracaso, el rancio olor de ilusiones malogradas.

La voz de Goldie Connors.

-¿Qué es lo que pretendes? He leído el periódico. Todo acerca de esos grandes planes que tienes en Nueva York. Y durante todo ese tiempo has estado dándome largas, diciéndome que no había trabajo porque tú no conseguías nuevos contratos...

-¡Por favor! -era la voz de Richard Barrett, con una pizca de nerviosismo-. Pensaba sorprenderte.

-¡Seguro que lo pensabas! Dejándome plantada. Esa era la sorpresa que habías imaginado. Dejarme colgada aquí mientras te largabas con esa vieja rica y le hacías arrumacos a cambio de su dinero.

-¡Déjala a ella fuera de esto!

La risa con que Goldie le contestó fue estridente, y pude imaginar el destello del diente de oro acompañándola.

-Eso es lo que pretendías... mantenerla a ella fuera de esto, así yo nunca me hubiera enterado. O ella no hubiera sabido nada de mi. Eso hubiera estropeado tus preciosos planes, ¿verdad? Pues bien, ¡déjame decirte algo, señor Richard Hamlet Barrett! Me prometiste un papel en la función, y ahora es el momento de tomarlo o dejarlo.

La voz de Barrett se convirtió en una angustiada súplica.

-Goldie... ¡no lo comprendes! Eso es Broadway, la gran ocasión que he estado esperando durante todos esos años. No puedo arriesgarme a utilizar a una actriz sin experiencia...

-Entonces arriesga alguna otra cosa. ¡Arriésgate a que vaya directamente a la señora Rica-Puta y simplemente le diga todo lo que hay entre tú y yo!

-Goldie...

-Cuando abandones la ciudad mañana por la noche yo iré contigo. Con un contrato firmado de mi papel en Broadway. Y eso es definitivo, ¿comprendes?

-De acuerdo. Tú ganas. Tendrás tu papel en la obra.

-Y no uno de esos segundones. Quiero un papel decente, un auténtico papel.

-Un auténtico papel. Te doy mi palabra.

Eso fue todo lo que oí. Y eso fue todo lo que supe, hasta el día siguiente a aquel en que Richard Barrett abandonara Chicago.

En algún momento de la tarde de aquel día, la patrona de la destartalada pensión notó otro olor nuevo en la suma de olores que se entremezclaban en el mohoso descansillo. Siguió a su nariz hasta la cerrada puerta de la que había sido habitación de Barrett. Abriendo la puerta, tuvo un atisbo del maltratado viejo baúl de teatro de Barrett, aparentemente abandonado tras la partida de éste el día anterior. Estaba casi fuera de la vista, debajo de la cama, pero lo sacó de allí y lo abrió.

Lo que vio dentro le hizo correr a llamar a gritos a la policía.

Lo que vio la policía se supo inmediatamente en las redacciones de los periódicos de la ciudad, y aquello me hizo acudir corriendo a la pensión.

Lo que vi yo en el interior del baúl... el cuerpo decapitado de una mujer. La cabeza no estaba.

Todo lo que pude hacer, mientras lo contemplaba, fue pensar en la anterior petición de mi director.

-Los detalles sangrientos -murmuré.

El sargento de homicidios se me quedó mirando. Su nombre era Emmett, Gordon Emmett. Nos conocíamos de otras ocasiones.

-¿A qué se refiere? -preguntó.

Se lo dije.

Cuando terminé mi historia estábamos a medio camino de la Estación del Noroeste. Y cuando él terminó de hacerme preguntas estábamos a bordo del tren de las ocho hacia Milwaukee.

-Loco -murmuró Emmett-. Un tipo tiene que estar loco para hacer eso.

-Está loco -le dije-. No hay dudas sobre ello. Pero hay algo más que locura aquí. También hay método. No lo olvide, esa era su gran oportunidad... algo que había estado esperando y para lo que habla estado trabajando durante todos esos años. No podía permitirse fracasar. Así que ese conocimiento, combinado con un momento de loco impulso...

-Quizá sí -murmuró Emmett-. ¿Pero cómo puede probarlo?

Esa era la pregunta que flotaba ante nosotros cuando llegamos a Milwaukee. Las diez de una tormentosa noche, y ningún taxi a la vista. Silbé a uno allá en la esquina.

-Al teatro Davidson -dije-. ¡Y aprisa!

Deberían ser las diez y cuarto cuando llegamos al helado callejón que conducía a la entrada de artistas, y las diez y veinte cuando pasamos junto al portero y nos abrimos camino entre bastidores.

La función había empezado puntualmente a las ocho y cuarto, y ahora todo el mundo centraba su atención en la primera escena del Quinto Acto.

Allí estaba el cementerio... las tumbas abiertas, los dos Clowns, Horacio, y el propio Hamlet. Un ardiente Hamlet de ojos brillantes, con color de fiebre en sus mejillas y un apasionado poder en su voz. Por un momento ni siquiera reconocí a Richard Barrett en su representación del papel. De algún modo había conseguido hacer que su personaje cobrara finalmente vida; era el Príncipe de Dinamarca, y estaba realmente loco.

El primer Clown le tendió un cráneo de la abierta tumba, y Hamlet lo levantó a la luz.

-¡Ay, pobre Yorik! -dij. Yo le conocí, Horacio...

El cráneo giró lentamente en su mano. Y las luces se reflejaron en su sonriente mandíbula donde brillaba el diente de oro...

Entonces nos acercamos.

Emmett tenía a su asesino y su prueba.

¿Y yo?

Yo había visto mi más memorable actuación de Hamlet.

La de Goldie...

* * *

Como he dicho antes, el cine fue mi primer amor. No es extraño que nos casáramos cuando yo me hice mayor: durante los últimos diecisiete años he dedicado una buena parte de mi tiempo a escribir para las películas.

Pero tengo que hacer una confesión. Aunque he cortejado a las películas durante la mayor parte de mi vida, y me he casado con ellas por largo tiempo, tengo también una amante.

Su nombre es el teatro... ¡y es una criatura realmente seductora!

Sucumbí a sus tentaciones cuando aún era un niño, cautivado por el encanto de su mudabilidad... la insolente vulgaridad de sus vodeviles, la recargada alegría de sus musicales, la sofisticación de su alta comedia y las imperiosas demandas de sus dramas.

Y me he convertido en un ferviente admirador suyo, a mi manera.

Cuando era un muchachito, me dedicaba a interminables actuaciones con mi hermana y mis compañeros en el suburbio de Chicago de Maywood, Illinois. Montones de tierra en el patio trasero se convertían en trincheras en una tierra de nadie; sábanas colgadas en los tendederos servían de tiendas de circo; el porche delantero era una nave pirata, completa con su taburete de piano como timón y una madera de la mesa del comedor colocada sobre la barandilla como la plancha donde arrojábamos a los condenados al mar de los parterres de abajo. Yo diseñaba un vestuario que nos convertía en árabes, orientales

o indios, y con la ayuda de los disfraces, los pequeños repollos que éramos se convertían en reyes.

Después de haber visto El fantasma de la ópera en el cine, empecé a experimentar maquillajes teatrales tan pronto como dejé de hacerme pis en los pantalones. Secretamente, ideé maneras de vendar mis piernas dobladas y atar mis brazos para simular cojos y mancos, y distorsionar mis rasgos de mil maneras distintas. Era un Chaney de estar por casa.

En Miwaukee me metí en el departamento de teatro de la universidad. Aparecía en obras cómicas y comedietas de un acto populares por aquel entonces, tales como La palmatoria del obispo, demostrando mi versatilidad en hacer todos los papeles. En ocasiones actuaba como el obispo, otras cambiaba a Jean Valjean. Me falla la memoria, pero juraría que es posible que incluso alguna vez hiciera el papel de una de las palmatorias.

Abriéndome camino hacia papeles más de adulto cuando aún era un humilde estudiante de segundo año, hice de villano en Los tres tontos sabios, y el bondadoso viejo doctor en Sonriendo hasta el final... es decir adelantándome en varias décadas tanto a la Mafia como a la Asociación de Médicos con mis actuaciones. Y para las reuniones semanales de la universidad escribí mis propias sátiras, en las cuales aprendí muy pronto la Primera Regla del Teatro... guárdate los mejores papeles para ti mismo.

De no haber sido porque el teatro se hundió por completo con la Depresión, hubiera podido terminar como un cómico de burlesque. Tal como fueron las cosas, vendí unos cuantos gags a comediantes de radio e hice frugales apariciones como monologista cáustico en un par de locales... una especie de Henny Youngman, pero sin violín.

Aplaudan... por favor.

Los beneficios que obtuve por mi carrera dramática en la universidad fueron pases y entradas para acudir a ver obras teatrales que se representaban en la ciudad. Esas entradas eran distribuidas a discreción del maestro a cargo de la sección de teatro, como una recompensa por los servicios prestados; yo obtuve bastantes.

Fue una de esas entradas la que me permitió penetrar en el teatro Davidson, una noche de 1934. La obra era El mercader de Venecia, y su estrella principal -que pronto dejaría los escenarios para seguir una carrera de actor de carácter en el cine- era el distinguido actor shakesperiano Fritz Leiber. Él, por supuesto, era Shylock, y su esposa actuaba en el papel de Portia. En el reparto, como el Príncipe de Marruecos, había también un joven sorprendentemente agraciado llamado Francis Lathrop.

Tres años más tarde, mientras visitaba a mi amigo Henry Kuttner en Hollywood, me encontró con Francis Lathrop y descubrí que se trataba en realidad de Fritz Leiber Jr., el mismo hombre que más tarde se convertiría en escritor, dejando a un lado el «Jr.» tras la muerte de su padre.

Fritz y yo compartimos carreras durante casi cuarenta años. Durante esas largas décadas pensé a menudo en aquella noche en el Davidson, cuando un desgarbado adolescente captó inadvertidamente

un destello de un amigo que figuraría en su futuro. Y en el fondo de mi mente siempre deseé conmemorar de algún modo aquella ocasión, aunque no sabía cómo.

Luego, un día, todos los elementos se unieron. Una visita al dentista fue mi inspiración: un diente postizo de oro el catalizador. Y la historia resultante apareció en el número de mayo de 1971 del Alfred Hitchcock's Mystery Magazine.

¿A quién culpar de ella? El homenaje a la nostalgia está del lado de los ángeles, pero el argumento en sí tiene ribetes diabólicos.

El eminente director Rouben Mamoulian ha sido durante mucho tiempo un estudioso de Shakespeare, y hace algunos años escribió un volumen muy erudito sobre Hamlet. Ahora me dice que he arruinado su vida; desde que leyó mi historia nunca más será capaz de ver Hamlet de nuevo.

Seguramente esto es obra de Satán. ¿O la culpa es del Diente Postizo?

VIAJE AL EGO

El avión descendió sobre el campo. Trazó un círculo contra el cielo nocturno, luego se deslizó suave y silencioso para aterrizar.

Mientras se ponía en marcha hacia la portezuela de la cabina, la limosina que había estado aguardando pareció escrutar al aparato con los ojos de sus faros amarillos, al tiempo que su motor ronroneaba bienvenida.

Mike Savage no ronroneaba. Estaba fuera de la limosina casi antes de que ésta se detuviera, avanzando rápidamente hacia la cabina. Para un hombre de su corpulencia, se movía con una sorprendente rapidez. Cuando la puerta de la cabina se abrió, Savage estaba ya directamente junto a ella, con la mano extendida para sujetar el maletín de la figura que emergía del avión.

-¿Kane? -dijo.

La figura asintió, avanzando hacia la luz. Savage vio a un hombre alto cuya momentánea sonrisa era simplemente una mueca de saludo; casi inmediatamente el rostro del hombre volvió a su aspereza habitual, clavando su firme mirada, sin un parpadeo, en aquellos oscuros y profundos ojos. Los muchos talentos de Joe Kane no incluían el sonreír.

El hombre alto se giró para mirar al piloto en la cabina.

-De acuerdo -dijo-. Puede irse.

El piloto asintió, cerrando la portezuela. Un momento más tarde los motores del avión se ponían en marcha con un gruñido, que se convirtió casi inmediatamente en un rugido.

Kane no esperó al despegne. Siguió a Mike Savage hasta la limosina, y se deslizó en el asiento entre él y el conductor.

-Vámonos -dijo.

Savage hizo una seña afirmativa al conductor. El coche dio la vuelta y retrocedió hasta la estrecha carretera que bordeaba el campo. Mientras ganaba velocidad, el avión pasó zumbando sobre él, volando contra el nublado cielo.

La limosina giró hacia una carretera arbolada que era escasamente algo más que un sendero pavimentado a través de la campiña inglesa. Mientras avanzaba por ella, descendiendo, la neblina empezó a enroscarse en torno al parabrisas.

-Está lloviendo ahí delante -murmuró Savage-. ¿Qué tiempo ha tenido en el viaje?

Los oscuros ojos le miraron sin siquiera la pretensión de verse acompañados de una sonrisa.

-He viajado cinco mil kilómetros hasta aquí, y desea que le hable del tiempo.

-Lo siento -dijo Savage, y era cierto. Aquel era un mal comienzo; era mucho lo que dependía de las reacciones de Kane. Savage inspiró profundamente-. Supongamos que le cuento algo sobre los planes.

-Supongamos que se calla -dijo Kane-. Estoy cansado. -Apartó su mirada de Savage y cerró los ojos.

Savage se mordió el labio. No tenía sentido seguir. E indudablemcnte Kane estaba cansado, más bien agotado. Un salto transatlántico en un avión pequeño, un vuelo secreto y no autorizado, se cobraba su precio. Lo importante era que finalmente Kane había llegado, sano y salvo. Dejemos que descanse; mañana habrá tiempo para hablar del plan.

Pero no había ninguna razón por la cual Savage no pensara en él, si lo deseaba. En realidad era casi una segunda naturaleza, puesto que era él quien lo había concebido, y no había pensado en ninguna otra cosa durante meses.

La lluvia empezó a repiquetear contra los cristales. Los limpiaparabrisas entraron en acción, apartando el agua pero sin poder hacer nada para dispersar la niebla.

-Vaya despacio -advirtió Savage al conductor.

A su lado, Kane dormitaba, con la cabeza blandamente inclinada contra el asiento. Savage estudió el duro perfil aquilino. Incluso en reposo, no había señales de relajación en el rostro de Kane; la boca permanecía tensa, los músculos faciales se negaban a rendirse a la flojedad del sueño. Un rostro cruel. Cruel e inteligente. Aquella era una correcta descripción de Joe Kane. Una correcta explicación de lo que había logrado su reputación como la mente más formidable en el oficio dentro de los Estados Unidos. Y, por supuesto, una correcta razón por la que Mike Savage había deseado tenerlo allí. loe Kane era vital para el éxito del plan.

El plan de Savage era sencillo... simplemente una alianza internacional del crimen organizado. Pero era complejo en su simplicidad. Oh, se había hablado lo suficiente de la Cosa Nostra, y durante años los titulares de los periódicos proclamaban la existencia de los «señores del crimen» y de un «imperio del crimen». Pero tras los titulares tan sólo había una oscura realidad. Los criminales trabajaban y cooperaban a nivel mundial, pero tal colaboración era en el mejor de los casos temporal, y terminaba muy fácilmente.

Lo que Savage tenía en mente era mucho más ambicioso; una auténtica, práctica y permanente colaboración, fundada en un acuerdo entre caballeros. Aquello implicaría caballeros granjeros que cultivaban adormideras en Turquía, caballeros deportistas enviando armas de fuego a Africa, caballeros *connoisseurs* trabajando en diamantes y raros objetos de arte en Amsterdam. Sin dejar de lado a otros caballeros que operaban en Marsella, Atenas, Montreal, Argel, Hong Kong, y mantenían conexiones con una banca en Zurich; eran por supuesto un grupo cosmopolita, y le había tomado mucho tiempo a Savage contactar con todos ellos.

Había cuidado meticulosamente de todos los detalles con sus propios amigos caballeros allí en Londres, y hecho todos los contactos necesarios para tener una próxima reunión en la cumbre.

Era en aquella reunión donde pensaba presentar con detalle su propuesta... y presentar a loe Kane. Quizá Kane no fuera tan educado como los demás; tenía una reputación de crueldad. Pero ninguna profesión, por muy respetable que fuera, podía presentarse con esperanzas de éxito sin un líder a mano, y loe Kane era un líder. Un

hombre que iba siempre directamente al grano. Con Kane a la cabeza de la empresa, ésta no podía fallar, y estaba seguro de que todos lo aceptarían sin discusión.

Savage miró a través del parabrisas hacia la cortina de lluvia y niebla. Parecía impenetrable, aunque el coche avanzaba a su través. Esa era la forma en que se movería la maquinaria del crimen, a través de cualquier cosa, hacia adelante a toda velocidad, con Kane al timón. Y en lo que a él se refería, Savage se sentiría completamente satisfecho sentándose a su lado como el segundo de a bordo; podía dejar perfectamente a Kane llevar la dirección, siempre que Savage pudiera acompañarle en el dulce y blando camno de controlar el mundo...

-¡Cuidado!

El grito de Savage le llegó al conductor al mismo tiempo que los faros de un coche brotaban ante ellos en la carretera a través de la niebla, frente por frente.

El conductor dio un golpe de volante, y la limosina se desvió hacia la izquierda.

Por un brevísimo segundo que pareció una eternidad de horror, Savage vio al coche que se acercaba patinar y girar en la misma dirección.

El brusco chirrido de los frenos se perdió en el crujir de metal rasgándose al tiempo que el choque lanzaba a Savage al suelo. Su cabeza golpeó contra el tablero de instrumentos mientras caía, y la gris neblina se convirtió en negrura.

Cuando su turbia visión se aclaró, alzó la vista para descubrir al conductor inclinado sobre él desde el exterior de la limosina.

-¿Se encuentra bien, señor?

Savage sintió la pulsante protuberancia sobre su sien, luego gruñó.

-Se metió debajo del volante. -El conductor tendió su mano izquierda para ayudarle; Savage observó que el brazo derecho del hombre colgaba flácidamente a su costado.

-¿Roto?

El conductor asintió.

-Me temo que tendrá que ayudar al otro caballero.

Savage se giró, captando un momentáneo atisbo de la abollada capota delantera de la limosina, aunque el coche en sí parecía estar intacto, si bien el otro vehículo se hallaba casi completamente destrozado por el impacto de la colisión.

Luego miró de nuevo al asiento delantero de la limosina, observando a Kane.

El alto hombre había atravesado el parabrisas con la cabeza, y colgaba allí, con la cabeza y los brazos sostenidos por los fragmentos de cristal roto que aún se mantenían en su sitio.

Savage se arrastró en el asiento, húmedo y resbaladizo. Agarró a Kane por los fláccidos hombros, y tiró de él hacia atrás para apoyarlo de nuevo en su asiento. Luego lo observó:

-¡Mire! -jadeó-. Mire su rostro...

El rostro de Joe Kane estaba completamente oculto por vendajes parecidos a los de una momia, enrollados en torno a su cabeza y garganta. Tras estrechas rendijas una boca se movía, una nariz aspiraba el aire, unos ojos parpadeaban.

Savage se inclinó hacia la cama en la habitación de blancas paredes.

-Kane... ¿puede oírme? -murmuró.

No hubo respuesta, sólo el sonido de una torturada respiración.

-Aún no puede hablar. Antes deben sanar sus cuerdas vocales.

Savage se giró. El doctor Augustus estaba entrando en la habitación. El pequeño y grueso médico avanzó hasta situarse al lado de la cama.

-¿Pero se curará?

-Por supuesto. Sólo es cuestión de tiempo.

La voz del doctor Augustus era tranquilizadora. Su propia presencia era tranquilizadora, y Savage le dio silenciosamente las gracias por aquello. Nadie podía competir en habilidad médica y versatilidad con Edmund Augustus... primero en el Real Colegio de Médicos, y ahora como colaborador permanente y privado en la organización de Savage. Harley Street había perdido una joya: no era un simple remendón de heridas de bala. El notable campo de sus habilidades parecía extenderse a todas las ramas de la medicina desde la cirugía hasta la psiquiatría, y Savage apreciaba sus servicios. Tanto es así que había instalado al doctor Augustus allí en una casa en el campo que era en realidad una clínica completamente equipada... con una clientela de lo más exclusivo, extraída entre los asociados de Savage.

Savage bajó su mirada a la muda momia en la cama.

-Este es el doctor Augustus -dijo-. Puede darle las gracias por haber salvado su vida.

El hombre en la cama no hizo ningún movimiento.

-Kane... escúcheme...

No hubo respuesta. Savage frunció el ceño a Augustus.

-¿Qué ocurre? No puedo apreciar ninguna reacción... es como un vegetal. Como si no conociera ni su propio nombre.

-No lo conoce -dijo Augustus.

El fruncimiento del ceño de Savage se acentuó, pero Augustus agitó la cabeza.

-Voy a decirle a él la verdad -murmuró.

Sc inclinó sobre su paciente.

-Tuvo usted un accidente, señor Kane. Un accidente grave. Pero lo peor ya ha pasado. Va a vivir, y su recuperación física será completa. ¿Puede comprender eso?

Lentamente, la vendada cabeza se movió.

-Hay una cosa que debe usted saber. Un efecto secundario de una de sus heridas, su fractura craneal, ha producido una amnesia total. Me doy cuenta de que esto es perturbador... perder la memoria de uno mismo, de su pasado, no ser capaz siquiera de recordar el accidente. Pero es usted relativamente afortunado. El conductor del otro coche resultó muerto al instante, y usted también hubiera muerto si el señor Savage no lo hubiera conducido directamente hasta mí y yo hubiera podido operarle a tiempo.

»Y su situación no es desesperada. A medida que vaya mejorando, irá recuperándose gradualmente de su amnesia. Su memoria regresará... y nosotros estaremos aquí para ayudarle. Todo lo que necesita ahora es descansar.

El doctor Augustus alcanzó una hipodérmica que había ya preparada envuelta en gasa estéril en la mesilla de noche. Guió la aguja a la vena del brazo izquierdo, y la momificada figura se relajó hacia atrás. Luego el doctor permaneció de pie allí, aguardando hasta que estuvo seguro de que la inyección había causado efecto.

Savage lo miró.

-¿Está usted seguro? -murmuró.

-Completamente seguro. -El doctor Augustus sonrió-. Su reunión en la cumbre deberá ser postpuesta, por supuesto. Pero cuando la celebren, Joe Kane estará allí.

Rita Goley estaba nerviosa. No podía acostumbrarse a conducir el pequeño coche de alquiler por el lado izquierdo de la carretera, y no sabía exactamente a dónde conducía aquella carretera que se hundía cada vez más en aquellas remotas colinas. Pero tenía que encontrar la casa.

Cuando la encontró, Rita no se sintió más tranquila. El lugar era demasiado grande para erguirse allí en medio de nada, y no habiendo el menor tráfico por aquellos lugares no parecía haber ninguna razón para ocultar la casa tras unas paredes tan altas.

Pero Rita había recorrido un largo camino, y no estaba dispuesta a abandonar ahora.

Eso fue lo que le dijo al doctor Augustus cuando él intentó que se fuera por donde había venido, sin dejarla pasar de la puerta principal.

-No pienso irme hasta que haya visto a Joe Kane -dijo.

Augustus agitó la cabeza.

-Tiene que estar usted en un error. Esto es una residencia privada. Esa persona no está aquí.

-Joe está aquí. lo sé. Me lo dijeron.

-¿Quién se lo dijo? -La pregunta fue hecha por un hombre corpulento y de anchos hombros que apareció detrás de Augustus en el umbral. Rita le correspondió con una inclinación de cabeza.

-La misma persona que me dijo que usted es Mike Savage.

El hombre alzó las cejas.

-Entre, querida señora. -Y luego, en el vestíbulo-. Quizá pueda explicarse un poco mejor. -La miró fijamente-. Usted no será la señora Kane, ¿verdad?

-Como si lo fuera -dijo Rita-. Estábamos juntos la noche antes de que se fuera. Me dijo que venía aquí, y para qué.

-¿Lo hizo realmente? -Savage miró con rapidez a Augustus. Luego ambos la miraron a ella, pero Rita no se inmutó.

-Joe y yo siempre nos lo contábamos todo. Por eso seguíamos juntos. Lo sé todo sobre la reunión en la cumbre que debían celebrar ustedes. Él dijo que llamaría apenas llegara. Bien, no llamó. Supe que nada le

había ocurrido al avión, porque Arnie, el piloto, volvió y me dijo que el vuelo había ido perfecto. Luego supe que la reunión en la cumbre había sido postpuesta.

-¿Quién le dijo eso? -Savage habló rápidamente.

-Uno de los hombres de Joe. El mismo que me habló de su organización aquí. Y de dónde los encontraría probablemente. -Rita miró al fondo del vestíbulo-. Esta clínica privada es una fachada, ¿verdad?

-Está usted muy bien informada -dijo el doctor Augustus friamente.

-Eso no importa. Díganme algo de Joe Kane.

Savage se alzó de hombros.

-Me temo que sufrió un accidente.

-¿Accidente? -Rita abrió mucho los ojos-. ¿Acaso está...?

-No, no está muerto.

-¿Está muy mal?

Savage vaciló. El doctor Augustus tomó a Rita por el brazo.

-¿Qué le parece si lo ve por usted misma? -dijo.

La condujeron escaleras arriba. A lo largo del corredor. Dentro de la habitación de paredes blancas, donde aguardaba la momia.

-¡Joe! -jadeó Rita-. Oh, Dios mío...

-Se pondrá bien -le dijo el doctor Augustus. Rita ya no le oía; estaba al lado de la cama, mirando hacia abajo.

-Joe, mírame... soy Rita...

-No la conoce -dijo Savage.

-¿Qué dice? ¡Claro que me conoce!

-No conoce a nadie. Amnesia.

Rita empezó a sollozar. Savage miró a Augustus con el ceño fruncido.

-Fue idea suya dejar que lo viera así.

-Y una buena idea, creo -dijo Augustus calmadamente. Avanzó y puso su mano sobre el brazo de Rita-. Escúcheme. Le he dicho que se pondrá bien. Y ahora que está usted aquí, podrá ayudar.

-Lo que sea -murmuró Rita-. Sólo déjeme quedarme. Lo cuidaré...

-Ya está bien atendido -dijo Augustus-. Tenemos una enfermera a su cargo. Y ya está fuera de peligro, recuperándose muy bien. Lo que necesita, podríamos decir, es una madre.

-¿Una madre?

-No hay prognosis respecto a cuando cederá la amnesia. Hasta que su memoria regrese, las cosas serán así. Físicamente es un hombre adulto, pero mentalmente es un niño pequeño. Así que necesitará una madre. Alguien que lo ayude a reeducarse, exactamente como si fuera un niño pequeño. Pero con su cerebro de adulto, aprenderá rápidamente. La rapidez dependerá de su cooperación.

-Bien pensando. -Savage asintió al doctor Augustus, luego se dirigió directamente a Rita-. Recuerde, todos tenemos interés en que se recupere. Sin Joe Kane en las condiciones de antes del accidente, no habrá reunión en la cumbre. No habrá organización internacional... al menos no una que él pueda controlar. Y usted sabe lo que significa una tal organización. No millones, sino centenares de millones. No necesito decírselo.

-No me importa el dinero -dijo Rita-. Es Joe. -Se giró al doctor Augustus-. ¿Cuándo empiezo?

El doctor Augustus sonrió.

-Mañana -dijo.

Llegó el día siguiente. Y pasó. Transcurrió una semana, luego otra. Rita perdió toda noción del tiempo. Mientras estaba despierta no se separaba de Joe Kane, y por la noche, en su dormitorio al fondo en la planta baja, la imagen de él atormentaba su insomnio.

El proceso educacional era lento, dolorosamente lento al principio. Pasaron varios días antes de que las cuerdas vocales de Kane sanaran hasta tal punto que pudiera susurrar, y cuando esto ocurrió sus palabras eran simplemente preguntas... preguntas que confirmaban el diagnóstico del doctor Augustus. Kane no recordaba lo que había ocurrido. No recordaba el accidente, ni nada anterior al accidente. Ni siquiera recordaba el nombre de Rita o el suyo propio.

De modo que Rita le enseñó. El doctor Augustus le dijo cómo hacerlo, qué decir. Aún seguía atormentado por el dolor, bajo sedantes, y a menudo era difícil comunicarse claramente con él, pero ella siguió con su tarea, sin dejar de hablar ni un solo momento.

Gradualmente Kane fue recuperando la movilidad. Primero se sentó en la cama, luego se trasladó a una silla de ruedas. Rita lo llevó afuera al jardín; excepto Augustus, Savage y una enfermera que se encargaba también de la cocina, la clínica estaba desierta.

-Tenemos que mantener su presencia aquí en secreto -le dijo Savage.

-¿En secreto? -Rita miró la enfajada cabeza y se estremeció-. ¿Cuándo le quitarán esos vendajes?

-Pronto. El doctor Augustus dice que está mejorando. Hasta entonces, usted tendrá que hacerse cargo de todo.

Rita se hizo cargo de todo. En el jardín, le habló suavemente a Kane de su propio pasado, proporcionándole todos los detalles de su ascensión al poder, relatándole las anécdotas e incidentes que él mismo le había contado a lo largo de los años.

-Es inútil. -La ronca voz del hombre era fuerte ahora, pero tenía una nota de ansiedad-. No recuerdo nada.

-El doctor Augustus dice que no tienes que recordar. Sólo escuchar. Tienes que aprenderlo todo sobre ti de nuevo.

Rita condujo a Kane a lo largo del sendero del jardín.

-Oh, tengo una buena noticia para ti. Mañana empezarás a andar.

Kane anduvo. Anduvo durante una semana, por el jardín y dentro de la casa. El y Rita, juntos, dieron una vuelta de inspección. El doctor Augustus estaba orgulloso de su establecimiento, y tenía razones para estarlo; la clínica era compacta, pero moderna y completamente equipada. Había una imponente sala de operaciones y una enorme autoclave, así como un equipo de osciloscopio con el cual Augustus comprobaba frecuentemente los esquemas cerebrales de Kane, y todas las demás maravillas médicas que el dinero podía comprar. El respeto de Rita hacia el doctor Augustus creció.

Estaba empezando a darse cuenta también de los talentos de Mike Savage. Después de todo, él era quien había concebido todo aquello y lo había llevado a la práctica. Una clínica privada que era a la vez un perfecto escondrijo, y al mismo tiempo una fortaleza.

Rita y Kane llegaron a esa conclusión cuando descubrieron la habitación oculta en el sótano... la enorme habitación a prueba de ruidos con el arsenal de armas alineado a lo largo de las paredes: pistolas, revólveres, gases lacrimógenos, incluso ametralladoras.

-Mejor que tu refugio en Jersey -dijo Rita.

Kane frunció el ceño, luego asintió.

-Oh, sí... me lo contaste.

-¿Sigues sin recordar?

-Ajá. -Pero la ronca voz era resuelta ahora-. Todavía no. Quiero decir, tú me cuentas todas esas cosas, y yo las creo. Pero dentro de mí no acabo de *sentir* que sean ciertas. Pero no te preocupes, lo superaré.

-Por supuesto, cariño. Todas las cosas toman su tiempo. -Sonrió-. Casi había olvidado algo. Más buenas noticias. Mañana te quitarán los vendajes.

Así fue.

El doctor Augustus rcalizó el trabajo personalmente, en el quirófano, con tan solo Savage y Rita como ayudantes. Fue cortando expertamente bajo las brillantes luces, retirando venda tras venda. No era doloroso, pero Rita tuvo que obligarse a mirar. No dejaba de pensar en cómo había llegado Kane allí, después de atravesar el parabrisas con la cabeza en el accidente. El doctor Augustus le había dicho que había tenido que realizar una extensa operación de cirugía plástica, pero sabía que incluso en circunstancias normales tales operaciones no obtenían siempre un éxito completo. ¿Y si Kane resultaba con la cara deformada? Rita se estremeció pese a sí misma, y cuando el último trozo de gasa fue retirado, miró hacia otra parte.

Hubo un momento de silencio en la habitación.

Luego, fue el propio Kane quien habló.

-¿Bien, doctor?

-Perfecto -dijo Augustus-. Ni una cicatriz.

Savage apoyó una mano en el brazo de Rita.

-¿No desea verle? -murmuró.

Lentamente, Rita se giró. Vio a Kane.

Gritó.

Lo último que recordó antes de desvanecerse fue a Joe Kane mirándola, y era un completo extraño. Un extraño con un rostro totalmente distinto.

-Todo está bien.

Rita parpadeó hacia el extraño que estaba arrodillado junto a ella, sujetándola en sus brazos.

-Joe... ¿qué te han hecho?

-Lo necesario -dijo el doctor Augustus crispadamente-. El cristal del parabrisas hizo imprescindible que recurriera a una cirugía radical. Literalmente tuve que construir de nuevo... una reconstrucción era imposible.

Mientras Rita se levantaba, Augustus tendió un espejo de mano a Kane, situándolo ante su rostro.

-Han quedado algunas pequeñas cicatrices, por supuesto. La próxima semana eliminaremos las que queden en torno a los ojos, y por aquel entonces las otras más pequeñas empezarán a desaparecer por sí mismas. Pero en conjunto pienso que ha sido un buen trabajo, ¿no cree?

Kane buscó su propio reflejo, con un desconcertado fruncimiento de cejas.

-Si usted lo dice. Es curioso, ¿no? No puedo recordar mi aspecto anterior...

-Es usted un hombre afortunado -le dijo Savage-. Y si no le importa que se lo diga, es mucho más apuesto ahora, gracias al doctor Augustus. Es un trabajo asombroso, teniendo en cuenta lo rápido que tuvo que trabajar.

-Tiene que recordar que yo nunca lo había visto antes del accidente -dijo Augustus-. Y no tenía nada sobre lo que guiarme, ni siquiera una fotografía. Era un asunto de trasplante masivo de cartílagos e injertos de piel.

-Bien, ya nunca lo sabrá. -Kane se pasó una mano a lo largo de la mejilla, y sus dedos rozaron el borde del vendaje que aún cubría su cabeza como un turbante.

-Cuidado. -El doctor Augustus hizo un rápido gesto-. El vendaje de la cabeza no puede ser tocado hasta dentro de otros diez días.

Los diez días pasaron lentamente. Ahora que Kane estaba sanando rápidamente, Rita se dio cuenta de que estaba cada vez más inquieta. Pese a que gradualmente se iba acostumbrando a sus nuevos rasgos, había una especie de tensión entre ellos dos. Madre e hijo, profesora y pupilo... aquella no era la relación que habían mantenido antes, y no la deseaba ahora. Cierto, por un momento habían ido más allá, Kane la había tomado entre sus brazos cuando ella se había desmayado, pero no había intentado hacerlo de nuevo luego. Algo había cambiado, además de su apariencia; algo mucho más profundo. Tenía la sensación de que deberían hacer una pausa en su constante relación, de que ella debería desaparecer por un tiempo y pensar en todo aquello.

Pero cuando sugirió ir sola al pueblo más próximo para hacer algunas compras, Savage negó con la cabeza.

-Todavía no -dijo.

-Será tan sólo una hora o así...

-Lo sé. Pero tenemos que ser precavidos. Usted no comprende cómo son las cosas en estas zonas rurales. Si una mujer desconocida se deja ver sola, habrá habladurías. Una pareja... ya es otro asunto. Cuando le

quitemos a Kane el vendaje de la cabeza, podrán ir juntos. Los tomarán por dos vulgares yanquis de viaje.

De algún modo, aquel razonamiento no satisfizo por completo a Rita. Como tampoco, reflexionó, estaba completamente satisfecha con la explicación del doctor Augustus sobre su cirugía. Cierto que había dispuesto de un maravilloso equipo, incluidas algunas máquinas que ella ni siquiera había sabido identificar, pero seguro que no había hablado de todos los detalles acerca de las técnicas que había utilizado. Y ni él ni Savage deseaban comentar nada al respecto; cada vez que ella había intentado sacar el tema, habían cambiado de conversación. Rita no podía señalar qué era lo que no iba bien, pero estaba empezando a tener la impresión de que le estaban manejando con evasivas.

El día anterior al previsto para retirar los vendajes de la cabeza de Kane, las sospechas de Rita cristalizaron de una sola ojeada.

Fue una ojeada al exterior desde la ventana delantera, una mirada distraída al sendero donde estaba aparcado su coche, al pasar por delante de la ventana. Fue suficiente.

El coche no estaba.

Tan pronto como pudo deshacerse sin crear sospechas de Kane y los otros, se deslizó afuera, al garaje. Sólo la limosina negra estaba allí, y un pequeño Riley.

Rita dudó si enfrentarse abiertamente a Savage y Augustus, y finalmente decidió que no. No podía contar con una respuesta correcta, lo máximo que iba a recibir sería una evasiva, si es que había algo que realmente no iba bien. Tenía que hablar con Joe.

Aquella noche aguardó hasta que toda la casa estuvo tranquila, y entonces se deslizó fuera de su habitación y se dirigió de puntillas hacia el dormitorio de Kane.

Estaba despierto, y era casi como si estuviera esperando a que ella fuese. Ni siquiera tuvo que ponerse un dedo sobre los labios para advertirle que hablara en voz baja. Y cuando le hubo comunicado todas sus sospechas, él simplemente asintió.

-Yo también lo he notado -murmuró-. No están diciendo]a verdad. Al menos, no toda la verdad.

-¿Qué vamos a hacer?

-Déjamelo a mí. Mañana, cuando me quiten esos vendajes, entraré en acción. -Le dirigió una sonrisa-. Estoy de nuevo en buena forma, física y mentalmente... gracias en buena parte a tu ayuda. -La atrajo hacia sí-. Nunca te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí, ¿verdad?

Era extraño, estar en sus brazos de nuevo. Y de algún modo distinto... pero Rita arrojó a un lado aquel pensamiento. Estaban juntos, y eso era lo que importaba.

-Nunca me has dado las gracias por nada, no en todos esos años -dijo ella-. Y no tienes por qué darlas. Son las cosas que haces las que demuestran tus sentimientos. Como aquella noche en Río.

-¿Río? -los ojos de Kane mostraron su desconcierto-. No recuerdo...

-Era el carnaval. Y no esperaba que lo recordaras, puesto que estabas borracho como una cuba. -Dejó escapar una risita-. Fuimos a

aquel absurdo tabernucho con todos aquellos marinos, porque uno de ellos tuvo la idea de que todo el mundo debía tatuarse. Y tú insististe en tatuar mi nombre en tu brazo. Casi estuve a punto de desmayarme, observando a aquel tipo viejo trabajando contigo con su asquerosa aguja.

-Estás bromeando -dijo Kane.

-Es cierto, y puedes comprobarlo -dijo Rita-. Puedo demostrártelo... aquí. En tu brazo derecho.

Enrolló la manga para mostrárselo.

-Mira...

Kane miró.

-Más vale que mires tú -dijo suavemente.

Rita siguió la dirección de su mirada, y se envaró.

No había ningún tatuaje.

Ningún tatuaje. Lo cual sólo podía significar...

-¡Tú no eres Joe! -gritó.

La puerta tras ellos se abrió rápidamente, y el doctor Augustus penetió en la habitacion. Su sonrisa era torva.

-Oh, sí que lo es -murmuró Augustus-. Es Joe Kane, por supuesto... lo que quedó de él. Pero su cráneo estaba tan dañado que no pude repararlo.

Rita se lo quedó mirando.

-¿Qué es lo que hizo?

-Lo único factible. Era una posibilidad entre un millón, pero se estaba muriendo de todos modos, así que corrí el riesgo. Tuve que trasplantar su cerebro. El cuerpo que ahora ocupa perteneció a Barry Collins... el conductor del otro coche.

-Sigo sin poder creerlo. -Kane agitó su cabeza mientras dejaba la copa de coñac en el estudio de la planta baja.

-Es cierto -asintió Savage-. Vi todo el proceso. Nos trajimos al otro conductor con nosotros, pero estaba muerto cuando llegamos aquí. Aparentemente un fallo cardíaco en el momento del choque, porque no había ninguna señal en su cuerpo. El doctor Augustus lo examinó, y fue entonces cuando se le ocurrió la idea de intervenir quirúrgicamente.

-Notable, ¿verdad? Algo que hace cinco años se hubiera considerado absolutamente imposible es hoy una realidad.

-Irónico también. -La sonrisa de Augustus seguía siendo torva-. Es un gran adelanto médico, como el primer trasplante de corazón. Pero debido a las circunstancias, es difícil que pueda proclamar este logro al mundo.

-Ni al bajo mundo. -Los ojos de Savage se achicaron-. Ellos tampoco deben saberlo. Por eso ideamos esta historia de la cirugía plástica. No cuenta para ustedes dos, pero teníamos que hacerla sólida y viable cara a todos los demás.

Kane le dirigió una rápida mirada.

-¿Qué hay con el real Barry Collins?

-Ningún problema -respondió Augustus-. No olvide que soy médico titulado. Firmé un certificado de defunción y llené todos los formularios necesarios relativos al accidente. Colocamos la documentación de Collins y todos sus efectos personales en el cuerpo de usted... en su anterior cuerpo, con su rostro totalmente desfigurado. Fue identificado y enterrado bajo su nombre. Afortunadamente, no tenía familia.

-¿Cómo han mantenido en secreto mi estancia aquí?

Savage sonrió.

-Usted no esta aquí. Puesto que voló en un avión privado, y sin visado, las autoridades no saben nada de su presencia. Y no mencionamos que estaba usted en el coche cuando se produjo el accidente. De modo que en estos momentos está usted doblemente seguro aquí, en un nuevo cuerpo.

Kane asintió.

-No me sorprende que haya perdido la memoria. Es un milagro simplemente haberme recuperado. -Tocó los vendajes de su cabeza-. ¿Cuándo me quitará esto, doc?

-Mañana por la mañana -dijo Augustus-. Luego empezará usted a ejercitarse un poco, a fin de recuperar la forma muscular. Y luego...

-Olvídelo -le cortó firmemente la voz de Kane-. A partir de ahora soy yo quien toma las decisiones.

-Esto es lo que estábamos esperando oír-la sonrisa de Savage se hizo más amplia-. Está empezando a sonar de nuevo como era antes. -Miró al doctor Augustus-. Felicidades, doctor. Parece como si las cosas volvieran a sus cauces.

Pese a esperarlo, Rita experimentó un shock cuando los vendajes de la cabeza de Kane fueron retirados. No podía acostumbrarse a ver a Joe Kane casi sin pelo. Era difícil aceptar la razón del cambio; darse cuenta de que el hombre que había conocido durante todos aquellos años había renacido literalmente bajo otra apariencia. Sus ojos, su voz, sus modales... todos los aspectos eran sutilmente distintos. Y pese a ello, gracias en gran parte a sus semanas de paciente esfuerzo, volvía a ser él mismo.

Dentro del cuerpo no familiar estaba Joe Kane, con todos sus conocimientos y recuerdos restaurados. Había aprendido los detalles de su pasado, y sus planes para el futuro. Y la crueldad de Kane estaba regresando.

Una vez fueron retirados los vendajes, insistió en ir con Rita al pueblo. Estaba harto de confinamiento.

-¿Está seguro de que es prudente? -frunció el ceño Savage-. Mientras le tomen por un turista, no habrá problemas. Pero si se ve envuelto en...

Kane sonrió.

-Ya soy un chico crecido ahora. -La sonrisa se borró bruscamente-. Así que no me incordie, ¿de acuerdo?

Tomaron el pequeño Riley del garaje, y Kane condujo. Tanto el coche como la carretera le resultaban extraños, pero llevó expertamente el volante y encontró el pueblo sin ninguna dificultad.

Avanzando por la mayor -y única- calle a la luz del atardecer, Rita se maravilló del recién adquirido aire de completa confianza de su compañero.

-No puedo creerlo -dijo-. De pronto pareces tan seguro de ti mismo...

-¿Por qué no? -Kane se alzó de hombros-. Oíste a Savage y al doc hablar de esa conferencia en la cumbre. Han llamado ya a Demopolis en Londres para prepararla de nuevo para este fin de semana. Hemos trazado grandes planes, y ahora los están poniendo a punto. Piensa en ello... con esta organización vamos a gobernar el mundo. Políticos, militares, legisladores... todos no serán más que simples fachadas. Nosotros seremos el poder detrás del trono, el auténtico poder. ¿Y quién estará a la cabeza de todo ello?

-¡Barry! -llamó la voz-. ¡Barry Collins!

Rita levantó apresuradamente la vista. La chica que salía del coche al otro lado de la calle era joven y atractiva. Iba vestida sobriamente de negro, pero sus ojos, davados en Kane, expresaban más alegría que pesar.

-Estás vivo... -jadeó.

Rita la interceptó, y de algún modo consiguió hablar sin que se notara el temblor de su voz.

-¿Quién es usted?

-Muriel. Muriel Morland. -La muchacha sonrió a Kane-. Pregúntele a Barry. Estábamos prometidos...

Entonces, antes de que Rita pudiera impedírselo, la chica estaba entre los brazos de Kane.

-¡Oh, querido, soy tan feliz! Si supieras lo que pasé cuando supe la noticia... Regresé a Oxford ayer, tras el crucero, y me dijeron...

-Tranquila -murmuró Kane. Le frunció el ceño a Rita por encima del hombro de Muriel.

-Naturalmente, vine directa aquí -estaba diciendo la chica-. Deseaba hablar con las autoridades, saber lo que había ocurrido.

-Ahora ya no será necesario -dijo Kane.

-Pero dijeron que estabas muerto... incluso salió un reportaje en los periódicos. ¿Por qué no escribiste o llamaste?

-Es una larga historia. -Kane le sonrió a Muriel, luego echó una rápida mirada a Rita-. Será mejor que telefonees al señor Savage. Háblale de la señorita Morland, y dile que vamos a ir con ella. Me gustará que el doctor la conozca.

Rita asintió rapidamente, luego cruzó la calle en dirección a un teléfono público.

-¿Doctor? -Muriel parecía desconcertada.

-El hombre que me salvó la vida. He estado en una clínica privada... hoy es la primera vez que he sido capaz de salir. La señorita es una de las enfermeras.

Kane señaló a Rita, que estaba absorta en su conversación telefónica al otro lado de la calle. Tomando a Muriel del brazo la acompañó a su coche.

-Cuando haya terminado, iremos para allá -dijo-. Tú puedes seguirnos.

-¿Pero no vas a explicar…?

-Lo comprenderás mejor cuando estemos allá -dijo Kane.

Ella asintió.

Kane y Rita fueron delante, con Muriel siguiéndoles. Una vez aparcados los coches en el sendero, Muriel acompañó a sus compañeros hasta la gran casa donde Savage y el doctor Augustus estaban esperando. Las presentaciones fueron breves.

-Por favor -dijo Muriel-. Cuénteme lo ocurrido. No puedo esperar…

-¿Por qué no pasamos aquí, donde podremos hablar más cómodamente? -sugirió el doctor Augustus, guiando a Muriel vestíbulo adelante hasta una habitación que Kane reconoció como el quirófano. Se echó a un lado, dejándola pasar primero, y luego la siguió con rapidez y cerró a sus espaldas la puerta a prueba de ruidos. Sonó una cerradura.

No hubo ningún otro sonido, ni siquiera un grito.

Savage se hizo cargo del coche. Rita no preguntó qué había hecho con él, ni deseó saberlo. Como tampoco miró, más tarde, mientras Savage, con la ayuda de Kane, cavaba el gran hoyo en el jardín, bajo los árboles. Más tarde, evitó cruzar su mirada con la de ellos. El doctor Augustus y Savage aplanaron cuidadosamente el suelo hasta que la señal de la tierra removida que marcaba el agujero dejó de existir. Era bastante para saber que Muriel ya no existía tampoco, bastante para saber que Kane estaba a salvo.

¿Era suficiente?

Rita paseó arriba y abajo por su habitación. Desde que Savage había enviado al conductor de la limosina a realizar otras tareas a Londres, desde que el doctor Augustus había prescindido de la enfermera que atendiera a Kane en las primeras semanas de recuperación, Rita había permanecido allí a solas con sus tres compañeros. Aquello nunca la había preocupado hasta aquel momento, pero ahora, por primera vez, se sentía realmente *sola*. Savage y Augustus eran unos extraños, y en cuanto a Joe…

Impulsivamente, Rita se dirigió a la habitación de Kane. Necesitaba hablar con él, de una vez por todas. Sólo él podía tranquilizarla, poner en orden sus pensamientos.

Pero su habitación estaba vacía.

Rita la revisó con un súbito disgusto. Algo en la estéril atmósfera de blancas paredes le repelía, y tuvo un momentáneo recuerdo de la momia que había yacido allí semana tras semana, con el rostro cubierto y la mente en blanco. ¿Cómo debía haberse sentido encerrado allí, sin ni siquiera una ventana… con tan solo aquel renovador de aire encima de su cama?

Miró al renovador de aire, y entonces lo vio.

Debía haber estado allí durante todo el tiempo, probablemente lo había visto un centenar de veces sin reparar en él, pero ahora sí lo vio. Alojado tras el renovador, el pequeño micrófono metálico. Y penetrando en el conducto, los hilos.

-¡Joe...! -murmuró Rita.

No hubo respuesta.

Y afuera en la oscuridad, en el jardín, el doctor Augustus y Savage seguían trabajando.

Rita regresó al vestíbulo. Aquellos hilos... ¿dónde debían conducir? Escaleras abajo, empotrados en la pared. Y a lo largo de la pared hasta la puerta. Y a través de la puerta hasta el pasadizo de abajo.

Encendió la luz y descendió a la habitación oculta en el sótano. La habitación a prueba de ruidos que le servía de arsenal a Mike Savage... y de puesto de escucha al doctor Augustus. Su propio estudio radiofónico improvisado.

Rita se dio cuenta de ello cuando vio los hilos recorriendo la pared junto a las hileras de armas; vio los hilos conduciéndola hasta la grabadora situada sobre la mesa.

Giró un botón. La cinta rodó, y la voz surgió del altavoz de la grabadora como un susurro fantasmal. La voz del doctor Augustus, hablando suave y lentamente, lenta y claramente, clara y desanimadamente. Susurrando una y otra y otra vez...

-Eres Joe Kane. Eres Joe Kane.

-Sí.

Otra voz, detrás de ella.

Rita se giró. Kane estaba en el umbral.

-Lo descubriste -dijo él.

Ella se le quedó mirando.

-¿Lo sabías?

-¿Lo de las cintas? -Avanzó por la habitación, asintiendo mientras cerraba la grabadora-. Por supuesto. Augustus me lo dijo la semana pasada. Era parte de su tratamiento para ayudarme a recobrar mi memoria. Hipnoterapia, actuando mientras yo dormía en mi habitación. Tienes que haber oído hablar de ello... le llaman aprender durmiendo.

-Sí, he oído hablar de ello. -Rita se enfrentó con él al otro lado de la mesa. Incluso a las sombras de la débil luz, su rostro estaba pálido-. Pero no era tan sólo una ayuda memorística. Su finalidad era real... auténtica hipnosis, verdadera sugestión.

-¿Qué estás diciendo?

-La verdad. -Rita forzó sus ojos para enfrentar la mirada del hombre-. Hoy, en el pueblo, cuando esa chica llamó «Barry»... tú giraste automáticamente la cabeza.

-Era natural... -empezó Kane.

-La verdad, he dicho -susurró Rita-. Y la verdad es... tú *eres* Barry Collins.

Hubo un momento de silencio, y luego él asintió.

-Yo lo sospeché también, hace tiempo. No hubo transplante de cerebro... eso es imposible. Joe Kane murió en el accidente, pero yo sólo fui víctima de una contusión, con amnesia temporal.

El hombre miró a las hileras de armas que llenaban las paredes.

-Savage y Augustus no podían permitirse perder su gran oportunidad... poner en marcha su plan era demasiado importante, y sabían que todo dependía de conseguir que Joe Kane actuara como líder. Así, decidieron convencerme de que yo era Kane. Y cuando tú llegaste, maquinaron la historia y obtuvieron tu ayuda... proporcinándome una nueva memoria, una nueva personalidad. Lo que no tuvieron en cuenta es que gradualmente mi propia memoria iría regresando. Hoy, cuando vi a Muriel en la ciudad, volvió toda.

Rita buscó su rostro en las sombras.

-Pero dejaste que la mataran...

-No habla otra elección. -Se alzó de hombros-. No podía correr el riesgo de tenerla a mi alrededor para identificarme.

Rita parpadeó.

-¿Pretendes seguir pasando por Joe Kane?

-Pretendo ser Joe Kane. -El hombre soltó una risita-. Ya he empezado a acostumbrarme a ello. Todos esos millones, todo este poder. -Rió de nuevo-. Tú y los demás habéis hecho realmente un buen trabajo lavando mi cerebro. ¿Cómo acostumbran a llamarlo... una «mente criminal»?

-Exactamente.

Rita se giró. El doctor Augustus y Mike Savage estaban en el umbral, y ambos sonreían.

-Han oído... -murmuró ella.

-Todo. -Augustus cerró la puerta tras él.

-Exacto -dijo Savage-. Y va a ser incluso mejor así. -Sonrió aprobadoramente hacia ellos-. No tendremos que representar más. La reunión en la cumbre ya está programada, usted sabe cómo manejar su papel... y lo único que falta es practicar la firma de Kane. ¿Correcto?

El hombre asintió.

-Un último detalle. Ustedes me enseñaron que el auténtico Joe Kane siempre cubría sus huellas. -Sonrió-. Y eso es lo que voy a hacer.

Rita se mordió el labio.

-¿Qué quieres decir...?

Aún sonriendo, el hombre se giró a la hilera de armas en la pared y tomó una metralleta...

Cuando salió de la habitación, subió las escaleras y se dirigió directamente al teléfono. Junto a él había un bloc donde había anotado el número de Demopolis... el hombre que estaba organizando la conferencia en la cumbre. Discó, canturreando suavemente mientras aguardaba la conexión. Y cuando ésta se produjo, su voz era dura, vibrante con la promesa de poder.

-Hola -dijo-. Aquí Joe Kane.

* * *

«Viaje al ego» surgió como resultado directo de otro viaje... mi propio viaje a Londres en 1968.

Mi esposa y yo habíamos estado allí antes, en el 65, y quedamos enamorados de la ciudad.

Así que cuando fui invitado a ir allí y trabajar en los guiones de la serie de corta vida «Viaje a lo desconocido», acepté rápidamente. La Twentieth Century-Fox me envió a Dorchester, la Hammer Films me proporcionó una oficina, y la productora Joan Harrison -con quien había trabajado en algunos films de Hitchcock para la televisión- me dio la bienvenida. Junto con el hoy difunto Jack Fleischman, me asignóé la tarea de adaptar una de mis historias ya publicadas, «El espíritu guía indio».

Una vez terminado el script me pidieron que hiciera otro, y empecé a trabajar en un tema original que me pareció interesante. Por aquel entonces la palabra de moda era «crisis de identidad», y se me ocurrió que quizá pudiera dramatizarla en un escenario inglés. El resultado fue «Viaje al ego».

Tras terminar el planteamiento de ini historia envié a buscar a mi esposa para que se reuniera conmigo, y aguardé a que se diera el visto bueno al argumento para iniciar el guión. Pero hay un largo camino de Londres a Hollywood, y las líneas de comunicación suelen ser penosamente elásticas. El tiempo fue pasando, y cuando los poderes-que-tienen-que-decidir demoraron demasiado su decisión, la señorita Harrison me pidió que me encargara del script de otra historia que ya había sido aprobada.

Así, «Viaje al ego» nunca fue dramatizado, y cuando regresé a casa el planteamiento estaba enterrado en mis archivos junto con otros hijos de mi mente que por el momento habían quedado abortados.

Pero de alguna manera la idea se negaba a permanecer muerta, y finalmente la resucité en forma de historia para el número de marzo de 1972 de Penthouse.

La resurrección de los muertos es, por supuesto, asunto de necromancia. Así que, de nuevo, tengo que admitir la colaboración de los Poderes de las Tinieblas.

ETERNAMENTE Y AMEN

Eternamente.

Es una agradable forma de vivir, si uno es capaz de afrontarla.

Y Seward Skinner era capaz.

-Mil millones de unidades integrales -dijo el doctor Togol-. Quizá mas.

Seward Skinner ni siquiera parpadeó cuando oyó la estimación. Parpadear, como cualquier otro movimiento corporal, trae emparejado consigo un doloroso esfuerzo cuando uno se halla en un estadio terminal. Pero Skinner consiguió la fuerza para hablar, aunque su voz no fue más que un ronco susurro.

-Adelante con el plan. Pero aprisa.

El plan lle;aba diez años preparándose, y Skinner llevaba dos muriéndose, así que el doctor Togol se apresuró. El apresurarse significaba gastar más, y al final probablemente el proceso le costó a Skinner unos cinco mil millones de UGIS más que el precio señalado. Nadie pudo decirlo seguro. Todo lo que se sabía era que Seward Skinner era el único hombre en toda la galaxia -la galaxia conocida, por supuesto- que podía afrontar tal gasto.

Eso era todo lo que se sabía.

Seward Skinner había sido el más rico hombre vivo durante mucho, mucho tiempo. Había aún algunos viejos que podían recordar los días en que era una figura pública y un objeto de bromas privadas... el Playboy de los Planetas, lo llamaban, según los rumores, tenía una mujer en cada mundo, o al menos una hembra.

Otras personas, no tan mayores, recordaban a un Seward Skinner más maduro... el Genio Galáctico, el fabuloso inventor, el impulsor de Industrias Interespaciales, la mayor corporación jamás conocida. Durante esos días sus operaciones comerciales eran noticia... y rumores.

Pero para la mayoría del público interplanetario, los más jóvenes sin recuerdos personales de esos lejanos tiempos, Seward Skinner era simplemente un nombre. En los años más recientes se había retirado completamente de cualquier contacto con el mundo exterior. E Industrias Interespaciales había retrocedido cuidadosa y concienzudamente en el tiempo y había adquirido cada registro, cada cinta de su pasado. Algunos decían que luego hablan sido destruidos, otros decían que los datos hablan sido ocultados, pero a fin de cuentas el resultado era el mismo. La intimidad de Seward Skinner estaba protegida, era completa. Y todo el mundo dejó de verle. Sus negocios, su propia vida, parecían gobernados por control remoto.

En realidad, por supuesto, estaban gobernados por el doctor Togol.

Si Skinner era el hombre más rico, el doctor Togol era seguramente el científico más brillante. De forma inevitable, los dos hombres estaban abocados a un amor común... la riqueza.

Nadie sabía lo que representaba la riqueza para Skinner. Lo que representaba para el doctor Togol era clarísimo; era el instrumento para la investigación. Unos fondos ilimitados eran la clave de una experimentación ilimitada. Y así nació una colaboración.

Durante la última década el doctor Togol desarrolló su plan, y Seward Skinner desarrolló un cáncer incurable.

Ahora el plan estaba a punto para funcionar, precisamente cuando Skinner estaba dejando de funcionar.

Así que Skinner murió.

Y vivió de nuevo.

Es magnífico estar vivo, principalmente después de que uno ha estado muerto. De algún modo el sol parece más cálido, el mundo parece más brillante, los pájaros cantan más dulcemente. Incluso pese a que allí en Edén el sol era artificial, la luz era proporcionada por instrumentos radiantes, y el canto de los pájaros surgía de gargantas mecánicas.

Pero Skinner estaba vivo.

Se sentó en la terraza de su enorme casa en la colina y miró hacia abajo, hacia Edén, y se sintió complacido de lo que había forjado. El desolado pequeño satélite de un mundo desértico y olvidado que comprara varios años antes había sido transformado en una Tierra en miniatura, un recuerdo de su mundo original. Bajo él había una ciudad muy parecida a la propia ciudad donde había nacido; allí en la cima de la colina había una casa que duplicaba la morada que siempre había tenido. Más allá estaba el complejo de los laboratorios del doctor Togol, y a mucha profundidad, en los sótanos, estaba...

Skinner apartó el pensamiento de sí.

-Sírveme una copa -dijo.

Skinner, el camarero, asintió y se dirigió a la casa para decirle a Skinner, el mayordomo, que preparara la bebida.

Ya nadie bebía alcohol, y ya nadie tenía camareros o mayordomos, pero así era como Skinner quería las cosas; recordaba como había vivido en los viejos tiempos, y pretendía vivir del mismo modo. Ahora y siempre.

Así que después de que Skinner le hubo servido su copa, le pidió a Skinner, el chófer, que lo condujera a la ciudad. Miró por la ventanilla del minimóvil, gozando del espectáculo. Skinner siempre había sido un observador de la gente, y las actividades de aquellas personas tenían ahora un interés especial y muy particular para él.

Tras los volantes de otros minimóviles, los Skinners saludaron con la cabeza y le sonrieron al pasar. En el cruce, Skinner, el oficial de seguridad, le saludó con la mano. En las aceras junto a las plantas de fabricación y procesado de alimentos, otros Skinners se dedicaban a sus labores. Skinner el ingeniero hidropónico, Skinner el reciclador de residuos, Skinner el controlador de oxigenación, Skinner el transportista, Skinner el locutor de la televisión. Cada uno de ellos tenía su lugar y su función en aquel mundo en miniatura, y lo llevaba a cabo rápida y eficazmente, según el plan y el programa.

-Una cosa es definitiva -le había dicho Skinner al doctor Togol-. No habrá computerización. No deseo a mi gente controlada por una máquina. No son robots... cada uno de ellos es un ser humano, y tienen que vivir como seres humanos. Completa responsabilidad y completa seguridad, ese es el secreto de una vida completa. Después de todo, ellos son tan importantes para el esquema de las cosas como yo mismo, y deseo que sean felices. Eso quizá no le importe a usted, pero tiene que recordar que son mi familia.

-Más que su familia -dijo el doctor Togol-. Son usted.

Y era cierto. Eran él... o parte de él. Cada uno de ellos era realmente Skinner, el producto de una única célula, reproducido y evolucionado gracias a la perfección del proceso del doctor Togol.

El proceso era llamado clonación, y era tremendamente complicado. Incluso la propia teoría de los clones era complicada, y Skinner nunca la había comprendido por entero. Pero tampoco necesitaba comprenderla, eso era tarea del doctor Togol, comprender la teoría e imaginar formas de llevarla a la práctica. Skinner proporcionó la financiación, el laboratorio, el equipo, los medios. El doctor Togol proporcionó los caminos. Y al final -cuando vino el final-, su cuerpo proporcionó el tejido de células vivas de las que fueron extraídos, aislados y desarrollados los clones. Los clones, desarrollándose a través de un complicado crecimiento hasta convertirse en duplicados físicos del propio Skinner. No reproducciones, no imitaciones, no copias, sino realmente *él mismo.*

Mirando al retrovisor del minimóvil, Skinner contempló al chófer, una imagen en el espejo de su propio rostro y cuerpo. Mirando por la ventanilla se vio de nuevo a sí mismo reflejado en cada forma que pasaba. Todos los Skinner eran hombres altos, ya maduros, pero con el vigor juvenil nacido de un cuidadoso y elaborado régimen de terapia vitamínica de vanguardia y regeneración orgánica; el resultado de una profunda atención médica, que eliminaba parcialmente los estragos de la metástasis. Y, puesto que el cáncer no era hereditario, no había sido traspasado a los clones. Como él mismo, todos los Skinners gozaban de buena salud. Y, como él mismo, llevaban en su interior las semillas -las células- de la inmortalidad.

Eternamente.

Vivirían eternamente, como él.

Y eran él. Físicamente intercambiables, excepto por las ropas que llevaban... los uniformes designando sus varias ocupaciones servían para diferenciarlos e identificarlos.

Un mundo de Skinners en el mundo de Skinner.

Habían surgido problemas, por supuesto.

Hacía tiempo, antes de que el doctor Togol iniciara su trabajo, habían discutido el asunto.

-Un auténtico clon -dijo el doctor Togol-. Eso es lo único que hemos de ir a buscar. Un saludable facsímil de usted mismo es todo lo que necesitamos.

Skinner negó con la cabeza.

-Demasiado arriesgado. Supongo que se produce un accidente. Aquello sería el fin para mí.

-Muy bien. Dispondremos de una cantidad de tejido celular vivo extra, que conservaremos como reserva. Cuidadosamente almacenado y custodiado, por supuesto.

-¿Custodiado?

-Naturalmente -asintió el doctor Togol-. Ese Edén, ese satélite suyo, necesitará protección. Y puesto que usted parece determinado a no regirlo por computador, entonces necesitará personal. Otra gente que haga el trabajo, que mantenga las cosas en funcionamiento, le proporcione compañía. Seguro que usted no deseará vivir eternamente si tiene que pasar la eternidad solo.

Skinner frunció el ceño.

-No confío en la gente. No como guardias, no como empleados, y por supuesto no como amigos.

-¿En nadie?

-Confío en mí mismo -dijo Skinner-. Así que deseo más clones. Los suficientes como para mantener funcionando Edén independientemente de extraños.

-¿Todo el satélite poblado enteramente de Skinners?

-Exacto.

-Pero parece que no comprende. Si el proceso tiene éxito y produzco más de un Skinner, todos ellos lo compartirán todo. No el cuerpo, sino también la mente... cada personalidad será idéntica a las demás. Compartirán los mismos recuerdos, exactamente hasta el momento en que las células fueron separadas del cuerpo de usted.

-Entiendo eso.

-¿Realmente? -El doctor Togol agitó dubitativamente la cabeza-. Déjeme decirle que no tengo ningún problema en seguir sus instrucciones. Hablando técnicamente, es posible... Si un clonaje individualizado tiene éxito, entonces los demás tendrán éxito también. Todo lo que se necesitará será un aporte suplementario de fondos.

-Entonces no existe ningún problema, ¿no cree?

-Ya le he dicho cuál es el problema. Un millar de Skinners, exactamente iguales. Iguales en apariencia, en pensamientos, en sentimientos. Y usted, el actual usted reproducido por clonaje, no será más que otro entre muchos. ¿Ha decidido ya qué labor deseará realizar en su nuevo mundo, una vez sea inmortal? ¿Deseará cuidar de las unidades de energía, o de los suministros alimenticios, o tal vez preferirá trabajar en las cocinas de la gran casa para siempre?

-¡Por supuesto que no! -restalló Skinner-. Deseo ser simplemente lo que soy ahora.

-El jefe. El que manda. El Señor Grande. -El doctor Togol sonrió, luego suspiró-. De eso precisamente se trata. Lo mismo desearán los otros. Cada una de sus otras partes tendrá el mismo deseo, la misma ambición, el mismo impulso a dominar, a controlar. Porque tendrán exactamente su mismo cerebro y sistema nervioso.

-¿Desde el mismo momento en que renazcan, quiere decir?

-Exacto.

-Entonces, a partir de ese momento, usted elaborará un nuevo programa. Un programa de condicionamiento -asintió rápidamente Skinner-. Hay técnicas para ello, lo sé. Hipnoterapia, máquinas hipnóticas de educación de la personalidad... ese tipo de cosas que utilizan los psicólogos para alterar el comportamiento criminal. Implantará usted selectivamente bloques de memoria.

-Pero necesitaría todo un centro psicomédico, completamente equipado y con personal y...

-Lo tendrá. Deseo que todo el proceso se realice aquí en la Tierra, antes de que nadie sea transportado a Edén.

-No estoy seguro. Usted está pidiendo la creación de una nueva raza, dotando a cada miembro de una nueva personalidad. Un Skinner que recuerde su vida pasada pero ahora se contente con ser simplemente un jardinero hidropónico, un Skinner que esté satisfecho con vivir eternamente como un contable, un Skinner dispuesto a dedicar toda su interminable existencia como técnico en reparaciones.

Skinner se alzó de hombros.

-Un trabajo difícil y complicado, lo sé. Pero trabajará con una personalidad ya de por si difícil y complicada... la mía. -Carraspeó dolorosamente antes de continuar-. No quiero decir con ello que yo sea único. Todos somos mucho más complicados de lo que aparentamos superficialmente, usted lo sabe. Cada ser humano es un conjunto de impulsos conflictivos, algunos expresados, otros reprimidos. Se que hay una parte de mí que siempre ha estado muy cerca de la naturaleza, del suelo, de los cultivos y del crecimiento de la vida. Enterré esta faceta de mi personalidad desde la infancia, pero los recuerdos están ahí. Encuéntrelos, y tendrá usted a sus jardineros, a sus granjeros... ¡sí, y también a sus ayudantes médicos!

»Otra parte de mí está fascinada incluso conscientemente hoy en día por los hechos y los números, las *menudencias* de las matemáticas. Aisle este aspecto, condiciónelo a su completa expresión, y obtendrá usted a sus contables, y toda la ayuda que necesite para mantener a Edén funcionando suave y sistemáticamente.

»No necesito decirle que una gran parte de mi carrera original estuvo dedicada a la investigación científica y a la invención. No tendrá usted ningún problema en desarrollar a unos cuantos Skinners de mente atraída por la mecánica para obtener su personal para las unidades de energía o incluso para conducir los vehículos de transporte.

»Los alcances de la mente son infinitos, doctor. Explótelos adecuadamente, y tendrá todo un mundo funcional... con todos los puestos subalternos de autoridad cubiertos por Skinners que sentirán la necesidad de actuar como policías o capataces o supervisores... y con todas las tareas serviles realizadas por Skinners a quienes les guste servir. Resucite esos rasgos y tendencias específicos, intensifíquelos, elimine todos los recuerdos que puedan entrar en conflicto con ellos, y el resto será sencillo.

-¿Sencillo? -el doctor Togol frunció el ceño-. ¿Hacer un lavado de cerebro con todos ellos?

-Con todos menos con uno -la voz de Skinner se crispó ligeramente-. Uno de ellos permanecerá intocado, reproducido exacta y enteramente tal como es. Y ese seré yo.

El pequeño y gordinflón médico de cabello gris permaneció un largo momento mirando a Skinner.

-¿No admite usted la posibilidad de ningún cambio en usted mismo? ¿ No siente deseos de modificar algo de su propio esquema de personalidad?

-No pienso que sea perfecto, si eso es lo que quiere decir. Pero estoy satisfecho conmigo mismo tal como soy. Y así es como quiero seguir, una vez usted haya llevado adelante el plan.

El doctor Togol siguió mirándole.

-Dice que ha aprendido usted a no creer en nadie. Si eso es cierto, y me siento inclinado a creerlo, entonces ¿cómo sabe que puede confiar en mí?

-¿Qué quiere decir?

-Usted va a morir. Ambos lo sabemos. Es sólo cuestión de tiempo. El poder de regenerarlo a través del clonaje está enteramente en mis manos. ¿Y si yo no cumplo con lo pactado?

Skinner sostuvo la nurada del doctor Togol.

-Cumplira usted con lo pactado antes de que yo muera. Y mucho antes de que me sienta incapacitado de seguir dando órdenes, usted habrá procesado todos los clones tal como le he dicho. Le aseguro que no tengo la menor intención de morirme hasta que todos los clones estén listos para ser transportados a Edén.

-Pero entonces usted *morirá* -insistió Togol-. Y sólo entonces crearemos el clon que usted ha elegido para representarle a usted mismo... el único que dice debe permanecer sin ningún cambio. ¿Quién le asegura que yo obedeceré estas instrucciones después de que usted está realmeute muerto? Entonces podré usar técnicas psicológicas para modificar la personalidad de su clon de la manera que quiera. ¿Qué me impedirá convertir a su clon en un esclavo de mi voluntad... de tal modo que yo me convierta en el dueño real de ese nuevo mundo que usted ha creado?

-La curiosidad -murmuró Skinner-. Actuará usted exactamente como yo digo porque usted es un absoluto fanático curioso por los resultados. Ningún otro hombre vivo puede proporcionarle los medios y la oportunidad de llevar adelante este proyecto de clonaje. Si el experimento tiene éxito habrá conseguido usted el mayor logro científico de todos los tiempos... así que no se traicionará a sí mismo. Una vez llegado hasta tan lejos, no será capaz de resistir la tentación de ir hasta el final. Particularmente cuando empiece a darse cuenta de que esto es sólo el principio.

-No le comprendo.

-Durante toda mi vida he avanzado desde una posición de fuerza, de confianza en mí mismo. Y usted sabe lo que he conseguido. Creo que actualmente soy el individuo más rico y poderoso de la galaxia.

»Ahora soy un hombre enfermo, pero gracias a usted volveré a estar bien de nuevo. No sólo bien, sino inmortal. Considere el tipo de

confianza en mí mismo que poseeré entonces, cuando me vea libre de la enfermdad, libre para siempre del miedo a la muerte. Con esa confianza mía podremos ir tan lejos como queramos, conseguir los mayores logros... resolver todos los misterios, derribar todas las barreras, ¡hacer temblar las estrellas!

»Usted no se atreverá a manipular mi mente porque usted deseará formar parte de todo eso... verlo y compartirlo. ¿No es así, doctor?

La mirada de Togol vaciló. No respondió, porque sabía que todo aquello era cierto.

Y así había sido.

El clonaje se produjo tal como Seward Skinner lo había planeado. Y el proyecto de condicionamiento psicológico que le siguió fue realizado sin problemas también, aunque al final demostró ser mucho más complicado de lo que nadie habla imaginado.

El paso final requería reclutar a un equipo de varios cientos de técnicos, altamente cualificados y especialmente entrenados, para luego dividirlos en grupos psicomédicos asignados a los clones individuales a medida que estos alcanzaban el límite de su crecimiento y empezaba a funcionar como especímenes adultos. Bajo la supervisión del doctor Togol, esos especialistas crearon los programas de bloqueo de memoria, para modelar las personalidades de cada Skinner individual y hacer que se adaptara a su papel en la vida una vez llegara a Edén.

Tras lo cual empezó el traslado.

Transportes espaciales, conducidos exclusivamente por Skinners entrenados para la tarea, llevaron a otros Skinners a la pedregosa superficie del satélite secreto. Transportes adicionales, pilotados por Skinners, condujeron y condujeron las aparentemente interminables cantidades de materiales nenecesarios para transformar la vacía cáscara de Edén en el mundo que Seward Skinner soñaba.

La ciudad en miniatura brotó en la llanura, la casa fue edificada en la colina, el complejo del laboratorio creció con la gran bóveda abajo. Y todo aquello, cada paso de la operación, fue ejecutado bajo un tal secreto que ningún extraño llegó a sospechar nunca de su existencia.

Llegó un momento en que las diferentes fases de la operación se convirtieron en una carrera... una carrera contra la muerte.

Skinner se estaba muriendo. Sólo un acto de increíble voluntad lo mantuvo con vida el tiempo suficiente como para supervisar la completa destrucción del lugar en la Tierra donde se había realizado todo el trabajo.

Luego él también se trasladó a Edén con el doctor Togol, pero no hasta haber hecho los arreglos necesarios para enviar todo el equipo psicomédico, intacto, al nuevo complejo del laboratorio edificado allí.

Para ello fue dispuesto un transporte final.

Skinner recordó vívidamente la tarde en que permaneció tendido en su lecho de muerte, en la casa de la colina, con el doctor Togol a su lado, aguardando la llegada del transporte.

Parpadeando en la casi oscura habitación, el transmisor iluminó su pantalla con el impresionante mensaje. *Fallo de presión e implosión*

más allá del planeta Plutón... transporte totalmente destruido... ningún superviviente.

-¡Dios mío! -dijo Togol.

Entonces, a la débil luz, vio la sonrisa en el rostro del agonizante hombre. Y oyó su pesado y laborioso jadeo.

-¿Creía usted realmente que iba a permitir que cualquier extraño viniera aquí a curiosear e interferir, a aprender los secretos, a llevar las noticias a los demás mundos?

Togol se lo quedó mirando.

-¡Sabotear un transporte, asesinar a todos esos hombres! ¡No es posible que haya hecho usted eso!

-*Fait accompli* -sonrió Skinner-. Nadie a bordo sabía el auténtico destino... pensaba que era Rigel. Y lo ocurrido será registrado como un accidente.

-A menos que yo decida denunciarlo.

El rostro del agonizante hombre reflejó la caricatura de una sonrisa.

-No puede. Porque hay un informe detallado de toda la operación oculto en algún lugar en mis archivos. Lo implica a usted como cómplice, así que si habla firmará su propia sentencia de muerte.

-Olvida usted que yo puedo firmar la suya -dijo el doctor Togol-. Simplemente dejando que la naturaleza siga su curso.

-Si usted me deja morir ahora, todo lo que hay en mis archivos saldrá a la luz. No tiene usted elección. Tiene que seguir adelante con esto... proceder al clonaje final que me reproducirá tal como he ordenado.

Togol inspiró profundamente.

-Así que por eso estaba usted tan seguro de que nunca iba a traicionarle. No se amparaba en mi curiosidad científica... lo planeó todo desde el principio, para tenerme atado permanentemente.

-Ya le dije que soy un hombre complejo. -Skinner dominó su dolor-. Ahora es el momento de convertirme en una persona completa y sana. Puede empezar ya... esta noche.

No era una orden, simplemente el enunciado de un hecho.

Y el doctor Togd procedió de acuerdo con el plan.

Seward Skinner se sintió agradecido por ello, agradecido de que su nuevo yo donificado evolucionara antes de que su viejo cuerpo muriera realmente. Porque si Togol hubiera esperado hasta entonces, el clon hubiera heredado el recuerdo de la muerte de Skinner. Y ese es un recuerdo que ningún hombre podría soportar.

El tejido vivo que era ahora Skinner empezó su proceso de crecimiento a buen recaudo en el complejo del laboratorio antes de que el dolorosamente torturado y casi putrefacto tejido del cuerpo en la casa de la colina dejara de funcionar. Skinner no fue consciente de cuándo murió exactamente; estaba demasiado ocupado aprendiendo cómo vivir.

Trabajar sin un equipo de técnicos era un gran inconveniente, pero el doctor Togol superó ese impedimento rápida y eficientemente... con la ayuda de los otros Skinners que sabía poseían rudimentarios talentos médicos. Con aquella finalidad, por supuesto, había clonificado a todo un equipo de Skinners desde el principio: el doctor Skinner, jefe

psicoterapeuta; el doctor Skinner, cirujano jefe; el doctor Skinner, especialista en diagnósticos; y una docena más.

-¿Lo ve?, después de todo, no necesitamos extraños -le dijo el nuevo Skinner a Togol, una vez terminado todo-. Somos totalmente autosuficientes aquí. Y cuando esos cuerpos empicceil a mostrar signos de deterioro y fallos de funcionamiento, podrán ser reemplazados por nuevos clones. He aquí el sueño de todo el mundo de la auténtica inmortalidad, por fin realizado.

-¿De todo el mundo? -el doctor Togol negó con la cabeza-. No el mío.

-Entonces es usted un estúpido -dijo Skinner-. Tiene usted la oportunidad de clonificarse a sí mismo, de vivir eternamente, como pienso hacerlo yo. Le garanticé desde un principio ese privilegio. ¿Qué más puede pedir?

-Libertad.

-Pero es usted libre aquí. Tiene todos los recursos de la galaxia a su disposición... puede ampliar la unidad del laboratorio indefinidamente, dedicarse a las investigaciones que desee en otros campos, tal como le prometí. Esa cura para el cáncer de la que se ha estado hablando durante los últimos cien años... ¿no desea descubrirla? Ya ha realizado algunos maravillosos progresos en las técnicas de bloqueo de la memoria, pero eso es sólo el principio de una psicoterapia completamente nueva. Puede usted construir nuevas personalidades, remodelar la condición humana a su albedrío...

-A *su* albedrío. -La sonrisa de Togol era amarga-. Este es su mundo. Yo deseo el mío. El viejo mundo, con gente ordinaria, hombres... y mujeres...

-Sabe muy bien que decidí en contra de las mujeres aquí -dijo Skinner-. No son necesarias para la reproducción. Afortunadamente, a mi edad, el impulso sexual ya no es un imperativo. Así que las mujeres lo único que hubieran hecho hubiera sido complicar nuestra existencia, sin servir para ninguna función específica.

-Ternura, compasión, comprensión, compañerismo -murmuró Togol-. Cosas no funcionales, según su definición.

-Estereotipo. Estupideces absolutas. Sentimentalización de un rol biológico que usted y yo hemos convertido en obsoleto.

-Usted lo ha convertido todo en obsoleto -le dijo Togol-. Todo excepto la pseudoactividad de su colonia de clones... las pervertidas y mutiladas personalidades parciales creadas para servirle.

-Son felices tal como son -dijo Skinner-. Y además no importa. Lo que importa es que yo no he cambiado. Soy un hombre completo.

-¿Lo es? -La sonrisa del doctor Togol era melancólica. Señaló con la cabeza hacia la casa, hizo un gesto que incluía la terraza y la ciudad abajo-. Todo lo que ha edificado usted aquí, todo lo que ha hecho, es producto del peor y más incapacitante defecto de todos.. el miedo a la muerte.

-Pero todos los hombres tienen miedo a morir.

-¿Tanto miedo que pasan todas sus vidas intentando evitar la realización de su propia mortalidad? -Togol agitó la cabeza-. Sabe que hay una bóveda debajo de mi laboratorio. Sabe para qué fue construida.

Sabe lo que contiene. Y sin embargo, su miedo es tan grande que ni siquiera quiere admitir su existencia.

-Lléveme allí -dijo Skinner.

-No se atreverá.

-Vamos. Le mostraré que no estoy asustado.

Pero lo estaba.

Incluso antes de que alcanzaran el ascensor Skinner empezó a temblar, y cuando iniciaron su profundo descenso hasta el último nivel estaba estremeciéndose incontrolablemente.

-Hace frío aquí abajo -murmuró.

El doctor Togol asintió.

-Control de la temperatura -dijo.

Dejaron el ascensor y caminaron a lo largo de un oscuro corredor hacia la cámara de piedra acorazada con acero. El guardia de seguridad Skinner se mantenía vigilando la puerta, y saludó con una sonrisa cuando se acercaron. A una orden de Togol, sacó una llave y abrió la puerta de la bóveda.

Seward Skinner no le miró, y tampoco deseaba mirar más allá del umbral.

Pero el doctor Togol ya habla entrado, y no tenía más remedio que seguirle. Seguirle a la débil luz de la fría cámara, a los apenas vislumbrados bancos de control que zumbaban y vibraban en el centro de la habitación, a la entremezclada red de tubos y conductos que serpenteaban desde todos lados hasta ir a morir a un transparente cilindro de cristal.

Skinner miró al cilindro a través de las sombras. Tenía la forma de un ataúd, porque era un ataúd; un ataúd en el cual Seward Skinner vio...

A sí mismo.

Su propio cuerpo; el gastado y arrugado cuerpo del cual habían surgido los clones, flotando en la límpida solución en medio de los serpentines y abrazaderas y cables como telas de araña que perforaban el cristal para ir a entrar en contacto con la helada carne.

-No está muerto -murmuró el doctor Togol-. Congelado en una solución. El proceso criogénico, preservándole a usted en animación suspendida... indefinidamente...

Skinner se estremeció de nuevo y apartó la vista.

-¿Por qué? -susurró-. ¿Por qué no me dejó morir?

-Usted deseaba la inmortalidad.

-Pero ya la tengo. Con este nuevo cuerpo, y todos los demás.

-La carne es vulnerable. Cualquier accidente puede destruirla.

-Usted almacené más tejido celular. Si algo me ocurriera tal como soy ahora, podría repetir el clonaje.

-Sólo si su cuerpo original permanece disponible para el proceso. Tiene que ser preservado para esa emergencia... vivo.

Skinner se obligó a mirar de nuevo a la criatura parecida a un cadáver congelada medio del frío dentro de su confinamiento de cristal.

-No está vivo... no puede estar...

Y sin embargo sabía que lo estaba, sabía que el proceso criogénico había sido desarrollado precisamente para esa finalidad. Para mantener un mínimo de vida en hibernación forzada hasta el tiempo en que la ciencia médica pudiera detener y eliminar el proceso de su enfermedad y desarrollar técnicas para descongelar y restaurar completamente y con éxito la existencia.

Skinner se dio cuenta de que aquello nunca había sido conseguido todavía, pero la posibilidad existía. Algún día, quizá, la metodología se perfeccionarla lo suficiente como para que aquella cosa pudiera ser resucitada... no como un clon, sino como había sido. El Skinner original, vivo de nuevo y un rival a su actual ser.

-Destrúyalo -dijo.

El doctor Togol se lo quedó mirando.

-No lo dirá en serio. No puede...

-¡Destrúyalo!

Skinner se dio la vuelta y salió de la bóveda.

El doctor Togol se quedó atrás, y pasó un largo tiempo antes de que se reuniera con Skinner en su casa en la superficie. Skinner no sabía lo que había hecho allá abajo en la bóveda, y nunca se lo preguntó. El tema no volvió a ser discutido.

Pero desde aquella noche las relaciones de Skinner con Togol no volvieron a ser las mismas. No hubo más discusiones acerca del futuro, de posible nuevos proyectos y experimentos. Hubo tan sólo una creciente consciencia de la tensión, de estar esperando algo, una indefinible atmósfera de alienación. El doctor Togol pasaba más y más tiempo en el complejo del laboratorio, donde ocupaba una vivienda separada. Y Skinner seguía su propio camino, solo.

Solo, pero no solo. Porque aquel era su mundo, y estaba lleno con su propia gente, creada a su propia imagen. *No tenéis otro dios más que Skinner. Y Skinner es Su Profeta.*

Aquellos eran los mandamientos y la ley. Y si el doctor Togol elegía no guiarse por ella...

Seward Skinner, paseando por las calles de su propia ciudad, llegó a las puertas del museo.

Skinner, el chófer, aguardó fuera, sonriendo obediente a la orden, y Skinner, el guardia del museo, saludó alegremente con una inclinación de cabeza cuando Seward Skinner entró.

Skinner, el conservador, le dio la bienvenida, feliz ante la llegada de un visitante. Nunca nadie había venido al museo excepto su dueño... y por supuesto, la propia noción de museo era simplemente un concepto abstracto, un arcaísmo del distante pasado en la Tierra.

Pero Seward Skinner había sentido la necesidad de un lugar como aquél allí; un almacén y una exposición del arte y de los artefactos que habla ido acumulando en el pasado. Y aunque podía haber reunido todos los tesoros y trofeos que había esparcidos por toda la galaxia, eligió exhibir tan solo objetos de la Tierra. Objetos completamente obsoletos... recuerdos y cosas memorables que representaban la historia antigua. Allí en las paredes colgaban las riquezas y las reliquias de lugares lejanos en el espacio y en el tiempo. Cuadros de palacios,

esculturas y estatuas procedentes de santuarios, las joyas y el jade y las aparatosas bisuterías que habían representado antiguamente los gustos reales, rescatados de las tumbas.

Skinner caminó por entre las vitrinas dirigiendo apenas breves miradas a todas aquellas glorias. Normalmente hubiera pasado horas admirando el antiguo aparato de televisión, la librería llena de libros impresos herméticamente sellada en plexiglás, la máquina tragaperras, el automóvil de gasolina cuidadosamente reconstruido y en perfecto estado de funcionamiento.

Hoy se dirigió directamente a una remota sala e indicó uno de los objetos de una vitrina.

-Dame esto.

El conservador sonrió educadamente para disimular su perplejidad, pero obedeció.

Entonces Skinner dio media vuelta y regresé sobre sus pasos. En la puerta, el chófer aguardaba para escoltarle de vuelta al minimóvil.

Conduciendo de vuelta por las calles, Skinner sonrió nuevamente a los transeúntes y les observó marchar hacia sus tareas.

¿Cómo podía Togol llamarles mutilados? Eran felices en su trabajo, sus vidas estaban realizadas. Cada uno de ellos había sido condicionado para aceptar su destino sin envidias, competiciones ni hostilidades. Gracias a su condicionamiento y al bloqueo selectivo de sus esquemas de memoria parecían mucho más felices que el Seward Skinner que los observaba mientras regresaba a su casa en la colina.

Pero él también se sentiría satisfecho, pronto.

Aquella noche mandó llamar al doctor Togol.

Sentado en la terraza al anochecer, aspirando el aroma sintético de las flores simuladas, Skinner sonrió dándole la bienvenida al científico.

-Siéntese -dijo-. Ha llegado el momento de tener una charla.

Togol asintió y se sentó en una silla con un audible suspiro producido por el esfuerzo.

-¿Cansado?

Togol asintió.

-He estado bastante atareado últimamente.

-Lo sé. -Skinner hizo girar su coñac en la copa-. Reunir todos los datos del proyecto debe ser algo agotador.

-Es importante poseer un informe completo.

-Lo está grabando todo en una microcinta, ¿no? Una simple bobina, lo suficientemente pequeña como para ser llevada en el bolsillo de una persona. Muy conveniente.

El doctor Togol se envaró y se sentó rígidamente.

La sonrisa de Skinner era serena.

-¿Puedo proponerle la forma de sacarla de aquí? ¿O prefiere que le envíe a usted directamente en el próximo transporte a la Tierra?

-¿Quién le ha dicho...?

Skinner se alzó de hombros.

-Es obvio. Ahora que ha terminado su trabajo, quiere la gloria. Un regreso triunfante... su nombre y su fama resonando por toda la galaxia...

Togol frunció el ceño.

-Es natural que usted piense en términos de ego. Pero esa no es la razón. Usted lo dijo antes de que empezáramos... esto puede ser el logro más importante de todos los tiempos. El descubrimiento debe ser compartido, puesto en práctica para beneficio de los demás.

-Yo pagué la investigación. Yo fundé el proyecto. Es mi propiedad.

-Ningún hombre tiene derecho a reservarse el conocimiento.

-Es mi propiedad -repitió Skinner.

-Pero yo no. -El doctor Togol se levantó.

La sonrisa de Skinner se borró.

-¿Y si me niego a dejarle marchar?

-No se lo aconsejo.

-¿Es una amenaza?

-La constatación de un hecho. -Togol sostuvo la mirada de Skinner-. Déjeme irme en paz. Tiene usted mi palabra de que su secreto estará a salvo. Compartiré mis descubrimientos, pero preservaré su intimidad. Nadie sabrá nunca la localización de Edén.

-No tengo por costumbre hacer tratos.

-Me doy cuenta de ello. -El doctor Togol asintió con la cabeza-. Así que he tomado algunas precauciones.

-¿Qué tipo de precauciones? -rió Skinner, gozando de aquel momento-. Olvida usted algo... éste es mi mundo.

-Usted no tiene ningún mundo. -Togol se enfrentó a él, con el ceño fruncido-. Todo esto no es más que un laberinto de espejos. El final último de la megalomanía conducido hasta su lógico extremo. En los viejos días los conquistadores y los reyes se rodeaban con retratos y cuadros celebrando sus triunfos, encargaban estatuas y erigían pirámides como monumentos a su vanidad. Sirvientes y esclavos cantaban sus proezas, sicofantes erigían templos a su divinidad. Usted ha hecho todo esto y más aún. Pero no perdurará. Ningún hombre es una isla. Los templos más imponentes caen, los más aduladores sirvientes se convierten en polvo.

-¿Pretende negar que me ha proporcionado la inmortalidad?

-Le he proporcionado lo que usted deseaba, lo que cualquier hombre en busca del poder desea realmente... la ilusión de su propia omnipotencia. Y puede conservarla si lo desea. Pero si pretende detenerme...

-Eso es precisamente lo que pretendo. -La sonrisa de Seward Skinner vovió-. Ahora.

-¡Skinner! Por el amor de Dios...

-Exacto. Por mi amor.

Aún sonriendo, Skinner metió una mano en su chaqueta y sacó el objeto que habla tomado del museo.

Hubo un breve llamear en el atardecer, un seco y restallante sonido que desgarró el silencio, y el doctor Togol cayó con una bala alojada entre los ojos.

Skinner llamó a Skinner, que limpió la pequeña mancha de sangre de la terraza. Otros dos Skinners se encargaron del cuerpo.

Y la vida continuó.

Ahora podría continuar para siempre. Seguir eternamente, libre de interferencias del exterior. Skinner estaba a salvo en el mundo de Skinner. A salvo para hacer nuevos planes.

El doctor Togol estaba en lo cierto, por supuesto. Era un megalomaníaco, tenía que enfrentarse con el hecho. Skinner lo admitía. Fácilmente además, puesto que no era un loco ni un idiota, simplemente un realista, y los realistas admiten la verdad, que es que el ego de uno mismo es lo más importante. Un simple hecho para un hombre complejo.

Y ni siquiera Togol se había dado cuenta de lo complejo que era Skinner. Lo bastante complejo como para trazar nuevos planes. Llevaba bastante tiempo pensando en ellos.

Ser inmortal e independiente aquí en un mundo propio era tan solo el principio. ¿Por qué los infinitos recursos del complejo galáctico de Seward Skinner no podían ser utilizados para el último e inexorable el final de cualquier otro mundo?

Iba a tomar tiempo, pero disponía de toda la eternidad. Iba a representar un gran esfuerzo, pero la inmortalidad nunca cansa. Se necesitaban un camino y un arma, y finalmente había obtenido ambas cosas. Finalmente podría seguir adelante con el plan, y cuando estuviera completo no quedaría nada en la galaxia excepto Dios. Skinner y solo Skinner, eternamente y amén.

Skinner se sentó en la terraza y miró a la oscuridad que se iba adueñando del suelo. Un vago plan estaba tomando forma en su mente... la aguda, inmortalmente consciente, eternamente despierta mente.

Había un camino, un simple camino. Algunos Skinner científicos serían puestos en servicio para los detalles, y con sus recursos nada era ni fantástico ni imposible. De hecho, podía ser muy simple. Desarrollar un microorganismo mutante, un virus aerobio impenetrable a la inmunización y luego transmitirlo a través de naves a puntos clave en toda la galaxia. La vida humana, la vida animal, la vida vegetal, perecerían en su estela. Eternamente y amen.

Ser el hombre más rico del mundo no era nada. Ser el más listo, el más fuerte, el más poderoso... tampoco era suficiente. Pero ser el *único* hombre... para siempre...

Y entonces, bruscamente, su risa se ahogó y se convirtió en un grito.

A lo largo de todo su mundo, Skinner gritó. El sonido resonó a través de las habitaciones del cuidador del museo, surgió a la calle donde los guardias de seguridad vigilaban, brotó de los durmientes labios del chófer, aulló en coro de cada uno de los Skinner que se descubrieron a sí mismos *allá abajo.*

El Skinner en la terraza también se descubrió allá abajo. Allá abajo, donde -le recordó un resto de cordura- el doctor Togol había tomado sus precauciones y su venganza. Algo realmente muy sencillo.

Había ido *allá abajo*, a la bóveda donde el Seward Skinner original flotaba en la helada solución que lo preservaba en hibernación. Y todo lo que había hecho había sido desconectar los controles de temperatura.

El doctor Togol habla mentido respecto a destruir la cosa en la bóveda. La había mantenido viva, y ahora que se estaba deshelando su consciencia regresaba... la consciencia original del auténtico Seward Skinner, despertando en el oscuro y burbujeante tanque y resollando y jadeando y ahogándose de nuevo en busca de la vida.

Y puesto que ahora estaba consciente, todos los clones se veían unidos a u vida y a su consciencia, compartiendo el shock y la sensación a medida que los bloqueos artificiales se desvanecían, y todos volvían a ser de nuevo uno solo.

Al cabo de un momento, la cosa allá abajo estaba muerta. Pero no antes de que todos los Skinner captaran su agonía final... que nunca sería final para ellos. Como clones, eran inmortales.

El grito de Seward Skinner se mezcló con los de todos los demás Skinners del mundo de Skinner. Y siguió.

Eternamente.

* * *

Tras escribir «Viaje al ego», la cuestión de la identidad siguió atormentándome. Como lo hicieron las variadas técnicas y tecnologías que iban siendo desarrolladas para preservar o prolongar la existencia individual.

Algunas de ellas, como el proceso de clonaje, pertenecían aún al reino de la teoría. Pero por aquel tiempo otro nuevo concepto, la criogenia, se hallaba mucho más de actualidad.

De hecho, un equipo médico acababa precisamente de someter a una víctima de cáncer terminal a ese proceso, y yo resulté ser uno de los pocos profanos que obtuve un relato de primera mano del hecho.

Durante un cierto número de años fui miembro de un grupo de escritores y amigos que se reunían una vez al mes para asistir a charlas de personas importantes en el mundo de las artes y de las ciencias. El «Salón Pinckard», como era llamado, había sido fundado y patrocinado por Tom y Terri Pinckard con esta finalidad, Cuando ellos se mudaron fuera de la ciudad, otros miembros se hicieron cargo y las reuniones continuaron. De qué modo conseguíamos la colaboración de tan interesantes oradores no puedo decirlo. Lo único que puedo decir, como un ejemplo, es que a las treinta y seis horas siguientes al primer experimento criogénico registrado sobre un sujeto humano, los componentes que habíamos inaugurado el salón nos dirigimos a una casa particular, donde nos fueron explicadas la teoría y la práctica del proceso en sus más fascinantes detalles.

Naturalmente, me sentí tremendamente interesado. Y cuando Roger Elwood me llamó para pedirme una historia con un «tema religioso», decidí inmediatamente tocar la cuestión de la vida eterna y su relación con las futuras metodologías de la donación y la criogenización.

Así surgió «Eternamente y amén», que apareció en la antología de 1972 de Elwood Y anda suavemente a través del fuego, editada por Chilton.

El héroe, o antihéroe, no es ciertamente una figura santa. Pero su destino final -la condena eterna en el sentido más amplio de la palabra- puede medirse sobre las bases del precedente bíblico por su presunción.

Así que en este caso, tras evaluar la historia, puedo decir con toda seguridad: «Ve con Dios».

VED COMO CORREN

2 de abril.

De acuerdo, doc, usted gana.

Mantendré mi promesa y escribiré regularmente, pero maldita sea si voy a empezar mis anotaciones con frases como *Querido diario* o *Querido doctor.* ¿Desea usted que le diga cómo es esto? De acuerdo. Pero lo haré a mi modo, doc, así que ya lo sabe. Si tiene usted alguna idea preconcebida acerca de entrar a saco en mi consciencia, vaya con cuidado con los cocodrilos que flotan en la corriente.

Sé lo que estará usted pensando. «He aquí a un escritor profesional que cree que solo escribe lo que él quiere. Pidámosle que lleve un diario y escribirá pese a sí mismo. Así verá lo equivocado que está». ¿De acuerdo, doc? ¿Es así, doc?

Solo que éste no es mi auténtico problema. Mi obsesión es exactamente lo opuesto... lo antitético, si le gusta más así. Logorrea. Verbosidad. ¿Palabras insignificantes de un escritor barato? Pero eso es lo que siempre dicen en el estudio: todos los escritores son baratos.

De acuerdo, así que aquí tiene su dinero. Salga y cómpreme una docena de escritores. Déjeme ver... quiero dos Hemingway, un Thomas Wolfe, un James Joyce, un par de Homeros si son frescos, y seis William Shakespeare.

Casi le dije eso a Gerber cuando me echó del show. Pero ¿para qué? Esos productores solo tienen una idea. Señalan el aparcamiento y dicen: «Yo conduzco un Cadillac y tú conduces un Volkswagen. Así que, si eres tan listo, ¿por qué no eres rico?»

Llámelo racionalización si quiere. Ustedes los arreglacabezas son estupendos pegándole etiquetas a todo. Pégme la cola al asno, ese es el nombre del juego, y el paciente es siempre el borrico. Perdón, no se le llama «paciente», se le llama «analizado». Por cincuenta machacantes a la hora puede usted permitirse el lujo de inventar alguna palabra imaginaria. Y por cincuenta machacantes a la hora yo me puedo permitir el lujo de imaginar alguna palabra inventada.

Si eso es lo que espera usted de mí, olvídelo. No hay invenciones. Ya no. Erase una vez (como dicen los escritores) que sí hubo una invención, más bien un sueño. Un sueño acerca de llegar a Hollywood y arrasar el mercado de la televisión. Escribir comedias, ganar mucho dinero en el tiempo libre de esta cómoda manera, comprarse una casa de ensueño con piscina incluida, y vivir allí una vida de fábula con una atractiva pollita.

Nadie tiene por qué preocuparse de los sueños. Sólo cuando se convierten en realidad empiezan los problemas. Cuando descubres que las comedias ya no son divertidas, el dinero fácil desaparece, y la piscina se convierte en un fluir de conciencia. Incluso una atractiva pollita como Jean se convierte en algo distinto. Ya no es un sueño, es una pesadilla, y es real.

Ese es el problema para usted, doc. Cúreme de la rea]idad.

5 de abril

Un hecho histórico poco conocido. Poco después de ser herido en el Perú, Pizarro, siempre un maestro de la subestimación, escribió que estaba Incapacitado.

¡Maldita sea, doc, digo que eso es divertido! No puedo aceptar su teoría acerca de los retruécanos como una forma de agresión oral. Porque yo no soy del tipo agresivo.

Hostil, sí. ¿Por qué no debería serlo? Echado del show, después de tres temporadas de sudar sangre para Gerber y ese asqueroso cómico sin ningún talento que tiene. Lou Lane no hubiera encontrado trabajo ni siquiera como maestro de ceremonias en una lavandería automática hasta que yo empecé a escribir para él, y ahora es Míster Neilsen en persona, si le oyes hablar.

Pero no van a provocarme con ninguna de esas cosas, no voy a hacer ninguna estupidez. No necesito hacerlo. Una temporada sin mí, y lo veremos de vuelta allá donde le corresponde... cuidando del aparcamiento de una Autofuneraria. Venga y Sírvase Usted Mismo Sin Bajar Del Coche. Ja, ja.

Gerber me hizo la misma jugada; mi material se está agriando. No nos gusta la comedia negra. Eso es malintencionado, y nosotros nos dirigimos a un público eminentemente familiar. De acuerdo, quizá esa era mi forma de aliviar la tensión, arrojándola fuera de mí... catarsis, ¿no es esa la palabra? Y aquello hizo que me pasara un poco. Que es precisamente lo que quiero que haga usted. Desempolve mi mente, póngame de nuevo sobre los carriles, y yo conseguiré otro contrato y estaré otra vez trabajando para las familias. ¿Okay?

Mientras tanto, nada de problemas. Jean es quien gana nuestro sustento. Nunca hubiera podido imaginarlo cuando nos casamos. Al principio pensé que su manía de cantar era simplemente una afición y no me opuse. Así estaba ocupada mientras yo trabajaba... era un hobby como cualquier otro. Incluso cuando recibió sus primeros contratos para clubs nocturnos, para mí seguía cantando en la Noche de los Aficionados. Pero luego le ofrecieron aquel otro contrato para grabar el disco, y tras los sencillos vinieron los álbumes, etc. Mi pollita se convirtió en un canario.

Es curioso lo que ocurrió con Jean. Nadie lo hubiera imaginado cuando la conocí. Muy espectacular, eso sí, pero aparte eso, nada. Fue el cantar lo que señaló la diferencia. Descubrir su voz fue como descubrirse a sí misma. De pronto, se sintió segura.

Claro que estoy orgulloso de ella, pero eso no deja de inquietarme un poco. La forma en que se toma las cosas, como eso de insistir en que vea a un psiquiatra. No es que me preocupe mucho, por ello, sé que lo hace por mi propio bien, pero es difícil acostumbrarse a ello. Como la pasada noche, en aquella reunión, cuando su agente nos presentó a algunos de sus amigos como «y ahora deseo que conozcáis a Jean Norman y a su marido».

En segundo plano. No es por mí, doc. Ya soy un chico crecido. Lo último que necesito es una crisis de identidad, ¿correcto? Y mientras estemos jugando al juego de la verdad, debo admitir que Jean tiene razón... le he estado dando un poco demasiado a la botella últimamente, desde que fui despedido.

No mencioné esto en nuestra última sesión, pero es la razón principal por la que ella me obligó a venir a usted. Dice que el alcohol es mi sabanita, como en los Peanuts. Quizá librándome de ello las cosas vuelvan a su lugar. ¿Es posible?

Dicen que la sabanita de un hombre es el sudario de otro hombre.

7 de abril

Estúpido pelmazo. ¿Qué quiere decir con eso de que el alcoholismo es solo un síntoma?

En primer lugar, yo no soy un alcohólico. Claro que bebo, quizá bebo mucho, todo el mundo bebe en este negocio. Es eso o la yerba o las drogas duras, pero le aseguro que no estoy flotando y liando mi vida. Sin embargo, uno tiene que aferrarse a algo para mantener la cabeza en su sitio, y por el simple hecho de que chupe de tanto en tanto no tiene por qué decir que soy un alcohólico.

Pero solo para seguir la discusión, supongamos que fuera así. Usted le llama a eso un síntoma. ¿Un síntoma de qué?

Suponga que me lo cuenta. Sentado en ese sillón demasiado blando, con las manos cruzadas sobre su barriga demasiado gruesa, y dejándome a mi que hable y hable... supongamos que le oigo yo a usted ahora durante un rato, solo para cambiar. ¿Qué es lo que sospecha, Señor Juez, Señor Jurado, Señor Fiscal, Señor Verdugo? ¿Cuáles son los cargos... heterosexualidad en primer grado?

No estoy pidiendo comprensión. Tengo toda la que necesito en Jean. Demasiada. Estoy hasta aquí de la rutina de oh-mi-pobre-pequeño. No quiero tolerancia ni comprensión ni nada de esa hipócrita jerga. Solo preséntеme algunos hechos, para variar. Estoy cansado de Jean jugando a la Mamá y estoy cansado de usted, jugando al Gran Papá. Lo que deseo es un poco de ayuda real, quiero que alguien me ayude me ayude por favor por favor ayúdeme.

9 de abril

Dos resoluciones.

Número uno, no voy a beber más. Dejo la bebida desde ahora, definitivamente. Estaba borracho cuando escribí eso último, y todo lo que he tenido que hacer ha sido leerlo hoy cuando estoy sobrio para ver lo que me estaba haciendo a mí mismo. Así que se acabó la bebida. Ahora y siempre.

Número dos. Desde ahora no le mostraré esto al doctor Moss. Cooperaré completamente con él durante las sesiones de terapia, pero eso será todo. Esto es como una invasión de la intimidad. Y después de

lo ocurrido hoy, no voy a quedarme allí tendido dejando que hurgue y hurgue. Particularmente sin ningún anestésico; no voy a permitirlo.

Si sigo escribiendo todo esto es únicamente para mi propia información, algo así como una redacción personal. Por supuesto, no voy a decirle nada de esto. Me engañó con esa estúpida cháchara psiquiátrica, dejando que hablara por mí mismo. Tenía que haberlo imaginado... los arreglacabezas son autoridades en eso y saben utilizar bien sus etiquetas y clasificaciones. ¿Pero quién lo necesita?

Lo que necesito es mantener el hilo de lo que está ocurriendo, cuando las cosas empiezan a hacerse confusas. Como pasó en la sesión de hoy.

En primer lugar, la hipnoterapia.

Solo entre nosotros, admitiré que la idea de ser hipnotizado siempre me ha aterrado. Y si hubiera tenido la menor sospecha de que el viejo rastrero estaba intentándolo me hubiera largado de allí en menos de dos segundos.

Pero me pilló con la guardia baja. Estaba en el diván y se suponía que debía decir lo que me viniera por la cabeza. Sólo que estaba en blanco, no podía pensar en nada. Agotamiento emocional, dijo, y apagó las luces. ¿Por qué no cerrar los ojos y relajarme? No echarme a dormir, solo soñar despierto un poco. Soñar despierto es a veces más importante que simplemente soñar. De hecho, él no deseaba que yo me quedara dormido, así que me concentré en su voz y dejé que las cosas siguieran su curso...

Me atrapó. No me di cuenta de que estaba perdiendo el control, no me asusté, sabía quien era y todo lo demás, pero me atrapó. Esa era su intención, pues no dejó de hablar de la memoria. De cómo la memoria es nuestra forma personal de viajar por el tiempo, un vehículo que nos lleva hacia atrás, muy atrás a los primeros años de la infancia, ¿no es cierto? Y yo dije sí, puede llevarnos hacia atrás, puede llevarme hacia atrás, hacia la vieja Virginny.

Entonces empecé a tararear algo en lo que no había pensado desde hacía años. Y él dijo eso es, suena como una cantinela de jardín de infancia, y yo dije así es, doc, usted tiene que conocerla, *Los tres ratones ciegos.*

Por qué no la cantas para mí, me dijo. Así que lo hice.

Tres ratones ciegos, tres ratones ciegos,
Mira como corren, ¡mira como corren!
Corren tras la mujer del granjero,
¿Has visto algo así en tu vida,
algo como tres ratones ciegos, tres ratones ciegos?

-Precioso -dijo-. ¿Pero no se ha saltado una estrofa?

-¿Qué estrofa? -dije. De pronto, y sin ninguna razón, me sentía como muy tenso-. Así es la canción. Mi madre me la cantaba cuando yo era un bebé. Nunca olvidaría algo así. ¿Qué estrofa?

El empezó a cantar para mí.

Corrían tras la mujer del granjero,
Ella cortó sus cabezas con un cuchillo de trinchar.

Entonces había ocurrido.

No era como recordar. Precisamente estaba ocurriendo en aquel momento, todo de nuevo.

Es a última hora de la noche. Hace frío. Sopla el viento. Me despierto. Quiero un vaso de agua. Todo el mundo duerme. Está oscuro. Voy a la cocina.

Entonces oigo el ruido. Como un palmear en el suelo. Me asusto. Me giro hacia la luz y la veo. En la esquina detrás de la puerta. La trampa. Algo moviéndose en ella. Una cosa gris y peluda y agitándose arriba y abajo.

El ratón. Su pata ha quedado atrapada en la trampa y no puede soltarse. Quizá yo pueda ayudar. Cojo la trampa y tiro del muelle. Sujeto al ratón. Se agita y chilla, y aquello aún me asusta más. Yo no quiero hacerle daño, solo liberarlo para que pueda irse corriendo. Pero él se agita y chilla, y entonces me muerde.

Cuando veo la sangre eu mi dedo dejo de tener miedo. Me vuelvo loco. Todo lo que quería era ayudar, y él me ha mordido. Asqueroso animalio. Chillándome con los ojos cerrados. Ciego. Tres ratones ciegos. La mujer del granjero.

Allá. En el fregadero. El cuchillo de trinchar.

Intenta morderme de nuevo. Lo sujeto. Tomo el cuchillo. Y corto, dejo caer el cuchillo y me pongo a gritar.

Estaba gritando de nuevo, treinta años más tarde, y abrí los ojos, y allí estaba en la consulta del doctor Moss, llorando a gritos como un chiquillo.

-¿Qué edad tenía? -dijo el doctor Moss.

-Siete años.

Simplemente salió. Nunca había recordado cuantos años tenía, nunca había recordado qué había ocurrido... todo había quedado borrado de mi mente, como aquella estrofa en la canción del jardín de infancia.

Pero ahora recuerdo. Lo recuerdo todo. Mi madre encontrando la cabeza del ratón en el cubo de la basura y luego dándome una soberana paliza. Creo que fue aquello lo que me puso enfermo, no el mordisco, aunque el doctor que vino y me curó dijo que había sido la infección lo que había causado la fiebre. Estuve en cama durante dos semanas. Cuando me despertaba gritando a causa de las pesadillas, mi madre venía y me abrazaba y me decía cuánto lo sentía. Siempre me decía cuánto lo sentía... después de haberme zurrado.

Creo que fue entonces cuando realmente empecé a odiarla. No me sorprendc que muchos de los gags que escribí para Lou Lane versaran sobre madres y suegras. ¿Agresión oral? Podría ser. Todos esos años y nunca llegué a saberlo, nunca me di cuenta de cuánto la odiaba. Aún sigo odiándola ahora, sigo odiándola...

Lo que necesito es un trago.

23 de abril

Dos semanas desde que escribí eso último. Le dije al doctor Moss que había dejado de llevar el diario y me creyó. Le dije al doctor Moss un montón de cosas además de ésa, y no sé si me creyó o no. No es que me importe ni una cosa ni la otra. Yo tampoco creo todo lo que él me dice.

Esquizofrenia hebefrénica. Esa es la calificación ahora.

Significa que algunos tipos de personalidad, enfrentados a situaciones de tensión que no pueden manejar, regresan a la infancia o a niveles de comportamiento infantiles.

Lo busqué el otro día tras echarle una ojeada a las notas de Moss, pero si eso es lo que piensa, entonces es él quien está chalado.

El doctor Moss no emplea palabras como chalado, ido, loco. Trastornos mentales, dice él.

Eso, y regresión. Está obsesionado con eso de la regresión. No más hipnosis: le dije que aquello había terminado absolutamente, y captó el mensaje. Pero utiliza otras técnicas como la libre asociación, y parecen funcionar. Lo que ocurre realmente es que hablo de mis recuerdos, hablo libremente de mi pasado.

Y han aparecido algunas cosas extrañas. Como el no beber un vaso de leche hasta que tuve cinco años... mi madre me la dejaba beber siempre de la botella del biberón, y hubo un gran follón al respecto cuando fui al jardín de infancia y no quería beber mi leche de otra forma más que de esa. Finalmente ella me dio una buena zurra y me dijo cuánto la había avergonzado cuando tuvo que explicarle aquello al maestro, y el biberón desapareció para siempre. Pero era culpa suya. Estoy empezando a comprender por qué la odiaba.

Mi padre tampoco era una joya. Siempre que teníamos alguien a cenar se ponía a hablar de las cosas que yo le decía, de todas las cosas tontas que dices cuando eres pequeño y no sabes más, y todo el mundo se echaba a reír. Cuesta darse cuenta de que los niños también pueden sentirse avergonzados, hasta que recuerdas lo que era aquello. El viejo siempre me aguijoneaba para que le dijera cosas tontas para poder repetírselas a sus amigos. No es extraño que uno olvide cosas así... duele mucho recordarlas.

Duele mucho.

Por supuesto, había también buenos recuerdos. Cuando uno es niño, la mayor parte de las veces no te importa absolutamente nada, no te preocupas por el futuro, no tienes que comprender el correcto significado de cosas tales como dolor y muerte... y eso es lo que generalmente recuerdas.

Las cosas siempre parecían empezar así en nuestras sesiones, pero luego Moss me conducía hacia lo otro. Catarsis, decía; es buenu para usted. Dejemos que salga. De acuerdo, cooperaba, pero cuando terminábamos con una de esas vueltas a la infancia siempre regresaba a casa con un deseo irresistible de tomarme una buena y generosa copa.

Jean está empezando a chincharme de nuevo con ello. Tuvimos otra discusión la pasada noche, cuando volvió a casa tras su actuación en el club. Cantar es lo único que parece importarle actualmente, nunca tiene tiempo para mí.

De acuerdo, también era asunto suyo, pero ¿por qué entonces se despreocupaba de él y me dejaba sdo? Así que si estaba borracho, ¿qué tenía luego que decir? Intenté hablarle de mi terapia, de cómo dolía, y de cómo ayudaba una copa.

-¿Por qué no creces de una vez? -me dijo-. Un poco de dolor nunca ha matado a nadie.

A veces pienso que están todos locos.

25 de abril

Están todos locos, eso es.

Jean llamando al doctor Moss y diciéndole que había vuelto a la botella.

-A la botella -dije, cuando él me habló del asunto-. ¿Qué forma de hablar es ésa? Parece como si usted creyera que ella es mi madre y yo soy su bebé.

-¿No es eso lo que usted piensa? -dijo Moss.

Simplemente me lo quedé mirando. No sabía qué decir. Fue una de esas ocasiones en que él lo dijo todo.

Empezó a hablar muy suavemente, acerca de cómo había esperado que la terapia nos hubiera ayudado a realizar algunos descubrimientos juntos. Y tras un cierto período de tiempo yo había empezado a comprender el significado del esquema que yo mismo había establecido en mi vida. Sólo que la cosa no había parecido funcionar de ese modo, y aunque en líneas generales a él no le importaba correr el riesgo de inducir a un trauma físico, en este caso parecía más indicado que antes clarificara la situación para mí.

Puedo recordar esa parte, casi palabra por palabra, porque tenía sentido. Pero lo que dijo a continuación está todo embrollado en mi mente.

Como decir que yo tengo una fijación oral en la botella debido a que representa la botella del biberón que mi madre me retiró cuando yo era un niño. Y la razón que me condujo a escribir comedias para la televisión era reproducir la situación en que mi padre le decía a todo el mundo todos mis comentarios divertidos... porque aunque se rieran aquello significaba que yo estaba llamando la atención, y yo deseaba llamar la atención. Pero al mismo tiempo me dolía el que fuera mi padre quien se llevara todo el crédito de divertirles, exactamente igual a como me dolía el que fuera Lou Lane quien se llevara la popularidad de lo que yo escribía para él. Fue por eso por lo que yo mismo arruiné mi trabajo, escribiendo material que él no podía utilizar. Deseaba que él lo utilizara y así se hundiera, porque lo odiaba. Lou Lane se había convertido en una imagen de mi padre, y yo odiaba a mi padre.

Recuerdo haberme quedado mirando al doctor Moss y haber pensado que tenía que estar loco. Sólo un tipo mal de la cabeza puede elucubrar esas cosas.

Estaba realmente chalado. Hablando de mi madre. De cuánto la odiaba cuando yo era un niño y de cómo tenía que desplazar mis sentimientos hacia otro lado... transferirlos a otra cosa a fin de no sentirme culpable por ello.

Como la vez en que fui a beber agua. Yo deseaba realmente recuperar la botella de mi biberón, pero mi madre no quería dármela. Y quizá la botella del biberón era un símbolo de algo que ella le había dicho a mi padre. Oírles a ellos era lo que realmente me había despertado, y la odié a ella por eso más que por cualquier otra cosa.

Entonces fui a la cocina y vi al ratón. El ratón me hizo recordar la cancioncilla del jardín de infancia, y la cancioncilla del jardín de infancia me hizo recordar a mi madre. Tomé el cuchillo, pero no deseaba matar al ratón. En mi mente estaba matando realmente a mi madre...

Entonces fue cuando le golpeé. Directamente en su sucia boca.

Nadie habla así de mi madre.

29 de abril

Así está mejor. No necesito a Moss. No necesito terapia. Puedo arreglármelas por mí mismo.

Es fácil. Regresión. Toma un pequeño trago, realiza un pequeño viaje. Un pequeño viaje hacia atrás por los senderos de la memoria.

No hacia las cosas malas. Hacia las cosas buenas. Todos los recuerdos suaves y agradables. Aquella vez que estaba en la cama con fiebre y mamá vino con el helado en la bandeja. Y mi padre trayéndome aquel juguete.

Eso es agradable recordarlo. Lo mejor del mundo. Había un poema que acostumbrábamos a leer en la escuela. Aún lo recuerdo. «Atrás, vuelve atrás, / oh tiempo, en tu volar / hazme de nuevo un niño, / ¡aunque sólo sea por esta noche! » Bien, no había ningún problema. Unos cuantos tragos, y adelante. Un poco de aceite para la vieja máquina del tiempo.

Cuando Jean supo lo del doctor Moss perdió los estribos. Tenía que llamarle inmediatamente y pedirle disculpas, gritó.

-Al infierno con eso -dije-. No lo necesito más. Puedo hacer eso por mí mismo.

-Es probable que tengas que hacerlo -dijo Jean.

Entonces me habló de Las Vegas. Un gran contrato, tres semanas en el club del Strip. Muy excitada porque aquello significaba que realmente lo había conseguido... la gran oportunidad. Lou Lane actuaba en el salón principal, y había llamado al agente de ella y le había dicho que la había propuesto para actuar también en el local.

-Espera un minuto -dije- ¿Lou Lane te ha propuesto?

-Es un buen amigo -dijo Jean-. No hemos dejado de estar en contacto, porque está preocupado por ti. Sería también amigo tuyo, si tú simplemente le dejaras.

Seguro que sí. Con amigos así uno no necesita tener enemigos. Mis ojos se estaban abriendo rápidamente. No era extraño que se quejara a Gerber y me echaran. Así que ahora quería quitarme a Jean. Le había conseguido el contrato, correcto. Los dos actuando en Las Vegas juntos. Jean en el club, él en el salón principal; y luego, tras el espectáculo...

Por un momento me sentí tan trastornado que no pude ver claro, y no sé lo que hubiera hecho si hubiera podido. Pero creo que realmente no vi claro porque me eché a llorar. Y entonces ella me abrazó y todo estuvo bien de nuevo. Cancelaría lo de Las Vegas y se qudaría allí conmigo, y podríamos arreglar aquello juntos. Pero tenía que prometerle una cosa... no mas alcohol.

Se lo prometí. Tal como me lo dijo, le hubiera prometido cualquier cosa.

Así que la observé mientras vaciaba el bar, y luego se fue a la ciudad para ver a su agente.

Es una mentira, por supuesto. Hubiera podido llamarle por teléfono y hablar con él desde aquí. Así que está haciendo alguna otra cosa.

Como ir a ver a Lou Lane y contárselo todo. Casi puedo oírla: «No te preocupes, querido, he tenido que transigir esta vez porque parecía sospechar. ¿Pero qué son tres semanas en Las Vegas cuando tenemos toda una vida por delante?» Y entonces los dos se irán juntos a...

No. No quiero pensar en ello. No debo pensar en ello, hay otras cosas, otras cosas mejores.

Por eso tomo la botella. Esa que ella no ha visto cuando ha vaciado el bar, la que había ocultado yo en la parte de abajo.

No voy a preocuparme más. Ella no puede decirme lo que debo hacer. Toma un pequeño trago, realiza un pequeño viaje. Eso es todo.

Soy libre.

Más tarde

Ella rompió la botella.

Entró y me vio, y agarró la botella y me la quitó de las manos, y la botella se rompió. Sé que está loca porque echó a correr hacia la cocina y cerró la puerta de golpe. ¿Por qué la cocina?

Hay una extensión telefónica allí.

Me pregunto si estará intentando llamar al doctor Moss.

30 de abril

Fui un mal chico.

El doctor vino y yo le dije lo que había hecho.

Le dije que ella me tiró la botella.

Él vio el cuchillo en el suelo.

Tuve que hacerlo le dije.

Vio la sangre.

Como el ratón dijo.
No, no un ratón. Un canario.
No mire en la basura le dije.
Pero lo hizo.

* * *

La psicoterapia, ¿es un arte o una ciencia?

Francamente, no lo sé.

A lo largo de los años he tratado de trastornos mentales en muchas de mis historias. En el lenguaje de la profesión, parece existir una obsesión en mí... ese compulsivo examen de causa y remedio. Mis novelas El chal y Psico han sido revisadas o discutidas en periódicos de psiquiatría. He recibido cartas de psiquiatras y de pacientes.

Pero aunque he escrito un guión cinematográfico y una novela llamados El diván, nunca me he tendido en uno de ellos en presencia de un psicoanalista. No he ido a la universidad para seguir cursos de psicología. Mi limitado conocimiento en ese campo es todo él de segunda mano o semiinventado.

Lo que sé es que todo el mundo tiene problemas. Y con algunos de esos problemas -como los de los escritores- estoy muy familiarizado.

Eso no significa que me haya enfrentado personalmente a los conflictos que acosan al protagonista de «Ved cómo corren»... como tampoco se me puede acusar de ponerme una peluca, agarrar un cuchillo y dirigirme a la más próxima ducha.

Sin embargo, sorprendentemente, muchos de mis lectores, a lo largo de los años, no acaban de convencerse de que no estoy escribiendo mi autobiografía. Tras la publicación de El chal recibí cartas que me preguntaban si alguna vez había estado enamorado de mi profesora de inglés en la universidad. Me vi obligado a responder que mis profesores en ese campo fueron varios, y aunque apreciaba su habilidad en tejer complicados diagramas acerca de la estructura de una frase, nunca me había quedado después de clase para una lección de anatomía o un experimento de biología.

En pocas palabras, mis historias basadas en la psiquiatría no se fundamentan en experiencias de primera mano. Puesto que tocamos este tema, déjenme asegurarles que he escrito también un cierto número de relatos acerca de Jack el Destripador, sin por ello haber abierto en canal nada más allá de un buen pedazo de salchichón de Bolonia, y mis disertaciones sobre vampiros han sido realizadas siempre sin ayuda de transfusiones de sangre.

Así que repudio totalmente cualquier experiencia personal que haya podido conducirme a escribir «Ved cómo corren», que apareció en el Ellery Queen's Mystery Magazine de abril de 1973.

Pero he observado las torturas y los traumas que acosan a otros escritores de Hollywood, y de ese escrutinio ha surgido el personaje y las líneas generales de la historia.

En cuanto al estilo de mi narrador, debo remitirles a unos versos de Mefistófeles en Doctor Fausto:

El infierno no tiene límites, no está circunscrito
en un solo lugar: para aquellos que estamos allí es el Infierno,
y esté donde esté, allí debemos permanecer.

Sólo el Demonio podría elaborar una frase como ésta, y puesto que yo situé a mi protagonista en un infierno sobre la tierra, es indudable que esta historia pertenece a los dominios de Satán.

NACIDO EN EL ESPACIO

I

La nave sonda se ancló en órbita e inició su rastreo sensor del planeta Eco.

Sentado en su puesto en el puente, el comandante Richard Tasman, de la Marina de los Estados Unidos, comprobó los datos procesados por los equipos técnicos de su tripulación. Junto a él, el teniente Gilbey, su segundo en el mando, asintió aprobadoramente.

-Parece bueno -dijo-. Parece muy bueno.

Y lo era.

Según los datos computados facilitados por los registros, Eco era sin lugar a dudas un planeta tipo terrestre, tal como se había sospechado. Los fotoscopios confirmaban la presencia de extensiones de agua, suelo emergido, y abundante vegetación. Los análisis de vida bacteriana no indicaban nada peligroso o poco familiar. El perfil planetario de Eco era el de un mundo en miniatura... vivo y sin polucionar, no expoliado por la presencia del hombre.

Luego los registros empezaron a cliquetear locamente.

Tasman miró a Gilbey. Gilbey miró a Tasman. Y ambos hombres se giraron para mirar al fotoscopio.

Los datos que iban saliendo confirmaban la historia, pero una imagen es siempre más valiosa que diez mil palabras, aunque por un momento aquella imagen en particular dejara a los dos hombres sin habla.

Clara e inconfundiblemente, mostraba la pedregosa ladera de una colina y lo que yacía en la inclinada superficie, retorcido entre las grandes piedras. El fotoscopio avanzó para ofrecer una imagen más detallada, deslizándose por el casco hasta detenerse en la inconfundible insignia y las claras letras: *USS Orión.*

Allí en la superficie de un planeta menor, cerca del borde de la galaxia, inexplorado y nunca visitado por el hombre, yacía una espacionave de la Tierra.

II

Tasman formó parte de la expedición de aterrizaje, dejando a Gilbey a cargo del mando de la nave.

Había cuatro miembros en la fuerza de desembarco, sin contar a Tasman, pero pese a la gran cantidad de energía que se requería para llevarlos abajo, la navecilla auxiliar los depositó sanos y salvos junto a su objetivo. Cuando Tasman y su tripulación emergieron por la compuerta, se encontraron a menos de mil metros del casco de la *USS Orion* en la ladera de la colina.

Incluso antes de penetrar en ella todas las dudas se habían desvanecido. Fue Weber, el contramaestre del grupo, quien habló por todos ellos.

-Lo es, señor. La nave de Kevin.

Tasman agitó sombríamente la cabeza.

-Nuestra nave -dijo-. Kevin la robó.

No había respuesta a aquello, no por parte de Weber o de cualquiera de los otros, porque todos sabían que Tasman decía la verdad.

El comandante en jefe Kevin Nichols, de la Marina de los Estados Unidos -astronauta veterano, héroe del programa espacial, el siguiente en el escalafón para ocupar el mando supremo de todo el magno proceso espacial- había robado la nave.

Hacía un año, casi día por día según el calendario de la Tierra, él y la *Orión* habían desaparecido. Ningún aviso, ninguna explicación. nada. Y ningún indicio dejado tras él; incluso su esposa había desaparecido. Se necesitaron casi seis meses de intensiva investigación para desentrañar el amasijo de documentos relacionados con el vuelo, e incluso después de eso quedaron miles de cabos sueltos. Toda la evidencia añadía nuevas pruebas al hecho de que Kevin Nichols se había movido rápida y secretamente, de acuerdo con un plan muy bien preparado. Ordenes emanadas para una misión de alta seguridad habían sido empleadas para conseguir equipar a la *Orión* sin levantar demasiadas sospechas. La *Orión* una de las últimas naves miniaturizadas, requiriendo tan sólo los servicios de un piloto, con todas la funciones de vuelo autoalimentadas y autoprogramadas. Un modelo de pruebas secreto, desarrollado bajo la supervisión directa del propio Kevin Nichols. Así que cuando éste ordenó que fuera equipada y preparada para partir, nadie hizo ninguna pregunta ni rompió las reglas de seguridad para divulgar su partida.

Hasta que la *Orión* estuvo lejos en el espacio no estalló el escándalo... e incluso éste fue secreto, acallado inmediatamente por el propio programa espacial antes de que las noticias trascendieran al público. Luego vino la investigación y el descubrimiento final del probable destino de Kevin... no el propio Eco, sino el Sector XXIII, aquella zona del mapa espacial.

Fue entonces cuando el comandante Tasman fue asignado para ir tras la nave desaparecida y el hombre desaparecido. Tasman conocía a Kevin Nichols -habían sido compañeros de clase en Cape, hacía años-, y quizá por eso fue elegido para la misión. Pero conocer a Kevin no había hecho el trabajo de localización más sencillo. Hablan tocado una docena de puntos antes de que el proceso de eliminación los encaminara hacia Eco. Hasta entonces meses después del inicio de la expedición, no habían podido localizar al fugitivo.

Aunque, ¿lo habían localizado?

Kevin no estaba en la nave.

Ni tampoco las provisiones y los instrumentos portátiles.

-¿Y ahora qué? -murmuró Tasman.

Fue Weber, el contramestre, quien sugirió examinar el terreno circundante, y fue él quien descubrió la cueva semioculta entre las rocas.

Tasman fue el primero en entrar, y lo que descubrió allí en la profunda oscuridad llevó a los otros corriendo a su lado.

Vivir en una cueva no es en absoluto una existencia ideal, y cuando las provisiones de uno están agotadas y la fuente de luz accionada por baterías falla, no queda nada excepto las tinieblas... las tinieblas extendiéndose por todas partes y reptando desde los retorcidos túneles que se hundían interminablemente más allá de la cámara exterior. Y cuando uno lanza un grito, las sombras no responden... tan sólo queda el sonido de los ecos gritando a través de la oscuridad. Eco... el planeta tenía un nombre apropiado.

¿Había pensado en aquello Kevin Nichols cuando gritó, o estaba demasiado débil para gritar? ¿Había mirado a las informes sombras que parecían bullir y retorcerse en las bocas de los túneles, más allá?

Ahora ya no importaba. Las bocas de los túneles estaban abiertas, pero la boca de Kevin estaba cerrada; cerrada y congelada en la siniestra sonrisa de la muerte. Una mirada al demacrado rostro y al delgado cuerpo hizo brotar una palabra a los labios del contramaestre Weber.

-Inanición.

El comandante Tasman asintió sin ningún comentario, luego se inclinó para examinar el otro cuerpo.

Porque habla otro cuerpo tendido allí, a poca distancia del primero... yaciendo boca abajo, los brazos tendidos como para intentar arrastrarse hacia los túneles hasta que la muerte lo detuvo.

La detuvo.

Tasman giró el cuerpo, reconociendo la consumida forma.

-La esposa de Kevin -murmuró-. Se la llevó con él.

Kevin se la llevó con él, y la muerte se los había llevado a los dos. Allí, en una remota cueva de un distante planeta, rodeados de sombras, los fugitivos habían muerto en la oscuridad, y ahora sólo persistían los ecos, gimiendo en las profundidades. Si uno escuchaba atentamente podía casi oírlos, débiles y lejanos.

Y entonces *oyeron* el sonido, todos ellos, y reconocieron que era... surgiendo de las sombras más allá, imposible pero inconfundible.

El llanto de un bebé.

III

Hubo problemas, muchos problemas.

El primero era físico... cómo transportar un niño recién nacido de vuelta a la Tierra en una nave sonda carente de los recursos materiales y alimenticios para mantener con vida aquella frágil forma.

Sorprendentemente, sin embargo, el pequeño sobrevivió incluso se desarrolló con la apresuradamente improvisada dieta de leche en polvo y zumos. El chico parecía haber heredado algo de la fortaleza y

tenacidad de Kevin Nichols junto con sus rasgos. Por supuesto, el parecido era tanto que no hubo la menor discusión acerca del nombre; de común acuerdo, todos lo llamaron Kevin.

No fue hasta después del amerizaje en la Tierra que surgió el otro problema. Entonces el Control Espacial se hizo cargo de Kevin, y heredó el dilema que habla traído consigo.

No hubo publicidad, por supuesto, pero eso no resolvió nada. Más pronto o más tarde, las noticias surgirían. Un admirado y aclamado astronauta había tenido éxito en violar el más alto secreto, invalidar todas las precauciones interplanetarias, y robar la última y más perfeccionada espacionave.

Oleadas de pánico brotaron y se esparcieron detrás de las cerradas puertas del Mando Espacial. Los altos jefes y oficiales del gobierno forcejearon, hundidos en aquellas oleadas, farfullando confusamente, boqueando consternados.

-¿Saben lo que significa eso? Cuando se sepa la historia, todo el programa quedará desacreditado. Robar una nave prototipo ante nuestras propias narices... ¡vamos a ser el hazmerreír del mundo, de toda la maldita galaxia!

Fue uno de los principales portavoces del proyecto espacial quien dijo esto, y uno de los principales portavoces del gobierno quien le respondió.

-Entonces, ¿por qué no decir al verdad? ¿Decirles que teníamos a Kevin Nichols en observación durante mucho tiempo, que sabíamos que estaba preparando algo? De acuerdo, era el siguiente en el escalafón para la promoción más importante, pero no íbamos a promoverlo. No hasta que termináramos nuestra investigación... el asunto de las drogas, la malversación de fondos del proyecto. Debió darse cuenta de que íbamos tras él, y por eso huyó, llevándose a su esposa con él. Dejemos que el público sepa lo que ocurrió, que fuimos víctimas de una conspiración...

-Están ustedes locos. -Los psiquiatras desaprueban normalmente utilizar ese tipo de lenguaje, pero se trataba de uno de los miembros principales del equipo psiquiátrico consultor quien habló-. No podemos permitir que se rían de nosotros, y no podemos permitir que nos tengan lástima tampoco. En este preciso momento no podemos permitir nada, punto. No necesito recordarles, caballeros, que el voto de nuevas asignaciones para la totalidad del proyecto espacial se producirá la próxima semana. No podríamos encontrar un momento peor para decirle al mundo que el mayor y más importante programa de toda la historia ha sido víctima de un solo hombre... y que el mayor héroe de ese programa era un psicótico, un ladrón y un traidor. Ha de haber otra respuesta.

La había.

Exactamente quién la proporcionó no llegó a saberse nunca... probablemente algún miembro menor del equipo. El destino de los oficiales menores es proporcionar las sugerencias oportunas, y su recompensa es ser olvidados, aunque su sugerencia sea recordada.

-Kevin es nuestra respuesta -dijo el oficial menor sin nombre.

Todo el mundo se le quedó mirando, todo el mundo escuchó y todo el mundo comprendió.

-¿No se dan cuenta de lo que Nichols ha hecho por el programa? Nos ha proporcionado el mayor elemento de relaciones públicas que nadie pudiera soñar. Su hijo, Kevin. ¡El primer niño nacido en el espacio exterior! No en Marte o en Venus o en una colonia, sino en una nueva frontera, ¡la más lejana avanzadilla de toda la exploración interplanetaria conocida por el hombre!

»No hay por qué decir que su padre estaba huyendo, que la nave había sido robada. Convirtámoslo todo en parte de una misión ultrasecreta, un programa secreto para comprobar la resistencia humana en un mundo tipo terrestre. Nichols y su esposa llevaron voluntariamente su nave hasta Eco y tuvieron allí a su hijo. Un heróico experimento que se convirtió en un heróico sacrificio cuando lograron salir de la nave accidentada pero se dieron cuenta de que no podían regresar ni comunicarse con el proyecto acá en la Tierra. Hagamos saber que Nichols llevó un diario completo de su estancia en Eco, incluido el nacimiento del niño, pero que estos datos son aún información clasificada. Eso pondrá fin a cualquier futura pregunta embarazosa sobre el asunto. Y no habrá ningún problema sobre la apropiación... no si concentran la publicidad donde corresponde y la mantienen allí. Tienen en sus manos la mayor historia de todos los tiempos, la mayor celebridad jamás conocida... ¡Kevin, el niño del espacio!

IV

No tuvieron que esperar mucho.

En cuestión de horas la bien aceitada maquinaria de la Unidad de Información empezó a funcionar, los engranajes del programa espacial comenzaron a girar, y el producto final del proceso apareció. Un héroe instantáneo.

Kevin Nichols, heróico astronauta que pilotaba una nave experimental hacia un mundo no registrado en los mapas. Su esposa, que arriesgó a su hijo aún no nacido en dirección a lo desconocido. El propio programa espacial, rompiendo valientemente todas las barreras para demostrar, de una vez por todas, que la humanidad podía avanzar sin miedo y perpetuarse en otros planetas.

Nichols y su esposa estaban muertos, pero el programa espacial sobrevivía... Como se predijo, el asunto de la apropiación quedó enterrado.

Y en cuanto a Kevin, el niño, vivió y prosperó.

Kevin, el nuevo símbolo de la Era del Espacio.

Dado a la publicidad, fotografiado, promocionado, alabado; en cuestión de días, su nombre fue conocido en todo el sistema solar y más allá. El Hijo del Espacio, heredero de la fortuna.

Y el pupilo del programa espacial.

Celosamente guardado, posesivamente protegido, el pequeño Kevin fue retirado del escrutinio público poco después de haber servido a su primera finalidad, y llevado a un jardín de infancia privado... muy privado. Mientras las muñecas Kevin y los juguetes Kevin inundaban el mercado, y las canciones Kevin y los retratos Kevin hacían resplandecer su imagen, el objeto de toda aquella adulación era cuidadosamente atendido y vigilado por un equipo de especialistas médicos. Pediatras y psicólogos estuvieron de acuerdo desde un principio en una cosa: Kev era un bebé muy especial. Y no tan sólo debido a su valor como símbolo viviente, sino por lo que era en sí: excepcionalmente fuerte, brillante, despierto, saludable, y precoz.

Pese a las medidas de seguridad, los rumores traspasaron el recinto del jardín de infancia-laboratorio donde permanecía oculto el joven Kevin.

Manteniéndose en pie a los cinco meses. Andando a los siete. Sólo nueve meses, y parecía comprender todo lo que se le decía. Un año, y ya hablaba... ¡frases enteras! ¿Habéis oído lo último de Kevin? Dos años y medio, yendo para los tres, ¡y dicen que ya está aprendiendo a leer! ¿Podéis imaginar eso?

El público podía imaginarlo muy fácilmente. De hecho, estaban empezando a imaginar un poco demasiado. No importa cuánto lo apreciemos, nadie quiere realmente a un genio. Demasiado difícil de comprender. Y la finalidad de todo el plan era sencilla: Kevin debía ser querido.

Así que, tras muchas consideraciones, Kevin fue instalado en una escuela privada muy exclusiva... un buen parvulario, que le daría la posibilidad de crecer junto a otros niños y aprender a ser como el resto de ellos.

Pero Kevin no era como el resto de los niños. Crecía mucho más aprisa, aprendía mucho más fácilmente. Parecía inmune a las dolencias infantiles, y nunca estaba enfermo. Quizás aquello fuera resultado de los antisépticos cuidados del equipo médico, pero aunque fuera así era altamente poco habitual. Los doctores tomaron notas.

Los psicólogos tomaron notas también. Kevin no se relacionaba con el grupo de sus iguales... así lo decían ellos. En pocas palabras, no deseaba tener nada que ver con los demás niños. Y además no le importaba. Leía. Hacía preguntas -inteligentes, penetrantes preguntas-, y se impacientaba ante las respuestas estúpidas.

Kevin no se interesaba en las cancioncilías de los parvularios ni en los cuentos de hadas ni en las historias para irse a dormir. Hechos y números, eso era lo que le fascinaba. Nunca jugaba con juguetes, y se negaba a aprender nuevos juegos.

Los otros niños no le comprendían, y los niños suelen demostrar aversión hacia lo que no comprenden... un rasgo que muchas veces es arrastrado hasta la vida adulta.

Dos de los chicos nunca tuvieron la oportunidad de arrastrar ningún rasgo hasta la madurez. Empezaron a importunar a Kevin, llamándole cosas, pero sólo unos pocos días. Luego murieron.

Uno de ellos se cayó de una de las ventanas de arriba mientras andaba sonámbulo. El otro fue presa de convulsiones... un ataque epiléptico, decidieron los doctores.

Por supuesto, Kevin no tuvo nada que ver con ello; no estaba cerca de ninguno de los chicos en el momento de ocurrir todo. Pero hubo muchos rumores, y el equipo médico lo sacó de la escuela.

A fin de poner fin a cualquier posible rumor, se programó un chequeo exhaustivo para el prodigio. Y realmente era un prodigio... un chico agraciado, saludable, sin ningún defecto funcional. El resultado de las baterías de tests mentales indicaron genio.

Lo que necesitaba. decidió el equipo médico, era una posibilidad de llevar una existencia normal... una oportunidad de relacionarse con gente normal en un ambiente normal. Con una celebridad tal llevar una vida así era, por supuesto, imposible.

Así que cambiaron su nombre, lo llevaron al otro lado del país, y buscaron a alguien que lo adoptara.

Se le dijo al mundo que había sido enviado al extranjero para proseguir su educación bajo la supervisión del gobierno. Ni siquiera la pareja que lo adoptó supo que su brillante y apuesto nuevo hijo era el famoso Niño del Espacio.

Para el señor y la señora Rutherford era un huérfano llamado Robin. Un muchacho tranquilo pero bien educado, rápido en sus estudios, terminando la escuela superior y entrando en la universidad a los quince años. No hubo ningún problema.

Al menos los informes de seguridad no señalaron ninguno. El programa espacial no dejaba de observar su desarrollo, por supuesto, comprobando sus progresos en el colegio.

Quizá hubieran debido perder un poco más de tiempo controlando a sus padres adoptivos. Tal como fueron las cosas, no parecieron darse cuenta del cambio en el señor y la señora Rutherford. Y quizá ni siquiera los propios Rutherford se dieron cuenta de él. Al fin y al cabo, no era nada dramático.

Pero, a medida que Kevin crecía, ellos se consumían.

El crecimiento de Kevin era físicamente notable. A los dieciocho años, ya un veterano en la universidad, parecía completamente maduro. Lo suficientemente adulto, de hecho, como para participar en la dirección del próspero rancho del señor Rutherford durante los meses de verano.

Y Rutherford, el fanfarrón y enérgico ranchero de retumbante voz, no puso la menor objeción. Era como si secretamente agradeciera la idea de tomarse las cosas con un poco más de calma, no tener que estar ladrando constantemente órdenes, sentarse tranquilamente en el gran porche cubierto y dejar que los asuntos siguieran su curso. Tras un cierto tiempo, la gente empezó a darse cuenta de cómo murmuraba y balbuceaba, hablando consigo mismo. La señora Rutherford no hablaba con nadie... gradualmente empezó a dejar de salir e ir a sitios, y ya no visitaba a sus viejos amigos. Mientras el muchacho controlaba el rancho, ella se sentía contenta permaneciendo en casa y dejando pasar

el tiempo descansando en el piso de arriba. Empezó a hablar también para sí misma.

Fue aproximadamente un año más tarde -después de que el muchacho se hubiera graduado y fuera a trabajar en un proyecto piloto de astrofísica- cuando las autoridades acudieron a llevarse a los Rutherford.

Hubo una encuesta, y los operararios del rancho atestiguaron. También lo hizo el muchacho. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que no había habido violencia, ninguna crisis auténtica. Sólo que los Rutherford habían pasado de hablar a balbucear, y de balbucear a gritar.

Las sombras eran lo que les causaba miedo. Las sombras, o mejor dicho una sola sombra... porque aparentemente nunca veían más de una en un momento determinado.

Una sombra moviéndose a medianoche en los corrales, haciendo que el ganado mugiera aterrado... ¿pero por qué se asustaría el ganado de algo que no podía ser visto?

Una sombra reptando a través del largo y oscuro vestíbulo del rancho, mientras las maderas del suelo crujían... ¿pero cómo podía haber sonido sin sustancia?

Una sombra deslizándose en la habitación del muchacho, tendiéndose para dormir en la cama donde debería estar el muchacho... pero las sombras no duermen, y el muchacho testificó no haber visto nunca nada.

Era un triste asunto, y el final era inevitable. Los Rutherford eran obviamente incompetentes y debían ser recluidos. Ambos murieron al cabo de unos pocos meses.

La gente del programa espacial se mantuvo fuera del asunto, por supuesto; al menos no interfirieron públicamente. Pero siguieron la encuesta y obtuvieron todos los datos y se hicieron cargo nuevamente de Kevin.

Hacerse cargo era una mera formalidad ahora, puesto que ya no estaban tratando con un niño. Kevin era físicamente un adulto, y mentalmente era...

Merecedor de un estudio más profundo.

Eso fue lo que decidió el equipo médico.

Kevin se mostró dispuesto a cooperar, pese a que aquello significaba abandonar temporalmente su proyecto de investigación sobre los métodos de comunicarse con cuerpos planetarios distantes a través del uso de frecuencias ultrasónicas.

En el día prefijado se presentó ante un panel internacional de autoridades científicas en el cuartel general del Mando Espacial, preparado para someterse a un cuidadoso chequeo y examen.

Pero no estaba preparado para enfrentarse al jefe de aquel panel... un hombre viejo y de hombros caídos que le fue presentado como el comandante Richard Tasman, de la Marina de los Estados Unidos, retirado.

Los científicos extranjeros observaron que Kevin no parecía reaccionar a la presentación. Quizá no reconoció el nombre, pero por supuesto no había razones para suponer que debiera hacerlo.

Al menos no había ninguna razón hasta que Tasman empezó a hacerle preguntas. Las preguntas eran educadas, formalmente planteadas y muy simples. Pero su contenido era perturbador.

Tasman deseaba que Kevin le hablara de las sombras.

Kevin frunció el ceño, luego suspiró.

-Seguramente ha leído usted los informes de la encuesta. Las sombras que mis pobres padres adoptivos decían haber visto no existían... eran ilusiones paranoides...

El comandante Tasman asintió.

-Pero es en las otras sombras en las que estoy interesado. Las sombras que vi con mis propios ojos, hace veinte años... cuando lo hallé a usted en aquella cueva en Eco.

Los científicos que le acompañaban se inclinaron hacia adelante cuando Kevin agitó la cabeza. Apretaron sus auriculares para oír lo que sus traductores simultáneos estaban diciendo mientras proseguía la conversación.

Kevin se alzó de hombros.

-Yo era un bebé... ¿cómo espera que recuerde nada? Y aunque pudiera, ¿por qué debería ver sombras?

-¿Por qué, claro? -Tasman sonrió-. Yo las vi con bastante claridad, pero en aquel momento no había razón alguna para que les prestara atención. Ahora no estoy tan seguro.

-¿Qué quiere decir?

Tasman sonrió de nuevo.

-Tampoco estoy seguro de eso. De hecho, ya no estoy seguro de nada. Se me ocurre que hubiéramos debido seguir nuestras investigaciones en Eco. En cierto modo, con toda la excitación de su descubrimiento y rescate, algunos hechos fuera de lo corriente no fueron tenidos en cuenta. Un planeta de tipo terrestre existe dentro de una cierta gama de condiciones prescritas... lo sabemos muy bien, puesto que hemos localizado y estudiado otros en la galaxia. Como Eco, todos ellos contienen formas de vida. Microorganismos, algas, vida vegetal, una infinita variedad. Y todos ellos, en esta fase de evolución, contienen también vida animal. Todos excepto Eco.

Tasman clavó sus ojos en Kevin.

-Entiendo que siente usted una predilección especial hacia la investigación del espacio.

-Soy apenas un aprendiz...

-¿Pero ha estudiado la información disponible?

-Sí.

-Entonces déjeme preguntarle esto... ¿no le parece extraño que Eco, y sólo Eco, sea el único cuerpo celeste tipo Tierra jamás descubierto que sea capaz de albergar formas de vida altamente especializadas, y sin embargo no contenga ninguna?

-Quizá hubo tales formas en un tiempo, y fracasaron en sobrevivir.

-¿Por qué razón? No hay señales de un desastre natural o un reciente cataclismo geológico.

-Quizá el ciclo de la evolución llegó a un fin natural. Pudieron haber existido, pero simplemente murieron -dijo Kevin.

-¿Supongamos que no murieron? ¿Supongamos que simplemente evolucionaron a lo largo de líneas distintas... avanzadas hasta tal punto que la vida ya no dependía de un cuerpo físico como los que estamos familiarizados a ver?

-¿Quiere decir algo como pensamiento puro? -Esta vez fue el turno de Kevin de sonreír.

Tasman agitó la cabeza, y no estaba sonriendo.

-Algo así como sombras -dijo.

Kevin alzó la vista. Todos le estaban mirando.

-Sombras -repitió Tasman-. Considere una forma de vida que en un determinado momento pudo haber sido humana como nosotros, mucho más humana que nosotros en algunos aspectos, pero alcanzó un punto crítico en el camino de la evolución. En vez de seguir evolucionando en términos de músculo, avanzó en lo espiritual.

-¿Pensamiento puro de nuevo? -Kevin hizo un gesto-. Imposible.

-Por supuesto que es imposible -dijo Tasman-. La vida es energía, y la energía tiene forma. Pero en Eco, que parece haber existido durante incontables años en un estado idílico, no había necesidad de un cuerpo fuerte y resistente para luchar contra los elementos. Y usted sabe que, tras alcanzar un cierto grado de desarrollo mental, ya no existe ninguna dependencia hacia la alimentación ordinaria.

-¿Está diciendo que esas criaturas se convirtieron en sombras?

-¿Criaturas? Es difícil que ese término pueda describir a un organismo tan avanzado. En cuanto a sombras... ¿cómo sabemos lo que son realmente? Posiblemente lo que vemos como sombras sean meramente proyecciones visuales de energía mental contenida en la mínima forma posible. Una forma que ya no necesita órganos sensoriales para percepción o comunicación. Una forma que no necesitaba el complejo de ayudas mecánicas que llamamos civilización, que puede vivir sin nuestros conceptos de confort y refugio...

-¿En cuevas?

Kevin se levantó al hablar, se levantó y se enfrentó a la asamblea en la larga mesa. Habló, y los otros escucharon. Lo que dijo exactamente es tema de debate... posteriormente, las opinones parecieron diferir. Pero sus palabras tenían sentido, y todo el mundo captó lo que quería decir.

Cuidadosamente, cortésmente, pero concisamente, hizo pedazos las teorías de Tasman, demoliendo una por una cada premisa. No había ningún precedente, ni en biología, ni en física, ni en las más avanzadas observaciones de la ciencia, de sombras sentientes. Uno podía argumentar del mismo modo la realidad de los fantasmas. Una sombra, por definición, es meramente una porción de oscuridad reflejada en una superficie por un cuerpo que intercepta los rayos de luz. Es el cuerpo el que existe. Las sombras son meras ilusiones... como las apariciones

sobre las que balbuceaban los padres adoptivos de Kevin, o como las extrañas creencias del comandante Tasman.

Su discurso fue efectivo. Y después, Tasman, frío pero controlado, pidió a Kevin que les disculpara un momento e hizo que lo escoltaran fuera de la habitación, mientras él se iniciaba el zumbido generalizado de la conversación que emprendieron inmediatamente los científicos reunidos allí.

Obviamente se sentían impresionados por lo que habían oído. Se sintieron aún más impresionados cuando un nervioso ingeniero de sonido habló por el intercom de la sala para disculparse e informar que un repentino fallo de la energía había dejado inactivos los auriculares y hecho imposible la traducción simultánea del parlamento de Kevin.

-¡Sorprendente, ese joven! -El científico italiano rebuscó las palabras en su inglés con fuerte acento-. Haberse dado cuenta de eso... y seguir hablando en italiano.

-*Nein* -brotó rápidamente la gutural réplica-. Habló en alemán.

-*Français!*

La disensión surgió en japonés, ruso, español y mandarín. Todos habían oído a Kevin, y lo habían comprendido.

Tasman comprendió también.

Salió corriendo hacia la puerta, se abalanzó por el corredor. A la entrada de la pequeña oficina encontró a los guardias de seguridad de Kevin, alertas y aguardando.

-Kevin... ¿dónde está?

El oficial de mayor rango parpadeó e hizo un gesto.

-Dentro.

Tasman cruzó entre ellos y abrió bruscamente la puerta.

La habitación no tenía ventanas, ninguna otra salida.

Pero estaba vacía.

V

No hubo ningún informe oficial de la desaparición de Kevin. Ni siquiera el equipo médico fue informado. Pero Tasman sabía, y se dirigió directamente al departamento de Alta Seguridad. Fue cursada una orden.

Encuentren a Kevin.

-Es probable que cometa algún error -dijo Tasman-. Lo que ocurrió en la reunión prueba que no es infalible. Cuando dejaron de funcionar los auriculares, él siguió comunicándose inconscientemente por transmisión directa del pensamiento. Eso explica que cada delegado extranjero creyera que estaba oyendo a Kevin hablarle en su propio idioma. Cuando se dio cuenta de que había cometido un error, era demasiado tarde. Tuvo que huir.

Los oficiales de seguridad asintieron, intranquilos. ¿Cómo localizar a un hombre que puede transmitir los penamientos a voluntad... hipnotizar a los guardias y pasar entre ellos sin ser visto ni recordado?

-Si ha cometido un error, cometerá otros -les aseguró Tasman.

Pero ni el propio Tasman esperaba errores. Mientras el personal de seguridad buscaba a Kevin en el presente, Tasman se sumergió en el pasado. Habló con la gente que lo había conocido en el rancho, a sus compañeros de escuela, a los miembros supervivientes de la misión sonda original, a hombres como Gilbey y Weber. Mantuvo en secreto todo lo que consiguió saber, pero la noticia se difundió.

Hasta llegar finalmente a un tiempo anterior a cuando el propio Tasman había conocido a Kevin... y a un hombre que había conocido a los padres de Kevin.

Un tal doctor Hans Diedrich, que vivía retirado en las Islas Vírgenes, contactó al Mando Espacial con un mensaje urgente. Tenía, dijo, cierta información que podía ser de vital importancia en aquel asunto.

Antes de veinticuatro horas era visitado en su casa por un hombre viejo de caídos hombros que se identificó como el comandante Richard Tasman, de la Marina de los Estados Unidos, retirado.

-Me alegra que haya venido -dijo Diedrich-. He seguido todos los informes con gran interés... mi sobrino está en el programa espacial, y fue él quien me dijo lo que había ocurrido.

Su visitante frunció el ceño.

-¿Una filtración en seguridad?

-No se alarme. Me llamó para ayudar, y dentro de un momento comprenderá usted por qué digo eso. Sé cuál es su opinión sobre este asunto.

-¿De veras?

Diedrich frunció el ceño.

-Tiene usted una teoría, ¿verdad? Que ese hijo de Kevin Nichols quedó abandonado solo allá en aquella cueva en Eco cuando sus padres murieron, abandonado solo con aquellas criaturas de sombra. Y que de alguna manera, antes de que su expedición llegara, esos seres tomaron posesión de él... de modo que cuando fue rescatado ya no era un niño normal sino algo más. Porque le habían infundido sus poderes, establecido un contacto mental, un lazo con ellos que no se rompió cuando él regresó a la Tierra. Y que durante toda su infancia y juventud ha estado actuando realmente según los designios de egos. Un ser humano bajo control allenígena. ¿Es eso?

Su visitante asintió.

-Bien, pues está equivocado -dijo el doctor Diedrich-. Yo era el médico de la familia de Nichols. Tengo su historial médico. Dos años antes del viaje a Eco, yo personalmente intervine quirúrgicamente a la señora Nichols. Una histerectomía completa.

-¿Una histerectomía?

-Eso es lo que quería decirle. La señora Nichols no podía tener ningún hijo. El niño que encontró usted en la cueva no era su hijo.

El doctor Diedrich se inclinó hacia adelante.

-Esos seres deben poseer el poder de recibir pensamientos tanto como el de transmitirlos. Absorbieron el contenido de la mente de Nichols mientras yacía agonizante allá en la cueva... y el de la mente de su esposa también. Y usando lo que aprendieron, crearon la ilusión de un niño... un niño de nuestra propia especie simulado en una

proyección mental, programado para vivir y crecer como cualquiera de nuestros niños.

-¿Por qué enviarlo a la Tierra?

Diedrich se alzó de hombros.

-No sabría decirlo.

-Y no tiene ninguna prueba.

-Sólo la histerectomía. Aquí, en mis archivos médicos...

Le tendió un abultado sobre a su visitante.

Su visitante sonrió, le dio las gracias, sacó una pistola, y le voló la cabeza al doctor Diedrich de un disparo.

VI

-Le dije que cometería algún error -murmuró Tasman-. Ir allí, recibir la información, luego utilizar deliberadamente una torpe y vieja arma para matar a Diedrich... fue una buena idea. Y hay media docena de personas que pueden atestiguar haberme visto a mí escapar de su casa.

»Afortunadamente, usted sabe que yo estaba aquí en el Cuartel General durante todo el tiempo. Kevin no anticipó el que yo tuviera una coartada tan segura. Y no anticipó tampoco el que Diedrich hubiera tomado la preacución de redactar una declaración de sus convicciones y enviarla aquí al Mando Espacial. Así podemos comprender cómo pasó todo y por qué.

-Y ahora sabemos algo más también. -Era el Jefe de Operaciones en persona quien respondió a Tasman, y su voz era lúgubre-. La forma de vida contra la que estamos luchando tiene unos poderes más grandes de lo que imaginábamos. La habilidad de transmitir pensamientos y recibirlos. La habilidad de aparecer en la forma que identificamos como Kevin... o cambiar esa forma a voluntad.

»¿Se da cuenta de lo que tenemos delante? Una criatura que puede leer nuestras mentes, pasearse sin ser vista entre nosotros como una sombra, alterar su apariencia a voluntad.

-Mimetismo -dijo Tasman-. Los insectos lo utilizan para protegerse, tomando la apariencia de la planta o árbol en cuya rama están posados. El ser al que conocemos como Kevin posee la misma facultad, desarrollada a su último extremo.

El Jefe de Operaciones frunció el ceño.

-Entonces, ¿por qué se tomó la molestia de aparecer como Kevin en primer lugar?

-De nuevo tenemos que buscar el paralelismo en el mundo de los insectos -dijo Tasman-. Algunos insectos inician sus vidas en estado larval. Hasta más tarde no emergen en nuevas formas, con el poder de disimular su apariencia. Quizá Kevin necesitará pasar por ciertos estadios en un solo cuerpo mientras crecía hasta la madurez, aprendiendo nuestras formas de vida. Sólo ahora, como adulto, es capaz de funcionar plenamente.

-¿Y cuál es exactamente esa función? ¿Para qué vendría una criatura-sombra aquí a la Tierra bajo un disfraz humano?

Tasman se alzó de hombros.

-Quizá las sombras empiecen a estar cansadas de ser sombras. Quizás una existencia de pensamiento puro ya no les guste, y deseen experimentar las sensaciones y satisfacciones de sólidos cuerpos físicos. En cuyo caso Kevin fue enviado aquí como explorador... para estudiar nuestras formas de vida, ver si podían ser suplantadas.

El Jefe de Operaciones agitó la cabeza.

-¿Cree que eso es una posibilidad?

-Creo que es lo que ha ocurrido realmente.

-Entonces, ¿qué es lo que propone?

-Otra expedición a Eco. Déme el mando, y una fuerza de combate. Prepare órdenes selladas, llámelo una operación exploradora si quiere. Pero usted y yo sabremos la auténtica finalidad de la misión.

-¿Buscar y destruir?

Tasman asintió.

-Es nuestra única posibilidad. Y tenemos que movernos rápidamente, antes de que Kevin sospeche.

VII

El comandante Tasman partió hacia Eco bajo las más estrictas medidas de seguridad, pero aquello no detuvo los rumores.

El problema no era ya lo que fuera o dejara de ser Kevin. La búsqueda prosiguió, pero ¿dónde encontrar a una sombra? Podía estar en cualquier lugar.

Fue la extensión de los rumores lo que realmente originó el problema... y el pánico.

De algún modo la noticia estaba en la calle, y el mundo tembló. La gente habla ido olvidando al Niño del Espacio con el pasar de los años, pero ahora volvía a recordarlo, y los murmullos crecieron.

Hay un monstruo entre nosotros, decían los traficantes de rumores. Un alienígena distinto a cualquier forma humanoide de los planetas conocidos por el hombre... una criatura invisible, matando a voluntad. Cierto, se había montado una operación contra Eco, pero nunca regresaría.

Los murmullos se convirtieron en gritos irritados, y sólo había una forma de silenciarlos.

El Presidente de los Estados Unidos preparó un mensaje de urgencia y se dirigió al mundo.

De pie ante las cámaras y micrófonos en la torre del Centro de Comunicaciones, difundió su mensaje.

Los rumores eran parcialmente ciertos, admitió el Presidente. El Niño del Espacio era un alienígena, sí, pero ya no había ninguna razón para temerle. Porque Kevin estaba muerto. Había sido descubierto y atrapado aquella tarde misma en un escondite secreto... una cueva en la montaña cerca de Pocatello, Idaho. Todos los detalles serían dados en el noticiario internacional que seguiría al mensaje del Presidente.

Mientras tanto, era el momento de poner punto final a todas las falsedades que circulaban, difundidas por los enemigos del país. Todos aquellos estúpidos comentarios acerca de invasiones alienígenas formaban parte de un complot, encaminado a impedir el establecimiento del libre viaje y comunicaciones espaciales... pero el complot había fracasado.

Se sentía orgulloso, dijo el Presidente, de anunciar la expansión final del programa espacial. A partir de aquel momento no habría restricción para vuelos sucesivos. Cualquier zona de la galaxia era declarada oficialmente desde ahora abierta a las naves de cualquier gobierno o empresa privada o ciudadano. No habría más secreto, ni más medidas de seguridad, ni más miedo. Si eran encontradas nuevas formas de vida alienigenas, serían contactadas como amigas. Si decidían visitar nuestro sistema solar o incluso nuestra propia tierra, serían bien recibidas. Porque aquel era el inicio de la auténtica Era del Espacio... firmemente fundamentada en la libertad y en la amistad.

El mundo escuchó a su líder, y lanzó un suspiro colectivo de alivio.

VIII

El Presidente se unió a aquel suspiro colectivo apenas terminó la transmisión. Observó cómo el equipo técnico recogía todos sus instrumentos y se marchaba, dejándole solo en la habitación de la torre con su única ventana abriéndose al cielo nocturno y a las estrellas.

Entonces el Presidente de los Estados Unidos se disolvió en una sombra y se deslizó por el suelo en dirección a la ventana, aguardando la llegada de sus hermanos.

* * *

Nunca he podido acabar de comprender el prejuicio que existe hacia el retruécano.

Los juegos de palabras han ocupado un lugar honorable en nuestra literatura, desde las obras de Shakespeare hasta las novelas de James Joyce. Y sin embargo la pronunciación pública de uno de ellos provoca inevitablemente un sordo murmullo en la concurrencia.

Quizá tan solo los escritores puedan apreciar realmente los sutiles matices del jugar con las palabras. Sea cual sea la razón, parecen ser adictos a ese pasatiempo, y sus observaciones pueden convertir más de una aburrida mesa de banquete en un coro de risas.

Admito mi propia culpabilidad en tales asuntos. Siempre que tengo ocasión de dirigirme a un público, hago profesión de fe de incluir al menos un retruécano, que provocará alguna que otra exclamación de protesta. Hace algunos años, en mi cidad de presidente de los Escritores de Misterio de América, hablé en el banquete anual de los premios «Edgar». Durante mi charla hice notar que los premios parecían completamente a propósito... de hecho, eran a propósito de Edgar Allan.

Fue probablemente esta observación la que hizo que Robert L. Fish me informara rápidamente de que, después de él, yo era el mejor (¿o

debería decir el peor?) especialista en juegos de palabras que conocía. Viniendo del renombrado autor de las historias de Shrlock Holmes, aquello era por supuesto un cumplido.

Creo...

Sea como fuere, como Michael Avallone, Anthony Boucher, Henry Kuttner, Fredric Brown, Samuel A. Peeples, Forrest Ackerman, y un montón de otros amigos escritores, vivos y muertos, soy un compulsivo del retruécano. Creo que los juegos de palabras enriquecen nuestra existencia, y como el insecto exterminador, mi meta es una laboriosa vida de efímera.

Así pues, cuando Roger Elwood me pidió que le escribiera una historia para una antología de ciencia ficción que tenía por tema a los niños, la reacción fue instantánea. El título, «Nacido en el espacio», hizo plop en mi mente, y no pude resistirlo.

La historia, que apareció en Hijos del infinito, publicada por Franklin Watts en 1973, puede ser clasificada adecuadamente como de ciencia fantasía. Su inicio deriva de las realidades técnicas de hoy en día, pero el final entronca con mi propia asocación adolescente con H. P. Lovecraft. Es interesante anotar que fue publicada antes de que se realizara el filme La profecía -e, incidentalmente, antes del Watergate-, aunque ambos dramas involucraban también al Presidente de los Estados Unidos.

¿Qué opina usted de los retruécanos?

Si le gustan, entonces esta historia debe ser adjudicada a la inspiración celestial.

Si los odia, entonces al infierno con ella.

EL LABERINTO DE APRENDIZAJE

Jon no podía recordar ningún tiempo en el que no hubiera estado en el Laberinto.

Tuvo que haber sido muy joven al principio, porque su más lejano recuerdo era una confusa impresión de estar tendido de espaldas, chupando ávidamente de un tubo tendido por un Alimentador.

El Alimentador, por supuesto, era un servomecanismo, pero Jon no lo supo hasta mucho más tarde. Por aquel entonces sólo era consciente de la gran maraña de moviente metal que colgaba encima suyo y extendía un hueco tentáculo hacia sus ávidos labios. También hubo un Cambiador, acercándose a él a intervalos regulares para retirar las ropas sucias, limpiar su cuerpo, y cubrirlo con ropas limpias.

Los recuerdos de Jon se hacían más vívidos a medida que sus áreas de percepción se extendían lentamente. La primera unidad del Laberinto era un enorme recinto en el cual centenares de niños yacían en sus unidades individuales de plástico mientras los Alimentadores y los Cambiadores se movían entre ellos. De tanto en tanto otro tipo de servomecanismo aparecía sin avisar, alterando el ritmo regular de la comida, el sueño y la evacuación, e imponiendo su enorme masa sobre su cuerpo.

Ahora Jon se daba cuenta de que tenía que haber sido un Medimecanismo, pero aún pensaba en él como en una araña... una gigantesca criatura insectoide a horcajadas sobre él con sus extendidas patas plateadas y su miriada de apéndices extra hurgando y tanteando los órganos y orificios de su cuerpo. Registraba el pulso, la respiración, las ondas cerebrales, todo su metabolismo, y corregía las deficiencias mediante inyecciones. Jon podía recordar aún el pinchado de las agujas, y cómo se retorcía y gritaba.

Naturalmente, temía y odiaba el proceso. Incluso ahora que sabía que todo el mecanismo era impersonal, dirigido de forma computerizada para su salud y bienestar, seguía odiándolo.

Los otros niños también gritaban. Pero no todo era tan desagradable. A medida que pasaba el tiempo empezaron a moverse más libremente, ayudados por asideros dentro de sus cubículos, y luego empezaron a gatear. Jon gateaba con ellos, abandonando finalmente la protección de su unidad de plástico para buscar más allá la fuente de los sonidos y las imágenes.

Los sonidos y las imágenes surgían de las paredes, de las pantallas de televisión de circuito cerrado. Las pantallas le canturreaban tranquilizadoramente por la noche, y durante el día mostraban imágenes de otros niños gateando y alimentándose alegremente. Observando las pantallas, Jon y su grupo empezaron a imitar las acciones de las imágenes; muy pronto aprendieron a tomar su alimento de pequeños contenedores estériles depositados por los Alimentadores a intervalos regulares, cuando los tubos dejaron de serles ofrecidos. Algunos de los compañeros de Jon lloraron cuando los tubos

desaparecieron, pero a su debido tiempo todos empezaron a comer lo que les era dejado.

Comenzaron el proceso educacional, y ésa, por supuesto, era la auténtica función del Laberinto de Aprendizaje... enseñarles cómo vivir y crecer.

En la antiséptica atmósfera de la cámara, con sus controlados niveles de temperatura y humedad, contemplaban las imágenes de los niños en las pantallas mientras las figuras gateaban y luego se erguían y daban sus primeros pasos vacilantes.

Imitándoles, Jon empezó a andar. Muy pronto todos los demás estaban andando, explorando la cámara y explorándose mutuamente. Tacto, contacto corporal, el descubrimiento de las diferencias y similaridades, el descubrimiento del sexo... todo esto forma parte del aprendizaje.

El Laberinto vigilaba y aguardaba, y cuando llegó el momento sus pantallas desaparecieron en la pared y tan solo quedó visible un portal en el extremo más alejado de la cámara. A través de aquel portal Jon pudo ver un atisbo de otra cámara más allá, llena con otros chicos mayores que él mismo, que andaban libremente sin caerse y producían complicados sonidos mientras perseguían fascinantes y resplandecientes objetos en un ambiente más grande y brillante.

Al principio Jon simplemente miró, inseguro y temeroso. Luego, inevitablemente, brotó un impulso de cruzar el portal. No había ninguna barrera, ningún impedimento, y entró fácilmente en la sección adyacente del Laberinto.

Allí, los cubículos de plástico individuales eran más grandes, y las pantallas más sofisticadas en sus ofrecimientos. Seguían cantando tranquilizadoramente por la noche, pero durante el día le hablaban.

La noche era la oscuridad y el día la luz; esa fue una de las primeras cosas que Jon aprendió. Antes incluso que pudiera comprender las palabras, Jon aprendió muchas otras cosas. Aprendió a prescindir de los Alimentadores y los Cambiadores, porque allí los servomecanismos eran distintos. Sus formas metálicas se parecían burdamente a él mismo en gran escala; tenían brazos y piernas y cabezas, y se movían de un lado para otro casi de la misma forma en que lo hacía él. Sólo que por supuesto los mecanismos nunca parecían cansarse ni expresar emociones. Quizás eso era debido a que no tenían rostros... simplemente una superficie lisa ocupando todo el frente de sus cabezas y a través de la cual sus voces filtraban instrucciones y ordenes. Gradualmente, Jon empezó a comprender las voces, brotaran de las pantallas o de los servomecanismos, y pronto aprendió a reaccionar y a responder a ellas.

Pronto jon se ajustó a un esquema normal de pubertad. Jugó con los objetos resplandecientes... los juguetes educativos que comprobaban y ampliaban su fuerza física, perfeccionaban sus reflejos motores y su coordinación, le proporcionaban habilidad y talento mecánicos. Habló a sus compañeros, todos ellos masculinos. Hizo amigos y enemigos, se sumó al toma-y-daca de las relaciones sociales, de las rivalidades y

dependencias. La competición le proporcionó motivación; deseó sobresalir a fin de atraer atención y aprobación.

La orientación de Jon vino de las pantallas. A medida que iba creciendo fue siendo consciente del mundo que había más allá... el auténtico mundo fuera del Laberinto de Aprendizaje. El mundo que había existido en una ocasión, sin Laberintos de ninguna clase, y en el cual habían vivido todas sus vidas los seres humanos, con únicamente los más simples servomecanismos para ayudarles. La historia -o suhistoria, como era correctamente llamada- hablaba de las peculiares cualidades de su primitiva cultura, en la cual los padres biológicos emprendían la educación de su descendencia asistidos por burdas instituciones de enseñanza.

Los efectos combinados del conflicto emocional y la ignorancia tuvieron su inevitable efecto: el mundo se vio hundido en interminables guerras en las cuales tanto los habitantes como su entorno natural resultaron casi totalmente destruidos.

Entonces, y sólo entonces, el concepto del Laberinto de Aprendizaje acudió al rescate. Al principio únicamente un juguete para el estudio del comportamiento animal en los «laboratorios» a la antigua usanza, luego un simple utensilio experimental desarrollado para el condicionamiento psicológico de los niños en algunas pocas «universidades», el principio del Laberinto de Aprendizaje se fue extendiendo para proporcionarle una auténtica cordura y civilización a la humanidad. La perfección de los varios tipos de servomecanismos, completamente controlados por computerización, eliminó todo error.

La anticuada jerarquía humana de maestros y servidores que había ocasionado la destrucción desapareció por completo. Hoy en día esos papeles eran asumidos por máquinas, y el hombre era libre para llenar su auténtica función... aprender cómo vivir.

Jon se dio cuenta muy pronto que su único problema era cómo evitar los escollos a lo largo del camino. Porque había escollos en el Laberinto de Aprendizaje. Aunque la superficie bajo sus pies parecía sólida y sustancial, podía ceder. Lo *había* visto ocurrir.

Ninguno de sus compañeros aprendía tan rápido como él. Algunos de ellos parecían desinteresarse en contemplar las pantallas y absorber la información que les proporcionaban. Si esta indiferencia persistía, los servomecanismos lo notaban y entraban en acción.

La acción era sencilla y directa, pero sorprendentemente efectiva. El mecanismo simplemente enfocaba la atención de su vacío rostro en un chico haragán o no competitivo y entonces, con un rápido gesto, alcanzaba y pulsaba un botón situado a un lado de su cabeza metálica. Repentinamente, sin advertencia previa, el suelo directamente debajo del chico se abría, y éste caía en la oscura abertura que surgía debajo. A veces sonaba un grito, pero normalmente todo ocurría demasiado rápido incluso para eso... en un instante el repentino agujero se cerraba de nuevo, y el chico al que se había tragado dejaba de existir.

Nadie descubrió nunca qué les ocurría a aquellos que desaparecían, y ni las pantallas ni los servomecanismos ofrecían ninguna explicación. Los compañeros de Jon no podían descubrir ninguna evidencia física

que señalara la exacta localización de aquellos pozos; parecían estar completamente camuflados y esparcidos al azar por todo el Laberinto, así que no había forma alguna de evitarlos. Había toda clase de suposiciones, pero nadie lo sabía realmente, y era mejor no pensar demasiado en ello. Lo importante era darse cuenta de que el peligro existía y de que uno podía enfrentarse a él en cualquier momento. Por no aprender, por ser incapaz de aprender, por estar demasiado enfermo o demasiado débil o demasiado imposibilitado para aprender... pulsar el botón era el castigo.

Pero aprender tenía sus recompensas. Porque ahora, de nuevo, otro portal se abría a otra zona más allá. Mirando a su través, Jon pudo ver una nueva perspectiva del Laberinto, amplia y elaborada, llena con evidencias de una excitante actividad.

Las pantallas le hablaron de esa actividad... de hombres y mujeres, y del placer de sus relaciones. Las respuestas de su propio cuerpo confirmaron la verdad de lo que se le decía. Jon y sus compañeros estaban ansiosos por entrar en esa nueva sección; entrar en aquellas actividades, entrar en aquellas mujeres. Pero cuando intentaron cruzar el portal, una invisible barrera impidió su paso.

Todavía no, dijeron las voces de las pantallas. Tenéis que aprender más antes de que estéis preparados.

Impacientemente, Jon y los demás miraron y escucharon, pero su consciencia interior estaba concentrada en las delicias más allá del portal. De tanto en tanto alguien desertaba de su puesto de aprendizaje y se dirigía hacia la otra cámara, pero siempre un servomecanismo cortaba su camino y pronunciaba una advertencia. Si era ignorada, el mecanismo pulsaba su botón, y el incauto caía y desaparecía.

Pero había momentos en los cuales Jon y sus compañeros no eran observados, y entonces podían deslizarse hasta la abertura para mirar la escena que se desarrollaba más allá y probar el invisible campo de fuerza de la barrera.

Finalmente se hicieron más fuertes, o la barrera se hizo más débil; al cabo, uno por uno, pudieron atravesarla. Y entonces, en el siguiente segmento del Laberinto, Jon y los otros encontraron a sus mujeres. Uniéndose por parejas, hallaron cubículos mayores que los otros para compartir, y el esquema de su existencia cambió.

La pareja de Jon se llamaba Ava; era ella quien ahora preparaba la comida dejada por el servomecanismo que atendía a las necesidades de su sección. Al principio Jon no se sentía muy interesado por la comida, pero a medida que pasaba el tiempo y la novedad del contacto físico se desvanecía, los alimentos y el confort volvieron a hacerse más importantes.

Una vez más, Jon aprendió el esquema de recompensas y castigos que gobernaba aquella área del Laberinto. Los alimentos eran distribuidos tan sólo a aquellos que dedicaban parte de su tiempo a observar las pantallas. Mientras que Ava parecía completamente absorta en la rutina diaria de la vida dentro de su cubículo, Jon se veía obligado a aparecer regularmente ante la pantalla a medida que le eran presentadas más lecciones sobre la vida.

Las imágenes eran completamente diversificadas y mucho más complejas ahora; había escenas de adultos dedicados a una gran variedad de actividades. Algunos parecían pasarse todo el tiempo contemplando pantallas, algunos parecían ignorar las pantallas y dedicarse a pruebas de fuerza con compañeros, rivalizando para conseguir el interés de más mujeres además de sus parejas.

Jon no se sentía cansado de Ava, pero se descubrió a sí mismo estudiando varias técnicas de competición con un creciente interés. Parecía como si, en el mundo real al que se estaba preparando para entrar, los más grandes y fuertes conseguían los mejores cubículos y las mujeres más atractivas. Además, recibían la envidia y la admiración de sus compañeros.

Cuanto más aprendía Jon, más interesado se sentía en probar sus poderes. Las simples respuestas de Ava empezaban a aburrirle; no parecía preocuparse por lo que él le decía acerca del mundo real que había más allá, y no podía comprender por qué no se sentía satisfecho de permanecer allí eternamente.

Pero Jon estaba cansado del tedio de contemplar las pantallas, y aprensivo con respecto al destino de sus compañeros que no cumplían con sus obligaciones. Los veía privados de comida por los servomecanismos a causa de no haber realizado sus tareas cotidianas. Algunos de aquellos que se habían contentando con absorberse completamente en la relación con sus parejas habían desaparecido ya. Parecía no existir ninguna penalización para las mujeres; sus limitados intereses no las marcaba como inferiores, porque su condicionamiento previo había sido obviamente distinto. Pero los hombres se veían obligados a continuar con el proceso de aprendizaje, y Jon sabía que debía cumplir.

Además, una nueva abertura había aparecido en la pared más alejada de la cámara, y se descubrió a sí mismo avanzando hacia ella para echar una mirada al nuevo complejo que había más allá.

Jon sabía sin que nadie se lo hubiera dicho que aquel tenía que ser el mundo real... para morar en el cual había sido preparado durante todo su periodo de estudio y crecimiento.

Lo que aguardaba al otro lado de la invisible barrera no era una simple cámara sino una vasta serie de corredores, cada uno de ellos con una abertura que dejaba ver en su interior un parcial y tentador atisbo de actividad. Otros como él merodeaban por aquellos corredores, entrando en varios compartimentos a discreción y saliendo para avanzar hacia otras porciones del Laberinto. Jon no pudo ver ninguna pantalla en las paredes del corredor, y aquello era bueno. Aquellos hombres parecían estar viviendo, no aprendiendo. Estaban emparejados con varias mujeres, arrastrando grandes acumulaciones de alimentos y ropas de un lugar a otro, transfiriendo e intercambiando variados artículos y repeliendo a otros hombres que intentaban tomar una porción para ellos mismos sin permiso o sin haber llegado a un acuerdo.

Jon no se veía capaz de aguardar para unirse a ellos. Y cuando se lanzó hacia la abertura descubrió que pasaba a su través sin ninguna

dificultad... y sin ningún pensamiento hacia el hecho de que dejaba a Ava detrás. Ava, con su torpe conversación, sus torpes caricias, y su vientre que se hinchaba cada vez más.

Una vez al otro lado de la barrera, Jon olvidó completamente a Ava. Había tanto que ver, tanto que hacer, puesto que aquella maraña de corredores se extendía indefinidamente en todas direcciones, abriéndose sobre multitud de tipos de habitaciones y habitaciones dentro de habitaciones. Pero seguía siendo una parte del Laberinto.

Por lo que hahía visto desde fuera, Jon había supuesto que no había allí más pantallas; ahora se dio cuenta de que se había equivocado, porque al contrario su número se había incrementado. La diferencia estribaba en que aquí ya no había uniformidad en las imágenes de las pantallas o en los mensajes que impartían.

Deteniéndose en el umbral de una cámara, Jon pudo oír algunas voces de las pantallas animándole a entrar, prometiéndole toda suerte de recompensas y describiendole los placeres de la participación en las actividades que se desarrollaban dentro. Otras voces, igualmente chillonas y urgentes, le advertían que se mantuviera fuera, que mirara antes en estancias más distantes.

Y los servomecanismos estaban allí también, aunque menos apreciables, porque ahora se parecían más a los compañeros vivos de Jon. Se movían con naturalidad, sus gestos eran menos rígidos y más seguros, sus voces sonaban con una confiada autoridad. Al principio Jon ni siquiera fue capaz de identificarlos como mecanismos debido a que iban enmascarados con rostros que simulaban carne; rostros que sonreían benévolamente, reían confiadamente, o fruncían el ceño con severa sabiduría.

-Sígueme -dijeron, y Jon se unió obedientemente al grupo para ser conducido al interior de un sorprendente conjunto de enormes recintos parecidos a estadios o arenas.

En uno de tales lugares un guía reunía a todos aquellos de apuesta complexión, mientras otro guía reunía a todos los que tenían la piel oscura. Y desde las paredes las pantallas les gritaban a los dos grupos por turno, excitándolos con amenazas y promesas alternativas, animándoles a destruir a sus oponentes.

El ruido era incesante, la confusión increíble, y en el inevitable forcejeo que siguió, los guías se echaron a un lado, observando. Cuando uno de los compañeros de Jon perdió energías, se produjo el inevitable gesto... una mano se dirigió a un lado de la cabeza, y uno de los invisibles pozos se abrió para tragar al transgresor.

Entonces fue cuando Jon se dio cuenta de que los guías eran servomecanismos, porque cuando los botones actuaban, de algún modo las máscaras se deslizaban a un lado y Jon podía ver la vacía superficie sin rasgos que había debajo, totalmente desprovista de cualquier asomo de humanidad.

Y Jon se abrió camino entre la forcejeante multitud y escapó a un corredor, solo para ser arrastrado hacia otra área donde la actividad principal parecía ser el arrancar unos discos metálicos fijados a las paredes de la cámara.

Allí las pantallas mostraban brillantes panoplias de tales discos, mientras sus voces elogiaban la gloria de reunir grandes cantidades y amontonarlas en enormes pilas. Según las pantallas, se necesitaba una gran habilidad e inteligencia para realizar aquella labor, y no había mayor meta que la adquisición y disposición en pilas de los discos. Como para probar aquello, un gran número de jóvenes mujeres exóticamente vestidas circulaban arriba y abajo, inspeccionando los montones y ofreciéndose a aquellos que habían conseguido amasar las más altas pilas.

Pero Jon observó que las mujeres raramente se quedaban mucho rato junto a un solo acumulador; siempre parecían atraídas por otro coleccionador con un montón más grande.

Jon observó también que obtener los discos no era un proceso fácil; arrancarlos de sus sujeciones en las paredes era una tarea dolorosa que hacía sangrar los dedos. A veces dos arrancadiscos rivales luchaban por el descubrimiento de un nuevo racimo de discos, y muchas veces apelaban a robar discos de las colecciones de sus compañeros. De hecho, parecía como si los montones más imponentes hubieran sido reunidos precisamente de este modo, simplemente robando.

Arrancar los discos de las paredes era un proceso mucho más cansado y más lento; a veces era necesario permanecer de puntillas para alcanzar aquellos que estaban muy arriba, o acuclillarse para tirar de los que estaban en la parte más baja de las paredes. Y sin embargo había un extraño elemento compulsivo involucrado en todo el proceso; aquellos que se afanaban en la tarea estaban tan absortos que ni siquiera las mujeres jóvenes y núbiles los distraían, e incluso la comida y el sueño parecían carecer de importancia. Del mismo modo, los ladrones se dedicaban exclusivamente a robar, con los mismos agotadores resultados.

Y cuando las fuerzas menguaban o cesaban por efectos del cansancio más absoluto, aparecían los servomecanismos, echaban a un lado sus sobrias máscaras, y pulsaban el botón. Así desaparecían tanto los arrancadores como los ladrones de discos, dejando solo un resplandeciente montón como único recuerdo de su existencia... montón que desaparecía inmediatamente a manos de sus rivales que aguardaban, con lo que incluso la prueba de su logro desaparecía.

Pero esas fueron tan solo dos de las muchas áreas que Jon descubrió en el Laberinto. Había una sección de gritos -no podía pensar en ella en otros términos-, en la cual cada ocupante era animado a ahogar las voces de sus compañeros y reducirlos al status de oyentes. Allí los rivales emulaban las voces de las pantallas, haciendo promesas, vociferando lisonjas, halagos y exhortaciones, mientras al mismo tiempo denunciaban las palabras de todos los demás en un constante esfuerzo de atraer a los menos inteligibles para que apoyaran sus afirmaciones.

Al principio Jon intentó escuchar, pero cuanto más oía más confundido se sentía. Algunos alababan a aquellos que luchaban en las secciones de la arena, algunos los denunciaban; algunos exaltaban las virtudes de los acumuladores de discos, y otros se burlaban de ellas. Pero al final sus voces enronquecían y fallaban, y sus oyentes se

giraban para oír los mismos mensajes anunciados con frases ligeramente distintas por voces más jóvenes y fuertes. Y cuando esto ocurría, un servomecanismo aparecía a buscar al orador que se había quedado sin voz y sin público, y efectuaba el inevitable movimiento hacia un lado de su cabeza.

En otra área Jon encontró oradores igualmente dedicados a atraer seguidores pero utilizando tonos más suaves y persuasivos. Hablaban del gran secreto del Laberinto de Aprendizaje, secreto que les había sido dispensado como un favor especial. Alabando las voces en las pantallas, explicaban que las órdenes y preceptos que brotaban de ellas eran a menudo crípticos y misteriosos y debían ser interpretados por oradores tales como ellos a fin de que pudieran ser comprendidos.

Pero cada orador parecía tener una explicación distinta del significado del Laberinto... su creación, su propósito, y cómo debía conducirse uno en su interior. Y cada orador disputaba las afirmaciones de sus compañeros, incluso en los más insignificantes aspectos de las palabras y frases usadas por ellos, de tal modo que al final las suaves voces se convertían en irritados gritos, denuncias, amenazas de interminables castigos, y órdenes de destruir a todos aquellos que se negaban a aceptar completamente y sin discusión sus afirmaciones. Y siempre el orador apelaba a los servomecanismos para que castigaran y eliminaran a los no creyentes.

Algunos de aquellos parlamentos interesaron a Jon al principio, porque a menudo había intentado desentrañar el programa del Laberinto, pero cuando la disertación se convertía en protesta se volvía incoherente y confusa. Y Jon notó que los servomecanismos nunca parecían acudir a la orden de destruir a los oradores enemigos... pero cuando las imprecaciones vengativas cesaban, entonces era cuando los mecanismos aparecían finalmente para hacer el gesto que se llevaba a la vez a oradores y seguidores. Al final, nadie de los que permanecían en aquella cámara escapaba, fuera cual fuese su creencia.

Jon recordó una sección donde todos los ocupantes parecían dedicarse a un interminable y complicado proceso de medida. Dedicados a la observación, calculaban gravemente el área de la estancia, analizaban y tabulaban los componentes de la atmósfera que la llenaba, e incluso intentaban medirse los unos a los otros.

Aquellos observadores se sentían enormemente orgullosos de sus esfuerzos y proclamaban en voz alta su superioridad a todos aquellos que ocupaban las demás secciones del Laberinto. Algún día, afirmaban, ocuparían el lugar que les correspondía como gobernantes del Laberinto, una vez hubieran dominado todos sus secretos por sus métodos de medición.

Teorizaban acerca de lo que no podía ser descrito fácilmente en términos de tamaño o masa o velocidad o movimiento... prestando particular atención al fenómeno de las pantallas en las paredes y los servomecanismos, e intentando explicar plenamente sus funciones y finalidades. Pero no había dos teorías exactamente iguales, y nuevas medidas y métodos de medida se superponían constantemente a los viejos, de modo que el resultado final era de nuevo la discusión y la

irritación. Y pese a toda la cuidadosa devoción a la acumulación de datos y toda la energía gastada en exponer teorías, la propia estancia permanecía igual que siempre y sin el menor cambio excepto en pequeños detalles. Y sus ocupantes nunca la abandonaban hasta que uno de los servomecanismos -con sus funciones inalteradas, a pesar de todas las hipótesis- hacia el gesto definitivo que ponía fin a toda ulterior investigación.

Jon se negó de nuevo a integrarse por completo en tal actividad, y buscó otras secciones. Había una nueva arena donde los jóvenes parecían enfrentarse a los viejos, denunciándose los unos a los otros por su egoísta y ávido intento de tomar el control. Pero a medida que los jóvenes se iban haciendo mayores, parecían cambiar de bando, y aquello confundía tanto a Jon que se sintió impulsado a marcharse.

En otro lugar, la comida y el sexo y la acumulación parecían cosas sin importancia a los ocupantes. Estaban tendidos en un drogado estupor, ajenos a su entorno excepto en las ocasiones en que las pantallas llameaban locamente y proyectaban flashes de imágenes irreconocibles o los asaltaban con aullantes sonidos. Ocasionalmente algunos pocos del grupo se levantaban para imitar lo que vagamente veían u oían, pintando extraños garabatos sobre telas e incluso sobre sus propios cuerpos, o pulsando burdos instrumentos para arrancar chillones sonidos con los que acompañar sus gimoteos. Lo que cantaban y gritaban apenas tenía sentido para aquellos que no estaban drogados como ellos. Finalmente volvían a sumergirse en una balbuceante preocupación mirando arrobadamente a sus propios rostros en pequeños espejitos que distorsionaban sus rasgos más allá de cualquier posible reconocimiento, dándoles el aspecto de peludas bestias. Los servomecanismos avanzaban hacia aquellos que estaban hundidos en el más profundo estupor, y sus botones eran pulsados.

Jon prosiguió su camino, vagamente consciente de que estaba empezando a conocer gradualmente los distintos caminos y derivaciones dcl Laberinto. Finalmente fue a parar a una estancia que parecía más invitadora que las otras, pese a que el servomecanismo apostado en su umbral no parecía animarle a entrar. Quizá fue eso lo que lo atrajo, o el hecho de que el mecanismo llevaba una máscara distinta. En vez de unos rasgos humanos consistía tan solo en una lisa superficie esmaltada con un símbolo. Jon reconoció el signo curvilíneo como algo que había visto en una pantalla hacía mucho tiempo... un signo de interrogación.

Intrigado, miró al interior de la silenciosa estancia. Unos pocos hombres permanecían sentados con las piernas cruzadas en el suelo, mirando a unas pantallas que estaban completamente vacías y de las que solo brotaba un débil y profundo zumbido. El zumbido tenía algo de sedante, pero aquellos que escuchaban no parecían drogados o dormidos, sino simplemente contemplativos.

Cansado de andar, cansado de mirar y desconcertarse, Jon penetró en la cámara. Casi automáticamente se dejó caer y adoptó la posición con las piernas cruzadas, mirando a la pantalla. Por un momento

pareció que podía ver dentro de aquel vacío y captar un aleteante atisbo de algo más allá. ¿Y no había una voz susurrando entre el zumbido?

Concentrándose con todo su ser, Jon se esforzó en ver, en oír. Pero cuanto más lo intentaba menos percibía, y aquella tensión sólo conseguía hacerle consciente de sí mismo.

Finalmente se relajó, y entonces se produjo. Sin hacer ningún intento por ver, vio. Sin hacer ningún esfuerzo para oír, oyó. Pero la visión y la voz llegaron de dentro, y repentinamente se combinaron en una revelación.

Por primera vez Jon comprendió el Laberinto de Aprendizaje. Completamente computerizado, completamente controlado, era una razonada reproducción del pasado... del pasado de la humanidad, en todos sus aspectos, recapitulados en forma física. Esos eran los estilos de vida construidos por el hombre en el mundo real hacía mucho tiempo, y que lo habían conducido a su propia destrucción.

Aquellos que buscaban la estimulación sensorial hasta la exclusión de todos los demás eran condenados. Aquellos que perseguían el poder, aquellos que se concentraban en la acumulación de signos de propiedad carentes de significado, aquellos que luchaban entre sí por diferencias de aspecto o creencias, eran destinados a la extinción. La preocupación por los datos o teorías en beneficio propio era contraproducente, la distorsión de los fenómenos a través de la teología, la farmacología o el arte carecía de significado.

Toda actividad, toda indagación, toda introspección y complacencia para consigo mismo, tenían su lugar en el esquema de las cosas, pero solo con moderación y únicamente como un medio para un fin. El propósito del Laberinto era enseñar por el precepto y el ejemplo, para hacer resaltar los escollos que pusieron en peligro al hombre en su ancestral pasado y podían poner en peligro su propio futuro individual. Ilustraba la miríada de facetas de la existencia e iluminaba los peligros de entregarse totalmente a una sola fase de comportamiento en su forma más extrema. El hombre total conocía y experimentaba la vida como una totalidad, pero nunca se entregaba completamente a una fracción... solo a esa totalidad.

En su sistema de recompensas y castigos, el Laberinto de Aprendizaje eliminaba a los débiles y a los ineptos de entre aquellos que pretendían viajar a su través y emerger al mundo real que había más allá.

Incluso una contemplación como aquella podía convertirse en algo limitativo y destructivo en sí mismo; la consciencia servía para una finalidad... para utilizarla en vivir realmente.

Ya era tiempo de abandonar el Laberinto, y finalmente Jon conocía el camino.

Cuando emergió de la contemplación y abandonó el tranquilo zumbido de la cámara ya no vaciló más. El método era tan simple una vez se había captado. Aquellas estancias eran tan solo caminos ciegos diseñados para atrapar al inconsciente; era el propio corredor lo importante. Todo lo que tenía que hacer era concentrarse en sus circunvoluciones y seguir el camino hasta el portal exterior.

Ya no necesitaba efectuar ninguna otra pausa para mirar o participar... había experimentado de modo suficiente lo que había en las camaras, su curiosidad ya no se sentía atraída por ello. Ahora era libre de dirigir directamente sus pasos hacia la gran meta.

Era casi como si el instinto hubiera tomado el mando, escogiendo por él el camino adecuado. Ignorando imitaciones y apariencias, avanzó hacia sustancia y realidad. Y llegó a un punto donde los retorcidos pasadizos emergían a un único corredor continuo que conducía directamente hacia arriba.

Ahora, directamente ante él, Jon pudo ver la verdadera abertura y la luz al otro lado; no la artificial luz de las cavernas, sino la luz de la realidad.

Se apresuró hacia ella, avivando el paso por el pasillo ascendente con una renovada resolución. Ya no había ningún obstaculo ahora, nada que impidiera su avance.

Un servomecanismo se irguio ante él en el mismo umbral, pero Jon no disminuyó el paso. Al contrario, se apresuró, decidido, el cuerpo cansado pero la voz firme por la resolución.

-Déjame pasar -ordenó.

El mecanismo permaneció erguido e inmóvil, enfrentándose a él con su rostro sin rasgos, pareciendo preguntarle sin hablar.

Jon captó la pregunta, articuló su respuesta.

-¿Por qué? Porque ya he tenido bastante de autoridad sin rostro, de motivación artificial, de rutina sin sentido y de cambio con aún mucho menos sentido. He aprendido todo lo que se me podía enseñar aquí. Ahora estoy preparado para vivir en el mundo real.

-Pero si has vivido toda tu vida en el mundo real -dijo suavemente el mecanismo-. Intenta comprender.

Jon intentó, pero no había mucho tiempo.

Porque el mecanismo estaba pulsando ya el botón.

* * *

Esta es la tercera historia que escribí a petición de Roger Elwood... ese persistente y prolífico antologista.

Demasiado prolífico quizá, porque sus antologías aparecían con demasiada frecuencia, bajo el marchamo de muy distintos editores, lo cual hacía que muchas veces se perdieran entre todas las demás.

No he recibido nunca ningún comentario que indicara que alguien había leído «El laberinto de aprendizaje», que apareció en el libro del mismo título editado por Julian Messner en 1974... pese a lo cual, de entre las muchas historias de ciencia ficción que he escrito, esta es mi preferida.

Por esa razón, sigo esperando que encuentre finalmente un público. Independientemente de si gusta o es detestada, lo que deseo es que sea leída.

Debido a su tema, «El laberinto de aprendizaje» es distinta a todas las demás historias recopiladas aquí. Pese a que lo he intentado, no puedo adjudicar su inspiración ni a Dios ni al Demonio por separado.

Esta fue una colaboración.

LA MODELO

Antes de que empiece esta historia, debo decirles que yo no creo ni una palabra de ella.

Si lo hiciera, simplemente estaría tan loco como el hombre que me la contó, y se halla en un asilo.

Hay ocasiones, de todos modos, en que me lo pregunto. Pero eso es algo que deberán decidir por ustedes mismos.

Acerca del hombre en el asilo... llamémosle George Milbank. Edad treinta y dos años, según los registros, aunque parecía mayor; ligeramente calvo, algo gordo, con una voz chillona y un tic facial que me hacía poner nervioso cuando lo miraba. Pero no actuaba ni hablaba como un chiflado.

-No lo soy -dijo, mientras nos sentábamos en su habitación la tarde de mi visita-. Es por eso por lo que el doctor Stern deseaba que usted me viera, ¿verdad?

-¿Qué quiere decir? -Me lo tomé con tranquilidad.

-El doc me dijo lo que era usted, y sé el tipo de cosas que escribe. Si está buscando material...

-No he dicho eso.

-No se preocupe. Me alegra hablar con usted. He estado mucho tiempo esperando hablar con alguien. Alguien que haga algo más que trasladar lo que yo digo a una historia clínica y archivarlo. A mí también me han archivado y no me dejan salir de aquí, pero alguien tiene que saber la verdad. No me importa si usted escribe luego una historia, siempre que no la saque de sus casillas. Porque voy a contarle las cosas tal cual, y que Dios me ayude. Si *existe* un Dios. Lo cual me preocupa, porque... quiero decir, ¿qué tipo de Dios pudo crear a alguien como Vilma?

Fue entonces cuando me di cuenta de su tic facial, y aquello me puso nervioso. Observó mi reacción y agitó la cabeza.

-No me crea si no quiere -dijo-. Pero simplemente mire a las mujeres que salen en las revistas. Modelos de alta costura, conoce el tipo, ¿no? Altas, delgadas, todo brazos y piernas, sin pecho. Y esos pómulos altos, esos ojos grandes, el rostro congelado en esa irritante mirada de no-me-toques.

«Creo que fue eso lo que me atrapó. Claro que es una suposición. Tomé la mirada de Vilma como un desafío. -Su rostro se contorsionó de nuevo.

-A usted no le gustan las mujeres, ¿verdad? -dije.

-¿Está tomándome el pelo? -Por primera y única vez sonrió-. ¡Amigo, está usted hablando con uno de los mayores mujeriegos de este mundo! -Entonces su sonrisa se borró-. O al menos lo era, hasta que conocí a Vilma.

«Todo empezó en un crucero... en el *Morland*, uno de esos nuevos monstruos escandinavos construidos para efectuar tours por el Caribe. Nueve puertos en dos semanas, excursiones con guía a todos esos exóticos lugares nativos donde se esquilma a los turistas.

»Pero yo estaba a bordo por negocios, no por placer. La McKay-Phips, la agencia de publicidad para la que trabajaba, había firmado con Cámara Apex una campaña de anuncios a página entera y a todo color en las revistas de modas. Ya sabe lo que es eso... grandes y artísticas fotos de una modelo contra un fondo encantadoramente tropical, con simplemente unas breves líneas para hacer babear a los snobs *Ella viaja con estilo. Su equipo... un Condesa D'Or original. Su cámara... una Apex*. Ese tipo de asquerosidad, ¿comprende?

»De acuerdo, era su dinero, ¿y quién demonios soy yo para decirles cómo deben tirarlo? Además, ni siquiera se trataba de una de mis cuentas. Pero Ben Sanders, el ejecutivo que la llevaba, tuvo que ser internado de urgencia con un ataque al corazón precisamente tres días antes de zarpar, y me encargaron a mí el trabajo.

»No sé absolutamente nada ni de alta costura ni de cámaras, pero no había ningún problema. La gente de D'Or enviaron a Pat Grigsby, su principal consultora de diseño, para que se hiciera cargo de todo lo relativo al vestuario. Y yo tenía a Smitty Lane para efectuar las fotos de verdad. Es uno de los mejores en el negocio, y lo tenía todo preparado ya antes de que zarpáramos... un esquema completo de las fotos que tenía que hacer y dónde, con momentos y localizaciones, permisos correspondientes y todos los detalles. Todo lo que yo tenía que hacer era acompañarles durante todo el viaje y ver que todo funcionara correctamente, en su momento y lugar.

»Así que las cosas no estaban del todo mal. Hay cosas peores que dos semanas en un crucero por las Indias Occidentales en febrero con todos los gastos pagados. El barco era completamente nuevo, con una docena de camarotes en la cubierta superior, y habían reservado uno para cada uno de nosotros. No se parecían en nada a esos pequeños armarios convertidos en cabinas que suelen encontrarse en los barcos, y si lo deseábamos podíamos hacer que nos sirvieran la comida en ellos y librarnos así del barullo del comedor.

»Pero no crea que fueron unas vacaciones, en absoluto. Realmente hubo que trabajar.

»Como ya le he dicho, el *Morland* tocó nueve puertos en dos semanas, y teníamos calculado hacer fotos en cada uno de ellos. Smitty deseaba trabajar con luz natural, lo cual significaba que teníamos que estar en el sitio y listos para la acción a las 11 *a. m*. Como sea que la mayoría de los lugares elegidos eran complejos turísticos a medio camino entres las varias listas, teníamos que levantarnos antes de las siete, engullir un rápido desayuno, y cargar todo el vestuario y equipo en un autobús alquilado a las ocho. ¿Ha conducido usted alguna vez un minibús Volkswagen por una asquerosa carretera secundaria bajo una temperatura y una humedad de sauna? No puede haber peor viaje.

»Luego venía la realización de las fotos. Smitty era bueno pero un maníaco del más mínimo detalle, ya sabe lo que quiero decir. Y cuando finalmente Pat Grigsby se sentía satisfecha de la apareciencia de la mudelo y de cómo quedaba recortada contra el fondo, y hacíamos un número infinito de fotos extra para asegurarnos, eran generalmente las dos. Teníamos nuestras fotos, pero nos habíamos quedado sin comer.

Así que volvíamos, riendo y rascándonos, en la Volkswagen que se había pasado toda la mañana horneándose al sol, y si abordábamos el barco antes de las cuatro y media podía llegar justo a tiempo para el Bingo de la Tarde.

»En cuanto al crucero en sí, bueno, tuve malas noticias y buenas noticias.

»Primero las malas noticias. Smitty no jugaba al Bingo de la Tarde. Jugaba al bar... mañana, tarde y noche. Y Pat Grigsby era una lesbiana macho. Debió insinuarse a Vilma desde el primer momento y recibir como respuesta un gracias-pero-no-gracias, porque al tercer día las dos ya no se hablaban excepto para cuestiones de trabajo. Así que la cosa nos dejaba solos a Vilma y a mí.

»Esas fueron las buenas noticias.

»Ya le he dicho que esas modelos de alta costura parecen todas iguales, e imagino que eso le sonará como el gruñido de un cerdo machista y chauvinista, pero se lo digo debido a lo que sé. Por aquel entonces, Vilma Loring era algo distinto. Una cosa respecto a las modelos... saben cómo vestirse, cómo moverse, qué hacer con el maquillaje y los perfumes. Todo lo cual les da un mayor aplomo. Aplomo, y lo que ellas acostumbran a llamar femineidad. Y Vilma era toda femenina.

»Quizá los Movimientos de Liberación de la Mujer sean una buena cosa, pero esos tipos intelectuales de mujer, con diplomas de psicología en el bolsillo, el pelo enmarañado y tejanos, siempre me han revuelto las tripas.

»Vilma me revolvía otras cosas con solo mirarla. Y la mirada siempre que podía. Las posturas que adoptaba cuando estábamos en sesión y Smitty disparaba su cámara... era una auténtica profesional. Mientras los demás estábamos friéndonos y agonizando bajo el sol del mediodía, ella permanecía tranquila, fría y controlada. Ni una gota de sudor, ni un cabello fuera de su sitio, ninguna queja. Era una verdadera dama.

»Tenía ángel, y yo deseaba ese ángel. Esto hacía que procurara estar con ella tan a menudo como me era posible, lo cual no era mucho en los días en que estábamos en puerto. Ella siempre se retiraba a su camarote cuando volvíamos de una sesión, de modo que ni hablar de cenar con ella; le gustaba comer en privado a fin de no tener que preocuparse con su vestuario ni maquillaje. Naturalmente, podía intentar el manido mi-camarote-o-el-tuyo, pero ese no era su estilo. Así que durante los días de trabajo tenía que conformarme con las veladas.

»En cuanto a los otros días... ya conoce usted el tipo de diversiones y juegos que hay en los cruceros. Películas antiguas para las viejas damas de pelo teñido de azul, baile en una pista del tamaño de un centavo a la música de un combo que haría que Lawrence Welk tirara su batuta. Y los programas de espectáculos... claqué, actos de magia, vocalistas excedentes en el night club.

»Así que pasábamos mucho tiempo juntos simplemente paseando por cubierta. Yo sugiriendo ir a mi camarote para tomar una última copa, y ella diciendo el acostumbrado se-está-tan-bien-aquí-por-qué-no-echamos-una-mirada-a-los-delfines.

»Capté el mensaje, pero no estaba dispuesto a abandonar. Y durante los días que permanecimos en el mar seguí insistiendo. Acostumbraba a llamar a Vilma cada mañana después del desayuno, y cuando no estaba descansando o arreglándose las uñas tenía suerte. Definitivamente era del tipo tranquilo, y permanecía muda cada vez que le hacía alguna pregunta personal, pero era una buena oyente. Mientras no la presionaran, se mostraba alegre. Aposté a ello, y jugué a esperar.

»¿No deseaba nadar? De acuerdo, entonces nos sentábamos en las hamacas de cubierta ir observábamos la piscina. ¿Nada de tejo o tenis de cubierta porque el sol era malo para su piel? Bien, pues bajábamos al salón para la hora del cóctel, aunque ella no bebiera. Mis progresos no eran muchos, y a medida que pasaba el tiempo tenía que admitir que cada vez me sentía más atraído por ella.

»Quizá fuera el propio crucero el que me hacía sentir así, y desanimarme. La atmósfera, con todo el mundo exhibiéndose. No solamente las parejas, casadas o no: aquello estaba pensado también para las personas que acudían solas. Secretarias y maestras de escuela que acudían a correrse su gran orgía anual, mezclándose con vendedores de coches usados y sableadores profesionales. Divorciadas con injertos de silicona y trabajos recién estrenados liándose con tipos de plateadas sienes que se tomaban la presión cada mañana antes de salir de su camarote. Al entrar en la segunda semana, incluso las viejas damitas con el pelo teñido de azul habían emparejado con los jóvenes camareros que se alquilaban como sementales. El último trecho, dos días de mar de Puerto Rico a Miami, fue alo parecido a un film porno, con todo el mundo al trabajo. Todo el mundo menos yo, sentado allí mirando a los demás con un periódico en las rodillas.

»Fue entonces cuando tuve una pequeña charla conmigo mismo. Ahí estaba yo, perdiendo mi tiempo con una individua que no bailaba, que no bebía, que ni siquiera comía conmigo. No se estaba tomando las cosas friamente, sino que se las estaba tomando frígidamente.

»De acuerdo, quizá fuera la cosa más maravillosa sobre la que hubiera puesto mis pecadores ojos, pero uno no puede pasarse la eternidad mirando cuando no se le permite tocar. Tenía aquella voz profunda y ronca, que parecía surgir de su pecho en vez de surgir de su garganta, pero nunca la usaba para otra cosa más que para pronunciar unas breves frases. Tenía una forma de mirarte sin parpadear, pero uno desea que te miren *a ti*, no a través de ti. Se movía y andaba como un sueño, pero llega un momento en que uno tiene que despertar.

»Cuando desperté era nuestra última noche, o sea demasiado tarde. Pero no demasiado tarde para ir a hacerle una visita al bar. Había la habitual fiesta de despedida del barco, y había quedado con Vilma en el salón principal. No la llamé para decirle que no iría; simplemente le di plantón.

»Quizá sea lento en aprender, o tal vez sea un mal perdedor. No me preocupé en averiguarlo, simplemente estaba harto. No iba a subirme por las paredes; iba a coger una buena, y a eso fui.

»Me dirigí a la pequeña barra del bar, un poco apartado de la acción general, y me puse al trabajo. Todo el mundo estaba en plena fiesta, así

que yo era el único cliente de la barra. El camarero tenía ganas de hablar, pero le dije que se callara. No estaba de humor para dar conversación; tenía demasiado en qué pensar. ¿Qué infiernos había estado haciendo aquellas dos últimas semanas? Corriendo tras una farsante provocadora como un maldito chiquillo acalorado... no tenía sentido. No después del primer trago, o del segundo. Cuando pedí el tercero, doble, estaba dispuesto a ir al encuentro de Vilma y pegarle directamente en la boca.

»Pero no tuve que ir al encuentro de nadie. Porque ella estaba allí. De pie junto a mí, con aquella estúpida luna tropical brillando a través del tragaluz y reflejándose en su brillante cabellera.

»Me dirigió una amplia sonrisa.

»-Te he estado buscando por todas partes -dijo-. Tenemos que hablar.

»Le dije que lo olvidara, que no teníamos nada de qué hablar. Ella simplemente se quedó allí mirándome, y ahora la luz de la luna se reflejaba en sus ojos. Le dije que me olvidara, que no deseaba verla de nuevo. Y ella puso su mano sobre mi brazo y dijo:

»Estás enamorado de mí, ¿verdad?

»No respondí. No podía responder, porque acababa de meter el dedo en la llaga. Era cierto, estaba enamorado de Vilma. Por eso deseaba pegarle, agarrarla y arrancarle aquel vestido y...

»Vilma tomó mi mano.

»-Vamos a mi camarote -dijo.

»Fue como un mazazo. Dos semanas de supercongelación, y ahora esto. La última noche, además... llegaríamos a puerto dentro de unas pocas horas, y aún tenía que hacer las maletas y estar preparado para salir del barco a primera hora de la siguiente mañana.

»Pero no importaba. Lo que importaba es que fuimos directamente a su camarote y cerramos por dentro la puerta, y todo estaba preparado y esperando. Las luces eran tenues, la cama tenía la coleha convenientemente abierta y el champán se enfriaba en el cubo de hielo.

»Vilma me sirvió una copa, pero ninguna para ella.

»-Adelante -dijo-. No me importa.

»Pero a mí sí me importaba, y se lo dije. Había algo en todo aquello que carecía de sentido. Si era eso lo que deseaba, ¿por qué esperar hasta el último minuto?

»Ella me miró de una forma que nunca olvidaré.

»-Porque primero tenía que estar segura.

»Bebí un largo sorbo de champán. Me golpeó fuertemente en la cúspide de todo lo que había bebido ya, y vi estrellitas por todos lados.

»-¿Estás segura de eso? -dije-. ¿Qué ocurre, crees que no puedo...?

»La expresión de Vilma no cambió.

»-No comprendes. Tenía que conocerte y decidir si eras adecuado.

»Dejé mi copa vacía.

»-¿ Para irme a la cama contigo?

»Vilma negó con la cabeza.

»-Para ser el padre de mi hijo.

»Me la quedé mirando.

»Espera un minuto…

»Volvió a mirarme de aquella manera.

»-He esperado. He estado esperando durante dos semanas, observándote y analizándote. Pareces tener buena salud, y no hay razón para que nuestra descendencia no sea genéticamente sana.

»Sentía dentro de mí aquella última copa, pero sabía que no estaba borracho. La oía fuerte y claramente.

»-Más vale que te pares -le dije-. El matrimonio no va conmigo, y mucho menos el criar chicos.

»Se alzó de hombros.

»-No te estoy pidiendo que te cases conmigo, y no necesito ninguna ayuda económica. Si concibo esta noche, tú nunca lo sabrás. Mañana tomaremos caminos distintos… Te prometo que jamás volverás a verme.

»Se me acercó, se me acercó demasiado, lo suficiente como para sentir su calor inundándome a oleadas. Su calor, y su perfume, y una especie de vibración que resonó en su ronca voz.

»-Necesito un hijo -murmuró.

»Todo tipo de pensamientos llamearon en mi cabeza. Parecía estar drogada, era como una ninfomaníaca, estaba loca.

»-Mira -dije-. Nunca nos hemos conocido realmente de veras…

»Entonces se echó a reír, y su risa también era ronca.

»-¿Y qué importa? Me deseas.

»La deseaba, de acuerdo. Los pensamientos se hicieron confusos, mezclados con el alcohol y la rabia, y lo único que quedó fue mi deseo de ella. Deseaba su hermoso cuerpo rubio, deseaba su calor, la necesitaba.

»Avancé hacia ella y ella retrocedió, girando su cabeza cuando intenté besarla.

»-Desvístete primero -dijo-. Oh, apresúrate… por favor…

»Me apresuré. Quizá le había echado algo a mi bebida, porque tuve problemas para desabrocharme la camisa, y finalmente la rasgué, junto con todo lo demás. Pero me hubiera dado lo que me hubiera dado estaba excitado, excitado como nunca antes lo había estado.

»Me eché en la cama, de espaldas, y todo pareció congelarse; no podía moverme, mis brazos y piernas estaban como entumecidas, porque todas las sensaciones se habían concentrado en un solo sitio. Estaba dispuesto, tan dispuesto que no hubiera podido evitarlo, aunque lo hubiera intentado.

»Lo sé porque me quedé allí mirándola, y no pude moverme ni siquiera cuando ella alzó los brazos hasta su cuello y se quitó la cabeza.

»Dejó la cabeza encima de la mesa, y el largo cabello rubio colgó a un lado, y sus resplandecientes ojos se apagaron en aquel rostro parecido de pronto al caucho. Pero no podía moverme, estaba aún excitado, y todo lo que recuerdo es haber pensado para mí mismo: ¿cómo puede ver sin cabeza?

»Entonces se desvistió, y allí estaba mi respuesta, avanzando hacia mí. Inclinándose sobre mí en la cama, con sus pequeños pechos casi directamente encima de mi rostro, de tal modo que podía ver sus duros pezones protuberantes. Protuberantes y abriéndose hasta que

aparecieron los ojos... los *auténticos* ojos, verdes y brillando en las profundidades de las aréolas.

»Y ella se acercó; observé su vientre alzarse y caer, sentí su calor, la jadeante respiración procedente de su ombligo. Lo último que vi fue la cosa que había dejado de todo aquello... la barbada boca de labios rosáceos, abriéndose para tragarme. Grité una sola vez, luego me desvanecí.

»¿Comprende ahora? Vilma me había dicho la verdad, o parte de la verdad. Era una modelo de alta costura, de acuerdo, pero... una modelo para *qué*?

»¿Quién la hizo, y cuántas más hizo? ¿Cuántos centenares o miles como ella hay aquí, repartidas por todo el mundo? Las modelos... ¿ha observado alguna vez cómo se parecen todas? Parecen hermanas, y quizá lo sean. Una familia, una raza de algún lugar desconocido, desparramándose por todo el mundo, emparejándose con los hombres cuando lo creen necesario para perpetuar la especie, emparejándose a su propia manera. La forma en que se emparejó conmigo...»

Entonces me fui, cuando perdió el control y empezó a gritar. Acudieron los enfermeros y supongo que lo tranquilizaron, porque cuando entré en el despacho del doctor Stern en la planta baja ya no se oía nada.

-¿Y bien? -dijo Stern-. ¿Qué opina usted de eso?

Agité la cabeza.

-Usted es el doctor. Se supone que es usted quien debe hablar.

-No hay mucho que decir. Esa Vilma... Vilma Loring, se llamaba, existió realmente. Era una modelo profesional hace un par de años, registrada en una agencia de Nueva York, viviendo en un apartamento alquilado al sur del Central Park. Mucha gente recuerda haberla visto, haber hablado con ella...

-Está utilizando usted el pasado -dije.

Stern asintió.

-Porque desapareció. Debió abandonar su camarote, debió abandonar el barco apenas amarró aquella noche en Miami. Nadie ha conseguido localizarla desde entonces, aunque Dios sabe que lo hemos intentado, visto lo que ocurrió.

-Realmente, ¿*qué* ocurrió?

-Acaba de oír la historia.

-Pero él está loco... ¿no?

-Profundamente alterado, sí. Así es como lo encontraron a la mañana siguiente, tendido en la cama, en un charco de sangre. -Stern se alzó de hombros-. Entienda, eso es lo único que nadie se ha podido explicar. Hasta hoy, nadie ha podido averiguar qué fue de sus genitales.

*** * ***

Así que aquí estamos.

Cabe suponer que ustedes las han leído todas -las catorce historias y los comentarios añadidos-, incluida «La modelo», que fue publicada en el número de noviembre de 1975 de la revista Gallery.

Y siguen preguntándose... bien, ¿qué se están preguntando?

¿Que Bloch se ha pasado con este último relato, escribiendo basura para la chusma?

¿O que ha dramatizado una de las más antiguas fantasías sexuales y/o fobias de la humanidad?

¿O simplemente están dándole gracias a Dios de que el libro se haya acabado por fin?

Si es que sienten ustedes inclinaciones hacia Dios, por supuesto.

Porque, por lo que veo, puede que se sientan más bien atraídos hacia el Demonio. De modo que, según hacia donde se incline la balanza, este libro caerá en la gloria o en el deshonor.

Por otra parte, si resulta que ustedes sienten una atracción visceral hacia la ciencia ficción, entonces toda esta cháchara acerca de inspiraciones divinas o diabólicas carece por completo de sentido. En cuyo caso tienen ustedes libertad para sustituir a Dios por el superego y a Satán por el id.

Aunque dudo que todo ello les diga de una manera más clara de dónde provienen realmente estas historias.

Llevo escribiéndolas la mayor parte de mi vida, y yo mismo sigo sin saber la respuesta.

Y les diré un pequeño secreto.

Realmente, no me preocupa de dónde provengan... siempre y cuando sigan viniendo... y ustedes sigan leyéndolas.